

CUBA: Hora de levantar cabeza



Dagoberto Valdés

ehc

editorial hispano cubana

Cuba: Hora de levantar cabeza

Dagoberto Valdés

Prólogo

Padre Olbier Antonio Hernández Carbonell

ehc

editorial hispano cubana

Cuba: Hora de levantar cabeza
Colección Pensamiento Hispano Cubano

© Dagoberto Valdés
www.convivenciacuba.es

© Reservados todos los derechos de la presente edición a favor de:
Editorial Hispano Cubana, Madrid, 2009.

Edición: Grace Piney
Ilustración de cubierta: “La consagración del espíritu”, de Julio César Banasco Rego
(Pinar del Río, 1967)

Primera edición: Mayo de 2009
ISBN: 978-84-936493-6-4

Depósito Legal: B-25005-2009

Editorial Hispano Cubana.
C./ Orfila, 8, 1º A
28010, Madrid.
España.

Telf.: 34 91 319 6313
Fax: 34 91 319 7008

Internet: www.editorialhc.com
E.mail: info@editorialhc.com

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,
salvo autorización por escrito de la editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción
prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España.

*A Monseñor José Siro González Bacallao, obispo,
padre y amigo, buen pastor de su pueblo.*

*A mis hijos Dagoberto, Javier y Ana Isabel
y a mi primera nieta Brenda, nacida un 20 de mayo.*

*Al equipo de Convivencia: Toledo, Karina, Jesuhadín,
Belisario, Olga, Livia, Margarita, Hortensia, Arián.*

*A todos los que crearon y trabajaron
en el Centro de Formación Cívica y Religiosa
de Pinar del Río (1993-2007).*

*A los artistas y escritores que respondieron
a la llamada de la Comisión Católica para la Cultura
de Pinar del Río desde 1987.*

Índice

<i>Prólogo</i>	15
Padre Olbier Antonio Hernández Carbonell	

I - CUBA, HORA DE LEVANTAR CABEZA. ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA SECCIÓN EDUCACIÓN CÍVICA DE *VITRAL* (DEL N° 62 AL 78)

Nuestros problemas son nuestros problemas	21
¿Qué está pasando en Cuba con los derechos económicos y sociales?	26
Donde uno es culpable, hasta que se demuestra lo contrario	33
La indefensión del ciudadano.....	38
Cuba, hora de levantar cabeza.....	42
Las microempresas, oportunidad y garantía para los de abajo en la Cuba del futuro	47
Cese la crispación.....	53
¿Por qué nos cuesta tanto a los cubanos alegrarnos con el bien ajeno?.....	59
La desconfianza.....	63
Las ollas de Egipto en Cuba.....	68
El analfabetismo cívico	73
El alma no tiene precio: ni palo, ni zanahoria	81
La animación de la ciudad.....	87

Cultivar el espíritu: un deber cívico raro en Cuba	93
Encuentros de un pinareño con Juan Pablo II	100
Las relaciones con Cuba, entre la verdad y los intereses	110
Hacia un marco ético internacional.....	115
La comunidad política al servicio de la sociedad civil.....	120
El cambio psico-social con el que hay que contar	126
Cuba necesita ciudadanos, no súbditos	131

II - DESDE LA CATEDRAL DE LAS YAGUAS: CUBA
Y SUS RELACIONES INTERNACIONALES. ENTREVISTAS Y ARTÍCULOS

Desde la Catedral de las yaguas	139
Creemos en la fuerza de lo pequeño.....	152
La Cuba que sueño	160
Sembrar virtud, Patria, civismo, como el Padre Varela.....	170
Nos quedamos en Cuba	178
Las palmas de Dagoberto	186
El de Cuba no debe ser tratado como un gobierno normal	189
Cuba y la UE: El diálogo político en las relaciones internacionales.....	192
Cuba y los EEUU: Diez puntos para una futura relación normal.....	199

III - LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN
Y EL DEBATE PÚBLICO EN CUBA. CONFERENCIAS

La sociedad de la información al servicio de Cuba.....	207
--	-----

Reconciliación: Verdad, justicia, magnanimidad	221
La sociedad civil: un camino hacia la democracia participativa en el futuro de Cuba	228
El debate público en Cuba.....	240

IV - CUBA: APRENDER LA GRAMÁTICA DE LA INCLUSIÓN
Y DEL CONSENSO. PRÓLOGOS Y PRESENTACIONES

Para Cuba que espera. Ricardo Arias Calderón.....	263
Como maná aparecido en tiempos difíciles.....	272
Nada se da al que sufre comparado con lo que recibimos de ellos	275
El día llegará... ..	278
La Virgen de la Caridad de El Cobre y las Artes Plásticas en Cuba.....	285
Cuba: aprender la gramática de la inclusión y del consenso	288
La tolerancia es abrir la puerta por dentro a la reconciliación nacional	291
La transición en Cuba: el aporte del gobierno, la oposición y la sociedad civil	295
<i>Alamar Express-Omni-Zona Franca</i> o el espíritu de liberación artística y cívica en Cuba	300

V - PROTAGONISTAS DE SU ÉPOCA. SEMBLANZAS PERSONALES

El Padre Félix Varela.....	311
Juan Pablo II: el Magno	334
El cardenal Nguyen Van Thuan, mártir en las cárceles de Vietnam.....	339

El cardenal Agostino Casaroli, el arte de lo posible y la audacia de lo imposible.....	345
Jan Karski, profeta y educador.....	349
Dulce María Loynaz: una cubana que puso el alma de raíz.....	354
Virgilio Piñera y sus hermanos: el peso de la Isla.....	356
Carilda Oliver Labra: Del eros al ágape.....	358
Rogelio Cubillas y su huella en la arquitectura de Pinar del Río.....	360
Pedro Pablo Oliva: pintor y cronista de su tiempo.....	362
El Obispo José Siro González: palabra profética y corazón solícito.....	367
P. Jaime Manich, un educador de juventudes.....	369
P. Santana: el exilio con el corazón en Cuba.....	374
Ricardo Urrutia: un ex-presos al servicio de los presos.....	376
Aldo Martínez Malo: promotor cultural y mitómano de su pueblo.....	379

EPÍLOGO. EL VÍA CRUCIS DE CUBA. CONTEMPLACIÓN Y PLEGARIAS
PARA LEVANTAR CABEZA

Vía crucis de Cuba.....	385
Ante el Cristo crucificado en cada cubano.....	400
Plegaria de un yagüero a la Virgen de la Caridad.....	402
Plegaria al Espíritu Santo.....	404

Prólogo

*Edificarán las ruinas seculares,
los lugares de antiguo desolados levantarán,
y restaurarán las ciudades en ruinas,
los lugares por siempre desolados.*

Isaías 61, 4.

Todavía siento sobre mi cuerpo y sobre mi alma el peso, el dolor, el miedo y la tristeza. Las dolencias de mi último viaje a Cuba. Sobreviviente de las últimas furias de un sistema, que está a punto de morir. Entre las ruinas de un pueblo que sobrevive y que mal vive; entre los restos de una Nación que alguna vez tuvo el alma sana; entre el cansancio de las miradas que ya no esperan; entre el atrio y el altar de una parte de la Iglesia que calla y que consiente.

Sin embargo, no todo fue dolor, mucho hubo de gozos, entre ellos, uno al occidente, allí, en medio de las palmas y mogotes, de las hojas de tabaco y del sol que no perdona; pude encontrar a un grupito de hombres y mujeres de mi pueblo, que inclinados sobre dos piedras, con el corazón sangrante persisten en abrir paso a la luz. Este libro, es precisamente eso, otro intento en el difícil arte de iluminar, de dar luz. El que se acerque a él, hágalo con los pies descalzos, porque el lugar que pisa es sagrado. Porque sagrada es la vida de aquel pueblo que nos presenta el autor.

De la mano de Dagoberto Valdés, el hombre sencillo y cercano, que no deja de ofrecerte una disculpa a tiempo o una sonrisa oportuna; entramos a releer un testimonio comprometido de la Iglesia en Cuba, a través, de algunos artículos del autor publicados en otras publicaciones nacionales o extranjeras y en la revista *Vítral*. Otrora luz, ahora velo indescifrable de un camino eclesial que pesará para siempre en nuestra historia. Entrevistas, conferencias, homenajes, semblanzas, incluso plegarias de un laico en medio de su mundo, momentos sin dudas vividos desde el deseo de abrir espacios para que una sociedad no muera. Desde el

deseo de ofrecer aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido.

En estas páginas, podremos encontrar desde la obra reflexiva, fiel y valiente, hasta los sueños que trascienden fronteras, creando puentes de comunión y participación entre aquellos, que creen posible, aún para Cuba, el don preciado de la libertad.

Sin dudas, Dagoberto Valdés, como cualquiera de los que compartimos la condición humana de la historia, es un hombre con sombras, pero con mucha luz. Y es de justicia reconocer que, en él, su luz opaca su sombra. Hombre de fe, fiel a la Iglesia y a su Patria. Reconocido interlocutor de ayer y de hoy, pero sin dudas, de cualquier posibilidad del mañana. Su palabra sentida, vivida y celebrada desde una experiencia de amor cristiano, no dogmatiza ni excluye; sino que a cada paso, intenta reconstruir el tejido de una sociedad civil que agoniza entre las ruinas de la historia. Escritores, artesanos, poetas, pintores, amas de casa, gente toda de cualquier clase y condición; ha buscado a tientas y entre susurros algún número de aquella revista *Vitral*, para calmar la sed de libertad.

Este libro no narra una historia lineal y de final feliz, sino que traza un camino entre muchos, para vivir la felicidad desde la linealidad de nuestra historia. Es el recorrido intrépido, constante y sereno por las arterias de una sociedad, que puja por alcanzar el espacio interminable que conduce desde las profundidades de la tierra, al encuentro de la luz. Es el ejemplo de un hombre, que a pesar de los golpes recibidos por ser distinto, en medio de una sociedad y de una Iglesia que no terminan de aprender el valor inestimable de la alteridad, ha optado por permanecer en Cuba, en su Iglesia y en la sociedad civil, sin otra pretensión, que el peligroso deseo de querer convivir.

Padre Olbier Antonio Hernández Carbonell

Sacerdote católico cubano.

Director de la revista Bifronte de Holguín.

I

Cuba, hora de levantar cabeza

Artículos publicados en la sección Educación Cívica
de *Vitral* (del N° 62 al 78)

Nuestros problemas son nuestros problemas

*No busquen fuera lo que pueden encontrar dentro.
No esperen de los otros lo que ustedes son capaces
y están llamados a ser y a hacer.*

*No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los
sueños más nobles no se frustren y donde ustedes puedan ser
los protagonistas de su historia.*

(Juan Pablo II, Camagüey, 23 de enero de 1998)

Pudiera parecer que este titular es pura redundancia. Es una verdad de Perogrullo, es el colmo de la evidencia. Pero la vida diaria de nuestro pueblo nos intenta convencer, cada vez más, de que nuestros problemas, todos, son causados por otros.

Al ver la televisión cubana, al leer nuestros periódicos, la justificación es clara: nuestros problemas no surgen de nuestras propias limitaciones, de nuestros errores, o por lo menos de nuestra falta de compromiso en su solución en la mayoría de los casos, sino que son culpa y responsabilidad de otros, de fuera, de la naturaleza... de todos, menos de nosotros mismos. Aún más, con frecuencia, ni siquiera se reconocen nuestros propios errores, ni nuestra crisis económica a la que se llama, eufemísticamente, “período especial”. No se reconocen nuestras crisis político-ideológicas, a las que se llama “campañas diversionistas del enemigo” a las que hay que responder con la “batalla de ideas”. No se reconocen nuestros problemas sociales, a los que se llama “consecuencias del bloqueo”.

En efecto, si no hay crisis económica en Cuba a causa de nuestros propios errores de gestión y a la cerrazón al mundo por voluntarismo político... ¿Qué cosa es esto que dura ya casi quince años y que llamamos “período especial”?

Si no hay crisis política e ideológica en Cuba a causa de no enseñar “el difícil arte de pensar con cabeza propia” –como lo hizo el Padre Félix Varela– entonces... ¿Qué cosa es lo que se llama “diversionismo”, o desviaciones extranjerizantes, sobre todo en los jóvenes cubanos?... Y ¿por qué son tantos los que se quieren marchar de este país? ¿Porqué son todavía más los que “creen” ciegamente que lo de “fuera”, o lo “yuma”, es lo máximo?

Si no hay crisis social en Cuba a causa del paternalismo y del autoritarismo del Estado que intenta controlar todo y, en su afán de poder, pretende “resolver” todos y cada uno de los problemas sociales, viendo competencias falsas y tildando de enemigos a quienes intentan, de buena voluntad, contribuir a la solución de alguna de esas carencias sociales con soluciones venidas desde abajo, desde dentro de los propios grupos vulnerables y no con mesianismos venidos de arriba, entonces... ¿Qué cosa es eso que estamos viendo en cada esquina de nuestra ciudad y en cada barrio, mientras más “adentro”, peor?

Si no hay crisis cultural en Cuba a causa del cierre de mentes, a causa de intentar invadir todos los aspectos de la subjetividad de las personas, es decir, de su alma, y de imponer e inventar “actividades socio-culturales”, siempre a causa de alguna fecha, o contra alguna “manifestación enemiga” y no a partir de la creatividad espontánea de las personas, ni de la libertad del espíritu de los creadores que, según creemos nosotros, y según nos dice Dios desde el Génesis, somos todos y no unos cuantos iluminados de una o de otra forma de pensar, entonces... ¿Qué cosa es eso que se “baja” en programas que parten de arriba, de fuera del ambiente propio de los creadores, que siempre tienen una dimensión confrontativa?

La cultura no existe si se organiza contra alguien, o contra algo, o contra otros. Eso no es, ni puede ser, cultura porque parte del odio, de la confrontación, de la revancha, de la mezquindad... y nada de eso “cultiva a la persona humana” que es la definición de cultura. La cultura no es, ni puede ser, un frente de batalla, una tropa de choque, sino un campo de verdad y de belleza, un sembradío de virtudes. Y las virtudes no pueden, por definición, servir de “armas” para aplastar a nadie.

La virtud crea fraternidad y forja el carácter de las personas y de los pueblos. La virtud y el amor fraterno, esos son los auténticos progenitores de la cultura. La “cultura” que excluye y margina no es cultura. La que incluye a todos y respeta la diversidad esa es la verdadera cultura. La “cultura” confrontativa que combate al otro no es cultura. La que es propositiva y comparte con el otro es la verdadera cultura. La “cultura” que cierra las bocas y las mentes por el miedo y no dialoga no es cultura.

La que abre primero el corazón y el espíritu, para dar paso libre a la inteligencia y a la palabra, esa es la verdadera cultura.

En una palabra, la cultura es el cultivo de la verdad y de la belleza, por eso es tan importante cultivar la transparencia en nuestra sociedad. He aquí el primer paso para asumir la propia responsabilidad de nuestros problemas. “Verlos” con la transparencia de la verdad. Ningún problema que exista en nuestro país depende total y exclusivamente de otros, ni de fuera, ni de los que se consideran como enemigos. Todos los problemas tienen una parte, o toda la responsabilidad, de la persona o la sociedad donde ocurre.

La cortina de maniqueísmo que han corrido sobre nuestros ojos y nuestras mentes los medios de comunicación social en Cuba, y también en ocasiones otros medios fuera de ella, nos han presentado el mundo absolutamente dividido en dos partes: una totalmente buena y otra totalmente mala.

Si vemos, por ejemplo, la televisión cubana, todos los males sociales, económicos, políticos, toda la corrupción, los vicios, y hasta los desastres naturales, ocurren fuera de Cuba. Si nos guiamos por eso, el mundo está perdido, es inviable, es irreparable, empeora por días en todos los países, es un desastre apocalíptico y pronto va a desaparecer por sus errores insalvables.

Por otro lado, y en esa misma televisión o periódico, todo lo bueno del mundo está en Cuba, todo lo mejor e insuperable. Aquí no existe ningún problema grave, todos son leves y aislados, todos son fruto del bloqueo o de la acción de los otros. Ninguno es reconocido como error propio o de los organismos, o de las estructuras o del sistema. Este pareciera ser el paraíso terrenal, pero sin Adán y Eva, porque estos eran seres humanos y fallaron. Ni la serpiente existe en este Edén, porque el mal, lo que induce a lo malo está fuera de nosotros.

Esta dicotomía de la realidad que nos presenta una Cuba virtual, cada vez más lejana de la Cuba real, debe ser superada por la transparencia para que podamos “ver”, reconocer, nuestros propios errores y asumir que son nuestros. Así de sencillo y de tremendo. Transparencia en los medios, pero también y primero, transparencia en las mentes, en los corazones de los cubanos. Transparencia en nuestras familias, en nuestras relaciones humanas, donde la desconfianza y el miedo paralizan y no dejan “ver”. Porque “es el amor quien ve” como dijo un día Martí.

Transparencia en nuestros centros de trabajo y en nuestros barrios, donde vivimos en la zozobra de quién es quién y qué podrá decir que

nos perjudique. Así no se resuelven los problemas porque en un clima de sospecha, de desconfianza, de delación, de intrigas y jugar al todos somos policías, no pueden reconocerse los problemas, porque decir que los hay nos perjudica, porque decir que son de nuestra responsabilidad nos afecta, porque buscar sus causas verdaderas nos malea y nos “señala” como enemigos.

Los verdaderos enemigos de nuestra sociedad, y de cualquier país, son los que ocultan sus errores y los del país, los que disimulan los problemas para ver por dónde escapan, los que inventan cifras, arreglan informes y usan la palabra para encubrir la verdad y no para decirla. La mentira nunca sana el problema sino que lo agrava. La verdad, como el bisturí y la sutura, duele... pero cura. No hay que temerle al dolor que provoca la verdad, dicha con respeto y con paciencia, porque si la verdad nos duele, como personas y como nación, es porque todavía nos queda algo de conciencia y de vergüenza.

La indolencia es la muerte de la conciencia. Si la verdad no duele, ni el amor que cura duele, algo muy profundo e importante ha muerto en nosotros. Un daño muy grave ha gangrenado el cuerpo social. Es el daño antropológico. Es la persona del ser humano quien más ha sufrido, aún cuando tuviera algo para comer y vestir, y leer y vivir. Si el espíritu de cada persona y el alma de la nación se ven constreñidos al círculo de una sola ideología, de una sola religión o de un solo proyecto político-social, la jaula puede ser de oro, pero el alma se puede secar.

Gracias a Dios y a las más auténticas reservas morales y espirituales de nuestro pueblo, Cuba no tiene el alma seca, ni su subjetividad está dañada irreparablemente. Nada es blanco y negro, ni aquí ni en ningún sitio del mundo.

Confiamos en ese hondón espiritual de los cubanos, confiamos en su capacidad de recuperación en momentos de crisis. Su historia lo demuestra, como también demuestra que siempre ha tenido problemas que eran y son suyos propios y no de nadie. Ya sabemos que hay influencias externas que pueden ser dañinas para los que, mal educados aquí, vuelven sus ojos para lo extranjero como lo mejor del mundo y no han aprendido a querer y mejorar lo nuestro. No se trata ni de fiebre foránea ni de nacionalismos trasnochados. Se trata de Cuba, abierta al mundo y el mundo abierto a Cuba como dijo el Papa. Pero para ello ya sabemos que Cuba tiene que abrirse a sus propios hijos de aquí, sin excluir, ni presionar, ni encarcelar a ninguno por la forma de pensar o de creer.

Confiamos en que los cubanos de aquí y de cualquier orilla del mundo, podremos cultivar estas propuestas y proponer otras mejores. Para solucionar el “Problema” de Cuba sería necesario:

Primero: “abrir los ojos” para poder ver, analizar, con transparencia y verdad, lo que está pasando en Cuba. En la Cuba real no en la virtual.

Segundo: “abrir la mente”, educarla, para poder entender, por qué está pasando y por qué hace tanto tiempo que está pasando y no pasa nada.

Tercero: “abrir la conciencia”, despertarla, educarla en la verdad y la humildad, en la sinceridad y la justicia, para poder reconocer y tener un criterio de juicio, por nosotros mismos, sobre quiénes somos los responsables de lo que está pasando en Cuba.

Cuarto: “abrir la voluntad”, entrenarla, fortalecerla en la perseverancia racional y emocional, en la constancia de alma, en la forja de actitudes, para poder emprender la solución, entre todos y desde abajo, de forma subsidiaria y solidaria, de nuestros propios problemas.

Quinto: “abrir el corazón”, para hacer todo lo anterior con amor de hermanos, sin odios, ni violencias, para poder reconstruir con el cariño sin miedo, para poder hacer la nueva República cordial que deseaba Martí, sin la dureza que a veces tienen las ideologías, ni los sectarismos que a veces tiene la política, ni la corrupción que a veces tienen las relaciones sociales, sin el “sálvese el que pueda” del individualismo que tiene la libertad cuando no viene de la mano con la solidaridad.

Sexto: “abrir el alma”, para que no se nos seque la fe en el mejoramiento humano, para que nuestra confianza en Dios, fuente de toda virtud y de todo amor, haga crecer nuestra espiritualidad personal y la espiritualidad de nuestro pueblo.

Así nuestros problemas serán nuestros y serán resueltos entre nosotros, todos los cubanos. Así, nuestros problemas podrán servir para que Cuba sea ella misma y de todos los cubanos.

¿Qué está pasando en Cuba con los derechos económicos y sociales?

A la memoria de Olof Palme, Primer Ministro de Suecia, asesinado al salir de un cine de su barrio.

Un buen amigo que estudió en la universidad una carrera de Ciencias Sociales y Políticas, y ahora está intentando aprender de la realidad de la vida en Cuba, me dejó pensando hace unas semanas al contarme sus experiencias en un barrio marginal de La Habana. No voy a contarles los detalles de esa conversación en una animada tertulia, porque sería repetir lo que podemos encontrarnos todos en cualquiera de esos barrios, en cualquiera de cada una de las provincias de Cuba.

La inmensa mayoría de los cubanos está luchando por sobrevivir. Su primera preocupación y ocupación es buscarse el sustento diario. “Primero comer y después filosofar” –afirmaba un viejo refrán–. Este podría ser el resumen de la situación. Ahora sólo deseo compartir dos moralejas que he podido sacar de esa reflexión: Una: Que junto a las restricciones y violaciones de los derechos civiles y políticos, va creciendo en Cuba la imposibilidad real de satisfacer los derechos económicos y sociales. Dos: Que a fuerza de ver lo que vemos y sentir lo que sentimos, no debemos acostumbrarnos a la calamidad.

Quiero explicar cómo llegué a la primera convicción: El mundo reconoce hoy tres tipos de derechos humanos:

Los derechos civiles y políticos: que son aquellos que garantizan el derecho a la libertad de conciencia, a la libertad de religión, a la libertad de expresión, a la libertad de reunión, a la libertad de asociarse para fines pacíficos y honestos, el derecho a viajar libremente dentro y fuera de su

país. También el derecho a elecciones libres, a participar en el gobierno del propio país, el derecho a elegir y ser elegido para cargos públicos, el derecho a revocar a los gobernantes cuando se considere que no pueden o no están dando lo mejor de sí, etc.

Los derechos económicos, sociales y culturales: que son aquellos que garantizan un puesto de trabajo digno, un salario justo, una seguridad social por accidente y enfermedad, una vivienda decorosa para cada familia que se forma, el derecho al descanso retribuido, que comprenda el derecho a la recreación, el sano esparcimiento y el disfrute de la naturaleza, con el salario y los ahorros que percibimos. El derecho a los servicios públicos como el agua potable, corriente y estable, el servicio eléctrico sin interrupciones y que llegue a todos, el acceso a unas instituciones y servicios de salud que llegue a todos por igual y que tenga la calidad y el trato humano que requieren los pacientes y sus familiares, el derecho a un sistema e instituciones de educación que llegue a todos, que permita a los padres escoger el tipo de educación, el lugar, la calidad, la orientación cívica y religiosa de los colegios de sus hijos y que les garantice a éstos unas escuelas con un clima de decencia, honradez, estabilidad, cercanía a la familia y respeto por las individualidades de cada estudiante, etc.

Los derechos de los pueblos: que son aquellos que se refieren a la soberanía de las naciones, a su derecho a la autodeterminación, a la libertad de elegir su sistema político y económico, a proteger a sus propios ciudadanos de las injerencias extranjeras, etc.

Ahora bien, miremos a nuestro alrededor y preguntémosnos con sinceridad y franqueza: ¿Cuáles de estos derechos constituyen la preocupación más cotidiana y constante para la gran mayoría del pueblo cubano? Si preguntáramos a un padre de familia, o a un estibador, o a una madre soltera cuáles de estos derechos le están provocando más daño a su familia, o a su trabajo, o a sus hijos, ¿qué responderían?

Si nos detenemos en algunos de los derechos económicos y sociales puede ser que nuestras respuestas sean sorprendentes. Por ejemplo:

Salarios que no alcanzan para vivir: He aquí la violación fundamental de los derechos económicos, sociales y culturales. Si el salario no es suficiente, entonces el trabajador y su familia no pueden tener acceso a los demás derechos sociales y culturales, aún cuando éstos fueran totalmente gratuitos, que no lo son ya, sino porque varios miembros de la familia tienen que utilizar su tiempo libre para hacer otro trabajo que les genere el sustento que el salario principal no le cubre.

En un país donde el salario se pague en la moneda nacional y las tiendas principales oferten productos esenciales en otra moneda, es una de las violaciones fundamentales de los derechos económicos y sociales. En un país donde se ofrezca una estimulación mínima en divisas y se retrase su pago y pasen meses sin retribuirla se están violando los derechos de los trabajadores. En un país donde los trabajadores dependan de su centro de trabajo para que “le den” el derecho a comprar o le regalen una muda de ropa y zapatos para trabajar se están violando los derechos de los trabajadores. Si, además, esa muda anual de ropa y zapatos no llega, entonces, la situación se agrava porque no se pueden adquirir en otro lugar con el salario que se le paga al trabajador. Si, además, el sindicato no defiende las conquistas de los trabajadores, entonces se viola el derecho de estos a organizarse para la defensa de sus propios derechos, universalmente reconocida.

Si a algunos trabajadores no les alcanza el salario para vivir y se ven compelidos a “resolver”, como se le dice eufemísticamente a robar, entonces una violación de los derechos económicos se convierte, además, en fuente de corrupción y descomposición ética de los trabajadores.

La alimentación: El derecho a tener una alimentación adecuada, no con ostentación pero sí con lo suficiente y bien cocinado, es uno de los derechos económicos y sociales elementales. Para nadie es un secreto los problemas que hay en Cuba con la alimentación elemental de la mayoría de los ciudadanos. No contamos a los que por su posición social o por recibir dólares de su familia o de sus negocios, tienen un estándar de vida diferente a la inmensa mayoría del pueblo. No tenemos que decir mucho aquí, porque todos nos tenemos que alimentar y este es un test que se realiza solo. ¿Existen o no problemas serios con la alimentación de amplios sectores de nuestra sociedad? ¿Es el único y principal culpable el “bloqueo” de los Estados Unidos? Tenemos referencias de que en este momento los Estados Unidos son el principal suministrador de alimentos a Cuba, pagados al contado. ¿La producción de yuca, boniato, maíz, arroz, frijoles, verduras, frutas, leche, etc. dependen del embargo?

Si una familia no tiene resuelto el problema de la alimentación de sus hijos, difícilmente se le podrá argumentar sobre otros derechos como la salud o la educación o la cultura, porque sin alimentarse bien estos otros se deterioran por la base. Tampoco se le podrá hablar de derechos civiles o políticos porque primero hay que comer para poder participar en la vida civil de manera plena.

El problema de la vivienda: No se trata de las viviendas afectadas por los ciclones que hace años vienen afectadas y algunas de ellas sin solución

y la gente en los albergues. Estas son contingencias imprevisibles pero subsanables si se priorizan de verdad y con los recursos que lleva. Se trata del problema de la vivienda en general. Es decir, de aquel viejo refrán popular que dice: “el que se casa, casa quiere”. En efecto, toda familia que se funda, todo matrimonio que se forma, tiene derecho a tener su propio hogar para poder conformar su propia familia sin interferencias de los demás y sin molestar ni sobrecargar a los mayores de la casa. Todos sabemos que la inmensa mayoría de los que se casan van a vivir “agregados”, que significa quedarse a vivir en la misma casa o en una barbacoa o un pequeño y hacinado agregado de la casa de los padres de algunos de ellos o de una abuelita. Esto, además de ser una violación de los derechos económicos y sociales de las parejas jóvenes, es además, una violación de la intimidad y la estabilidad de los mayores en la familia y es, también, una fuente permanente e irremediable de conflictos familiares. ¿Es o no es así?

Los servicios públicos: el agua, la luz, el combustible para cocinar: Otro factor grave y constante en nuestra sociedad. No está resuelto el problema del suministro ininterrumpido del servicio eléctrico. ¿De qué sirve que las redes de tendidos eléctricos lleguen a los más recónditos lugares, si luego hay apagones e inestabilidad en el voltaje, que rompe nuestros viejos equipos electrodomésticos? No está resuelto el problema del agua potable y su suministro continuo y suficiente. El derecho a tener agua potable está seriamente dañado en Cuba. Todos sabemos que el agua está siendo tomada en algunos lugares de presas y otros embalses sin la calidad requerida. Además de que las redes y los bombeos no cuentan con piezas, equipos y reparaciones que necesitan urgentemente. Y por último, en este ejemplo, ¿con qué cocinar? Es un signo del nivel de vida de un pueblo y del grado de desarrollo de sus habitantes los medios con que se cocina. Para nadie es un secreto el regreso a la leña y el carbón, y todo lo que esto conlleva de sufrimientos para las amas de casas y para toda la familia.

Estos tres derechos básicos: al agua, a la electricidad y a una forma humanizada y accesible económicamente para cocinar son, quizás, las tres violaciones de los derechos económicos y sociales más sensibles y que más repercuten en el estado de opinión de la inmensa mayoría de los cubanos y cubanas. Y considero que son un problema por darle prevalencia a otras prioridades no tan esenciales que todos conocemos. El descanso y la recreación: Otro de los derechos económicos y sociales lo constituye el acceso al descanso digno, periódico y suficiente, diario, semanal y anual. Se trata de descanso real, es decir, cesar en el agobio

del trabajo, de la subsistencia, de la lucha por sobrevivir. ¿Tenemos los cubanos este descanso después de las ocho horas de trabajo, lo tenemos el fin de semana, lo tenemos durante un mes de vacaciones?

Y en cuanto a la recreación, es todavía más difícil de responder afirmativamente. ¿Tenemos los cubanos de a pie el derecho a una recreación honesta, en correspondencia con un salario que nos permita ahorrar algo para disfrutar las vacaciones en un lugar modesto pero cómodo y accesible para los nacionales que no sea el campismo. ¿Pueden las personas mayores de cuarenta o cincuenta años irse a un campismo con las condiciones que tienen los nuestros? ¿No tienen, acaso, los mayores, nuestros abuelos y padres, el derecho a recrearse austera pero cómodamente en un pequeño motel, con agua corriente que no sea un río y con electricidad y una mesa para comer sentados y no en el piso y sobre todo, tener amparo de los mosquitos? Es que parece casi inaudito estar hablando del derecho a la recreación y a las vacaciones en una pequeña cabaña, cuando los anteriores derechos al salario, a la alimentación, a la vivienda no están garantizados para muchos. La reacción que he tenido al tratar de defender el derecho a la recreación y al descanso es el siguiente: “¿Cómo vamos a irnos a pasar unas vacaciones por ahí cuando no tenemos ni para levantar un cuartito para la niña que se nos casó hace tres años y la tenemos viviendo en nuestro propio cuarto con su primer niño?”.

Protección del medio ambiente: Este quizá sea el menos popular, por la falta de educación ecológica y medioambiental que existe en nuestro país. Diariamente se están violando nuestros derechos a respirar un aire puro, a evitar un entorno ensordecedor, a protegernos de los desechos de las pocas y atrasadas fábricas que alrededor de la ciudad nos permiten observar todos los días una nube de hollín y otros productos dañinos para la salud que cubren grandes extensiones de terrenos cultivables y zonas urbanas. El escape de gases tóxicos de automóviles y camiones rebasa ya toda previsión. Basta salir a la calle. Esto es muy fácil de comprobar sobre todo en el interior del país. El ruido en nuestras calles, escuelas, centros de trabajo, lugares públicos, no sólo viola la tranquilidad ciudadana sino que es un verdadero flagelo para la salud de muchos. Lo peor es que chóferes y otras personas responsables de esta contaminación y polución ambiental justifican la misma argumentando que en la situación en que vivimos no se puede estar pensando en esos “humitos”. Al pasar un camión junto a una parada y dejar a todos dentro de una nube de CO₂, le escuché decir a un agente del orden: “¿Qué vamos a hacer, pararlos todos?”

Tengo la impresión de que estoy tratando de ejemplificar algunas alteraciones de los derechos económicos y sociales en nuestro país. No se trata de una queja inútil, estoy convencido de que en la medida que los ciudadanos y las autoridades locales y provinciales tomen más conciencia de estas violaciones, que no se corresponden con ningún proyecto de dignificación del ser humano, esto permita a las más altas autoridades del país contar, aún más, con la colaboración de la ciudadanía al decidirse dar a estos problemas económicos y sociales, fuente y principio de otras muchas desgarraduras que sufren la dignidad y los derechos de los ciudadanos de hoy, la máxima prioridad que tienen en sí mismos. Esto no sólo pasa en Cuba, pasa en todos y cada uno de los países que se enfrentan a sus propios desafíos. Sobre todo en aquellos que quieren diseñar proyectos nuevos y no desean retrotraerse en la Historia. Todos los de América Latina, los de África, los más lejanos de Asia, pero también en Europa: quiero traer a la memoria a ese pequeño país, Suecia, donde hace algunos años se intentó edificar un modelo de estado de bienestar, con un alto nivel de seguridad social. Recuerdo la figura sencilla y paradigmática de su Primer Ministro Olof Palme, tan confiado de su pueblo y tan cercano a su vecindario que murió fulminado de un balazo al salir del cine de su barrio. Luego, otros creyeron que había pedido mucho a los suecos y que el estado de bienestar social no se correspondía con las leyes del puro y duro mercado. Esto nos enseña que todo proyecto de justicia social debe cuidar mucho la educación de su pueblo en valores y en derechos y deberes ciudadanos. Porque no todo depende de una sola circunstancia y no todo depende de unas pocas personas, aún cuando tengan las mejores intenciones. El tiempo pasa y los proyectos deben actualizarse y no deben descuidarse de sus raíces y de sus finalidades.

Se hace necesario y urgente una formación cívica y una educación en derechos humanos desde la primaria hasta la universidad. Debemos cultivar, en adultos y jóvenes, una cultura de los derechos básicos y elementales así como de los derechos de segunda y tercera generación, porque lo peor que puede pasar es que ni siquiera nos demos cuenta de que se están violando nuestros derechos, y los de los demás, o que seamos violadores inconscientes de los mismos y entonces no podamos comprometernos y colaborar en la solución cooperada de estas situaciones que, estamos seguros, nadie quiere ni busca, pero que todos sufrimos y tenemos el deber de subsanar.

Educar para una cultura de los derechos y de los deberes cívicos. Que deben caminar juntos. Educar y trabajar todos, desde el lugar donde

estemos, para ir cambiando la mentalidad y la dejadez, la desidia y la complicidad con las violaciones de los derechos económicos y sociales que son base y primicia de los derechos civiles y políticos; ambos grupos de derechos son inseparables e inviolables, universales e igualmente equiparables en urgencia y necesidad.

Pero no nos distraigamos.

Primero vivir y vivir dignamente... para poder participar y alcanzar un desarrollo humano integral y una convivencia social libre y solidaria.

Donde uno es culpable, hasta que se demuestra lo contrario

El derecho internacional y los más elementales y primarios derechos humanos, establecen que “Toda persona es inocente, hasta que se demuestre lo contrario”.

Sobre este presupuesto se edifica todo sistema judicial que se considere verdaderamente justo y humano. Los tribunales de justicia, los abogados defensores, incluso los servicios de fiscalía, no sólo deben respetar este principio indispensable, sino que sin su primacía, de nada servirían estas instancias. Todo quedaría en manos de los detectives, instructores policiales y órganos de represión. Precisamente lo que diferencia, en la base de todo, a un Estado de derecho de un Estado policial, es el respeto universal, sin discriminaciones y sin exclusiones, de este principio: Cada persona tiene el derecho a que se presuma su inocencia y no su culpabilidad.

Veamos, cuando en un país se ejerce y aplica irrestrictamente este principio o derecho humano, entonces los órganos policiales investigan y presentan pruebas para demostrar lo contrario; es decir, que la persona ha cometido un delito previsto y sancionado en las leyes positivas. Y mientras se está investigando o cuando se tienen ya las pruebas, esto no es suficiente aún para considerar a la persona como un criminal. No se le puede considerar y tratar como si fuera un forajido. Es necesario, indispensable, acudir a un tribunal imparcial que compara pruebas a favor y en contra del acusado, considerado todavía como un ciudadano inocente y tratado como tal. Sólo un tribunal competente e imparcial, que no sea juez y parte, como sucede cuando es la misma policía quien determina detener, registrar e impedir los actos de los ciudadanos sin una orden judicial anterior al acto y debidamente fundamentada. Cuando todo esto sucede, entonces se puede decir que estamos viviendo en un Estado de derecho, en un país donde la ley impera y no la subjetividad de un policía o de un órgano de represión.

Por el contrario, cuando en un país se sospecha de todos y de todo. Cuando se presume siempre que todo el que camina por una calle es un posible delincuente y no un posible ciudadano honesto. Cuando se considera que todo el que transita por una carretera es un posible traficante, un auto de alquiler ilícito, un violador del orden o una persona con presunta “peligrosidad” social, económica o política y se trata a todos por igual. Hay dos posibilidades: una, que el país esté lleno de delincuentes, criminales, traficantes y corruptos y la excepción sean los ciudadanos honestos; dos, que estemos en presencia de un sistema de corte policial y represivo, donde no impera la ley y no se presume que nuestros conciudadanos son amigos sino enemigos reales o potenciales. En esos lugares se crea un clima de sospecha, de crispación, de desasosiego que obliga a todos, honestos y delincuentes, a actuar siempre “cuidándose”, temerosos de una detención arbitraria, sometidos a la siempre presente probabilidad de un registro a cada paso, en cada carretera o esquina.

Ese ambiente donde prima una dinámica de “guardias y bandidos”, donde todo es sospechoso de ser robado, donde todo es sospechoso de ser corrupto, donde todo es sospechoso de ser desleal, donde todo hay que demostrarlo con “papeles”, no es propio de una sociedad donde lo que se supone que prevalezca sean los ciudadanos pacíficos, honrados e inocentes. La misma figura delictiva llamada “peligrosidad” puede dejar mucho a la subjetividad de quienes presuman cuándo se es peligroso y por qué. El mismo estado de peligrosidad está dando por sentado una sospecha de culpabilidad antes de cometer el delito. Se sostiene que es peligroso, es decir, culpable de un estado pre-delictivo... hasta que se demuestre lo contrario: es decir, que no es peligroso.

Cuando esta situación se va haciendo muy frecuente, cuando los registros se hacen cotidianos, cuando las calles se llenan de policías e incluso de camiones con capacidad para trasladar a muchos delincuentes, los delincuentes de verdad, ni se portan por allí. Con frecuencia “operan” lejos de estos lugares y nunca están donde hay mucho “operativo”. Los que llevan algún bulto, no importa que sea la leche de sus hijos o una computadora portátil, comienzan a tratar de coger otra acera u otra calle, “no por nada” –dicen–, sino para evitarme la pena de ser registrado delante de todos y además interrogado como si fuera un ladrón, a sacar “papeles” que no llevo arriba, a ser el blanco de miradas interrogantes de “quién será, por algo lo han detenido...”. Otros que no tienen nada que temer, comienzan a preguntarse: “¿podré llevarle esta botellita de aceite a mi mamá en el cajón de la bicicleta... y si me paran y me piden “papeles”, y si me la quitan... y si pierdo la tarde en la estación de policía,

hasta que se demuestre que soy inocente?”... Entra en cada ciudadano honesto un miedo policial, una especie de actuación escurridiza, orillera, medio escondida, no porque lleve nada, ni haya hecho algo malo, sino para evitar que lo paren, pasar la pena, el mal rato, una y otra vez, cada vez con más frecuencia y con menos sentido de la distinción entre el ciudadano honrado y el delincuente de verdad. Se comienza entonces, poco a poco, sin que nos demos cuenta, a actuar con un “cuidado” que nos coloca a nosotros mismos en el papel del delincuente. Nos sorprendemos nosotros mismos en una actitud ya rayando en el clandestinaje, “no por nada”, decimos, “sino por no tener que pasar por eso” —en un intento inútil de quedar bien con nosotros mismos y con los demás que nos observan desconcertados, en esa actitud casi ridícula si no fuera real, temerosa y opresiva.

Las autoridades tienen mucha razón en prevenir y castigar la corrupción, el delito y la delincuencia, ese es su deber. Todo país necesita de esos órganos que se ocupan de garantizar el orden y la tranquilidad ciudadana. Nada de lo que decimos aquí niega ese derecho-deber y, aún más, ese servicio necesario y oportuno. Es más, todos somos beneficiarios de un trabajo de contención de la delincuencia y de la corrupción. Ese es un tema que hemos abordado en muchas otras ocasiones y que debe remediarse con mucha responsabilidad, sistematicidad y legalidad.

De lo que estamos hablando aquí es de los métodos, de los medios, del estilo, de los excesos, de los que no están formados para desempeñar esa delicada tarea. Trabajar por contener la delincuencia es una labor compleja, inteligente, integral, y esto no se alcanza primera, ni fundamentalmente, aumentando sin más, la cantidad de efectivos y de acciones rutinarias de registro, que dan la impresión de ir creando, al mismo tiempo, un estado policial; es decir, un ambiente donde las calles, carreteras, parques, fiestas, playas y reuniones, estén marcadamente custodiadas por un número creciente, casi alarmante, de policías. El país adquiere, si esto sucede, un desagradable aspecto de excesivo control, de plaza sitiada, de régimen represivo, que seguramente no se quiere, ni debería ser, ni aparentar.

Todos sabemos que Cuba es, en general, un país de gente sencilla, trabajadora, honrada, que lucha por su supervivencia como nación, pero también lucha por sobrevivir como familia, como vecino, como ciudadano, como amigos. Todos sabemos que cuando no existen las vías expeditas y legales para adquirir algo sustancial e indispensable para la supervivencia de la familia, esa es la primera causa y la fundamental razón para casi obligar a un ciudadano honesto que tiene que mantener

a su familia a “resolver” por las vías ilegales cuando las oficiales no responden a sus necesidades básicas y las de su familia. Quiero distinguir bien que estoy hablando de ciudadanos honestos y trabajadores, no de vagos habituales y bandoleros sin ética y sin necesidad. Todos sabemos dónde están, dónde operan y qué hacen estos otros que sí son delincuentes y quieren vivir del sudor ajeno. No es de ellos que tratamos en este artículo. Ellos merecen ser prevenidos, investigados y penados si cometen una falta y se comprueba en los tribunales competentes. Aunque, no obstante, siempre y en toda ocasión, incluso después que se les encuentre culpables, hay que darles a todos, independientemente de sus faltas, un trato humano y legal.

Aquí me refiero, lo aclaro una vez más, a los demás, a la mayoría, a los ciudadanos decentes, a los trabajadores y amas de casa, a los que viajan después de sudar la camiseta todo el día con un bultito en el cajón de la bicicleta y de regreso a su hogar, tienen que soportar ser parados, registrados, interrogados, en plena vía pública, o en una carretera, delante de todos los que pasan que ya no sabrán nunca si era culpable o inocente.

Me refiero a un viajero normal y corriente que en cualquier carretera, a cualquier hora del día y de la noche, todas las veces que se encuentre con la policía en el mismo trayecto, tiene que bajarse de su auto y abrir el maletero, tiene que soportar que le abran las puertas traseras y alumbrén en el rostro a su mujer y sus hijos como si fueran delincuentes. Pensemos en los ciudadanos honrados y trabajadores, que no pueden pagar los altísimos precios de los nuevos ómnibus interprovinciales y a lo único que pueden acceder es a encaramarse en una rastra o en un camión y tienen que bajarse más de una vez, tirar sus bultos, abrirlos, ser registrados sin más y volver a subir para continuar camino. ¿Es esa la imagen que Cuba merece? ¿Es esa la forma, el método, la táctica, para combatir la delincuencia en un país del nivel de instrucción, del proyecto de justicia social y del orden ciudadano como el que tenemos o decimos que vamos a alcanzar? Si es para prevenir y salvaguardar precisamente lo que hayamos alcanzado, entonces tenemos en Cuba la suficiente inteligencia, nivel técnico, sensibilidad humana y discreción metodológica, para realizar una labor preventiva profunda, sistemática, global y gradual que vaya a la raíz de la delincuencia y no solamente y primeramente a sus lamentables consecuencias. No creo que en esto se haya hecho tanto, ni todo, lo que todos, padres, maestros, escuelas, iglesias, vecinos, debemos y podemos hacer en comparación con aquellos otros métodos rutinarios y represivos, en ocasiones necesarios pero no

siempre, y no como dinámica general y ostensible. Si es para contener y ubicar los posibles focos de delincuencia y corrupción, entonces bien, vayamos directamente a ellos y no sometamos a toda la ciudadanía, por lo general y en su mayoría, personas honradas, pacíficas y trabajadoras a los métodos y al trato que son propios del trato con una minoría marginal y criminal.

¡Qué gusto da ver a un joven policía orientando a un transeúnte que perdió una dirección o ayudando a un anciano a cruzar una avenida! ¡Qué sensación de respeto y seguridad ciudadana se siente cuando en una noche, en una autopista, un agente detiene el auto donde viajan personas decentes y que sabe aprovechar la revisión rutinaria de los documentos de tránsito para saludar a los viajeros y darse cuenta, por el nivel de su inteligencia y de su experiencia profesional, que aquellos no son forajidos de la justicia y que sin más registro, ni más molestias, ni más pérdida de tiempo, los saluda, les desea buenas noches y los manda a continuar como hijos y hermanos de un mismo pueblo que somos todos!

Esta es la imagen que deseo que todos tengamos de nuestra Cuba. Todos, cubanos y cubanas, en primer lugar porque somos parte de esta nación con sus bellezas, su historia y sus problemas. Todos, también los que vienen a visitarnos como familiares, amigos y turistas. Todos ellos, como también nosotros, y los encargados de mantener el orden, sabemos que nuestras actitudes hablan de nosotros, de Cuba, más que los anuncios y mil palabras.

Y todos sabemos que el mundo se pone al revés cuando se considera, no con las palabras sino con actitudes, que todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

Estoy seguro que en Cuba no será así. Aquí todo el mundo es y debe ser considerado inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y si es necesario demostrarlo que no sea con un registro o acto público que ponga en duda la honestidad del ciudadano y, aún cuando se demuestre lo contrario, sepamos recordar las palabras de Martí, que lo más sagrado para nosotros es “el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.

La indefensión del ciudadano

Con bastante frecuencia se acercan a la Iglesia numerosas personas buscando ayuda, buscando orientación o apoyo para alguna gestión, por razón de alguna injusticia o para reclamar lo que consideran un derecho.

No se trata sólo de personas de bajo nivel educacional, sino también profesionales de las más diversas especialidades, maestros, médicos, incluso abogados, psicólogos, jóvenes y adultos... cada cual con su tema, cada uno con su historia. Hay algo que quisiera destacar y que salta a la vista y a la razón en todos ellos, sin excepción: se trata de la falta de educación jurídica, la falta de información de todo tipo, la falta de orientación sobre a quién acudir en caso de alguna necesidad o reclamo. Se trata de una especie de analfabetismo funcional acerca de para qué sirven las estructuras sociales. Se trata de una ignorancia política que les impide incluso conocer sus propios derechos y deberes.

Esta indigencia cívica coloca a cualquier ciudadano en una situación de indefensión aplastante. Puede ser un especialista brillante en biotecnología o un doctor en ciencias sociales, pero no sabe a dónde dirigirse cuando le son violados algunos de sus derechos más elementales. No sabe distinguir el trabajo de los bufetes colectivos de la función social de la fiscalía. Por ejemplo: hace unos días me encontré con un médico que le han retenido su salida del país durante cinco años y le sugería que reclamara en la fiscalía y me contestó casi horrorizado: “¿Estás loco? La fiscalía es dónde acusan a la gente y le piden años”.

Otro día me detiene una señora con una carta abierta, evidentemente violada y luego mal pegada y me dice: “¡Mira, lo que le han hecho a mi carta! Parece mentira que sean tan chapuceros”. Es decir, ya lo que le asombraba no era la violación del derecho constitucional de que la co-

rresponsencia es inviolable, sino que pegaran el sobre de forma evidente y chapucera. Cuando le digo que vaya al Correo y reclame, la misma respuesta de cientos de conciudadanos nuestros: “¡eso es por gusto!”.

Meses atrás en una reunión de una Comisión de Justicia y Paz de la Iglesia Católica se atendía a una persona que había presentado un caso de violación del debido proceso y tenía todas las pruebas en la mano. Cuando se le sugirió conformar un expediente, que lo firmara personalmente, para presentarlo ante las autoridades competentes en busca de solución, recogió todos sus papeles, dijo que no quería firmar nada, que si la Comisión deseaba presentarlo por su cuenta, que lo hiciera, pero que ella tenía miedo y no sabía en qué podía perjudicarle aquella gestión. Recogió y se fue diciendo que, a lo mejor, el remedio era peor que la enfermedad.

Estos casos y otros muchos son signo y diagnóstico de una situación de indefensión del ciudadano que está en contradicción esencial con un Estado de Derecho, es decir, con la posibilidad real y efectiva, expedita y asequible para todos, de que exista siempre un recurso a la justicia o por lo menos a la atención del ciudadano, sin que este tema que el recurso empeore su situación o le traiga más problemas. En todos los ámbitos de la vida la defensa de los derechos y las oportunidades de los ciudadanos debe formar parte del ejercicio cotidiano de la libertad personal y de la responsabilidad civil. Si los derechos de los clientes no tienen en las tiendas y mercados una defensa real y directa, de nada valen esos carteles en las puertas de los comercios que explican los derechos del consumidor o del cliente. De nada valen los buzones de quejas y sugerencias que en su inmensa mayoría permanecen vacíos... ¿Por qué ocurrirá así? ¿Será porque no hay motivos para quejarse o será que los clientes no creen en ese mecanismo y se sienten indefensos ante los abusos y maltratos de los vendedores? La indefensión del consumidor no sólo perjudica al que compra, sino que perjudica gravemente el prestigio, el marketing y la gestión de los que intentan vender a toda costa, con malos tratos, con indiferencia soberana, con desgano y con trampas al consumidor, que expresa esa situación de indefensión saliendo de la tienda, meneando la cabeza y diciendo: “¡Todo es por gusto!”. Si los derechos de los trabajadores no tienen en los propios centros de trabajo, en los sindicatos, en los tribunales, una defensa real y efectiva que resuelva a favor del que tiene la razón. Si la administración que paga, es juez y parte. Si no hay una instancia superior e independiente a los que cometen las injusticias o arbitrariedades, entonces los trabajadores caen en ese estado de indefensión que expresan diciendo: “¡Todo es por gusto!”. Si los derechos

de los ciudadanos que piensan distinto y tienen otras opciones ante la vida tienen que ser defendidos en tribunales o instancias administrativas que no son independientes de los que trazan la forma en que hay que pensar y las únicas opciones permitidas, entonces esos ciudadanos caen en ese estado de indefensión que les conduce a marcharse de este país con una última frase en sus labios y una amargura grande en su corazón: “¡Todo es por gusto!”.

Si los jóvenes no encuentran espacios para defender y expresar sus criterios y demandas de cambio, como ocurre en cualquier lugar del mundo. Si los religiosos no tienen otra instancia judicial donde reclamar el derecho a construir templos, a expresar su fe en los ámbitos públicos, a tener acceso a los medios de comunicación o a escoger como creyentes el tipo de educación que desean para sus hijos... esos jóvenes y esos religiosos caen en un estado de indefensión tal que no encuentran a dónde acudir y expresan el ya consabido: “¡Todo es por gusto!”.

No caigamos en esa tentación terrible que sólo refuerza la indefensión misma y la fuerza del que quebranta la justicia. No todo es por gusto. No todo está perdido. Nos quieren hacer creer que o todo cambia de una vez o nada cambia. Los cubanos tenemos la tentación de querer que cambie todo al mismo tiempo y de una vez. Y esto no ha sido así nunca, en ningún lugar. Esta es la causa del inmovilismo: creer que todo es por gusto. Que nada de lo que hagamos cambiará nada. Es una trampa para que todo siga igual.

Frente a la indefensión de los ciudadanos no basta la queja. Es necesario combinar un conjunto de actitudes y acciones para empoderar a las personas, para cultivar su autoestima y su autogestión.

En primer lugar: la educación sobre los derechos y deberes que cada uno tiene la merece por ser persona, no porque nadie, ni el Estado, ni los tribunales, ni la administración laboral nos los concedan. Vienen de nuestra naturaleza humana y nos han sido dados por el mismo Dios. Nadie tiene en este mundo poder para obviar, violentar o desconocer estos derechos. Ni Dios mismo los viola. Dios respeta, como nadie, nuestra libertad.

En segundo lugar: Crear, adecuar o renovar las estructuras, las instancias que defienden los derechos de los ciudadanos. Eso contribuye a viabilizar esa institución que existe en muchos países que le llaman: Defensor del Pueblo, Tribunal de Garantías Constitucionales, Atención a los ciudadanos, Vicarías de la Solidaridad, Consultorías jurídicas, etc.

En tercer lugar: el tejido de la sociedad civil, las asociaciones de ciudadanos, los sindicatos, las Iglesias, las organizaciones vecinales, las

escuelas y centros de formación, las asociaciones culturales, junto a otras muchas, deben ser espacios de participación y solidaridad donde los ciudadanos puedan superar su indefensión y puedan encontrar apoyo efectivo, afectivo y acompañamiento en su propio desempeño frente a las violaciones de sus derechos.

En cuarto lugar: los medios de comunicación social, la televisión, la prensa escrita y radial, la Internet, deben contribuir con su información precisa y verídica a la educación para la defensa de los derechos de todos sin distinción. La información manipulada y deformada, o la simple falta de información, es el peor enemigo de los derechos de las personas. El grado de indefensión de los ciudadanos es directamente proporcional con el grado de desinformación y manipulación de los medios de comunicación social.

Estas y otras soluciones para la defensa de los derechos de las personas no son por gusto, es decir, no son baldías. Si las conocemos y las aplicamos, serán efectivas y darán a los ciudadanos soberanía y derecho.

Cuba, hora de levantar cabeza

Casi todos los días, mientras espero la carreta para ir a las yaguas, me encuentro con un amigo, antiguo maestro, que siempre anda apurado en su bicicleta. Siempre le pregunto: “¿cómo va la cosa?” Y siempre me contesta igual: “¡Ahí, tratando de levantar cabeza!”.

Al paso del tiempo, me ha ido contando sus intentos para encontrar una forma honrada y suficiente para mantener a sus tres hijos. Primero, puso una pizzería, tuvo que quitarla porque “se lo comieron a multas los inspectores” –según me explicó–. Le dije que quizá las condiciones no eran buenas pues era en un portal... Mi amigo encogió los hombros y me dijo “¡hasta bata blanca tenía!”.

A los dos meses me dijo había puesto un banco de alquilar películas pero tuvo que quitarlo porque le decomisaron los filmes y le prohibieron alquilar... Le dije que a lo mejor alguna película tenía un contenido reprobable... Mi amigo me miró serio y me dijo: “¡figúrate, las grabé de las películas del sábado!”.

Al comienzo de este año me dijo que ahora sí había encontrado la forma de “levantar cabeza”, vendía “fritas” en un carrito ambulante en una esquina muy popular. A la semana le colocaron, por casualidad otro carrito de una “cadena” estatal que vende las mismas fritas pero con menor calidad. Entonces le dije: y por qué la gente no te compra las tuyas que están mejores. Un poco molesto me contesta: “¡cómo me van a comprar si tuve que quitarme porque vino un inspector de salud pública y me mató a multas y decretos por las mismas cosas que tenía el carrito de al lado, pero me dijo que aquel era responsabilidad del ‘organismo’”.

No voy a seguir contando el “vía crucis del cuentapropista” porque todos los cubanos conocemos esta “calle de amarguras”. Luego pasó a

vender maní, a parquear bicicletas, a vender puercos, a criar pollos, a hacer vinos, ahora tiene una barbería en un portal... Fui yo quien pasé por allí y cuando le hice la consabida pregunta: “eh, mi amigo, ¿cómo va la cosa?” Me guiñó un ojo, y mirando para ambos lados, me dijo con esa picardía cubana: “¡Aquí, mi amigo, chapeando bajito... a ver si me dejan levantar cabeza!”.

LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

Así es la vida de la inmensa mayoría de los cubanos de hoy. En el fondo hay un problema serio y sin solucionar: los salarios son insuficientes y el sueldo no da para vivir. Mucho menos para guardar para cuando se presente una emergencia y, todavía menos, para progresar modestamente como es deseable y legítimo.

Nadie puede vivir, lo sabemos, con esta fractura entre la moneda en que te pagan y la divisa en que tienes que comprar. Los atrasos que se generan en el pago de las estimulaciones en divisas y la disminución de los porcientos debido a la irrentabilidad de las empresas agravan esta lucha por la subsistencia y fomentan el abandono de los puestos de trabajo porque “la cuenta no da”.

Entonces, en la calle, se establecen dos caminos para ganarse la vida: los que optan por la vía del delito, el robo, la corrupción... y los que intentan levantar cabeza por medios honestos, con el propio trabajo, con una cuota no pequeña de sacrificios. Se entiende que los que optan por la delincuencia se topan con las medidas correctivas y con la condena de la sociedad. Pero, ¿por qué se trata a casi todo el que trabaja por cuenta propia como si fuera una persona marginal, no confiable, sujeto de cierta “peligrosidad”?

¿POR QUÉ SE TEME A LA INICIATIVA DE LOS CIUDADANOS?

En realidad hay una pregunta mucho más profunda que debemos hacernos: ¿Qué es lo que se considera peligroso, la persona del que no es empleado del Estado y tiene un trabajo por su cuenta, o se teme a la iniciativa propia de los ciudadanos?

Se trata, a mi manera de ver, de un miedo a la capacidad de autogestión de los ciudadanos. Se trata de miedo a que una persona tome las riendas de su vida económica, se busque un trabajo honesto que le permita tener lo necesario para vivir por su cuenta y no depender de un salario del Estado.

Se teme a estas iniciativas no sólo por la independencia económica que puede alcanzar un trabajador por cuenta propia, sino a que esa independencia trae consigo misma una gestión propia, una independencia del Estado que ejerce el papel de único empleador. Porque éste constituye el más grande control ejercido sobre los cubanos. Si hay un único empleador hay que “portarse” bien con él porque si no haces lo que se te pide, pierdes el trabajo y no tienes con qué alimentar a tu familia. Precisamente por esto tenemos dos alternativas: o pasas a luchar la vida en el sector de los cuentapropistas con todos los riesgos, presiones y discriminaciones que esto conlleva, o te cambias de trabajo para volver a caer bajo el control y la dependencia del mismo “dueño”: el Estado. Y ya lo dice aquel lamentable pero todavía real refrán popular: “el que paga, manda”.

Así, los cubanos se debaten hoy en este círculo vicioso que como la legendaria serpiente se muerde su propia cola: con el trabajo con el Estado no hay quien levante cabeza y cada vez que lo intentan por cuenta propia, enseguida les cortan las alas y... a volver a empezar. Está demostrado: el trabajo por cuenta propia puede constituir un proyecto de vida para cualquier ciudadano honesto.

Este trabajo no solamente da para sostener y alimentar a la familia sino que puede ir más allá de lo económico ya que ayuda a un proceso de desarrollo de la propia personalidad del cuentapropista que al ver que su negocio pudiera prosperar con sus propias iniciativas y esfuerzos toma confianza en sí mismo, eleva su autoestima, confía más en sus propias posibilidades de progresar, se libera del sometimiento servil a las estructuras burocráticas del Estado, se libera del miedo a quedarse sin recursos para sostener a su familia y se libera, en fin, de esa otra dependencia que lo ata toda la vida a tener dos caras para complacer al Estado que le da trabajo, impidiendo que piense con su cabeza, que diga sin miedo lo que piensa y que actúe de acuerdo con lo que piensa y con lo que dice.

Una sociedad en la que se desaten estas potencialidades personales y estas fuerzas de desarrollo social basada en la autogestión de los propios ciudadanos, no sólo mejora el nivel de vida sino que facilita el desarrollo humano integral. No puede haber cultura general integral si no se permite levantar cabeza a los ciudadanos. La cultura general integral debe cultivar también una cultura del trabajo, una cultura de vida en la que cada persona aprenda a cultivar sus cualidades y capacidades hasta llegar a ser un ciudadano adulto que no dependa toda la vida de lo que le dan, de lo que le toca, de lo que le pagan, de lo que le quitan o le regalan.

Un pueblo culto es un pueblo que ha aprendido a levantar cabeza por sí mismo. Es un pueblo que levanta la cabeza porque tiene algo dentro de ella, porque quiere pensar con cabeza propia y quiere que se le permita desarrollar ese pensamiento propio y ponerlo pacíficamente en práctica. Hoy se habla mucho de los estímulos materiales y morales. Se intenta aliviar los salarios que no alcanzan con un plan de estimulación. Parece mentira que en un país con las potencialidades humanas, las capacidades intelectuales, laborales y de relaciones sociales propias de la idiosincrasia del cubano, se reduzcan e identifiquen esas estimulaciones con una jabita de aseo, con el derecho a comprar un televisor, con un campismo o un porciento de una moneda extranjera... que, por otro lado, hay que ir a gastar obligatoriamente a las tiendas llamadas, sin recato, “recaudadoras de divisas”, regresando a manos del que lo concedió como una dádiva estimuladora pero que no permite invertir con ellas, ni crear nuevos empleos, ni conceder autonomía al ciudadano. Esto, ni soluciona el problema, ni conduce a la raíz del mismo, ni estimula la verdadera forma de ser del cubano, que es una persona emprendedora casi por naturaleza propia. Esas estimulaciones hablan muy bajo de lo que es capaz de estimular a nuestro pueblo.

En el período de 1994 a 1996 cuando se liberaron varios empleos y trabajos por cuenta propia, se demostró, sin lugar a dudas, lo que es capaz de resolver la creatividad, el espíritu emprendedor y la potencialidad de abrirse camino y levantar cabeza de los cubanos, de todos, porque lo mismo progresó un profesional que un campesino que un obrero o una ama de casa. Ese debería ser el verdadero plan de estimulaciones que el Estado cubano debería liberar. Porque estimula sin crear dependencias. Porque desarrolla las potencialidades humanas sin someter las conciencias. Porque permite que cada ciudadano preste un servicio o un producto social sin tener que ponerse máscaras en la cara, en el cerebro y en el corazón, ni tener que rendir un tributo de obediencia incondicional al Estado como único empleador.

Por eso la crisis económica de Cuba no ha levantado cabeza. Es verdad que tenemos un embargo económico y que el aislamiento internacional crece provocado por conductas internas, pero el mayor y peor bloqueo es aquel que se ha implantado sobre la creatividad, la gestión propia y el trabajo independiente de los cubanos. Una última pregunta nos puede conducir a una reflexión muy seria y grave: ¿Por qué, sabiendo que al liberar el trabajo por cuenta propia los cubanos hemos demostrado nuestra inmensa capacidad de recuperación y la posibilidad real de progreso y mejora del nivel de vida y de los servicios en general, el

Estado ha cerrado la concesión de muchas nuevas patentes? ¿Por qué se ha detenido ese proceso?, ¿por qué se han disminuido los trabajos por cuenta propia?, ¿por qué la mayoría de los cubanos de a pie que intentan trabajar honradamente cada vez que intentan comenzar un trabajo independiente no pueden levantar cabeza?

Cuba sí tiene posibilidades reales de salir de la crisis en que vive. Cuba puede solucionarla, en primer lugar, con su propio esfuerzo. Cuba tiene todas las capacidades y potencialidades para progresar. Cuba tiene el primero y principal de los recursos que se necesitan para salir de esta situación extrema: ese primer y más importante “recurso” son los propios cubanos. Ellos “son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional”.

Pero esto no es posible, no puede haber protagonismo de los cubanos, no puede haber ejercicio de la soberanía que todos tenemos por derecho propio, sufriendo ningún tipo de bloqueos, especialmente con el bloqueo de la iniciativa, de la participación cívica y de la gestión independiente o asociada de los ciudadanos.

Por eso, tiene razón mi amigo que está luchando por trabajar honradamente para mantener a su familia y no tener que marcharse de este país:

“¡Lo único que hace falta es que nos dejen levantar cabeza!”

Las microempresas, oportunidad y garantía para los de abajo en la Cuba del futuro

I. INTRODUCCIÓN

Todos los que reflexionan en Cuba acerca de las transformaciones que se acercan y lo que ocurrirá después de ellas, se preguntan cuáles serán los modelos que tendrán en cuenta los economistas, cuáles las puertas por dónde intentaremos salir de la profunda crisis económica, comercial y financiera actual, y cuáles serán las prioridades que lograrán un mayor impacto social en los primeros años de transformaciones.

Evidentemente, nadie puede prever exactamente las respuestas a estas preguntas pero se intenta diseñar, lo más aproximadamente posible los escenarios y las alternativas posibles y deseables. No obstante se sabe que ningún país puede copiar al pie de la letra las opciones de otros países teniendo en cuenta que las circunstancias históricas del modelo del socialismo real, aunque tiene rasgos comunes en todos, fue aplicado según las características de los líderes históricos, de las condiciones del país y de la tradición cultural de cada uno de ellos.

En Cuba también ha sido así, por ello esta reflexión no tiene como propósito diseñar un marco general de las transformaciones económicas, ni un modelo o programa que lo abarque todo, sino que deseo abordar uno de los aspectos económicos que, en mi opinión, podría ser determinante para el éxito de las transformaciones económicas en Cuba: las microempresas y los microcréditos.

II. DESARROLLO

Para abordar el tema de las microempresas y los microcréditos es necesario primeramente tener en cuenta la crisis actual de la economía en

Cuba y la situación de los cubanos dentro de ella. Esto constituye a su vez un antecedente importante a tener en cuenta.

1. ANTECEDENTES SOCIO-ECONÓMICOS Y POLÍTICOS

Cuba fue siempre, en los años de la República antes de la Revolución socialista de 1959, un país de un alto desarrollo económico y social si lo comparamos con el resto de América Latina en cuyo contexto Cuba ocupaba el tercer lugar en los índices de nivel de vida. Luego de las guerras de independencia el país logró recuperarse rápidamente en las primeras décadas del siglo XX gracias a una de las características del pueblo cubano que todavía hoy subsiste: el carácter emprendedor de los cubanos.

Este rasgo sociológico es importante y definitorio para poder calcular la eficacia de las reformas económicas y el grado de impacto social de las mismas. En efecto, si una de las características de los países asiáticos, por ejemplo, es su laboriosidad y disciplina del trabajo, en el caso de los cubanos es su capacidad de iniciativa personal cuando logra descubrir las ventajas del modelo económico.

No estamos hablando de teorías abstractas, esto se probó de manera clara, evidente y a nivel de todo el país no sólo en la época de la primera República con una economía de mercado, sino que se pudo comprobar, de la misma manera y con menores condiciones básicas, en la década de los 90, específicamente entre 1994 y 1998.

En esos años el gobierno fue forzado por la caída del campo socialista y la URSS, a realizar una leve y tímida apertura de la microempresa familiar, autorizando una limitada lista de licencias para trabajar “por-cuenta-propia” una serie de oficios, servicios y trabajos personales. Entonces, sobre todo en nuestras ciudades y poblados que no tenía servicios ni para encontrar un vaso de agua, ni transporte, ni alojamiento, etc., ocurrió algo a la vista de todos que dejó atónitos a los gobernantes: se destapaba, como salidos de una caja de Pandora, toda serie de puestos de comidas frescas, al momento, jugos naturales de diversas frutas, fríos y sabrosos; pizzerías salidas de un tanque de cincuenta y cinco galones convertido en horno; peluquerías, renta de habitaciones mucho más limpias, cómodas y acogedoras que cualquier hotel del Estado y con servicio completo de taxis, desayuno, comida y cena, servicio de lavandería, peluquería, correo y demás servicios a la altura de cualquier hotel de cuatro estrellas, pero a nivel de casa de familia. Fue un milagro de la iniciativa cubana.

Cuando el gobierno cubano se dio cuenta del empuje de emprendedores y la autonomía económica que iban alcanzando, aunque fueran mínimos, de que aquella leve apertura daba también independencia de pensamiento, de acción a un grupo de ciudadanos. Eso fue visto como una amenaza que resquebrajaba el control totalitario por parte del Estado. Y comenzó el regreso a la centralización y las pequeñas empresas familiares comenzaron a ser acosadas por inspectores y medidas restrictivas obligando a muchas a cerrar y no concediendo licencias nuevas.

Los cubanos habían demostrado su capacidad de recuperación y la posibilidad real de reconstruir su economía por cuenta propia con mucha mayor eficiencia y mucha mayor eficacia que las empresas estatales. El experimento fue cerrado pero queda la lección de la historia: Basta con dar el espacio legal y los cubanos desarrollarán todas sus potencialidades.

2. PAPEL DE LAS MICROEMPRESAS EN LA RECONSTRUCCIÓN DE LA ECONOMÍA CUBANA

Por la anterior experiencia del mismo pueblo cubano en la década del 90 podemos afirmar que la apertura económica pudiera muy bien comenzar por la promoción de la microempresa.

En efecto, la gradualidad de las reformas requiere una escala de prioridades para que lo gradual no se convierta en inmovilismo. Dentro de esas prioridades considero que la promoción de microempresas es, y pudiera ser, uno de los primeros pasos de las reformas.

El objetivo general de la promoción de las microempresas es hacer de ellas un motor microeconómico que dinamice por dentro la microeconomía y sirva de “locomotora” al resto de la economía.

Para ello serían necesarios varios pasos sucesivos y rápidos, entre ellos:

- Apertura legal de los espacios para los emprendedores.
- Educación para entrenar a los pequeños empresarios.
- Consultoría legal y empresarial para microempresas.
- Negociaciones para lograr que el sistema impositivo no dañe la capacidad de la empresa para acumular capital y crecer.
- Reforma de las estructuras fiscales y reforma de la educación fiscal.
- Marco legal para la asociación de pequeños empresarios.

Como podemos observar estos pasos podrían ser implementados en un corto tiempo y ser echados a andar con agilidad y sin burocracias, de modo que se estimule a los ciudadanos a tomar la iniciativa y emprender sus negocios desde la empresa familiar hasta la mediana empresa, e incluso convertirse en una gran empresa.

3. IMPACTO DIRECTO, INMEDIATO Y EFICAZ DE LAS MICROEMPRESAS DE COMERCIO Y SERVICIO EN LA POBLACIÓN

Toda transición económica necesita un impacto directo, inmediato y eficaz en amplios sectores de la población para que sea aceptada a pesar del otro impacto que siempre acompaña a las transformaciones como es el desempleo y la corrupción.

Las microempresas pueden contribuir a ese impacto de forma real y no sólo virtual o de imagen como por ejemplo con:

- 1- La creación de servicios inexistentes mejorando algunos aspectos cotidianos del nivel de vida.
- 2- La revitalización del sector del comercio, que puede revitalizar la circulación.
- 3- La eliminación o disminución de la burocracia estatal y de otros intermediarios en muchos de estos servicios.
- 4- La creación de riqueza que mejora la solvencia familiar y la gestión del gobierno local.
- 5- La estimulación psicológica de los ciudadanos al percibir un ambiente de mayor libertad de empresa y de la posibilidad de progreso personal y familiar.
- 6- Se mejora el perfil de la ciudad al aumentar su vida empresarial y al atraer a otros por inducción directa de los logros alcanzados.
- 7- Mejora de la calidad de los productos y servicios al lograr conocer y responder mejor a las expectativas del cliente.
- 8- Aumenta la competitividad empresarial y por tanto se logra una mayor satisfacción de las necesidades y la posibilidad de mayores y mejores alternativas para elegir.
- 9- Por todo lo anterior, se dinamiza el mercado, hay una mayor correspondencia entre oferta y demanda y una mayor creación de riqueza o mejoramiento de la calidad de vida.

La gran capacidad de adaptación de las microempresas, sus posibilidades de cambio rápido, su maniobrabilidad en busca de nichos del mercado permiten que ese impacto sea eficiente y eficaz, porque la cercanía productor-cliente o servicio-cliente, asegura alcanzar más fácil y rápidamente sus demandas y rectificar las ofertas según los criterios y quejas del cliente.

4. ¿CÓMO EMPRENDER UN DESARROLLO RÁPIDO Y EFICIENTE DE MICROEMPRESAS SIN AHORROS PERSONALES?

Cuba es un país con un sistema que no permite la acumulación de las riquezas en manos privadas, aún cuando esas riquezas sean el fruto del trabajo legal y familiar. Esto ha provocado que la mayoría de los ciudadanos vivan al día en sus finanzas personales o familiares y que no logren acumular ni un pequeño capital para poder emprender empresa por cuenta propia.

Ante esta situación que es un dato de la realidad, debemos pensar seriamente en la formación de un sistema de microcréditos al estilo del Banco de los Pobres que fundó el economista de Bangla Desh, Muhammad Yunus, que ahora ha sido reconocido mundialmente con el Premio Nobel de la paz 2006.

Nadie puede esperar que se emprenda una microempresa sin una inversión inicial y esta en Cuba sólo puede tener tres fuentes:

- el dinero de la familia en el exilio;
- el dinero “reciclado” de los antiguos militares y cuadros convertidos en “nuevos empresarios”;
- los microcréditos otorgados con el máximo de facilidades posibles.

Estas tres alternativas expresan por ellas mismas la importancia de un sistema o bancos de microcréditos ya que las otras dos alternativas crean grandes diferencias y privilegios para ambos sectores: los que tienen familia en el exterior y los que fueron cuadros del anterior régimen.

Por ello el sistema de microcrédito ayudaría a una cierta nivelación de oportunidades que, sin llegar al igualitarismo, ni mucho menos, permitiría que unos amplios sectores de la sociedad cubana pudieran tener acceso rápido, limpio y suficiente a un pequeño capital de inversión con el que emprenderían su microempresa.

Por supuesto que aunque estemos hablando de microcrédito, un proyecto de promoción de microempresas requiere de un macrofinanciamiento, luego de medio siglo de economía centralizada y monopolizada por el Estado. Ese macrofinanciamiento debe dar origen a varias alternativas de distribución, con un sistema crediticio sencillo, ágil y confiable, con criterios de eficiencia pero también con criterios de justicia social que permitan que el gran capital creado para revitalizar la economía cubana no cree exclusivamente pocas y gigantescas empresas sino que sea administrado y distribuido de tal forma que sea un verdadero “chance” para los sectores más vulnerables. Esto será decisivo para la credibilidad de los políticos y el triunfo de las reformas económicas en un país que tiene una enorme sensibilidad hacia la seguridad social y la justicia distributiva.

III. CONCLUSIONES

Los primeros meses y años de una transformación política y económica son decisivos y definitorios del futuro del país en cambio. Es necesario, por tanto, prestar una enorme atención al impacto inmediato de las reformas económicas para lograr justificar y sostener los demás cambios políticos y sociales.

Estamos convencidos de que la primera atención en este sentido debe ser centrada sobre la promoción y consolidación de las microempresas, concibiéndolas como fermento interno de los mecanismos de mercado, como dinamo para la reconstrucción material del país y como espacio de participación y desarrollo personal, familiar y social de los ciudadanos, especialmente de los menos favorecidos.

Para el desarrollo y la consolidación de un próspero sector del comercio y los servicios en microempresas, se hace indispensable en Cuba establecer un sistema complementario de microcréditos que responda a la dura realidad de que la inmensa mayoría de los cubanos y cubanas no tienen ahorros personales ni capital familiar para emprender ni invertir.

Cese la crispación

Los cubanos estamos viviendo en un clima de tensión e incertidumbre que llega a los límites de lo soportable. Decía mi abuela que uno nunca sabe hasta dónde puede aguantar la gente, hasta cuánto se puede sufrir más.

No es necesario describir el ambiente, basta salir a la calle, o si prefiere, poner el oído en el centro de trabajo, o escuchar las oraciones de la gente en las iglesias, o, si no puede salir a esos lugares, bastaría escuchar el quejido sordo, sin voz, despreciable para los grandes medios, ignoto para los que deciden, obviado por los que no quieren más de lo mismo; parecería ser que todos lo percibimos dentro de nosotros cuando nos dice: “ya no puedo más”, o cuando nos grita en el hondón del alma: “¿hasta cuándo?”.

Cuba sufre, pero la gente lucha, no se sabe hasta cuándo: los más honestos y mejor dotados, inventan a lo cubano y no se dejan arrastrar a la ilegalidad ni a la desesperanza; los más desprovistos se cansan pero no cejan; los más apoderados se marchan “¡para dónde sea!”; los más desesperados se lanzan al alcohol o al robo, y... los que no pueden ya luchar más, los que no pueden ni con su vida, se suicidan.

Ya sé que ahora mismo habrá algún lector, probablemente de los primeros de la lista del párrafo anterior, que dirá que esta es una visión muy cruda, hasta pesimista. Respeto su opinión y lo invito a comprobarla por sí mismo, saliendo de su círculo habitual, de sus probables ubicaciones, hasta le pediría que hiciera un esfuerzo por conversar con la gente, por defender una visión más positiva, más constructiva, menos dura, tal y como lo intento hacer yo cuando puedo y la gente me aguanta la incitación a la esperanza, unos minutos antes de espetarme desafortunadamente un “¡compadre, pon los pies en la tierra!”.

Incluso creo que son más, muchos más, los que ahora mismo, en Cuba, están luchando denodadamente contra la angustia, contra la pesadumbre que se cierne sobre nuestras cabezas, a diario y por todos los medios de comunicación. Son más, muchos más, los que hemos encontrado un sentido de la vida y una razón convincente y profunda para permanecer aquí, en Cuba, nuestra querida tierra.

Pero esto no me permite acostumbrarme a la calamidad, disimular la situación, hacer como si no fuera, perder la ubicación y la solidaridad con el que sufre. No es hablando lindo y pensando en el cielo como se resuelven los problemas de esta tierra. Hay que poner manos a la obra, pies en el suelo, brazo extendido y fuerte para ayudar al que cae, mano abierta para compartir y corazón despierto para no caer en el sopor de la resignación y el falso consuelo de que otros están peores que nosotros.

El que se acerque a los noticieros de nuestra televisión nacional verá que todo es en blanco y negro, aunque su televisor sea a colores: todo en el mundo está malo, muy malo, la hecatombe... negro. Y todo en Cuba está bueno, muy bueno, perfecto... blanco. Esto es la esquizofrenia, el "opio que adormece las conciencias", tal como en algunos tiempos han sido algunos creyentes que, "pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si estos fueran ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que esta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más grandes errores de nuestra época." (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*. N° 43).

No todo es blanco y negro, y no sólo la religión ha sido, en ocasiones, opio enajenante de las conciencias. También los medios de comunicación, el poder económico o político han ejercido este efecto contra-productente al intentar adormecer con la mentira lo que la vida real se encarga de despertar a cada paso. La realidad es imposible de retener, se desborda, se comunica, corre de boca en boca, como la mentira, con la diferencia que la vida siempre nos devuelve la verdad y el tiempo nos la confirma.

Por eso no conviene a ningún pueblo, en ninguna época, ni por cualquier causa política, electoral, económica o religiosa, crear una atmósfera

falsa, ya sea de rara tranquilidad, ya fuera de guerra inminente y castrófica.

La crispación que provoca un clima de tensión desmesurado y manipulado es tan perjudicial para los agredidos como para los agresores. Un clima de guerra, de confrontación, de alarmismo, de discursos incendiarios, de respuestas numánticas; una atmósfera en que la gente sencilla del pueblo crea que va a ocurrir una invasión en cualquier momento, en que la gente de trabajo tenga que soportar, además de todas las carestías, una angustia artificialmente provocada por los medios, por medidas, por traslados de armas, por construcción de refugios, por palabras y gestos, repletos de amargura y frases como epitafios que nos sitúan a todos, sin previa consulta, en un supuesto fin del mundo y de la vida.

Eso no beneficia a nadie. Ese ambiente de confrontación no ayuda a ninguna causa buena. Esa especie de permanente zafarrancho de combate no deja trabajar en paz a nuestro pueblo. Eso ayuda a los que desean que nos distraigamos de lo fundamental que es el bienestar, el progreso y la libertad de nuestro pueblo.

Ante medidas electorales venidas desde fuera, es necesario responder, sosegadamente, concentrándonos en resolver nuestros propios problemas de adentro, entre nosotros, los cubanos. Esa es la médula de la actual situación. Lo reiteró cinco veces el Papa en su inolvidable visita a Cuba: “Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional”. Y también decía el Pontífice: “Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba”.

Detengámonos a evaluar estas dos exhortaciones medulares del Papa para Cuba a la luz de los últimos acontecimientos en nuestro país:

- ¿Estamos siendo nosotros, los propios cubanos, los protagonistas de nuestra propia historia, es decir, estamos concentrados en resolver entre nosotros nuestros propios problemas, estamos enfrascados en nuevos proyectos, en una nueva oportunidad para todos, estamos promoviendo por nuestra propia voluntad soberana aquello que el mismo Papa llamó, un año después de su visita, “estimular las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad”?

- O por el contrario, ¿estamos en una dinámica de responder a lo que viene de fuera, a lo que dicen los demás, a poner fuera lo que debe situarse dentro? ¿Cuál es el contenido y la motivación de los principales llamados o contramedidas o planes? ¿Construir un país mejor entre nosotros o batallar con un país o un sistema fuera de nosotros?

- ¿En qué consiste hoy nuestra historia personal? ¿La protagonizamos cada uno de nosotros soberanamente o nos la manipulan y controlan los poderosos de todos los lados?

- ¿A qué se ha reducido nuestra propia historia nacional? ¿A una batalla hasta la última gota de sangre o a una convivencia pacífica y progresista, soberana y laboriosa? ¿Sufrimos o creamos? ¿Resistimos o superamos los obstáculos?

- Y, además, ¿Nos estamos abriendo al mundo o nos cerramos a todos y cada uno de los países que no piensan como algunos esperan y otros rechazan? ¿Nos abrimos a todos en la diversidad que es la realidad de este mundo y de todos, o nos peleamos con la mayoría del mundo en el que deberíamos estar insertándonos e integrándonos, e incluso con los que han sido en los momentos más malos nuestros únicos amigos? América Latina, Europa, Canadá y Estados Unidos, ¿no podrán dejar de ser nunca o enemigos o lacayos de los enemigos? ¿No podrá algún día cesar la confrontación y venir un tiempo de serenidad, respeto a las diferencias, respeto a las soberanías de todos y a la nuestra? ¿Cuba no podrá abrirse al mundo y el mundo a Cuba y Cuba a todos los cubanos y cubanas de aquí y de la diáspora?

- ¿Cuba no podrá vivir con la seguridad de que no corremos peligro de extinción, ni de invasión, ni de absorción, ni de dispersión, no porque no haya todavía en el mundo algunas gentes que deseen aún estas trasnochadas aberraciones, sino porque estemos seguros de nuestras propias potencialidades humanas, porque creemos en nuestra propia historia, porque nos inspiremos, de verdad, en la esencia de amor y de paz de nuestros patricios que fundaron una nación lo suficientemente noble y fuerte, respetuosa y cordial, decente y generosa, como para que pueda, por ella misma, sin crispación, ni batallas, sin palabras ofensivas, ni epítetos denigrantes, sin invasiones, y sin medidas de ningún lado, ser un país soberano, abierto, solidario, justo, fraterno, interdependiente, integrado en su región?

- ¿Cuba no podrá avanzar, en medio de este mar de incertidumbres, hacia el puerto seguro de su propia identidad sin tener que atacar, ni defenderse de nadie?

- ¿Cuba no podrá dejar a un lado las batallas del odio para entrar en la dinámica constructiva de la paz? Sí, así mismo, paz, paz. No sólo la paz de la ausencia de guerras, sino la paz del entendimiento, la paz del diálogo, la paz de la concertación, la paz de las conciencias que

pueden vivir en la verdad, la paz de la libertad del alma que puede expresarse y crear sin rejas ni embargos.

- En una palabra, ¿No podrá Cuba entrar en un franco proceso de reconciliación?

He aquí una palabra y una realidad ausente de nuestros medios, de nuestros discursos, de nuestras medidas y las de los demás. Creo que Cuba necesita un clima de reconciliación, un lenguaje de reconciliación, unos gestos de reconciliación, unas actitudes de reconciliación y un futuro de reconciliación.

Sé que esta palabra no cae bien, no se entiende bien aquí dentro porque se cree que es una palabra de debilidad o de concesiones indignas. Tampoco se entiende en algunos sectores de la diáspora cubana, por las mismas razones pero de signo contrario: “¿reconciliarnos con quién?” –dicen algunos; “¿Reconciliarnos para qué?” –dicen otros.

Yo creo que este es un tema con el que culmina este artículo pero que debe ser tema para más reflexión, para una larga y preciosa reflexión nacional desde todas las orillas, ya hay algunos cubanos que hemos emprendido este camino en ambas costas.

Sólo expresar al final de estas opiniones el itinerario que me parece más oportuno e integrador: La reconciliación es fruto de un largo camino:

- Ese camino debe empezar por el encuentro de los caminantes, porque nadie se reconcilia sin encontrarse primero y conocerse y conversar y compartir la vida y las ideas y proyectos.

- Ese camino de reconciliación debe continuar caminando juntos en la búsqueda de la verdad sobre los propios caminantes, sobre las historias vividas por separado, sobre los fallos y logros, sobre los errores que nunca más se deben cometer.

- Este camino de reconciliación está también indisolublemente unido a la búsqueda de la justicia porque no se trata de saltar por encima de los errores sin pedir responsabilidad por ellos, eso precave el mal por venir y sana, cuando es justicia verdadera y no revancha, y no ensañamiento, ni reconcomio.

- Pero no podrá ser justicia verdadera y sin saña, como quería Martí, si el camino de la justicia no va acompañado del perdón y la magnanimidad. La suma justicia es la suma injusticia, decían los clásicos, y la justicia que no culmina en misericordia, que no es contubernio con los errores, sino respeto a la dignidad de las personas que han

errado, es una justicia despiadada e inhumana que sólo conduciría a más injusticia y violencia.

- Por último, el camino de la reconciliación es coronado por la búsqueda de concertaciones y consensos a nivel social, político, económico y cultural. Concertaciones que no disimulan las diferencias pero que se centran en las coincidencias y convergencias. Consensos que sirven para crear nuevos proyectos y abrir nuevas puertas al desarrollo y a la paz.

He aquí un hermoso y apasionante camino para Cuba. No nos quedemos en el comienzo de esta reflexión. Ese comienzo que nos pone de cara a la parte de verdad que vivimos y conocemos, ese comienzo que nos hace solidarios con los que sufren sin medida y sin esperanza, no tendría ningún sentido, estoy convencido de ello, si no se abriera rápida y saludablemente a la proposición, a las expectativas renovadoras, a la apertura de mente y de corazón, a las propuestas de caminos, es decir, a las obras y gestos, palabras y señales, pequeñas, pero llenas de sentido, que mantienen viva nuestra esperanza.

Sí, a pesar de todo, cese la crispación y venga la esperanza. Esperanza sin opio, sin disimulos, sin escapes hacia ningún lugar, la única esperanza fecunda que es la que nace de la verdad, de la justicia, de la magnanimidad y de la reconciliación.

¿Por qué nos cuesta tanto a los cubanos alegrarnos con el bien ajeno?

Asunto polémico porque nos toca a todos y a todas. Hay siempre excepciones, matices, apreciaciones diversas, pero el hecho es, sin fijarnos en la cantidad que lo siente, que no pocos cubanos tenemos serias dificultades para alegrarnos sin buscarle manchas y sinceramente del bien ajeno.

A lo mejor usted es una persona que no siente de esta manera, nunca o casi nunca, pero lo invito que mire a su alrededor y comience a observar las reacciones de los amigos y conocidos ante un logro, una premiación, una promoción o un adelanto cualquiera de los demás.

Podemos encontrar con frecuencia una primera postura que corresponde a aquellos que hacen todo lo posible por minimizar el logro, el ascenso, el bien recibido por otros. Si se tratara de ellos, tendría la mayor importancia pero como se trata del vecino, del amigo o del contrincante, entonces lo “relativizamos” tanto y lo colocamos de tal manera en “su lugar” que se nota el deseo consciente o inconsciente de minimizar.

Otra postura lamentable entre no pocos cubanos con relación a este sentimiento de rechazo a los logros ajenos, es la de aquellos que no se refieren al logro sino que comienzan a señalar los “problemas que presenta” y embarran a la persona del beneficiado o del que recibe un beneficio. Estas son aquellas personas que no ven la luz del sol sino sólo sus manchas. Otros, por su parte, además atacan a la persona, institución o grupo que ha otorgado el beneficio o la gratificación, desacreditándolos para lesionar así al que ha sido reconocido.

Esto ocurre en todos los ambientes de la vida. Lo vemos entre miembros de una misma familia, en los centros de trabajo, en las escuelas tanto entre profesores como entre alumnos. Lo vemos incluso en los grupos

de la sociedad civil, en las iglesias, en las agrupaciones de la cultura y en los actores nuevos y viejos de la política.

Es una especie de epidemia de la envidia. Es una plaga de miserias humanas. Es una fiebre de bajezas. Es una corriente subterránea, o mejor, subcutánea o subconsciente de vilezas y sentimientos rastreros, que no son exclusivos de la cultura cubana en general, pero que hace siglos lesionan nuestra dignidad, nuestra idiosincrasia y nuestra historia.

Recordemos sólo algunos casos sintomáticos como el caudillismo de la Guerra de los Diez Años, los encontronazos entre los civiles y los militares de entonces, las diatribas entre los pinos viejos y los nuevos antes de que Martí los uniera en la obra de consenso mayor de nuestra Historia, recordemos las rencillas de La Mejorana, los traspíes de los primeros años de la República entre generales y doctores, y así hasta nuestros días.

Un pueblo que no educa a sus hijos para que sientan como propia la gloria ajena es un pueblo que desciende hacia la poquedad del ser. Es un pueblo que no crece en dignidad porque no lo deja incorporarse el peso de las vilezas.

Es verdaderamente triste ver la incapacidad para alegrarse de verdad con quien ha tenido un triunfo en su vida familiar, profesional, social, política o religiosa. Incluso, es más denigrante ver cómo mientras más cultas y estudiadas son las personas y los grupos, más duros, insensibles y reacios se muestran ante los laureles de los demás. Y más inmodestos y verdaderamente humildes nos mostramos ante los méritos propios.

Pero no creamos que estamos hablando de pequeñas diferencias cotidianas, de envidiejas vecinales, de vilezas pueriles, estamos hablando de un horrible cáncer que deforma, mutila y obstruye la vida social cubana.

En efecto, aún cuando en la sencillez de la vida ocurren estas faltas de sensibilidad cuando los demás progresan, en la medida en que esto se va convirtiendo en una actitud de vida, en un reflejo inconsciente que rebota el triunfo ajeno, entonces esa costumbre envilece la atmósfera social y la hace irrespirable.

La incapacidad para compartir solidariamente y reconocer el triunfo de los demás es una de las causas profundas, más destructivas, del deterioro del tejido social. Cuba no avanza más porque los que triunfan tienen más enemigos que quienes pierden.

Cuba no logra mayores consensos históricos porque los que no se lanzan hacia arriba, no sólo retardan el adelanto, sino que se convierten en detractores de los que van creciendo.

Cuba se deshilacha en mil hebras deshilvanadas por los vericuetos de la amargura y el resquemor que sentimos cuando otros triunfan, sean amigos o enemigos.

Si Cuba “apedrea a sus profetas” con las miserias humanas de los que han dejado anidar la vileza y la envidia en su corazón, habrá escogido el mismo camino de aquella vieja Jerusalén que crucificó el viernes al que había recibido como un rey triunfador el Domingo de Ramos. El pretorio y el sanedrín no soportaron la entrada triunfal del Nazareno, y haciendo gala de su bilis, condenaron al justo y escupieron al inocente... sólo porque no podían soportar que lo siguieran muchos, lo proclamaran rey otros, y lo aceptaran como Mesías algunos. Y ya sabemos en qué paró toda aquella historia de una generación y de una ciudad tan veleidosas... allí no quedó “piedra sobre piedra”.

Cuba no podrá reconstruirse económica y moralmente si no aprendemos a aceptar, respetar y admirar los triunfos ajenos.

Y esto es un proceso educativo arduo, difícil, que necesita mucha fuerza de voluntad y mucha sinceridad, porque no se trata de fingir que uno se alegra del bien ajeno, se trata de aprender a sentirse solidario y orgulloso de que otros triunfen, sean gratificados y avancen en la vida.

No estamos llamando a la hipocresía, que sería tan rastrera como la envidia y la amargura del bien de los demás. Se trata de ese largo y tesonero esfuerzo por reflexionar y pensar muy seriamente:

¿Cuál es mi actitud ante alguien que triunfa?

¿Cuál es mi primera reacción ante el reconocimiento de las virtudes del otro?

¿Cómo acepto el triunfo de mis amigos o de mis enemigos?

¿Qué siento por dentro cuando otros reciben un reconocimiento?

Intentemos algunos pasos pequeños pero firmes, muy firmes, para sacar de adentro de nosotros mismos esa amargura por el bien de los demás:

- Aceptemos interiormente, en el silencio de nuestra alma, que los demás tienen méritos y pueden triunfar legítimamente;
- Guardemos silencio cuando sintamos esas ganas irreprimibles de rebajar el mérito ajeno, de descalificar el bien otorgado;
- Hagamos el propósito de aprender a respetar, aceptar y reconocer todo bien ajeno;

- Expresemos en público y en privado que nos alegramos de los triunfos de los demás;
- Y primero, antes que todo, digámonoslo a nosotros mismos en nuestro interior;
- Encontramos o llamemos al que ha recibido un bien, un reconocimiento o un triunfo y comuniquémosle nuestro aprecio y su significado para Cuba.

Y sobre todo, sanemos nuestro interior, no dejemos que la envidia nos corra el alma. Hagamos limpieza dentro de nosotros mismos y subamos la parada para no hundirnos en el barro de las miserias humanas, de las vilezas y amarguras ante el bien de los demás y de la nación.

Si hubiera más reconocimiento por parte de otros, habría menos auto-suficiencia pedante y menos arrogancia y más humildad.

Así estoy seguro que haremos un bien tremendo al país, a nuestras relaciones interpersonales, a nuestros amigos y también a nuestros enemigos.

Entonces se hará realidad en nuestro corazón y de su abundancia saldrá por nuestra boca aquel refrán popular que resume nuestra reflexión de hoy:

“Al que Dios se lo dio, San Pedro se lo bendiga”. ¡Y nosotros también!

La desconfianza

Los trabajadores le preguntaron: '¿Quiere usted que vayamos a arrancar la cizaña?' Pero el Señor les dijo: 'No, porque al arrancar la cizaña pueden arrancar también el trigo. Lo mejor es dejarlos crecer juntos hasta la cosecha'.

(San Mateo 13, 18-30).

La desconfianza es uno de los males cívicos más dañinos y desintegradores de la sociedad cubana actual. Lo podemos comprobar a nuestro alrededor.

En primer lugar en el seno familiar: los padres desconfían de sus hijos y estos de todos en la casa. Un hermano teme y desconfía de la discreción de su otro hermano. Hay padres que recomiendan a sus hijos que no digan a nadie lo que oyen en la casa. Hay abuelos y tíos que recomiendan a sus nietos y sobrinos que no digan en la escuela lo que se habla en familia. La tradicional puerta abierta o con “el ganchito” por la que entraban hasta la cocina los vecinos y amigos es hoy el portón de un castillo medieval, puerta con tres cerrojos, mirilla, reja y candado.

La íntima y dicharachera tertulia de la cocina, mientras se escogía el arroz y se tomaba el café, ha desaparecido porque es mejor que la gente del barrio no vea lo que tenemos para cocinar o el equipo electrodoméstico que compramos por la izquierda. La familia se esconde para comer y hasta candados y cerraduras se han instalado en las puertas de refrigeradores y escaparates... ¿Para cuidarse de quién?: de la misma familia. Porque nadie de la calle accede a esos lugares.

Parece increíble, pero sabemos de casos de algunos que se hacen “novios o novias” de personas “que atienden” para enterarse de cerca de sus intimidades, atacarlas por el lado flaco que todos tenemos y si se diera el caso, como se ha dado, chantajearla o amenazarlo con alguna de las “dificultades detectadas”. Otras personas, simplemente, no saben con quién se han casado porque sólo conocen la verdadera identidad de su

pareja cuando se “quema”, se “destapa la operación” o es descubierto. La sensación de que se ha entregado la vida y los detalles de la mayor intimidad a una persona, causa un daño irreparable en el cónyuge o la esposa que han sido utilizados o por lo menos engañados. La familia ha puesto, por encima de los lazos de sangre, los recelos de la desconfianza.

Lo que antes era el vecindario, lugar común y fraterno en la vida pueblerina de nuestras ciudades y campos, es hoy un campo de observación y disimulos. Puede decirse que nuestras cuadras se han convertido en lugares de recelos, miradas sigilosas a los puntos de observación de los vecinos que sabemos que “están puestos para las cosas”. Un vecino habla y sospecha que el otro vecino es el “informante”.

Una espada de Damocles pende sobre el barrio: “siempre hay un ojo que te ve” se ha introducido en nuestras mentes como policías automáticos e invisibles, colocados en nuestra propia intimidad para advertirnos del peligro. Y, en efecto, todavía en ocasiones funciona ese diabólico mecanismo de control milimétrico que tiene que “saber” e “informar”, quién entra y sale de tu casa, quiénes son los amigos que más frecuentan, qué tenía la jaba que traía la vecina, con qué dinero has realizado los arreglos de tu casa que hacía más de cincuenta años que no se reparaba, por qué no fuiste a trabajar hoy, por qué cambiaste de trabajo. Incluso algunos, más alardosos y más brutos, proclaman que le han puesto un teléfono de repente “para hacer un trabajo en la cuadra”. Todos, incluso la empresa que los instala, saben que una gran cantidad de los nuevos teléfonos han sido priorizados y asignados a organismos de control que los “necesitan para ese trabajo en los barrios y cuadras”. El barrio ha puesto, por encima de los lazos de la amistad y la convivencia tradicional entre cubanos, el sigilo de la desconfianza.

En los centros de trabajo se agudiza esta situación. La atmósfera es irrespirable. Los que antes eran compañeros de trabajo ahora son luchadores por el “estímulo material”. Ya sabemos que “compañero” no es una mala palabra sino una palabra de origen fraterno y cristiano derivada del latín, *cum panis*, los que comparten el mismo pan: del alimento, del trabajo, de la diversión, de la amistad. Existen, incluso, centros de trabajo en los que hay personas que se dedican a llevar minuciosamente una lista con los fallos de los demás para cuando llegue la asamblea de asignación de artículos. Esa lista llega a lo más íntimo y descarnado de la vida privada y laboral de los que deberían ser sus compañeros. Palabra viciada, desfigurada, maltratada y casi demonizada por la desconfianza

y las peticiones. Tal parece que lo que importa no es el contenido de trabajo real sino el tener controlados y localizados a los trabajadores durante ocho horas diarias de su vida.

Así, pudiéramos ir describiendo cada uno de los ambientes sociales donde se siembra y se recoge desconfianza... pero no debemos insistir tanto porque esta misma descripción puede contribuir a esa siembra de recelo que aún no ha calado en algunos... ingenuos o distraídos. Porque parece ser que sólo quedan esos, los que ya viven sin vivir por el sigilo y un pequeño grupo que tiende a crecer, que ha decidido liberarse de ese virus, saltar por encima de micrófonos reales y policías virtuales y decidirse a vivir con transparencia.

He aquí, me parece, la palabra clave. Si buscamos el origen de la atmósfera irrespirable de la desconfianza lo podemos fácilmente encontrar en las siguientes causas:

- el establecimiento de un estado policial;
- la utilización de colaboradores, por lo general, ciudadanos con problemas que son presionados;
- invertir la escala de valores y hacer de la delación un mérito y de la tarea de “informar” un “trabajo”;
- dividir para vencer, recelar para debilitar al adversario, difamar para aplastar su vida no sus ideas;
- fomentar una cultura del miedo, como caldo de cultivo del auto-control.

En efecto, quien teme y no sabe bien a lo que teme se paraliza y se desintegra por dentro. Quien teme a todo porque vive en un país en que todo es ilegal, y si no lo es, puede serlo de un día para otro, y volver a dejar de serlo luego de un simple discurso o resolución que nunca se publica, ese ciudadano vive en un estado paranoico del que naturalmente quiere huir si no puede superarlo por sus propios medios.

Pues bien, decíamos que una clave para superar ese recelo es, primero, conocer sus causas y sus gestores. Es muy saludable para vencer el miedo conocer quiénes y por qué cultivan y mantienen este estado de “desconfianza nacional”. Es muy saludable hacer consciente lo que se pretende alcanzar con esa “desconfianza capilar”. Sabemos que entre otros objetivos, hay por lo menos uno muy explícito: controlar lo diferente. Y otro, menos explícito pero más determinante, intentar que no se asocien los ciudadanos que tienen algunos criterios o metas comunes, porque un espacio común dentro de las diferencias propias de la diversidad,

es más “peligroso” para los que quieren mantener el control total que cualquier “amenaza” externa.

Otra clave es determinar bien las posibles consecuencias de una delación, del trabajo de un “informante” dentro del grupo o del barrio, estudiar bien qué importancia podría tener compartir un espacio con alguien o algunos que sabemos o sospechamos que son o fueron colaboradores del adversario. Creo, sinceramente, que la mayoría de las veces no alcanzamos a calcular bien las consecuencias reales. El fantasma que llevamos dentro tiene parte de policía y parte de mago para unas veces inventar y otras agrandar la sombra de lo que realmente puede ocurrir. El caso extremo es una luz para desvelar fantasmas: los que están en la cárcel injustamente no están porque alguien los delató, están porque hicieron lo que hicieron a la luz pública y lo proclamaron por los medios a su alcance. No hubo en ellos ni misterios ni clandestinaje.

La clave final para vencer la desconfianza y el miedo es la transparencia. Transparencia en lo que se piensa. Transparencia en lo que se dice. Transparencia en lo que se hace. La transparencia es la llave para cerrar la puerta de la desconfianza, del miedo y de los misterios. No se puede considerar clandestino, ni se puede delatar lo que se dice y se escribe públicamente. El policía que llevamos dentro y los que están por todos lados no tendrán que investigar nada, ni descubrir, ni delatar nada que se haga a la luz del día.

No hay nada que desintegre más una familia, que desintegre a los grupos de la sociedad civil y que fraccione a la nación como la desconfianza. Quien siembra la desconfianza, sospecha de todo y de todos, aún sin quererlo, divide, deja caer en los demás la responsabilidad y la culpa y, al final, se queda solo.

No se trata de pasar de la desconfianza como estilo a la ingenuidad ciega. La realidad es que estos extremos dañan igualmente. ¿Cómo encontrar el equilibrio que sane a los cubanos de tal gangrena cívica?

¿No sería posible arriesgar –siempre hay que arriesgar– una cuota razonable de confianza mutua en nuestras familias, en los vecinos de un mismo barrio, entre los grupos de la sociedad civil, incluso, al interior de las iglesias? ¿No sería posible colocar la transparencia en un sitio más alto en nuestra escala de valores?

Porque, a fin de cuentas, ¿No habrá personas en nuestras familias, en nuestros barrios, en los grupos de la sociedad civil, en las comunidades eclesiales, en todos ellos, que sean dignas de confianza, que estén allí

de buena voluntad, que tengan la honestidad y la integridad personal que los haga acreedores de un mínimo de confianza? ¿Será la hora de la cosecha en Cuba en que sólo Dios podría juzgar qué es trigo y qué es cizaña? ¿O será esta la hora de dejar crecer juntos trigo y cizaña para no paralizar la siembra ni malograr la cosecha?

Confiemos.

Las ollas de Egipto en Cuba

El Señor hizo que se endureciera el corazón del Faraón, rey de Egipto y que persiguiera a los israelitas que habían salido de la esclavitud con la frente en alto... Cuando el Faraón estaba cerca, los israelitas levantaron la vista y vieron venir a los egipcios. Entonces temieron mucho, pidieron ayuda al Señor y dijeron a Moisés: ‘¿No había cementerios en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto? ¿No te decíamos: déjanos como servidores de los egipcios, pues nos conviene más ser siervos que morir en el desierto?’

(La Biblia. Éxodo, cap. 14, 8-12).

La comunidad de los israelitas comenzó a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto, diciéndoles: ‘¡Ojalá el Señor nos hubiera hecho morir en la esclavitud de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y nos hartábamos de pan! Pero ustedes nos han traído a este desierto para hacer morir de hambre a toda esta gente’. Moisés respondió: ‘Dile a toda la comunidad de los israelitas: Acérquense ante el Señor, porque Él ha oído sus murmuraciones’.

(Éxodo, cap. 16, 2-3 y 9).

Esta antigua y verdadera historia recogida en *La Biblia* desde hace miles de años nos presenta las formas de actuar del ser humano en las diferentes circunstancias en las que se encuentra:

- El pueblo de Israel había caído bajo la esclavitud de Egipto. Allí trabajaban como esclavos para el Faraón y este los alimentaba con las famosas “ollas de Egipto”.
- Moisés y Aarón lograron sacar el pueblo de la esclavitud “con la frente en alto”.
- La libertad tiene su precio, hay que conquistarla con sacrificio, eso significa el “desierto” por el que hay que pasar para llegar a la tierra prometida. Es el largo camino hacia la libertad.

- Pero parte del pueblo prefiere ser siervos que caminar hacia la libertad. Prefiere las ollas de Egipto, es decir, el pan sin libertad, que la libertad con sacrificios.

- Moisés no desespera por el envilecimiento del pueblo. Le recomienda acercarse más a Dios porque Él “ha oído sus murmuraciones”.

En todos los tiempos y en todas las naciones, también en Cuba, se ha repetido la historia de esta disyuntiva: ¿pan sin libertad o libertad con sacrificio? ¿Ollas de Egipto o desierto?

El pueblo que ha vivido en Cuba ha vivido a lo largo de sus cinco siglos de historia conocida, mucho de olla y mucho de desierto. Tal ha sido el vaivén y las vicisitudes del trayecto hacia la libertad. Una nación no se forma recostados a la almohada, ni sentándose junto a “las ollas de Egipto”. “Resolver” nuestro problema de pan y bienestar no es vivir en la libertad. Es más fácil recoger la ración fácil que nos “dan” cada día junto a la olla. Lo que es difícil y requiere “frente en alto y caminar en el desierto” es ganarse ese pan con el propio esfuerzo y luchar la libertad para salir de la esclavitud del Faraón. De todos los faraones y de todas las esclavitudes.

Vivir es siempre más difícil que morir. Liberarse es siempre más difícil que dejarse someter. Trabajar y sudar el pan y la libertad es siempre más difícil que cambiar la libertad por el pan “dado” y “agradecido” por vivir sin trabajar. O haciendo como que trabajamos.

Cuando el paternalismo acostumbra a un pueblo —y el pueblo se deja acostumbrar asintiendo con la cabeza hacia abajo— a “lo que darán”, a lo que “me toca”, a las “medidas que vienen de arriba”, a la distribución de lo que otros deciden que necesitamos, entonces se crea lo que podemos llamar “cultura del pichón”: quedarse en el nido y abrir la boca para esperar a lo que los padres nos echen.

El camino hacia la libertad es siempre muy distinto de nuestros gustos y de nuestras comodidades. La libertad cuesta o no es verdadera libertad. Me refiero no sólo a las libertades civiles y políticas, sino también a las libertades económicas y sociales. Aún más y sobre todas, me refiero a la libertad de ser uno mismo, de elegir su proyecto de vida, de pensar con su cabeza, de poder ser protagonistas de nuestro destino. Esto cuesta más que las ollas de Egipto.

Si seguimos el itinerario de aquel pueblo de la *Biblia*, lo primero es disponerse a “salir de la esclavitud con la frente en alto...” Esto es, tomar conciencia de la propia dignidad y de los propios derechos. Eso es alzar la frente. Ser conscientes de lo digno, lo bueno, lo verdadero.

Se trata de no ser cómplices de una escala de valores invertida: que da por buena la esclavitud y por digno la sumisión. Que pone las ollas por encima de la frente y lo material fácil como mejor que lo espiritual difícil. Convertir esta escala de valores y reconocer que lo blanco es blanco y lo rojo es rojo, es el primer paso en el largo camino de la liberación personal y social.

El segundo paso es no desfallecer ante las dificultades propias del camino en el desierto. Para un pueblo que había vivido tanto tiempo sin iniciativa propia no es fácil comenzar a gestionarse sus asuntos. Mejor era regresar a las “ollas de Egipto”, símbolo inequívoco de la dependencia material que no libera sino somete y presiona. Las ollas representan el materialismo del que pone la barriga por encima de la frente. Pobre del pueblo que quiera más las ollas que la libertad “de pensar y hablar sin hipocresía”.

Las ollas de Egipto han sido siempre y en todas partes el símbolo del chantaje que el poder ejerce sobre los oprimidos para “darle” como dádiva lo que cada cual tiene derecho y deber de buscarse por sí mismo. Pero para ello necesita dos cosas, por lo menos: libertad para tomar la iniciativa por sí mismo y con sus propios medios y esfuerzos y espacio de libertad para poder establecerse en “tierra de libertad”, es decir, el marco legal, el espacio social y el respeto al derecho de emprender sus empresas, sus proyectos, su forma de organizarse, su manera de ganarse el pan y las vías para poder compartirlo en libertad y solidaridad.

Si desfallecemos no llegamos a la orilla de la libertad, de la justicia social, de la solidaridad, de la fraternidad. Las ollas y los demás efectos domésticos siempre están más cerca y más fáciles de alcanzar que la convivencia en democracia y responsabilidad. Aquella se “resuelve” repartiendo la pobreza, esta se lucha educando para la iniciativa y la participación.

Algunos siempre se adelantan en el peregrinar por el desierto. Moisés, Aarón y los demás fieles al Señor que los sacó de la opresión de Egipto, sabían que Dios no abandona a su pueblo, pero que tampoco es un Dios paternalista que reparte cosas en el desierto. El maná, el agua y las codornices fueron para dar señales de que Él caminaba con su pueblo hacia una vida mejor, pero eran insuficientes para educar al pueblo en que tenían que gestionar su propio destino. Dios nos quiere libres pero responsables, no siervos y dependientes de un falso providencialismo que acomoda a la gente a lo que “vendrá”, sin mover un dedo.

Cuando el pueblo de Cuba pase este Mar Rojo y llegue al desierto de una sociedad en la que todo cuesta, en la que muchos usarán su cuota

de libertad con un individualismo salvaje, tomando como proyecto de vida el “sálvese el que pueda”. Los que no podamos estaremos inmediatamente tentados a regresar a las “ollas de Egipto”. Recordarlo hoy es preparación para mañana. La libertad y la responsabilidad exigirán no un sálvese el que “pueda”, sino un empoderamiento de los ciudadanos para que cada cual “pueda” ser protagonista de su propia historia y “quiera” compartir ese “poder” para construir una convivencia ciudadana solidaria y fraterna.

Vendrán los que se conviertan en caminantes egoístas, solitarios y faraónicos. Por eso es bueno educar para la solidaridad desde hoy mismo y, en su momento, poner límites a un falso liberalismo no con más opresión, sino con un marco legal que coloque un contén al individualismo y al monopolio del tener, del poder y del saber.

Vendrán los caminantes que quieran regresar a las “ollas de Egipto”. Por eso es bueno educar para la libertad y la responsabilidad desde hoy mismo y, en su momento, poner límites a los nuevos populismos, mesianismos y tentaciones de nuevos chantajes materialistas para intentar inclinar la frente alta de la libertad, no con exclusiones políticas o sociales sino con un marco legal que no permita nuevos autoritarismos paternalistas. Vendrán en fin, los caminantes que se cansen y quieran abandonar la marcha de la reconstrucción y echar a su suerte a la Isladesierto que peregrina hacia una nueva tierra-convivencia de promisión. Por eso hay que “fortalecer las rodillas vacilantes y reforzar las espaldas que se doblan” desde hoy mismo, mediante una formación ética y cívica que favorezca una antropología de la humildad del paso a paso y de la perseverancia del largo camino.

Hoy, ahora, podríamos comenzar por preguntarnos a nosotros mismos en qué lugar de nuestras vidas hemos puesto a las actuales “ollas de Egipto” y qué actitud tomaremos ante los diferentes chantajes que los materialismos de cualquier ideología o color pongan en nuestro camino “como sillas que nos invitan a parar”.

Sin embargo, estoy seguro que habrá también muchos cubanos y cubanas que no aceptarán esas “sillas” de Egipto. Habrá siempre compatriotas que sigan el camino de la liberación personal y social, que prefieran el agua de la Roca del desierto, que prefieran el desabrido y escaso maná de la libertad que las ingestas ollas de la opresión. Habrá, estoy seguro, cubanos y cubanas que prefieran el sacrificio en gratuidad que la jaula de oro. Ante los nuevos y viejos materialismos habrá coterráneos que no sucumbirán al hedonismo y al individualismo y seguirán, entonces, en otro tipo de sociedad, peregrinando hacia una tierra que mane leche

y miel: pero no en los paraísos perdidos, sino en la solidaridad como camino de la fraternidad, en la responsabilidad como compañera inseparable de la libertad, en la justicia social como yunta inseparable del desarrollo económico. En el respeto irrestricto a todos los derechos humanos como par dialéctico de la convivencia pacífica.

Estoy seguro que esos cubanos y cubanas ya viven y trabajan en Cuba. Están aquí y también en cualquier desierto de la pluriforme diáspora cubana. Ellos siguen amando la tierra de sus padres, que eso quiere decir Patria. Esperan y trabajan desde aquellos nuevos desiertos y desde allí sostienen a sus familias con voz y maná. Los que peregrinan aquí, también esperan y trabajan para que nunca más, en “la tierra más hermosa que ojos humanos han visto”, nos aferremos a las ollas de Egipto, sobre todo cuando ya estemos atravesando el Mar Rojo hacia la plena liberación.

Las disyuntivas siguen y seguirán en pie: ¿pan o libertad? ¿Libertad sin justicia social o solidaridad responsable?, ¿autoritarismo paternalista o democracia participativa?

Los cubanos y cubanas de a pie, de hoy y de mañana... ¿tendremos la palabra? Yo deseo y espero que sí.

El analfabetismo cívico

Cuba ha luchado a lo largo de su historia por salir del analfabetismo. Son recordadas las campañas de alfabetización que enseñaron a leer y a escribir a muchos cubanos y cubanas. Ha sido la lucha contra el analfabetismo primario, elemental, que todavía muchos tienen generalizado en otros lugares del mundo.

Pero quedan, aún, en otras latitudes y en Cuba, otros tipos de analfabetismos que deberíamos superar entre todos. Me refiero, por ejemplo, al llamado analfabetismo funcional, que es aquel que impide a una persona realizar una función o tarea por no conocer el “cómo se hace”. Todos hemos visto miles de casos de personas indefensas que no saben cómo proceder ante casos legales o laborales. Todos conocemos personas, incapacitadas en su desempeño cívico, que no saben a dónde o a quién deben dirigirse para resolver un problema de su casa o de su familia.

Todos sabemos, por citar otro caso, que la inmensa mayoría de los cubanos y cubanas no tenemos acceso a Internet, ni sabemos cómo usarla, lo que nos priva de ese inmenso canal de comunicación, información y educación. Aún cuando se hable de los peligros de ese acceso ilimitado por problemas morales o políticos, a nadie se le ocurriría prohibir el tránsito de automóviles, bicicletas o camiones, por la cantidad de accidentes que se producen a diario con consecuencias mortales. Lo que hay que hacer es educar para la vialidad, enseñar las reglas del tránsito, pero es una verdadera locura y una injusticia prohibir el tránsito de vehículos automotores por el peligro de accidentes que ello represente. Lo mismo ocurre con Internet, y sabemos que hay compatriotas nuestros que están trabajando, y hasta ofreciendo su vida, para que todos los cubanos y cubanas tengamos acceso a esa universal manera de luchar contra el bloqueo informativo.

Otra forma de analfabetismo es la ignorancia de los derechos y los deberes cívicos, el no saber vivir como ciudadanos libres y responsables, el no conocer cómo deben funcionar las estructuras del Estado, el no haber visto nunca la Constitución del país donde uno vive y no saber cómo usarla para defenderse o defender a otros. El no saber cómo funcionan los Tribunales de Justicia, el no saber cómo se organiza una asociación sindical o política, religiosa o cultural. Incluso, algo más sencillo, el no saber cómo se utilizan los cubiertos de una mesa, ni la servilleta, ni cómo comportarse en una iglesia, o en una funeraria, o en una fiesta. Estos son signos, síntomas, muestras de esa enfermedad llamada analfabetismo cívico.

El asunto no es sólo discutir los síntomas, ni mucho menos reprimirlos o esconderlos, sino encontrar la información y los medios para curar la enfermedad de fondo. Tengo la impresión que en nuestro país, que tanto se ha esforzado por alcanzar grados de instrucción primaria, secundaria y superior por las razones que fueren, humanitarias o ideológicas, no se ha trabajado de igual manera en el último medio siglo por la educación cívica y política en sentido amplio.

Bastaría hacernos, cada uno de nosotros, una idea lo más cercana a la realidad, una evaluación de nuestro grado de “escolaridad” cívica; bastaría que nos respondiéramos, sinceramente y sin miedo, alguna de estas preguntas u otras que puedan ir surgiendo de la reflexión. Pero eso sí, para que puedan ser contestadas sin miedo y con transparencia, primero dígame a sí mismo que esas respuestas serán, en principio, sólo para usted mismo y para nadie más. Eso le permitirá una objetividad mayor y un dejarse de cuidar del qué dirán, del qué me pasará, si digo la verdad. ¿De acuerdo?

Pensemos entonces en las personas que nos rodean, nuestras familias, nuestros vecinos, nuestros compañeros de trabajo o estudio, nuestros hermanos de religión, nuestros correligionarios del partido, nuestros amigos de la calle, los estudiantes de secundaria y preuniversitario, los que van a las numerosas universidades de Cuba, los obreros y los campesinos, los trabajadores por cuenta propia que quedan y los que no tienen trabajo, ni estudian, y andan deambulando por nuestras calles. No pensemos sólo en las personas que se encaraman en camiones, rastras, contenedores, carros de caballo, o lo que pase y camine por nuestras carreteras y calles. En los jóvenes que van vociferando desde los ómnibus escolares, los movilizados que se saludan con la más grosera palabrería como si fuera un chiste. Tengamos también presentes a los bicitaxistas que tantos problemas resuelven gastando

sus cuerpos como si estuviéramos en la edad media, en los yagüeros, los limpiadores de calles, los vendedores de cualquier cosa, los rockeros, los salseros y reguetoneros, no pensemos sólo en pequeñas elites de cualquier clase, sino en los grandes grupos sociales, pero sobre todo en la gente común y corriente que conocemos y nos rodea... y contestémonos estas preguntas:

- ¿Sabemos nuestros hijos saludar, pedir permiso para interrumpir o pasar en medio o irrumpir en una habitación ocupada?
- ¿Sabemos usar nuestros cubiertos de mesa o sólo podemos comer con una cuchara de albergue cañero o escuela en el campo?
- ¿Hemos aprendido a saludar correctamente sin gritar, sin proferir groserías y con una consideración caballerosa con hombres ancianos, mujeres y niños?
- ¿Hemos aprendido cómo se forma una familia, cómo deben ser las relaciones de pareja, la educación de los hijos, la fidelidad conyugal, la entrega al otro, la responsabilidad de la formación humana de toda la familia?
- ¿Conocemos los Derechos Humanos que tenemos todos por la única razón de ser humanos? ¿Alguna vez se ha publicado en Cuba, en el último medio siglo, la Declaración Universal de los Derechos Humanos acordada por la ONU el 10 de diciembre de 1948 y en la que nuestro país participó activamente en su redacción y aprobación?
- ¿Se estudia esta Declaración en nuestras escuelas, iglesias, logias y centros de trabajo? ¿Por qué no se estudia a profundidad y se divulga abundantemente por la televisión, la radio, la prensa escrita? ¿Habría algo de esta Declaración que debemos esconder?
- ¿Han visto alguna vez nuestros conocidos el Pacto Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos, o el Pacto sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales que, por cierto, Cuba no ha firmado ni ha publicado para el amplio público?
- ¿Conocemos la Declaración de los Derechos de los Pueblos que debería garantizar los derechos comunitarios y no sólo los individuales?
- ¿Hemos estudiado, o por lo menos leído, el texto completo de la Constitución de la República de Cuba que rige actualmente, estemos totalmente de acuerdo con ella o no? ¿Dónde conseguir ese texto? ¿Se enseña en nuestras escuelas de forma íntegra, sistemática y profunda o sólo se menciona?

- ¿Cuál es el contenido de los programas de Educación Cívica en Cuba hoy? ¿Cuál es la importancia que le damos a esta asignatura? ¿Aún más, qué peso le damos a este tipo de formación ciudadana en nuestras familias, en nuestras escuelas, en nuestras iglesias y comunidades? ¿Qué piensan de esto los propios maestros, profesores, catequistas, animadores de comunidad, misioneros, metodólogos, directores de escuela, directivos de Educación y padres de familia?

- ¿Por qué nos quejamos del comportamiento incivil e inmoral de nuestros conciudadanos y no hacemos nada que esté a nuestro alcance para profundizar en la educación cívica y ética?

- ¿Conocen nuestros compatriotas y vecinos sus deberes ciudadanos? ¿Los respetan y los enseñan a sus hijos? Entonces, ¿de qué nos asombramos y escandalizamos cuando hay tanta violencia familiar y callejera? Violencia verbal, gestual, conductual, violencia física, psicológica, mediática.

- ¿Sabemos participar en una tertulia respetando la opinión de los otros, esperando nuestro turno para hablar, ajustándonos al tema que se comparte o debate, no presionando a los demás para que hablen, no agrediendo verbalmente a ninguna persona, especialmente a las que tienen opiniones diversas?

- ¿Sabemos defender nuestros derechos laborales y cumplir con nuestros deberes de trabajo? ¿Hay espacios y condiciones en nuestros centros de trabajo para ambas cosas? ¿Todos somos iguales en el trabajo o hay algunos que tienen privilegios, prebendas o ventajas por razón de su cargo, parentesco, amistad o ideas políticas?

- ¿Cuál es el mecanismo real –no el que está en el papel– para salir de un problema en nuestra sociedad: el derecho que tengo, se respeta y se defiende; o el amiguismo que “resuelve”; o el jefe que decide según su criterio y su conveniencia; o los deberes que se cumplen sin dañar a otros y sin subir sobre sus derechos como escaleras humanas; o las leyes y los tribunales imparciales?

- ¿Qué opinión tienen de esto los mismos directores de empresa, secretarios de los sindicatos, miembros de los órganos de justicia laboral? ¿Saben nuestros trabajadores sus derechos y sus deberes, saben cómo se resuelven sus problemas laborales? ¿Por lo menos leen los artículos de justicia laboral que se publican en el diario Trabajadores o dependen en la mayoría de los casos de los mismos que hacen de juez y parte, es decir, la propia administración?

- Aún más, ¿saben todos nuestros compatriotas, o por lo menos una mayoría, cómo usar los mecanismos legales, las consultorías, los llamados Bufetes Colectivos, los servicios de la Fiscalía para defender sus derechos y denunciar los atropellos que cometen otras autoridades o ciudadanos? ¿Saben cómo funciona o deben funcionar los tribunales de justicia? ¿Cuántos tienen confianza en la práctica, en la competencia, en la imparcialidad de los Tribunales?

- ¿Qué piensan de esto los mismos notarios públicos, abogados defensores, los fiscales, los jueces, los consultores jurídicos? ¿Tiene nuestro pueblo un aceptable nivel de educación cívica, específicamente jurídica, o la mayoría de los que se relacionan con ellos “no saben” cómo se hace, dónde se acude, qué derechos les asisten? ¿Podríamos responder a esto con toda sinceridad para nosotros mismos?

- ¿Sabemos los cubanos el papel que desempeñan en toda sociedad los poderes del Estado en relación con la soberanía de los ciudadanos, sus derechos y deberes? ¿Sabemos los ciudadanos comunes cubanos diferenciar un Estado de Derecho de un Estado de Hecho o de un Estado Autoritario o Totalitario?

- ¿Hemos aprendido en qué consiste la independencia de los tres Poderes del Estado: El Legislativo (es decir, el Parlamento, en Cuba la Asamblea Nacional que hace las leyes); el Poder Ejecutivo (es decir, el Gobierno, el Presidente y los Ministros y los gobiernos provinciales y municipales que deben hacer cumplir las leyes y administrar los bienes del Estado); y el Poder Judicial (formado por los Tribunales de Justicia, la Fiscalía y los servicios de Defensa y Consultoría Jurídica)?

- ¿Dónde se estudia esto, sólo en la carrera de Derecho o también en nuestras escuelas, familias, iglesias, y demás instituciones sociales para que cada ciudadano sepa desempeñarse en esos ámbitos que están o deben estar a su servicio? ¿Dan nuestras comunidades e iglesias ejemplo de participación corresponsable o de autoritarismo desde arriba? ¿Cómo servirse de esas estructuras y mecanismos si no los conocemos y somos analfabetos en su funcionamiento?

- ¿Sabemos qué es la sociedad civil, es decir, ese tejido de grupos informales, de asociaciones sociales, culturales, religiosas, profesionales, empresariales, deportivas; ese entramado de instituciones y organizaciones independientes del Estado?

- ¿Dónde se aprende en Cuba que la sociedad civil debe ser, como lo es en el mundo entero, una red autónoma, participativa, solida-

ria, articulada y regida desde abajo, que es también conocida por “organizaciones intermedias” porque se coloca en los múltiples y diversos ámbitos que deben existir entre el Estado y los ciudadanos individuales, precisamente para que estos últimos tengan los necesarios espacios para ejercer su soberanía ciudadana cotidianamente, de forma organizada pero sin ser correas de transmisión del Estado, en una palabra, la única forma, aunque la más variada, de ejercer la democracia participativa?

- ¿Sabemos los cubanos por qué la sociedad civil es mal vista tanto en un Estado autoritario de derecha como en un Estado totalitario de izquierda, y por todos los demás que detentan cualquier tipo de poder vertical y excluyente?

- ¿Cómo podrían aprender los cubanos y cubanas de a pie que la sociedad civil está considerada por todos como el “tercer sector”, precisamente porque se diferencia y lucha pacíficamente por mantenerse libre y autónoma tanto del mercado como del Estado, que son los otros dos sectores que han dominado y, en ocasiones, oprimido a los pueblos y a los ciudadanos individualmente?

- ¿Dónde aprender a salir del analfabetismo con relación a la sociedad civil, como alternativa social al dominio y la manipulación de algunos políticos, o de los monopolistas del mercado o de algunos ideólogos que cierran los espacios a la subjetividad social?

- ¿Dónde aprender que las Iglesias forman parte de la sociedad civil, a título diferente, único, pero en igualdad de derechos y deberes con el resto de la sociedad? ¿Dónde aprender que, por esa misma razón, las Iglesias tienen derecho a una personalidad jurídica independiente? ¿Dónde aprender a encontrar esa diferencia y esa encarnación? Si las Iglesias no quieren mantenerse en un limbo fuera o por encima del resto de la sociedad; si, además, no pueden por su misma naturaleza eclesial, pertenecer a los otros dos sectores sociales, porque no puede ni debe pertenecer ni dejarse manipular por el Estado ni por el mercado, entonces ¿por qué no nos empeñamos más en ser lo que somos y en brindar espacios para la formación de lo que somos? ¿No será por ignorancia o desinformación en estas temáticas civiles?

- Si, en fin, las Iglesias no quieren ser un quiste, aunque sus membranas exteriores se mantuvieran porosas; si su misión sólo se puede realizar conviviendo como sal y fermento en el tejido social, ¿cómo podrían formarse cívicamente las comunidades eclesiales para vivir encarnadas en las modernas sociedades seculares y pluralistas sin

perder ni su identidad ni su compromiso con la persona humana y con la construcción de una sociedad más justa y fraterna?

Amigos lectores, otras muchas preguntas podríamos hacernos los cubanos y cubanas que vivimos en este tiempo de crisis de crecimiento y cambio global. Son sólo preguntas, no quiero ahora dar mis propias respuestas, aunque las tengo y se traslucen al preguntar, porque nadie puede escapar a su propia subjetividad, ni debe. Lo que podría esperar, y rogaría con mucho empeño, es que no se leyera este texto deteniéndose en la opinión y la subjetividad del que lo escribe, sino que tratemos de detenernos y encontrar el tiempo y el espacio para reflexionar cada pregunta. Volvamos a ellas e intentemos acercarnos lo más que podamos a la objetividad más concreta, a la realidad de nuestras familias, de nuestros vecinos, de nuestros ambientes sociales, laborales, eclesiales, estudiantiles. A tirtios y troyanos.

La finalidad no es responder académicamente o motivados por intereses políticos, ideológicos o religiosos, que son legítimos pero que no pueden, ni deben, ahogar ese interés más común a todos, más básico y fundamental, más general y abierto, que es el bien común, es decir, la convivencia cívica en su más alto grado.

Para lograr esa convivencia ciudadana en la verdad, la libertad, la justicia y el amor, base y fundamento de la convivencia pacífica y del desarrollo de los pueblos, es necesario que reconozcamos lo que pudiera haber de analfabetismo cívico, identificar esas carencias, informarnos de las fortalezas de una educación ética y cívica y tomar la decisión personal y comunitaria de erradicar de Cuba este analfabetismo funcional, verdadera anemia social, que debilita la inteligencia, trastoca los sentimientos, anula la voluntad, cierra a la trascendencia, en dos palabras despersonaliza y masifica a los cubanos y cubanas y deshilacha, desteje y enreda la trama de la sociedad civil en Cuba.

Reconstruir por dentro a las personas, empoderar a los ciudadanos y ciudadanas, educar para la libertad y la responsabilidad compartidas, acompañar a cada compatriota a configurar y tomar las riendas de su propio proyecto de vida, entrenar para ejercer la soberanía desde abajo y desde dentro, enseñar “el difícil arte de pensar con cabeza propia”, que es la única forma segura de salvar nuestra identidad, consolidar nuestra cultura y de permanecer abiertos al intercambio con la diversidad del mundo actual, sin miedos, ni crispaciones, ni bloqueos.

El presente, y sobre todo el futuro inmediato de Cuba, parece que nos convocan a una campaña nacional de alfabetización ética y cívica.

Sin prisas, sin emergencias, pero sin pausa. Desde ya. Sin excesivos protagonismos personales. Sin mezquinas rivalidades de partidos o creencias, poniendo por encima de todo el bien de la persona del cubano y la felicidad de esta nación.

Tengo la convicción de que esta educación ética y cívica, junto con la enseñanza de la lectura y la escritura, las ciencias y las letras, las virtudes y la religión, ofrecidas con respeto a la pluralidad de opciones y a la libertad y responsabilidad de cada ciudadano, nos ayudará a crecer como pueblo en humanidad, en corresponsabilidad, en derecho y dignidad.

El alma no tiene precio: ni palo, ni zanahoria

Bajando la calle principal de mi ciudad, ahora me encuentro, con mucha frecuencia, personas que van con una olla arrocera bajo el brazo: se trata del “estímulo material para los vanguardias” –me dijo alguien–. Y con eso comenzó esta reflexión: los “estímulos”, las “motivaciones” y las decrecientes “zanahorias” de mi país.

Porque de eso se trata, y sería bueno recordar aquella fábula del palo y la zanahoria con que se “estimulaba” a correr a los indiferentes y vagos conejos. Ambos métodos se alternaban en la fábula: unas veces el uso del palo “motivaba” al conejo que no quería correr, acosándolo por la espalda porque a nadie le gusta que le den palo de frente... y otras veces era la codiciada zanahoria, plato favorito de los conejos que, como engañosa golosina, se podía colocar a la vista del conejo, por delante, como quien otorga “lo mejor”, como quien quiere ayudar al conejo, como quien le regala o rebaja el trabajo de buscar su comida y... de contra, le presenta, delante, aunque un poco lejos, la succulenta zanahoria.

Todos sabemos la moraleja de esta actualísima fábula. Muy actual en Cuba y muy actual en otros muchos países; en algunos muy evidentes y con resultados inmediatos y masivos, en otros, menos evidente. La moraleja es para una reflexión cívica muy seria: ¿qué somos, personas o conejos? ¿Qué queremos ser y cómo queremos que nos traten? ¿Cómo debemos tratar a los demás, por lo que son y lo que sienten o por una motivación material? ¿Por qué se trabaja y se vive? ¿Para qué se trabaja y para qué se vive en Cuba? ¿Cuál debe ser la motivación profunda y cívica del trabajador? ¿Cuáles deben ser los verdaderos estímulos para que trabaje: el palo o la zanahoria?

En fin, ¿se puede “cambiar” el trabajo humano por algo material en esta tierra? ¿Cuánto “vale” el trabajo de los seres humanos? ¿Cuánto

“vale” su esfuerzo adicional o lo que llaman motivación para el trabajo o estímulo para los destacados? Una última pregunta, aún más profunda en este tema: Si el trabajo es la actividad propia del ser humano; si el trabajo es la expresión más alta de la condición de creador del hombre y la mujer hechos a imagen y semejanza de Dios; si el trabajo es, en fin, la expresión más acabada y creativa del alma; entonces, ¿cuánto “vale” el alma de un trabajador? ¿Cuánto vale su subjetividad laboral, única en la condición humana? ¿Con cuánto se “cambia” el alma, el esfuerzo, la creación y la fatiga que pone un trabajador en su labor cotidiana?

Estoy seguro que todos los cubanos tenemos respuestas para cada una de estas gravísimas preguntas, pero no nos atrevemos todavía a llamar por su nombre al “palo” y a la “zanahoria”. No nos atrevemos todavía a perder ninguno de los dos al perder el simulacro de trabajo que tenemos. Porque todos hemos oído alguna vez esa expresión que, por desgracia, se va haciendo muy popular y hasta jocosa, como es el choteo cubano, que dice: “yo hago como que trabajo y ellos hacen como que me pagan”, queriendo decir que ni es trabajo lo que hacemos ni es salario justo lo que me pagan. Aquí es, en mi opinión, donde radica la raíz y la médula del problema del “conejo, el palo y la zanahoria”.

Yo sé que, “en el fondo” —como me dicen continuamente en la calle— hay muchos cubanos que “comprenden” lo que queremos reflexionar y tienen “sus propias conclusiones”, pero las ollas arroceras de estos días me conducen a poner más “a la superficie” esta reflexión.

Somos personas. Todos somos personas... no conejos. Pero con frecuencia esa verdad elemental y decisiva, esa verdad sencilla como todo lo trascendente: somos personas, resulta que... se nos olvida. Y actuamos como “conejos”, unas veces por miedo al “palo”, otras veces, por el interés material de la “zanahoria”. Es tan dura esta afirmación que me da pena ponerla a flote, pero qué significa esa frase tan repetida y tan indigna de: “mire, yo no estoy de acuerdo con nada, pero no puedo decir lo que pienso porque me “perjudica”. O esta otra un poco más audaz: “Mire, yo digo lo que pienso, pero no puedo actuar en consecuencia con lo que pienso porque “pierdo” lo poco que me “dan”... ¿Qué será lo que le “dan”: palo o zanahoria?

“Palo”, es decir, todo lo que tenemos por detrás, persiguiéndonos si nos “portamos mal” o si no estamos “estimulados para apoyar alegremente lo que hay”: amenazas veladas, presiones visibles, pérdida de salario o de puesto de trabajo con el que se intenta negociar los principios, campañas difamatorias a nivel de anónimos o rumores echados a rodar o, las mismas campañas, pero a nivel televisivo. Recados llegados de

las más sutiles formas o citas oficiales para interrogatorios. Será, quizá, esos “paseos” que nos recuerdan los de Franco pero sin la consumación, en que se trasladan personas a campos abiertos, cañaverales distantes o parajes cercanos a las costas y luego se abandonan allí a su suerte. Será, a lo peor, un expediente de CR, segregación total a donde quiera que vayas, cárcel, o la siempre presente amenaza de la pena de muerte, ya repelida y condenada por más de la mitad de las naciones del mundo y por la inmensa mayoría de los seres humanos.

“Zanahoria”, es decir, todo lo que tenemos por delante, “motivando” nuestro interés material, condicionando nuestro pensar y actuar para “poder obtener” lo que nos den como “estímulo” para los que se “destaquen”. Tiene que ser algo apetitoso, algo deseado, algo que no tengamos, algo que sea necesario, algo que nos hale hacia el apoyo, el aplauso, la marcha combativa, la complicidad con la corrupción, el silencio cobarde frente a las injusticias laborales, la sumisión frente a los abusos del poder administrativo en el trabajo político en todos los rincones de nuestra existencia. En “cualquier oscuro rincón” de nuestra subsistencia.

Pero lo más triste de esta situación es lo barata y lo desabrida que se ha ido poniendo la “zanahoria”. Si todos los que tenemos algunos años recordamos bien, al principio esos “estímulos” tenían categoría internacional, turístico e incluso cultural: viajes al extranjero (eso sí, sólo al único mundo “bueno” que existía todavía entonces: la Unión Soviética y los otros países del campo socialista). Es decir, que usted podía “ganarse” un viaje turístico con todo incluido y podía escoger uno fijo y otro adicional, como los juguetes de los Reyes Magos en Cuba cuando había, podía combinar a la URSS con otro país exclusivamente del mencionado “campo”. Pero si usted no resultaba electo “destacado” o “Vanguardia” y tenía sus ahorros en dinero cubano —que cuando aquello era el único y valía, como resulta natural en cualquier país en la normalidad— entonces, usted podía programar sus vacaciones para un viaje al “extranjero” socialista.

Luego que ese “campo” socialista “desapareció” —como se dice increíblemente, no desaparecieron los países como parece ser si vemos la televisión o la prensa cubanas, sino el sistema comunista— entonces la zanahoria rebajó su valor y se quedaron sólo las “Vueltas a Cuba” que ya existían como estímulos, pero que no eran “lo máximo”. Entonces sí, pues con su dinero cubano que podía ahorrar de su salario normal podía ir con su familia a “conozca a Cuba primero” ese codiciado paseo por el verde y bello caimán. Pero comenzó a faltar el petróleo “soviético” que entró también en perestroika y se acabaron las “Vueltas a Cuba”.

Entonces la zanahoria y el precio de la motivación y de la subjetividad de los cubanos tuvo que volverse a rebajar y se quedaron sólo los refrigeradores, los aires acondicionados, los televisores, que ya existían como estímulo pero que pasaron a ser “lo máximo” para estimular a los trabajadores cubanos. Pronto desaparecieron los refrigeradores y los aires acondicionados, con ellos se cerraron también muchos lugares turísticos de nuestro país, del nuestro, de aquel de la “Vuelta a Cuba”, de aquellos del “conozca a Cuba primero”, pues bien, se cerraron y están cerrados para los cubanos en general aunque, algo simbólico, aún más humillante, se abren para hacer ver que no están cerrados y que constituyen el apartheid más evidente y comprobable de Cuba.

Y la zanahoria se vino a quedar en campismos repletos de mosquitos y de incomodidades y en un fugaz y tumultuoso período de los televisores Panda. Todos los recuerdos que me vienen a la mente de esa brevísima etapa de los televisores, hasta que se comenzaron a enviar a Venezuela, es que las pependencias, los litigios, las ofensas y las divisiones en los centros de trabajo hablaban sin lugar a dudas de lo bajo y rastrero que había llegado “el estímulo material”. Era preferible irse al campismo más oscuro y fangoso que pelearse con medio mundo del trabajo por un televisor chino que... además, valía cuatro mil pesos cubanos, es decir, dos años de trabajo de un cubano con un salario medio.

Pero los Panda también se acabaron... y la zanahoria se siguió abaratando, y llegó la era de la olla arrocera. A este nivel se ha rebajado el precio de la incondicionalidad, el precio de no decir lo que pienso para no perjudicarme, el precio de asistir a todas las marchas para no señalarme, el precio de callar las injusticias laborales, la violación de los derechos de los trabajadores, que según Juan Pablo II en la Encíclica *Centessimus Annus*, fue la principal causa de la caída de aquel campo socialista que era para Cuba el máximo estímulo-zanahoria.

Y para colmo de males, la socorrida olla arrocera –¡tan práctica y necesaria en un país como el nuestro!– venía de regreso, llegó de la zona prohibida, de la resolvedera clandestina. Porque había una vez, en este mismo país –casi nadie quiere recordarlo ahora–, que las ollas arroceras fueron prohibidas por “gastadoras de electricidad”. Sí, eso mismo, ollas eléctricas que salen de circulación por ser lo que ellas son en sí mismas: eléctricas y arroceras. Muchas veces hemos visto cómo sacan de circulación no a ollas sino a personas, sectores de nuestro pueblo como el exilio, e instituciones por ser lo que ellas mismas son... y luego regresar por lo que no son porque conviene “motivar” las decisiones de otros.

¡Qué larga y triste historia la de los estímulos materiales!, ¡qué poco dura la alegría en casa del pobre!, ¡qué bajo ha caído el precio-estímulo de la incondicionalidad de algunos cubanos!, ¡qué alto el costo de este experimento de más de cuatro décadas con las zanahorias y los conejos!

¡Y qué alto es el precio de la libertad!

Pero no debemos quedarnos en la queja, o en la comprobación de la moraleja de los estímulos. Debemos decirlo alto y claro:

El alma de los cubanos no tiene precio. Cada uno de los cubanos y cubanas vale más que todos los estímulos materiales y morales que se puedan inventar. Cada uno de los cubanos y cubanas, donde quiera que viva y como quiera que piense vale más que todas las zanahorias y los palos juntos y valen más que el altísimo costo que ha provocado el intentar considerar a las personas como conejos y a las naciones como un campo de experimentación. Ese costo humano es innumerable e impagable.

El alma de los cubanos no tiene cambio, ni vuelto, ni nada que la pueda matar. Prueba de ello es la inmensa mayoría que calladamente, por miedo, piensa que lo están comprando o que lo están chantajeando o que lo están presionando o ilusionando con zanahorias por delante y palos por la espalda y no se dejan engañar. Todos sabemos que son muy pocos los engañados y muchos los que callan por temor.

El trabajo de este pueblo emprendedor y luchador, en el mejor sentido de esta palabra, es la riqueza mayor y el porvenir mayor, y la garantía de que en este país jamás harán falta ni palos, ni zanahorias humillantes para estimular la creatividad natural de nuestro pueblo. Ni hará falta viajes para premiar porque el premio será el salario que se gana con el sudor de la propia frente y el gusto de poder progresar con el propio esfuerzo. No hará falta “motivar” a los trabajadores con dádivas que han bajado al plano de las ollas arroceras, porque la motivación mayor será que “nos dejen levantar cabeza”. O lo que es mejor, no esperar a que nos dejen, sino levantar nuestras cabezas y cambiar lo que haya que cambiar para poder trabajar sin palos ni zanahorias, para poder emprender por cuenta propia lo que se ha demostrado que vale una olla arrocera por cuenta del Estado.

Cuba será un pueblo digno y próspero, pero con el estímulo de la libertad para trabajar y la justicia en los salarios de los trabajadores. Con el estímulo de la libertad de expresar lo que se siente y lo que se cree sin miedo a perder un televisor o una olla. Con el estímulo de la libertad de conciencia y religión para que nunca olvidemos que no somos co-

nejos sino personas, hijos de Dios, libres, responsables y con derechos y deberes que no nos ha concedido como “estímulo” ningún gobierno de este mundo, sino el Creador que nos ha puesto en este mundo libres e iguales en dignidad y derechos.

Cuba será un pueblo laborioso y próspero, no de un día para otro porque todo debe ser gradual y progresivo. Nada, ni los conejos, se pueden sacar del sombrero de un mago, pero Cuba sí podrá reconstruirse y avanzar como cualquier nación de la tierra, cambiando de un sistema de vida para otro, con el estímulo de la libertad de empresa y de inversión con la que este sistema se salvó en lo peor del período especial, engañando a los trabajadores con un “permiso” para el trabajo por cuenta propia que le permitió subsistir y salir del hueco de la dependencia económica y política de la Unión Soviética para luego ir cerrando minuciosamente la única fuente verdadera y durable de progreso y de libertad: el trabajo humano con justicia y con derechos para los trabajadores.

No estoy soñando nuevos mesianismos, ni presentando una nueva ilusoria utopía ideológica como futura zanahoria para que mejoremos las ollas de Egipto. Estoy pensando con los pies puestos en esta tierra y con la memoria fresca y con los hechos en la mano. Todos lo hemos podido ver en cada familia y en cada barrio. Ya lo pudo comprobar nuestro pueblo y su Gobierno en los años noventa con el trabajo por cuenta propia, lo podemos comprobar cada día y a lo largo de estos cuarenta y cinco años, con los cubanos que se van de este país y sólo necesitan el tiempo que dure el vuelo hasta el lugar de destino, sea Estados Unidos o Madagascar para demostrar con su trabajo de lo que son capaces los cubanos si se les deja trabajar y levantar cabeza. Si eso ocurre en cualquier otro país donde van los cubanos, sea Holanda o Haití, ¿por qué los cubanos de aquí dentro van a necesitar de ollas arroceras o de televisores Panda como “estímulos” para trabajar? Lo que necesitamos es libertad para trabajar y justicia en los salarios y Cuba no sólo podrá salvarse sino que será una nación próspera y digna, abierta y solidaria.

Sin palos, sin conejos y sin zanahorias: porque el alma de los cubanos no tiene cambio.

La animación de la ciudad

“¡Hace falta reanimar la ciudad!” —es el clamor de muchos de nosotros. Es una necesidad que se pone más claramente de manifiesto cuando hay un respiro de tiempo por cualquier causa, porque la lucha cotidiana por la subsistencia no deja nada para darnos cuenta de esta deficiencia comunitaria.

Es sobre todo los fines de semana y en las noches donde se hace más evidente esa falta de animación. La evidencia se comenta en pequeños grupos alrededor de un parque, en las tertulias espontáneas de amigos que se visitan porque “no hay donde salir”.

El comentario de la falta de animación de la ciudad pasa de comentario callejero a reflexión seria en círculos más conscientes de intelectuales y artistas que no se dejan ganar por la desidia y la crítica amarga y se reúnen para compartir criterios, para buscar soluciones, para tomar iniciativas. Y esto es lo mejor que puede pasarle a una ciudad: que sus propios hijos, los que piensan con cabeza propia y los que crean con sus manos, su corazón y sus vidas el *ethos* de la ciudad, se decidan a darle alma, a insuflarle ese soplo de vida que necesita todo cuerpo social.

En efecto, es mejor que todos los que mantienen viva su subjetividad, todos los que están despiertos a pesar del sopor del agobio cotidiano, sean de las elites intelectuales o sean de la gente sencilla que tiene aún el chispazo del ingenio encendido, los que se dispongan a esta reanimación.

Porque de lo contrario, cuando la animación se reduce a planificar actividades en las calles y parques, con cualquier cosa que suene alto al oído, con cualquier cosa que llene pronto el estómago, con cualquier cosa que distraiga la vista o cualquier cosa que entretenga a la gente... entonces la pretendida reanimación se convierte en estertor patético de una pobre ciudad enferma del alma.

Sobran ejemplos tristes que dan eco y resonancias actuales al viejo y sabio adagio latino: “pueblo en miseria, pan y feria... y si no hay pan, más feria”. Pan y circo. Estómago y distracción, pasajeros y baratos. Así podemos encontrar un “área cerrada” donde venden las mismas pizzas en la mano y los mismos helados derretidos que deberían vender con más higiene y dignidad en la pizzería que languidece a unos metros o en la heladería ya en coma donde, entonces, comúnmente por falta de helado, se organiza una “actividad cultural”.

Podemos encontrar gritos y saltos de payasos tristes que se ganan la vida porque no hay más nada, junto a otros que tienen el carisma de hacer reír, pero no lo logran, porque su fino humor y su decencia “no gusta” a los que gritan más desde la acera y la calle groserías al payaso obsceno que cosecha risas de la siembra de vulgaridades. Más triste aún cuando ocurre en ciudades de Cuba, uno de los países de mayor riqueza cultural, artística, literaria y humorística de nuestra región.

Más allá podemos encontrar, para nuestro asombro y tristeza, un cuadrilátero de boxeo en medio de un parque rodeado de niños y niñas que del brazo ingenuo o culpable de sus padres o abuelos, contemplan a dos hombres dándose golpes hasta caer a la lona, mientras otros hombres y mujeres vociferan como salvajes clamando: “¡mátalo, campeón, remátalo!”; sin tardar vendrá a la mente de esos niños y adolescentes esas soluciones cuando sobrevengan los conflictos normales de la vida y recuerden que, en el mismo centro de su ciudad, se daba por bueno algo que recuerda aquellas plazas de lo más oscuro de la Edad Media, donde la diversión popular era la ejecución pública y “festiva”; o quizás, para ser más medidos, nos podrá traer el recuerdo de aquel “circo romano” donde la diversión y la animación del respetable público eran las peleas entre humanos o entre estos y los leones.

Pobre “animación” cultural y espiritual de la ciudad que coloca en su centro lo que en la inmensa mayoría de los países del mundo se reduce cada vez más a recintos bien cerrados y cuidados, donde lo que todavía es llamado deporte, se limita de la vista de menores y se brinda sólo a aquellos que escogen, libre y voluntariamente, acudir a estos espectáculos de la violencia en locales donde sólo ellos disfrutaban de lo que consideran un derecho. Mientras esos deportes se extinguen o cambian, no deberían regresar otra vez a ser circo romano en parques contemporáneos de ciudades sin alma.

Mientras, sobreviven pequeños espacios de tertulias literarias, exposiciones de arte, debates de criterios, para nada bullangueros –no es su esencia ni su estilo, no lo necesitan– que no tienen, por desgracia, la

necesaria, la mínima, indispensable promoción adecuada. ¿Será por falta de recursos o de criterios? ¿Será por falta de patrocinadores o por falta de voluntad cívica?... será, en fin, por ignorancia de las raíces del problema o por miedo a la libertad de creación y expresión?

Cada cuál encontrará sus propias respuestas. Eso, ya sería buen comienzo para la animación de la ciudad: que nos lo preguntemos simple y honestamente, sin micrófonos que graben ni orejas que recojan para delatar o malinterpretar o sencillamente para chismear, otro virus que envenena el alma de las ciudades y la desaniman por dentro, sin ruido, como el comején, mientras le come el tuétano a la convivencia que es la amistad transparente y sin puñaladas traperas.

Preguntarse ¿por qué está desanimada nuestra ciudad y otras ciudades? ¿Por qué esas “actividades” no logran animarla? ¿Por qué entretener se convierte en “entre-tener”, es decir tener entre distraídos y descentrados a los ciudadanos de su vida interior, sacarlos de su sagrada subjetividad... en lugar de procurar entretejer hilos de arte, sabiduría y sano humor en el alma de los pueblos...? ¿No es eso cultivar el espíritu?

Un segundo paso que ayudaría a ese meritorio deseo de animar es ponernos de acuerdo en qué significado le damos a ese verbo: ¿Qué es animar?

“Ánima” es alma, es decir, espíritu humano. Alma es subjetividad, esa conciencia de sí, de la propia identidad, y esa conciencia de ser con los demás y para los demás que nos diferencia de los animales. No se trata de la falsa dicotomía de los griegos entre alma y cuerpo; se trata, más bien, del concepto, venido de la cultura judeocristiana, que ilumina la actual antropología filosófica, que postula que toda persona es una unidad indivisible formada por una corporeidad-subjetivada o una subjetividad encarnada y expresada siendo –y no teniendo– simplemente un cuerpo como si fuera algo extraño y fuera de nosotros mismos.

Es por ello que entendemos que cuando se habla de animar una ciudad estamos hablando de “darle alma”, de cultivar, al mismo tiempo y sin dicotomías, su corporeidad social y su subjetividad comunitaria. De ahí que, generalmente, fracasen los “planes” de pintorretear el cuerpo de la ciudad sin crear los espacios para que se exprese, sin miedo y sin tantos controles, el “color” interior de la ciudad que es la variopinta expresión del color del alma de sus ciudadanos, sin exclusiones y sin muros.

Muros invisibles son los que habría que derrumbar primero, luego los muros visibles serán por la voluntad libre de los de dentro y los de fuera, una cobija incluyente y no muros de exclusión para delimitar bien a los

que no piensan igual o no son aceptados por los centros de animación oficial u oficiosos, y esos muros caerán por sí mismos o irán al museo o se venderán piedra a piedra como vergonzoso recuerdo de una época sin “aliento”.

Pero, qué triste sería que confundiéramos los muros de ladrillos inertes con los muros de barreras excluyentes, agresivas, que dividen la corporeidad citadina y empobrecen la subjetividad de los pueblos. Eso sería el colmo del desánimo, es decir, la inhumación del espíritu trascendente de la ciudad y de las personas que la forman, acompañados por el triste cortejo de ingenuos o manipuladores planes de animación social.

Tengo la certeza y la confianza de que en esos debates entre pensadores y artistas, entre poetas y narradores de profunda y libérrima espiritualidad, entre verdaderos animadores culturales que logran trascender, no negar, ni traicionar su cargo de funcionarios, también necesarios para animar y organizar la ciudad, podremos encontrar, entre todos, la esencia y el método de reanimar nuestra convivencia.

Por lo pronto, y para participar de ese debate ya abierto por los que siempre y con razón se preocupan y ocupan de verdad por nuestras ciudades, expreso mi convicción serena de que la esencia, el secreto, el punto de partida, de toda auténtica animación de la ciudad radica en abrir la subjetividad de sus ciudadanos, en liberar la expresión sin miedo del alma de cada persona, en facilitar los espacios naturales de creación, no encorsetados, planificados, controlados y censurados, porque esto mata la subjetividad del creador y desalma y desarma el espíritu de la ciudad de las mejores armas de su cultura, que es el carácter creador y redentor de todos sus hijos sin exclusiones partidarias o ideológicas o seudoculteranistas.

Animar una ciudad no es planificar actividades sino dejar que el alma de sus ciudadanos ocupe y dé vida a sus ambientes. Animar una ciudad no es hacer ruido y comida en sus calles, es hacer espacios para que sus habitantes se reúnan espontáneamente y se expresen sin miedos. Animar una ciudad es facilitar la articulación de redes de intercambio cultural entre las diferentes instituciones que existen en ella y que sean, a su vez, espacios de creación y pensamiento sano y honesto. Animar a la ciudad es soltar sus amarras, dejar hacer a la creatividad pacífica y cordial de sus vecinos, fomentar la pequeña y mediana empresa que se anima por el propio interés de sus gestores, al mismo tiempo que se les exige no sólo impuestos sino calidad en sus ofertas. Animar a una ciudad es no planificarle su espíritu sino sanearle una atmósfera donde la gente pueda respirar tranquila, reunirse sin sospechas, pensar abierto

y diferente, crear sin cortapisas ideológicas o religiosas, crear lazos de amistad; así, sin más, sin más pero sin menos.

Animar la ciudad es, como lo ha dicho uno de los mejores y más creativos de nuestros poetas jóvenes, a quien siempre recuerdo con cariño invariable:

Si alguien me preguntara qué le falta a mi ciudad, ni siquiera tendría que pensarlo. No tendría que subir y bajar la calle, mirando, con la fijeza de un catador de vinos, hacia un alero en el que el musgo crece desordenadamente en un intento inútil de apoderarse de la luz; una puerta de cedro o de caoba, una gran puerta del siglo XVII sería y silenciosa como los familiares de un difunto; un amplio portal, cómplice y sombrío, lleno de esos fantasmas que el polvo y la cal van delineando en las fachadas, carceleras de otros fantasmas más humanos; un corredor en calma donde sin dudas se escuchará la voz de dos amantes rodeados de gorriones, bajo el frescor y la nostalgia que traen las mañanas hasta el paisaje ya sin color de un patio de provincia.

Yo no tendría que andar entretenido, con ese aire de falsa ingenuidad que llevan los turistas de una a otra plaza. Ni siquiera posaría mis ojos, canarios de cristal, en el barroco bosque de figuras que el tiempo, con precisión de orfebre, ha dibujado en una reja. No abriría mi boca ante el asombro de un detalle apenas perceptible para un vagabundo. No me deslumbraría para decir amaneradamente: qué delicado aroma se desprende de ese rosetón art-nouveau, suave como los lotos que flotan en el Nilo... o, esa columna jónica tiene la perfección del pecho de mi amante... o, en ese balcón neoclásico relucen las huellas de oro, las delicias del ciervo que comía su mitad de luna encima de mi sexo...

Todo rebuscamiento sería innecesario, pues mi ciudad siempre ha sido exacta y triste como una puesta de sol cuando uno se encuentra lejos de su casa. La ciudad ha tenido siempre sus miserias. Sus rincones oscuros. Sus bosquecillos de carencias y mezquindades ardiendo en los segundos pisos. Sus lluvias que la diferencian de Estocolmo con nieve colgando de los puentes. Estambul y sus pájaros rojos sobre los minaretes, Luxemburgo, o Londres, o París tan sobrios en la niebla atravesada por el paso inevitable de las horas.

Yo no tendría que mirar a un lado y a otro lado, ni sentarme en el quicio de una acera buscando un nuevo signo, un gesto que transparente el alma de los transeúntes que recorren mi ciudad a las cinco

de la tarde. Nada buscaría dentro de sus ojos cansados de esperar. Nada dentro de sus pechos llenos de toros dormidos. Nada dentro de sus bocas en las que crece la misma y siniestra canción.

Si alguien me preguntara qué le falta a mi ciudad, diría sin pensarlo que es la alegría de un parque o una pequeña plaza donde paseen tranquilas las palomas.

Una muchacha con una blusa azul que les dé de comer en el hueco de su menuda mano.

Y un banco de madera. Un simple banco donde me sentaría para intentar atrapar en un dibujo: la plaza, las palomas, la muchacha y la paz de su mirada: todo lo que para mí pudiera ser la libertad.

(Nelson Simón, “Poema donde sueño una ciudad distinta”.
Vitral, N° 1, mayo-junio de 1994, pp.13-14).

Animar una ciudad es, en fin, digo yo, dejar que su gente sea ella misma, que la ciudad se exprese con sus propios colores sin exclusiones y que cada espacio pueda ser y hacer la subjetividad del pueblo sin burocratismos ni sobreprotecciones.

El alma de la ciudad es el secreto de la animación de sus ambientes. Y el alma, cuando no es esquizofrénica ni paranoide, es siempre libertad incluyente y amorosa.

Está demostrado por la historia milenaria de la humanidad, que la exclusión mata la cultura de los pueblos, los desanima, los seca...

Nada nuevo digo, ni nada extraño... ya lo había dicho también de otra manera más poética, más radical y más concisa, nuestra poetisa mayor hace más de medio siglo: “el que no ponga el alma de raíz, se seca” (Dulce M. Loynaz, *Poemas sin nombre*. “III”).

Cultivar el espíritu: un deber cívico raro en Cuba

“Como la de cada persona, el alma de los pueblos se salva o se condena”. Así le escuche decir, pletórico de fe y confianza a un sacerdote cubano, maestro durante décadas llegó a ser Ministro de Educación de nuestro país y fue inspirador de la Comisión de Historia que preparó el encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC, 1986). Me refiero al Padre Pastor González, religioso escolapio y cubano de pura cepa.

Entonces pude comprender cabalmente dos realidades que han marcado mi vida.

La primera: que los ciudadanos, los miembros de una nación y todas sus instituciones, deben empeñarse a fondo por cuidar, promover, cultivar y fecundar el alma, el espíritu de ese pueblo, su *ethos*, su cultura, su subjetividad, en una palabra, su espiritualidad. Es el primer deber cívico y patriótico.

Está en juego no sólo la esencia misma de ese pueblo, sino también su propia salvación, su redención, su perennidad. Si se daña el *ethos*, si fenece el espíritu de un país, si no se pone “el alma de raíz”, se seca su espiritualidad, se arrastra su cuerpo nacional por los bajos caminos de las miserias humanas, se desintegra como comunidad, pierde el rumbo y el sentido de existir como pueblo... hasta llegar a desaparecer como nación. Es por ello que educar para la libertad y la responsabilidad, poner manos a la obra de la formación cívica de un pueblo, cultivar su *ethos*, fecundar su cultura, promover su creatividad, es siempre una labor espiritual, una misión trascendente, una tarea redentora. Sea quien sea el que la realice y piense y crea como estime el que la promueva.

El que siembra espiritualidad, abre a la trascendencia... y salva el alma de su pueblo, toda persona de buena voluntad que, aún sin “saberlo” muy bien conscientemente, se dedica a rescatar la memoria histórica, los

mejores criterios de juicio de sus predecesores, los modelos de vida de sus patricios, la subjetividad de cualquier bueno y sencillo ciudadano... eso es cultivar la entereza de un pueblo y salvarlo para la vida futura.

La segunda: que la misión evangelizadora de la Iglesia, su esencia misionera, no se reduce, ni mucho menos, a un tipo de labor proselitista, de “propaganda *fidei*”, de testimonianza personal, de extensión geográfica, de visitas a vecindarios, poblados, bateyes y nuevas comunidades. Ser misionero en la Iglesia es también, “alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio: los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” (E.N. 19). De modo que al inaugurar el Año de la Misión en Cuba, convocado por nuestros Obispos, con esta Asamblea de Misión de la Diócesis de Pinar del Río, no es un despropósito, ni una extrañeza comenzar este Encuentro con la presentación de un libro. Lo inauguramos con un acto cultural. La inculturación del Evangelio y la evangelización de la cultura, son los dos polos de una única y multiforme dinámica de la misión de la Iglesia. La evangelización de los ambientes, el rescate de la memoria histórica, el cultivo de la forma de ser, de las tradiciones, de la herencia cultural de los pueblos, es otra forma, aún mayor en profundidad, de misión. Precisamente el Papa Juan Pablo II, al inaugurar el Tercer Milenio del Cristianismo lanzó esta invitación a todos los cristianos: “*Duc in altum*”, “Rema hacia la profundidad del mar de este mundo”, adentrémonos en lo más hondo de la existencia de las personas y de la sociedad, y allí echemos las redes.

Remar hacia la profundidad de una persona es pasar de la visita a su casa a la amistad de su corazón, es pasar del anuncio doctrinal del Evangelio a la transformación de sus criterios personales. Es pasar de la invitación a visitar la Iglesia a la invitación a hacer de su persona un templo de Dios. Es pasar de acogerlo en nuestras reuniones religiosas y en nuestras celebraciones litúrgicas a formarlos para que sus relaciones humanas y sus actitudes ante cualquier suceso y más allá de su vida sea un culto permanente y agradable a Dios. Es pasar de prepararlos para recibir los sacramentos a prepararlos para que toda su vida, su testimonio, sus actuaciones, sus obras sean un “sacramento”, es decir, un signo sensible y visible de la salvación de Dios para las personas que lo rodean.

Es por ello que hoy la Iglesia diocesana no sólo convoca a la misión a todos los visitantes, ministros de la Palabra, equipos misioneros, sino que también convoca a catequistas, animadores de la formación cívica, animadores de la Comisión Católica para la Cultura, grupos de

educadores, grupos de mujeres y amas de casa, grupos de trabajadores de la salud y de la economía, animadores del MCAS y de la consultoría jurídica, psicológica y familiar, a los agentes de Cáritas, a los que forman líderes de comunidades sociales, a los que forman artistas en las aulas de música o técnicos en las aulas de computación, a los que forman a los niños en las guarderías y a los que restauran templos e imágenes para restaurar el alma y la mística de nuestros pueblos y bateyes. Este año de misión convoca a los que animan el ambiente de los jóvenes y a los que animan a los matrimonios y familias, a los que animan el ambiente de la tercera edad o a los que atienden niños con síndrome de Down; este año de misión convoca igual a los que animan el Rosario perpetuo y a los que viven en la ofrenda permanente de sus vidas en el trabajo cotidiano en cada taller, hospital, surco o almacén; este año de misión convoca al mismo tiempo a los que fomentan la adoración perpetua de la Eucaristía y a los que ofrecen la hostia viva de su trabajo a favor de los presos y sus familiares; este año de misión convoca al mismo tiempo a los que escriben libros como este y poemas como otros, a los que trabajan en publicaciones como *Vitral*, *El Pensador* o *Meñique* y a los que hacen de su vida un libro abierto visitando enfermos en los hospitales, atendiendo a los que padecen el sida o acogiendo a los visitantes, migrantes por razones de estudio, trabajo o turismo y también a los llamados “palestinos”. Y así en la vida de los servicios de la Iglesia... Todo es misión.

Y lo digo con la convicción del que “se cayó del caballo”, por la gracia de Dios, a temprana edad, en una Iglesia misionera como la de Pinar del Río y en una época de la historia de Cuba en que se hacía casi martirial ser o no ser cristiano: Mientras los aspirantes a apóstoles de Cristo, que somos todos, no aprendamos a que la misión es todo eso y cuanto inspire al Espíritu para renovar la faz de la tierra, nuestra misión se quedará manca, o sorda, o ciega, o hemipléjica... Si queremos responder a la convocatoria de un Año de Misión, comencemos por comprender y vivir bien su más amplio concepto. Misión de las personas y de los pueblos. Misión geográfica y misión de los ambientes. Misión de los corazones y de las estructuras. Misión de inculturación del Evangelio y misión de evangelización de la cultura. Misión de la Palabra y de la Eucaristía, que es decir misión del anuncio verbal y de la entrega martirial de la vida.

Eso hizo, sencilla y heroicamente, que es casi siempre lo mismo, un hombre de nuestro pueblo, un hombre de la raza negra, aquella que no fue suficientemente evangelizada en la colonia y que ha sido y es discriminada y segregada en la República y hoy, quizá más sutil y sola-

padamente que nunca. Eso logró hacer, con las iniciativas más variadas y creativas, este misionero que fue Justo Figueroa Pérez. Él supo qué era ser un misionero: lo comprendió y lo ejercitó, lo asumió y lo inventó. Lo escuchó al mismo tiempo de la Palabra de *La Biblia* y de la adoración de la Eucaristía. Es más, Justo hizo de su propia existencia cotidiana, una palabra constante y una hostia viva al entregarse a los demás. Eso es ser plenamente ministro de la Palabra y de la Eucaristía. No como quien repite un recado de otro sino como el que comunica una experiencia de su propia vida, no como el que acarrea el Pan consagrado sin coherencia con su vida cotidiana, sino el que al llevar la Eucaristía y repartirla, entra en íntima comunión con el Cristo encarnado, crucificado y resucitado que lo inunda por dentro y lo desborda y, para no desperdiciar tan sublime experiencia, siente la necesidad perentoria y apremiante de repartirlo y de compartirlo con todo el que lo busque con sincero corazón. Justo supo ser un laico misionero: lo hizo a su estilo seglar, en medio del pueblo, en su mundo, que es el lugar teológico de la misión de los laicos; es decir, el lugar donde encontrar a Dios, de anunciarlo, de convivir con él en la fraternidad con los demás hombres y mujeres de su tierra. Lo hizo fundando comunidades y asumiendo un estilo de vida austero y alegre. Lo hizo inculturando el mensaje cristiano en décimas campesinas, en letrillas de pregones cubanos, en obras de teatro que llamaba “comedias” sin saber, o quizá intuyendo, que trataba los mismos problemas de la “comedia de la vida”. Lo hizo organizando al mismo tiempo y con un corazón indiviso, los rosarios vivientes y las campañas de alfabetización; es decir, uniendo en la misma y única misión de la Iglesia, la multiforme educación cívica y religiosa, ética y cristiana, cubana y campesina. He aquí las notas distintivas de su misión que es la Misión de su único Maestro y Amigo, de su Salvador e Inspirador: Jesús de Nazaret.

Justo Figueroa es una de esas figuras paradigmáticas de la tradición laical y misionera de esta Iglesia de Pinar del Río. Su vida forma parte de ese anuncio viviente del Evangelio en esta Diócesis y provincia más occidental de Cuba. Su palabra, sus capillas de yagua y guano, sus “autos sacramentales” escenificados y memorizados por el pueblo, sus canciones y sus refranes, sus campañas de alfabetización y su modo informal de asistencia social, forman parte de esa herencia de apostolado seglar que ha distinguido, por la gracia de Dios, a esta porción del pueblo de Dios en Cuba.

Todavía guardo en mi memoria aquella tarde de fiesta de la Virgen del Rosario, patrona de La Palma, en que siendo un joven acompañante

del entonces Obispo de Pinar del Río, Monseñor Manuel Rodríguez Rozas, conocí a Justo el misionero, allí en el patio del fondo de la casa parroquial: el Obispo sentado tomando un café, Justo de pie a su lado, sin zapatos, palo rústico en forma de cayado, pantalones a media pierna amarrados con ariques de yagua. El pastor preguntando por las ermitas y las necesidades de las gentes y el misionero tratando de comunicar el dolor de los sufrientes, el fervor de los creyentes y la esperanza de todos en que la noche oscura pasará. Justo anunciando que el amanecer siempre llega, “que siempre que llueve... escampa”... Él era y es el misionero de la luz.

Hombres y mujeres salidos del seno de nuestro pueblo han acompañado a lo largo de los siglos a misioneros como Justo, el religioso. Recordemos, entre otros cientos, a Doña Panchita Barrios, aquella campesina de la época de nuestras guerras de independencia que vivió en las lomas de Guillén, en Sábalo, en Guane. Allí predicó, sanó a los enfermos, animó a los desalentados, asistió a las parturientas y salvó la Eucaristía guardada en el Sagrario y a las imágenes sagradas del templo de Sábalo rogando al Ejército Libertador, al mando de Antonio Maceo, que no prendiera fuego a la Iglesia de ese poblado y luego trasladando, ella misma en una carreta tirada de bueyes, el Sagrario con el santísimo Sacramento dentro y las imágenes del templo de Sábalo hasta la Catedral de Pinar del Río en lo que quizá fuera la primera y más larga y azarosa procesión eucarística de la historia de nuestra Iglesia diocesana realizada, audaz y premonitoriamente, por una mujer laica que no tuvo miedo a las autoridades civiles y militares.

Recordemos también a los misioneros, sacerdotes religiosos jesuitas: Padre Saturnino Iburguen y P. Jesús Rivera, quienes viniendo de La Habana, traspasando los límites geográficos y eclesiásticos y aprovechando los tiempos de seca, recorrían nuestros campos y caseríos, quedándose en ocasiones en las casas de tabaco o escogidas, o en las casas de los guajiros que los acogían.

Recordemos también a otros laicos misioneros como César Balbín, oriental de guayabera blanca y sombrero de yarey, que siendo rico y quedando viudo, vendió todo lo que tenía y lo dedicó a comprar objetos religiosos para repartir en sus misiones y para trasladarse y sostenerse en su largo recorrido por todas las provincias de Oriente a Occidente por las que fue predicando, alfabetizando, cuidando enfermos, animando a los sufrientes y desvalidos, hasta que, sin nada ya de su propiedad, llegó a Pinar del Río y enamorado de sus campos, de sus gentes y de su auténtica religiosidad, decide quedarse aquí, viviendo solo en las

casas de tabaco y escogidas, no mirando día ni noche, época del año, ni distinción de personas, hasta que la edad y la enfermedad lo vencieron y se retiró a un hogar de ancianos de la Iglesia en La Habana, donde, rezando y recordando a Pinar del Río, pasó serenamente a la Casa de Dios Padre.

Otras dos mujeres no pueden dejar de ser mencionadas en la pléyade de misioneros de esta Diócesis. Recuerdo a Paulita Castillo y María Josefa Díaz, “Fefita”; la primera, madre de una extensa familia y de una gran comunidad en la zona de la Virgen de la Palma, la carretera de Luis Lazo, el Cangre, la Guabina, el Guayabo y también en el Reparto Vélez, al final de su vida. La otra, una seglar que se consagró por su bautismo y confirmación a la Iglesia y dedicó su soltería y todas sus fuerzas a la Acción Católica primero, al testimonio silencioso y martirial después y al infatigable ministerio de la Palabra y la Catequesis cuando las circunstancias históricas y su Iglesia lo necesitaron, hasta que entregó su último aliento un Domingo de Resurrección, como fue su vida toda.

Espero que un día nuestra Diócesis, toda la Iglesia cubana y el resto de nuestro pueblo, pueda contar con el testimonio fehaciente de las vidas de estos y otros cristianos que entregaron toda su vida al servicio de la misión. Para Ediciones Vitral será un verdadero honor, un deber y una alegría grande poder publicar las vidas ejemplares de estos compatriotas para que las nuevas generaciones puedan beber en estos pozos de santidad y de cubanía.

Una palabra aparte merece la obra del autor, Belisario Carlos Pi Lago, ganador de varios reconocimientos en concursos literarios e hijo de la misma tierra donde trabajó Justo Figueroa.

Soy testigo de la profesionalidad con que Belisario ha escudriñado cada archivo, ha indagado con cada testimoniante, se ha comunicado, solicitando información, con cada probable fuente. Ha querido ser fiel a la verdad que se escondía bajo el velo del olvido, de la desinformación, del mito que se teje alrededor de cada persona insigne. Soy testigo también de su vehemente interés en que fuera conservada, con la misma coherencia y fidelidad, tanto los detalles de la vida de este laico misionero, como la mística que lo aupó desde dentro.

Quien lea esta exquisita investigación histórica encontrará la minuciosa indagación, pero no podrá quedarse en el dato, en la ubicación geográfica, en el documento probatorio. No es posible entretenerse en la aún escasa datación porque el autor continuamente interpreta, crea vínculos entre hechos y actitudes, busca en los testimonios las líneas inspiradoras,

destaca la espiritualidad inasible, trasciende el verbo y busca el mensaje inefable que quiso transmitir. En fin, creo que el autor no pudo tampoco mantenerse neutral frente a una vida excepcional. Su dubitativo sí del principio se fue tornando, poco a poco, como la mayoría de las verdaderas conversiones, en una pasión por definir cada huella del misionero con fama de santo, por encontrar el eco de cada palabra pronunciada al viento de aquellas serranías... pero el autor y nosotros, los aspirantes a cristianos, sabemos que “si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los arquitectos” (Salmo 127).

Belisario y cada lector iniciado, saben que redescubrir la huella, encontrar las resonancias de su predicación y revivir su existencia no es posible para el autor, ni para nadie, sin creer que por las mismas serranías de La Palma, en los mismos umbrosos valles de aquella reserva natural, anda, descalzo y brioso, el Justo resucitado.

Palabras pronunciadas en la presentación de un libro de Ediciones Vitral sobre la vida y obras de Justo Figueroa, misionero en Pinar del Río, 10 de enero de 2005.

Encuentros de un pinareño con Juan Pablo II

El cariño entrañable del Papa Juan Pablo II a Cuba y a su gente ha sido un hecho tangible y permanente a lo largo de sus veintiséis años de Pontificado.

Habría señales muy elocuentes y solemnes: sus enseñanzas a los Obispos cubanos en la Visita *Ad Limina* que todos los prelados deben hacer al Papa cada cinco años, los mensajes enviados con numerosos cardenales y otros dignatarios de la Curia Romana que con una frecuencia inusitada venían a la Isla con encargos en su nombre, los discursos a los embajadores de Cuba ante la Santa Sede, pero sobre todo, su inolvidable Visita Pastoral a Cuba, todo ello habla de manera elocuente y pública de ese cariño del Papa.

En este momento de su despedida, deseo recordar, porque no puedo hacer otra cosa, esos encuentros personales, privados unos, públicos otros, en la intimidad de su casa o en salones y plazas, en que el Papa se encontraba con un cubano de a pie, aún para más confusión, de un simple pinareño... y ya sabemos todos la fama que tenemos, algunas veces por mito y otras por realidad.

En este momento de recuento estas audiencias-encuentros se perderán en el mar de eventos importantes, en la montaña de escritos solemnes, en las imparables mareas humanas que lo veneran y lo aclaman alrededor del mundo entero, nunca mejor dicho, en todas las lenguas, en el seno de todas las religiones, la forma peculiar de cada cultura... Era su programa y lo cumplió con creces. Ha convertido a la Iglesia en una realidad más católica, más universal, más global, “remó mar adentro” y la pesca ha sido abundante... todo esto y mucho más que he oído, leído, visto en todos los medios del mundo... otra vez esa frase que a veces se usa tan abusivamente y que nunca como ahora hemos podido apreciar

en tal abarcadora y pluralista realidad. Sí ha sido todo el mundo... o casi todo el mundo porque algunos han preferido quedarse sentados en el parlamento español mientras el mundo se levantaba... “porque un minuto de silencio-han expresado-es mucho”.

Pero no quiero distraerme con esas miserias humanas ni con las otras grandezas... también humanas. No quiero, ni puedo, separarme de unos detalles insignificantes, de los gestos ocasionales, de las palabras improvisadas y de las miradas intensas y penetrantes del Papa para un cubano insignificante... uno más de los peregrinos, un simple fiel que desde el primer encuentro quedó marcado por el carisma de este santo Padre, así es él de ahí el título... y no al revés.

Así fue que casi al concluir el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), el evento más significativo de esta Iglesia en los quinientos años de su historia, me llamó mi Obispo una tarde de mayo mientras regaba las orquídeas que el pastor cultivaba en el patio del Obispado, y allí me dijo, sin mucho protocolo: –Prepárate porque has sido elegido para participar como delegado de Cuba a un Encuentro Internacional de Intelectuales Católicos del Movimiento *Pax Romana* que cumple cincuenta años de fundado... y ese congreso –dijo el Obispo– será en... Roma.

Luego de tragar en seco, aquel laico de treinta y dos años que no había salido nunca de su Isla, comenzó su primera peregrinación al encuentro del sucesor de San Pedro.

PRIMER ENCUENTRO: LA FUERZA DE LA CERTEZA, PALABRA SEGURA Y PASO FIRME. CON EL CARDENAL PIRONIO Y EL PADRE GUSTAVO GUTIÉRREZ

Una vez en Roma el peregrino pinareño pudo visitar los sepulcros de Pedro y Pablo y los demás santuarios de la cristiandad, pero el momento culminante de aquel mes en la Ciudad Eterna fue el indescriptible atardecer del 25 de septiembre de 1987, en que el grupo de cerca de cien delegados al Congreso de *Pax Romana* subió las escaleras del Palacio apostólico Vaticano hasta la Sala del Consistorio, donde estaban dispuestas las sillas para los participantes y todo lo necesario para recibir al Papa. Allí fue situado por el Cardenal Pironio, otro amigo de Cuba, el cubano peregrino al lado de un peruano entonces controvertido y siempre humilde que invitaba al cubano a mirar los frescos magníficos de la sala para distraer los nervios de la espera. Se trataba del Padre Gustavo Gutiérrez.

Al fin entró con paso firme y sonoro el Papa Juan Pablo II, mil veces visto en revistas y periódicos y ahora, al fin, vivo y presente, impresionante en su blancura, estatura y firmeza. La aparente indiferencia de aquellos académicos, escritores, juristas y pensadores, de pronto, como por encanto, se tornó en aplauso y aclamación vocinglera. Era un electrizante río de empatía entre el grave y corpulento pontífice y los asistentes a esta Audiencia grupal.

Se sentó el Papa y el cubano que lo miraba fijamente desde la segunda silla de la segunda fila a la izquierda del salón, como para no perder gesto alguno, sentía que el polaco recorría con escrutadora mirada a cada uno mientras el Cardenal Pironio leía un breve saludo en nombre de todos. Luego, con voz tronante y con mucho énfasis en frases clave, leyó en italiano, francés y español un discurso hablando de la “austeridad intelectual” y del amor a la verdad. Terminada la lectura, y luego de un aplauso cerrado, se levantó enérgico y en grueso latín pronunció la Bendición Apostólica con un trazo corto, firme, macizo, de su mano derecha, grande y abierta. Y, sin respirar, bajó en dos trancos aquellos escalones y se dirigió a la primera fila para saludar a los líderes y fundadores del Movimiento. Luego, siempre guiado por el Cardenal Pironio, se acercó a la segunda fila y allí se detuvo frente al Padre Gustavo Gutiérrez que fue inmediatamente introducido con cariño por el cardenal argentino. El Papa abrió sus ojos con gesto casi infantil y en perfecto y grave castellano, tomó el brazo derecho del Padre Gutiérrez y le dijo:

—¡Yo lo imaginaba a Usted un hombre más alto!

—Santo Padre, es que tengo talla de indio peruano.

Eso bastó para romper cualquier prejuicio y dar paso a un nuevo apretón de manos y a que el Cardenal presentara a este cubano que, inmediatamente después de besar el anillo del Pescador, pidió una bendición para Cuba y para su Iglesia, el Papa lo miró y levantando la mano dijo: —¡Bendigo a Cuba y la quiero ver! Y siguió adelante con paso rápido, además firme, cambiando de idioma a cada paso y dejando una estela casi tangible de vigor, seguridad y esperanza.

Casi al regresar a Cuba, al terminar el mes de septiembre, recibí una llamada del Cardenal Pironio, una gracia de Dios extra: me invitaba a participar en la Misa de inauguración del Sínodo de los Obispos dedicado a los laicos. Una nueva oportunidad para ver al Papa, esta vez desde la segunda fila del crucero de la derecha del altar. Allí compartí ese lugar con un joven peruano, ambos, al darnos la paz, recordamos, no sin lágrimas, la situación que habían vivido nuestros respectivos países.

SEGUNDO ENCUENTRO: LA FUERZA DE UNA FLOR Y UN OBISPO VIETNAMITA

En mayo de 1995, fui invitado a una reunión de organizadores de Semanas Sociales Católicas convocada por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, entonces presidido por un cardenal amigo de Cuba, Roger Etcheagaray, que había venido, en 1994, a la II Semana Social organizada por la Comisión Católica para la Cultura de Pinar del Río y había fundado la Comisión Nacional de Justicia y Paz de Cuba. Pero el Cardenal Etcheagaray no podría presidir el Encuentro en Roma pues tenía que asistir, en nombre del Santo Padre, a unas celebraciones en la Isla de Patmos.

Presidiría, en su nombre, el Secretario del Consejo, arzobispo Francisco Javier Nguyen Van Thuan, quien había sido expulsado de su Patria luego de cumplir once años en las cárceles comunistas. El primer día encontré en mi puesto en el Salón Plenario de Justicia y Paz un libro dedicado por el obispo vietnamita, luego todo fueron atenciones hacia el delegado de Cuba. Hasta que en la mañana del 23 de septiembre de 1995 tuvimos la audiencia con el Santo Padre, esta vez en Castelgandolfo, junto a los preciosos lagos Albanos. Mientras íbamos en el ómnibus hacia la residencia veraniega del Papa me acerqué a Van Thuan, que me llamaba para entregarme una pequeña bolsa de nylon con alrededor de cien medallas de la Virgen y el Papa.

—Para que le dé a bendecir estas medallas al Santo Padre —me dijo seguro— y lo lleve a la familia y a su pueblo.

—Gracias, Monseñor. Yo he traído la pequeña revista casi manufacturada que hacemos en nuestra diócesis de Pinar del Río, deseo presentarla al Santo Padre y rogarle una bendición para ella, el Centro Cívico y todos sus colaboradores.

El obispo vietnamita me miró con amplia sonrisa y ojos cómplices. Me dijo:

—¡Comprendo, adelante! Si usted no logra traspasar los porteros yo la llevo en el bolsillo de mi sotana.

Habíamos arribado al pequeño castillo. Éramos apenas unas veinte personas, los gentilhombres que organizaban la Audiencia nos pidieron que nos situáramos de pie, en forma de herradura, frente a la Sede del Papa. El Arzobispo Van Thuan me indicó que me colocara casi al final del semicírculo y así lo hice. Después comprendí que los últimos gozaban del beneficio del tiempo cuando los participantes eran pocos y más bien “de la casa”; es decir, personas que ya habían visto al Papa por trabajar

en algún organismo o ser convocados a reuniones muy específicas como esta. Al fin se acercó el Papa, ya con paso cansino, espaldas un poco encorvadas, mano temblorosa y la misma mirada. Después de besarle el anillo, le pedí su Bendición para Cuba y su Iglesia. Al ver que estaba detenido frente a mí y no parecía que siguiera le dije:

–Santo Padre, ¿cuando irá a Roma? Deseamos mucho que vaya.

–¿A Roma? –me dijo con cierta leve sonrisa.

–Disculpe, Santo Padre, quise decir ¡a Cuba!

Y mirándome, me sujetó el brazo y me dijo en voz baja:

–Y ¿cómo puede ser eso? ¿Cuándo podría ser?...

Allí un brevísimo intercambio y... como aún estaba allí, mostré la revista *Vitral*, N°. 8, cuya portada era un inmenso muro de ladrillos en cuya base y al centro aparecía una mínima flor que, con sus insignificantes pétalos, empujaba el muro hacia arriba, arqueándolo sin fracturarlo.

Yo, entusiasmado por el tiempo que tenía su Santidad, me puse a explicarle que era una revista católica, la primera de mi diócesis, de corte sociocultural, manufacturada pero hecha con mucho amor y perseverancia... Pero el Papa no me miraba... miraba fijamente hacia la revista que yo sostenía en mis manos y de pronto, interrumpiendo mi explicación, coloca el Papa su grueso dedo sobre la pequeña flor y mirándome me dice:

–¡Qué fuerza tiene esa flor!

Sorprendido y estupefacto. No pude más que acercarme al Papa y casi sin respiro decirle:

–Sí, Santidad, hay todavía muchos muros que derrumbar...

Enmudecí. El Papa levantó su mano derecha y en amplio signo de la cruz dio a *Vitral* su bendición. Y sin que pudiera yo recuperarme... giró y se marchaba por la misma puerta por la que había aparecido... pero su secretario, con gesto casi imperceptible, le señaló la puerta contraria, por donde habíamos entrado nosotros y que comunicaba con otros salones y agregó, casi sin decir:

–Santo Padre, queda trabajo.

El Papa, jovial, se volvió hacia nosotros y nos dijo alzando ambos brazos y encogiendo los hombros:

–¡El Papa siempre tiene trabajo!

Y con lento paso... desapareció seguido de su breve séquito y una intensa luz.

TERCER ENCUENTRO: UN HOMENAJE AL P. VARELA EN LA UNIVERSIDAD Y UNA *BIBLIA* EN LA PLAZA JOSÉ MARTÍ. CON LOLA CAREAGA, EL BESO DE CUBA

Del 95 al 98 todos los católicos cubanos estuvimos inmersos en un proceso de preparación de la anhelada, y tan retardada visita del Papa. El 21 de enero de 1998 sobre las cabezas de muchos pinareños ronroneó la inmensa nave aérea de Alitalia, casi suspendida del cielo sin nubes, lentamente, como disfrutándolo, sobrevoló la Diócesis de Pinar del Río. El brillo de los espejos intentaba cuajarse en el brillo empañado de los ojos... llegaba el Papa a Cuba.

Cinco días, agarrados de la verdad y la esperanza, cinco días siendo protagonistas de nuestra propia Historia, cinco días respirando, a pecho henchido, la libertad. Yo lo experimenté como si Cuba fuera una familia que, encerrada en cuarto oscuro, no encontraba salida para vivir ni ventana para la luz hasta que un buen día, un peregrino, “venido de lejos” pero experto en naciones cerradas y barrotes frente a la libertad, abrió una pequeña ventana... y entraron el aire y la luz juntos y riendo... por cinco días. Luego volvió a ser cerrada, se intentó “despapizar” a Cuba, término inventado en el seno de un grupo partidista, realidad imposible de alcanzar. Después que alguien ha experimentado la luz de la verdad y ha aspirado el aire de la libertad, se puede cerrar la ventana... pero nunca más se podrá convencer a esa familia de que no existen ventanas y puertas en su Casa-Nación. Nunca más. “El que viva, lo verá” –así lo expresaría el Santo Padre al regresar a Roma.

Dos días pude estar cerca del Papa: el 23 de enero de 1998, otra vez al atardecer, pero esta vez en mi Patria, nada menos que en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, para honrar al Padre Varela y encontrarse con el mundo de la cultura. Al llegar allí fui enviado a la segunda planta para que la Providencia me permitiera disfrutar en perspectiva alta de este, quizá el más raigal de los gestos del Papa en Cuba. ¡Qué recuerdos los míos allí al ver entrar lentamente al Papa en aquella misma Aula donde, doce años antes, habíamos acudido los delegados del ENEC a rendir el primer homenaje público de la Iglesia Católica al P. Varela después de la Revolución! Allí, en el podio, junto a Pironio y Delio Carreras, el historiador, quiso la Providencia que me tocara a mí decir las palabras de dedicación del homenaje a Varela. Cuando subí para

leerlas, el 19 de febrero de 1986, me preguntaba ¿cómo puede ser que quien no pudo estudiar ni Sociología, ni Derecho en su tiempo porque era católico, ahora hablara en su nombre allí, en el seno más sagrado del alma universitaria; porque había sufrido tanto de joven, subí con la frente alta y el corazón curtido... pero doce años después me seguía preguntando: ¿quién podría imaginar entonces este momento increíble pero cierto? Y aún más, para mí fue quizá el momento de mayor experiencia de cruz fecunda, certeza de fe en que “el amor todo lo espera” y, si es la Voluntad de Dios... todo lo alcanza.

Sin embargo, otra experiencia estremecedora me esperaba pronto; esta fue expansiva, liberadora, gozosa, resucitada, como la mañana de aquel domingo 25 de enero de 1998 cuando subí lentamente los numerosos escalones rojos de un elevado altar, plantado nada menos que en la Plaza José Martí de La Habana.

Un sacerdote de cívica cuna, amigo entrañable y exigente compadre, me había pedido, con muchos días de anticipación, que me ocupara de acompañar y conducir de mi brazo a una venerable y santa anciana de Minas de Matahambre, perdida villa intrincada en imponentes montañas al norte de Pinar del Río, su nombre hasta ese día, Lola Careaga. Era de esa estirpe de mujeres humildes que echaron pie en tierra y corazón en la mano por mantener abierta la perseguida y vigilada Iglesia de los pequeños pueblos. Ella abría y cerraba el templo, abría los corazones a Dios y acogía en su casa a los ministros laicos que, como este antiguo joven, íbamos los primeros viernes a llevar la Comunión y celebrar la Palabra hasta que hubo sacerdote, entonces de él fue también la casa y el corazón de Lola, de aquellas mujeres que acompañaron a Jesús en su Vía Crucis cubano durante más de treinta años.

Pues así fue; el Papa, vestido de verde, iba entregando una *Biblia*, uno por uno, a veinte laicos cubanos que estaban trabajando en alguna obra de evangelización en diversos campos o ambientes. Al final de esa fila serena y conmovida, íbamos la hasta entonces Lola y este servidor. Casi la levantaba en peso en cada escalón, sin mirar hacia atrás, los ojos fijos en el Sucesor de Pedro. Al llegar a unos pasos frente a él, adelanté a Lola del brazo y la dejé sola, trémula al viento fuerte como su estola tejida a mano. Tejida, en las Manos de Dios, también su vida. Y ella, erguida como nunca, soberana y filial, rompiendo toda predicción, se acercó al Papa y, cruzándole el brazo sobre el hombro, lo besó. Retumbó la plaza... se iluminó el rostro del Papa cansado y enfermo... el alma del hombre que ella había alimentado en su casa cuando era apenas un adolescente se confirmó en la fe de los apóstoles. Estaba preparado para acercarme,

el último, a recibir la *Biblia* de manos del Papa, sin mérito propio, pero con la serena certeza de creer más en Jesús y en Pedro, con el alma agradecida de haber nacido en esta bendita tierra, en esta hora de su Historia y en esta sencilla diócesis guajira, firmemente afincada en una fe que había expresado de manera inefable aquella anciana venerable que desde entonces, como Jesús a Pedro, el pueblo y la prensa habían cambiado el nombre. Ahora se llamaba: El Beso de Cuba.

CUARTO ENCUENTRO: SOLO ANTE EL MISTERIO DE LA CRUZ Y DE LA VIDA

Pasaron cinco años y una nueva Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo Justicia y Paz me abrió las puertas de la Ciudad Eterna. En los últimos ocho años muchas cosas en mi vida habían cambiado, el tiempo, las pequeñas y grandes cruces; las yaguas y otras pequeñas glorias; *Vitral* tenía diez años y mis hijos mayores arribaban a veinte. Apenas llegar a Roma, caminé a propósito para hacer más corporal mi última peregrinación a la tumba de San Pedro. Así, por la Vía Aurelia, me acerqué a la Basílica y, lentamente, me arrodillé primero frente a La Piedad de Miguel Ángel. Allí, en sus brazos, mi hija, su madre, mi madre. Luego, entré en el silencio orante de la Capilla del Santísimo, allí Cuba, mi grupo de pertenencia, mi Iglesia. De nuevo en el hormigueo de los peregrinos, me acerqué entre japoneses a besar el pie gastado de la estatua de San Pedro e, inclinándome, dejé que mi cabeza se pusiera bajo su pie saliente. Entonces un momento esperado, rogado, soñado, caminé hacia el cuerpo incorrupto y yaciente del Papa Bueno: Juan XXIII, arrodillado frente a este campesino audaz, abierto y profético, una oración por mi Diócesis que quiere ser como él y por *Vitral* a la que su director había fijado como fecha de nacimiento el 3 de junio, precisamente por ser la muerte del Papa Juan y para ponerla bajo su patrocinio.

De allí a la tumba de Pedro en las grutas vaticanas. Un credo con alemanes. Una oración de rodillas frente al Papa Pablo VI, el Papa de mi juventud, y una breve oración por este admirador suyo y servidor de sus sucesores.

El día 29 de octubre, en ocasión del Primer Congreso de Organismos que trabajan por la Justicia y la Paz, al que iba como miembro del Consejo y también como director del Centro de Formación Cívica y Religiosa, fui al Vaticano para ver al Papa en audiencia especial. Llegamos a la Sala Clementina, precisamente donde, sólo cinco meses después, sus restos serían expuestos antes de ser llevados a la Basílica. Allí acudimos más de trescientos delegados de más de cien países. Los miembros de

Justicia y Paz teníamos sitio delante. Mientras esperábamos al Papa pasó ante nosotros un escuadrón de la Guardia Suiza que le rendía homenaje al Embajador de Irán quien también atravesó en silencio el salón. Poco después las luces se encenderían junto con los corazones y, allá, por la puerta trasera, justo debajo del fresco con la inmensa barca de Pedro, apareció un blanco trono convertido en silla de ruedas, llevado por gentilhombres de Su Santidad y, encorvado dentro de ella, con el típico temblor de la cabeza y los labios pero con la mano alzada, abierta, bendiciendo, el Papa Juan Pablo II. El mismo de hacía dieciséis años, pero literalmente molido por el dolor aceptado y ofrecido y también literalmente transfigurado por la ofrenda permanente de su martirio civil. Mientras atravesaba el pasillo central pude recordar que hacía muchos años, en una peregrinación a Lourdes o Fátima, no recuerdo, el mismo Papa había definido qué se entendía en la Iglesia como martirio civil: era aquella forma de dar testimonio de manera incruenta pero sufriente, de manera permanente, sin perder la vida de una vez, sino “perdiéndola” en cada ofrenda, en cada minuto convertido en hostia viva.

Llegó al lugar en que la silla blanca se convirtió en Sede y tomando en sus temblorosas manos el papel que le ofrecían leyó, luego del saludo del Cardenal Martino, los dos primeros renglones de su breve discurso en que exhortaba a los agentes de la pastoral de Justicia y Paz a ser promotores y a vivir en sus propias vidas lo que llamó, para seguir sorprendiendo favorablemente a todos, “santidad social”. Sí, así mismo, es el camino de seguimiento a Cristo, sirviéndolo en los diversos ambientes sociales. Nada de contradicciones con el carácter personal de la santidad, se trata del “lugar” teológico en el que se realiza y consume esa santidad.

Al final, después de la bendición, el Cardenal Martino nos pidió a los miembros de Justicia y Paz que nos acercáramos luego del saludo de los Cardenales y Obispos presentes. En fila sosegada, nos fuimos acercando. El Papa se detuvo un poco con una joven china de Taiwán. Luego de una mejicana le tocó al cubano, que se arrodilló, como todos, a los pies del Padre-Abuelo quien le extendió la Mano grande que besé, mientras, el Cardenal le decía a Su Santidad que se trataba del delegado de Cuba; y, como si fuera lo único que tuviera que decirle, volví sobre la bendición para Cuba, levantó su Mano y antes de trazar el signo de la cruz, me tomó la mía y poniendo su otra mano sobre la cansada mejilla, me dijo una única y repetida palabra, única sí, pero sin par y sin ambages:

–¡Coraje! ¡Coraje!

Y, mirándome fijamente, levantó sin fuerzas la otra mano como para bendecir y la dejó caer. Así fue mi último encuentro con el Papa, al que

vi, físicamente, consumirse en una larga y fecunda Pascua de veintiséis años. Después de conocer al Papa hace dieciocho años, cada domingo, en cada Misa, tienen un eco inefable y acuciante en mí, aquella oración de la Plegaria Eucarística: “Que Él nos transforme en ofrenda permanente...” a la que ahora se ha agregado una sola palabra: “Coraje”.

Esa fue la última palabra del Papa para mí, pobre laico guajiro que, ahora, al verlo partir entre el más apoteósico homenaje universal que se ha rendido a persona alguna, me pregunto con irresistible insistencia y no sin temor y temblor:

¿Qué significará en mi vida esta última palabra del Papa? Dios me sostenga.

Las relaciones con Cuba, entre la verdad y los intereses

Con frecuencia los cubanos nos preguntamos sobre qué principios se basan las relaciones internacionales con Cuba.

En otras ocasiones, personas de cualquier lugar del mundo, interesados en la amistad con el pueblo cubano, se preguntan cuáles son los criterios que fundamentan las relaciones de sus propios gobiernos con Cuba.

Más extraño aún, los cubanos que vivimos en la Isla y los que viven dispersos por el mundo, nos preguntamos, igualmente, cuáles son las bases éticas de las relaciones entre compatriotas que viven en el exilio o la emigración; o los vínculos entre ellos y los que permanecemos en la Isla.

No pocas veces los hechos, en las relaciones internacionales nos confunden. Las posturas parecen incoherentes. Las palabras y declaraciones van bien separadas de las actitudes. Pero, sobre todo, creo que el talón de Aquiles de las relaciones internacionales es, en este momento, que los raseros éticos de decisión no son iguales para todos, sino que dan la impresión de ser ajustados a los intereses económicos o geopolíticos.

La clave de estas diplomacias errantes parece ser que priorizan los intereses de la economía y de la ideología por encima de los intereses de los ciudadanos. Sabemos que muchos países desean e intentan responder a los intereses de la nación, pero la realidad de las relaciones comerciales, económicas, financieras, del tráfico de influencias y de las alianzas ideológicas, no han logrado, hasta hoy, colocar por encima de todos ellos, los derechos humanos de cada cubano, el bien común y los derechos de este pueblo. Más bien, es a costa de ellos.

A no pocos cubanos nos resulta incomprensible cómo esos países y sus representantes pueden aceptar, tolerar, interpretar y hasta apoyar en Cuba, lo que en sus propios países les resulta, hoy mismo y desde

siempre, intolerable, irrespirable, increíble. A veces nos preguntamos, perseverando en la creencia de las buenas intenciones que nadie juzga: ¿Podría ser la antigua y socorrida falacia de que “el fin justifica los medios”? ¿O será quizás una interpretación radical de la prudencia? ¿O tal vez sea la resignada opción por “un mal menor”? ¿O quizás sea que hay gobiernos o partidos que todavía creen sinceramente que las alianzas ideologizadas están por encima de los derechos de cada persona y pueblo? Si fuera alguna de estas alternativas, es posible que muchos cubanos pudiéramos aún entender, aunque no aprobar, esas incoherentes relaciones de doble rasero. Pero, desgraciadamente, todo nos hace suponer que la tupida nube de intereses de política interna en esos países o bloques y de conveniencias económicas, opaca “ese sol del mundo moral” como llamó José de la Luz y Caballero al sentido de la justicia. Podríamos poner algunos ejemplos, en forma de preguntas:

En el caso de las relaciones Cuba-Estados Unidos: ¿se basan en la ética y la eficacia o están demasiado determinadas por factores de la política interior estadounidenses en relación con el Sur de la Florida, más que con la realidad de la Isla del Caribe?

En el caso de la Unión Europea: ¿Las relaciones con Cuba se basan en posturas éticas y eficaces o responden a las políticas internas de España, entre PP y PSOE, o entre bloques y regiones dentro de la Unión?

En el caso de América Latina: ¿las relaciones con Cuba se basan en una comunidad de culturas y opciones democráticas o son determinadas por vaivenes electorales internos?

En el caso de Asia: ¿esas relaciones son determinadas por la capacidad financiera de Cuba o por razones ideológicas de etapas superadas o por posiciones éticamente aceptables?

En el continente africano, al que no deberíamos dejar una vez más para lo último en este análisis: ¿las relaciones con Cuba se basan sólo en los lazos históricos y culturales, o también y sobre todo, en fundamentos de derechos humanos y soberanía desde abajo? ¿O quizá sea también necesario usar el mismo rasero ético, de modo que lo que no es aceptable para los africanos, ni para Europa, en Sudáfrica o en Marruecos, tampoco lo sea en Cuba o para Cuba?

Y vienen otras preguntas más generales pero que a lo mejor nos conciernen a todos:

- ¿Estarán todavía las relaciones internacionales determinadas por una mentalidad arcaica, propia de un mundo superado históricamente

pero subsistente en mentalidades y mecanismos diplomáticos no renovados?

- ¿No será que la diplomacia y las relaciones entre naciones aún están pensadas y diseñadas sólo y exclusivamente desde los gobiernos y para los intereses de los gobiernos?

- ¿No pertenecerán esas relaciones erráticas al esquema mental de un mundo fracturado por las diferencias ideológicas o por los intereses comerciales de un mundo a medio tejer más que a un mundo globalizado e intercomunicado?

- ¿Qué debería cambiar en las relaciones internacionales: los gestos y las medidas, muchas veces ineficaces y espurias, o debería cambiar, más bien y sobre todo, la mentalidad que sólo piensa y decide con criterios individualistas y de política interna?

- ¿Siguen las relaciones diplomáticas dando demasiada y exclusiva prioridad a las relaciones entre los gobiernos, en lugar de llevar, con igual apertura y atención, las relaciones entre los tres principales actores sociales de todo país, es decir, que venga ya el estilo de una diplomacia renovada que se empeñe en equiparar las relaciones entre la sociedad civil, los políticos y los gobiernos de las naciones y las áreas de integración?

- ¿No constituye una ilusoria dicotomía, lesiva a ambas partes y a los ciudadanos de a pie, un estilo de relaciones que perciba como posible y eficaz un enfrentamiento agresivo al gobierno, al mismo tiempo y en el mismo lugar, que un acercamiento a los pueblos que han elegido democráticamente a esos gobernantes?

- ¿No debería cambiar la visión diplomática de guetos nacionales o peor aún partidistas hacia una visión holística de la comunidad internacional como una gran familia humana en la que la ley primera de las Repúblicas sea el culto a la dignidad plena de la persona humana, como quizás habría que parafrasear a José Martí, hombre universal que dijo que Patria es Humanidad?

Ya sabemos que las relaciones internacionales, como las interpersonales, son muy complejas y que habría diversidad y multitud de respuestas y justificaciones. Pero, ojalá que estas interpelaciones, hechas pensando en el pueblo cubano, en cada cubana y cubano de a pie, desde la mejor buena voluntad de incrementar y mejorar las relaciones con todos los países del orbe, nos sirva a todos, cubanos y hermanos de cualquier país del mundo, para ganar en seriedad, coherencia, profundidad y transpa-

rencia en ese diálogo complejo y multilateral con el que se deben tejer los lazos de la comunidad internacional.

“Que Cuba se abra al mundo con todas sus magníficas posibilidades... y que el mundo se abra a Cuba”. Este fue el deseo y el proyecto que nos dejó el recordado Papa Juan Pablo II en su visita a Cuba hace ahora ocho años. Lamentablemente esa situación y esa necesidad mantienen hoy toda su vigencia.

Creo, incluso, que aumenta aceleradamente la necesidad de que cesen ya el aislamiento y los enfrentamientos y venga una apertura de relaciones internacionales con Cuba y desde Cuba, basados en un único y universal rasero ético que ponga por encima de todo interés o ideología la verdad sobre Cuba, la verdad sobre su soberanía, su dignidad y sus derechos que son los derechos humanos de todos los cubanos y cubanas, estén donde estén y piensen como piensen.

Cada vez se ve más claramente la necesidad de unas relaciones entre países, mejor pensadas, diseñadas y realizadas coherentemente dentro de un marco ético internacional libremente aceptado y respetado, defendido y practicado por todos los gobiernos y pueblos de la tierra. Si los organismos internacionales no logran este presupuesto ético y no recobran autoridad moral para exigir su estricto cumplimiento sin doble rasero y sin disimulos cómplices, entonces la verdad sobre la comunidad internacional se verá seriamente lesionada y la paz habrá perdido otra vez una nueva oportunidad de cimentarse sobre las sólidas e inamovibles bases de la libertad, la justicia y el derecho.

Mientras este momento llegue, debería ser preparado el camino con unas relaciones entre países y comunidades regionales, basados en ese mismo marco ético internacional que no podría ser otro que el respeto, la educación, el cultivo y la defensa de los Derechos Humanos, tanto civiles y políticos, como económicos y sociales, tanto los derechos personales como los derechos de los pueblos. Desde el 10 de diciembre de 1948 la Humanidad ha dado el mayor paso de madurez cívica y humanística, pero parece que harán falta sesenta años más para que esa Declaración Universal de Derechos Humanos se convierta en la práctica cotidiana de los gobiernos y sus diplomacias en un paso mayor de madurez política, es decir, de rasero moral inapelable tanto en la relación entre los Estados y sus ciudadanos, como en las relaciones entre las naciones.

Cuba, mientras tanto, se debate entre la verdad de su existencia como Nación, es decir, entre la verdad de la vida cotidiana de sus hijos... y los

intereses de parte y de otras partes. Confiamos en que ese debate tenga pronto una serena y eficaz resolución a favor de todos los cubanos y de las relaciones con Cuba y de Cuba con toda la familia humana.

Hacia un marco ético internacional

El mundo de hoy necesita un nuevo contrato cívico internacionalmente acordado y globalmente vinculante.

Encontré sobre la mesa de un amigo el primer número de la revista *Contrapunto de América Latina* correspondiente a los meses de abril-junio de 2005. Al hojearla me sorprendió la foto de otro amigo, su Director, el Sr. Carlos Carnicero, conocidísimo periodista español que vive entre Madrid y La Habana. Casi al final, luego de firmas muy conocidas, me encuentro con una muy actual crónica cultural a cargo de otro amigo, el narrador y editor Amir Valle.

No es sólo para alegrarme de tener amigos en esta ventana recién abierta, sino para confirmar que la revista es del tipo de publicaciones que, quiera uno o no, se le pega a la mano y a los ojos y no puedes dejar sin agotarla en la lectura y rumiarla en la reflexión. Espero y deseo que sea conocida, leída y debatida en Cuba también.

Pero lo que verdaderamente me ha motivado a escribir este aporte es una de las secciones que más honor hace al nombre y que está a cargo del editor, Santiago Belloch, cuya Carta de Inicio de la publicación es todo un desafío y, un programa “Nacidos para el entendimiento”. La sección mencionada se llama “El debate de contrapunto” y la primera propuesta a discusión es “Democracia y Estado de Derecho”.

El artículo comienza planteando un tema que daría, él solo, para un extenso y animado debate: democracia y culturas. ¿Es sano y aceptable para todos el concepto de democracia que hemos acuñado desde la cultura occidental? ¿Es totalmente despreciable para otras culturas o tiene algo universal que aportar a ellas en ese diálogo intercultural y multiétnico que debería abrirse paso cada vez con mayor serenidad y seguridad en este mundo globalizado?

Coincido con lo que dice Belloch de que “Desde esa posición (la estrictamente cultural) la Democracia no sería un bien absoluto, sino la consecuencia directa, e incluso inevitable, de determinadas circunstancias históricas, culturales, económicas y sociales. Esa lectura del significado de democracia implicaría la necesidad de buscar otro referente más estable, menos cultural, para las relaciones entre los países y para la convivencia de los ciudadanos dentro de cada país.” (Contrapunto... p. 58).

En este sentido, yo soy de los que cree que la democracia no sólo debería ser un sistema de gobierno, reducido a reglas y normas jurídicas, centrada en partidos y elecciones, sino que la democracia debería entrar a formar parte del referente cultural de cada ciudadano y de cada pueblo. No se trata, desde mi punto de vista, de imponer el concepto occidental de democracia, que de por sí, creo que puede ser inspirador para otras culturas, sino de compartir las formas de convivencia pacífica y liberadora de todas las potencialidades humanas.

Para ello propondría un gradual proceso de inculcación, respetuoso de las identidades pero en diálogo abierto a una concepción holística de la humanidad y de la creación. Este proceso de comunicación y desarrollo humano integral debería ser entendido como el trasvase de la “esencia” a la conciencia y la contingencia de cada cultura. Otros han llamado a este proceso “transculturación”, aún cuando reconocen y condenan que queden heridas y daños antropológicos propios de las vicisitudes del camino, escogido o impuesto desde fuera. (cf. Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano de la caña y el tabaco*). Ese daño –dicho sea de paso– debería evitarse y es éticamente inaceptable aunque a veces lamentablemente inevitable por la invasión cultural de los centros hegemónicos.

Buscando, pues, el contenido de ese diálogo intercultural para que se convierta en el “referente estable” que pide Belloch, me atrevería a resumir la “esencia” de la democracia entendida desde el occidente, en varios puntos –creo yo– trasvasables a otras formas de vivir y convivir, sin dañar la cultura de esos pueblos y regiones, pues considero que pertenecen al patrimonio común de la Humanidad:

- la dignidad y soberanía de cada persona humana;
- su dimensión social que lo invita a vivir como ciudadano en comunidad;
- el empoderamiento de cada ciudadano para ejercer su soberanía y

- los mayores grados de participación de los ciudadanos en el entramado social, económico y político que le permitan un desarrollo personal y social armónico y pleno.

De esta forma, el referente pasaría de ser exclusivamente cultural a ser un *ethos*, un carácter, un perfil antropológico que compartimos todos los seres humanos. De ser así debería buscarse y lograrse un sano discernimiento de lo que constituye la esencia humanista y que Emmanuel Mounier llamó “un personalismo comunitario” para salvarlo del individualismo liberal y del colectivismo marxista, que emergieron de la post-guerra, en la mitad del siglo XX, convertidos en sistemas totalitarios y hegemónicos que dividieron nuestro mundo en dos, con la llamada Guerra Fría en las relaciones internacionales.

En algunos países aún vivimos con cierta herencia de esa mentalidad que lastra cultural, ideológica y políticamente la democracia, herencia de la Guerra Fría que se anquilosa, perseverante y defensiva en unos, trasnochada y ofensiva en otros, como fantasma que puede regresar y asoma su cabeza detrás de cualquier ensayo de cambios, en muchos. Esta perniciosa herencia es otro de los condicionantes que hacen más urgente y necesario ese “referente estable” que es como la piedra filosofal del artículo de Belloch.

Cuba es uno de esos países que se debate entre sus referentes históricos y su deseo de una convivencia *ad intra* y unas relaciones *ad extra* más centradas en lo ético-cívico que en lo cultural-ideológico. Más al servicio de la dignidad y los derechos de la persona humana, toda ella y de todos ellos y ellas y menos al servicio de estructuras de poder que sólo alcanzarían su legitimidad si logran “homologarse” con esos cuatro puntos éticos que proponemos como esenciales para la Democracia.

En camino hacia una ética de mínimos de la que también nos habla Adela Cortina en su obra *Ética mínima*, yo agregaría a la propuesta de Belloch lo que podríamos llamar como los cuatro perfiles del *ethos* democrático que podrían conformar, a mi modo de ver, la dimensión intranacional de ese “marco ético” o “contrato cívico” que estarían constituidos, en su dimensión internacional, por las tres propuestas que nos llegan, como signos de los nuevos tiempos, al final del artículo puesto a debate por *Contrapunto...*:

- La definición de un Estado de Derecho no en cuanto a la elección de los tres Poderes del Estado sino en cuanto a la independencia y mutuo control efectivo entre ellos.
- Las garantías jurídicas, no juzgando el contenido del cuerpo legal y

normativo de un país, sino su aplicación en general, la no existencia de discriminaciones y que nadie esté por encima de la Ley.

- El acatamiento activo al espíritu y la letra de la Carta Universal de los Derechos Humanos asumida por la ONU en 1948 y que marcaría “los límites a que se obligan las leyes nacionales y la actuación de los poderes públicos”.

Desearía, además comentar dos de los tres puntos que, sin duda, podrían estructurar el *ethos* internacional de ese “contrato cívico”. Con respecto al segundo desearía que quedara claro que al decir que no se refiere al contenido del cuerpo legal no significaría que este no fuera de la incumbencia del “marco ético internacional” sino que es enmarcado y regulado por el tercero de los puntos clave: La Declaración Universal de los Derechos del Hombre que es, por cierto, como se le conoce más universalmente. Con referencia a este tercer punto, yo agregaría los Pactos Internacionales de Derechos Civiles y Políticos, el Pacto Internacional de Derechos Económicos Sociales y Culturales y los demás Pactos y Convenciones que expresan la voluntad de los pueblos y tienen carácter vinculante para las naciones que lo firman.

En nuestra revista *Vital*, en su editorial 68, de julio-agosto de 2005, abordamos esta necesidad urgente de un “marco ético internacional”, en ese caso especialmente referido al campo de la economía.

Considero que lo que Belloch llama “homologarse”, podría consistir en demostrar que la convivencia ciudadana dentro del país en cuestión y sus relaciones internacionales se encuentran en lo admisible por ese marco ético o contrato cívico y que, por ello, esa Nación puede ser validada por la comunidad mundial como un país que respeta y promueve la dignidad de la persona humana y la solidaridad entre los pueblos. Por otro lado, si algún Estado se colocara a sí mismo fuera de estos límites éticos, verificables y comunes a todos, entonces debería responder por su actuación ante la comunidad internacional representada en esa autoridad mundial que pudiera ser el Tribunal Penal Internacional o una Comisión de Derechos Humanos reformada y con mayor credibilidad.

Personalmente comparto y deseo que se adelante esa “hora de afrontar con seriedad, respeto y realismo la elaboración de un escenario global de convivencia entre ciudadanos y los pueblos”. En verdad, si somos todos “nacidos para el entendimiento” entonces creo que también hemos nacido para la convivencia pacífica, participativa y plural. Entonces, todos habremos sido “descubridores”, o más bien, constructores de ese “territorio de mínimos que pueda ser exigible, sin matices ni paliativos,

en el marco de una Sociedad de Naciones con la autoridad y fuerza necesarias para cumplir sus obligaciones”.

En verdad sería como el descubrimiento de ese Continente de la Democracia en el que todas las naciones y culturas sean al mismo tiempo navegantes y aborígenes de un mundo-aldea global lo más participativa, respetuosa de la Dignidad y de los Derechos y Deberes de cada persona humana que entonces podría llegar a ser, gracias a esa participación y a esa dignidad y derechos, ciudadana, centro, fin y protagonista de una nación llamada Soberanía y Solidaridad.

La comunidad política al servicio de la sociedad civil

Cuba ha vivido un demasiado largo tiempo, más de medio siglo, bajo una sola perspectiva para ver y comprender la vida social y política. Esa más de media centuria ha estado caracterizada por el autoritarismo de un signo o de otro.

La dictadura militar por un lado y la “dictadura del proletariado” por el otro, han dejado una honda y ancha huella en la forma de pensar, de sentir, de actuar y hasta de vivir la religión de todos los cubanos y cubanas que hemos compartido estas cinco décadas: esa huella es la dependencia totalitaria del Estado, la indefensión de los ciudadanos y el desmantelamiento del tejido de la sociedad civil.

Durante demasiado tiempo lo que llamamos comunidad política, es decir, las estructuras estatales y partidistas que ejercen el poder o aspiran a ello, han copado todos los espacios de la vida pública, han tomado el poder para dominar y no para servir y han invertido la estructura natural de la sociedad.

En efecto, el desarrollo de la educación cívica y política en el mundo entero ha llegado al consenso de que la comunidad política –entendiendo esta como los poderes del Estado (legislativo, ejecutivo y judicial) y los partidos políticos– existe para servir y promover el desarrollo y el protagonismo de la sociedad civil y no al revés. Esta es la dinámica natural de las relaciones sociales en una sociedad democrática. Es decir, es la forma normal de organizar la convivencia nacional e internacional.

En no pocos países, todavía, ocurre lo contrario de esta normalidad y las naciones se organizan contra la naturaleza de la persona humana y contra la subjetividad de una sociedad sana. En algunos de esos países se subordinan los intereses de la sociedad civil a los intereses del gobierno y los partidos. En otros países las organizaciones intermedias que con-

forman la sociedad civil son dominados por los intereses, hegemónicos y sin control, del mercado. En otros, como el nuestro, un solo partido se considera como “fuerza superior dirigente de la sociedad y del Estado” (cf. Constitución de la República. 1976. Art. 5).

En este tipo de organización socio-política se invierten los papeles y las organizaciones, asociaciones, instituciones y grupos de la sociedad civil no sólo se ven totalmente controlados y convertidos en “correas de transmisión” del poder político, sino que en los casos más graves, la sociedad civil es perseguida, infiltrada, colocada al margen de la ley y sus representantes encarcelados o controlados hasta el último minuto de su vida como si fueran forajidos, vigilados sus actos públicos como si fueran subversivos y violados los espacios más íntimos de sus vidas personales y familiares.

La inversión de la dinámica social por la cual el poder político domina, desteje y persigue a la sociedad civil es, quizás, la malformación cívica más perversa del mundo contemporáneo. Porque la persona es y debe ser la soberana, es decir, la que detenta el poder y no los monarcas, mandatarios, jefes, presidentes, ministros y cualquiera que ejerza una responsabilidad política que solamente reciben y deben recibir de los ciudadanos el encargo de servir a toda la sociedad administrando los recursos y procesos de desarrollo del país a nombre y por delegación de los que verdaderamente deben regir los destinos de los pueblos: todos sus hijos e hijas. Y porque así como la persona es el soberano y soberana de la sociedad en las democracias, que significa: poder del pueblo, así los espacios de participación y decisión, los espacios de creación y solidaridad que forman la sociedad civil son para la comunidad política lo que el ciudadano para el gobierno, su soberano, aquellos que detentan y deben detentar realmente el poder de decidir.

Así como la subjetividad personal es y debe ser la protagonista de la sociedad civil, la subjetividad social, es decir, la sociedad civil, es y debe ser la soberana con relación al poder político.

No se trata de una opinión personal entre otras. El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia publicado por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, en el Capítulo Octavo sobre “La comunidad política” dice en el párrafo 417:

La comunidad política se constituye para servir a la sociedad civil, de la cual deriva. La Iglesia ha contribuido a establecer la distinción entre comunidad política y sociedad civil, sobre todo con su visión del hombre, entendido como ser autónomo, relacional, abierto a la

Trascendencia: esta visión contrasta tanto con las ideologías políticas de carácter individualista, cuanto con las totalitarias que tienden a absorber la sociedad civil en la esfera del Estado.

Destacamos la afirmación de que la Iglesia ha contribuido a establecer la distinción entre la comunidad política y la sociedad civil. Todo lo contrario de lo que intenta hacerse en Cuba.

En cuanto al lugar de la Iglesia, o las iglesias, en la sociedad está claro que:

- La Iglesia no puede ni debe pertenecer a las estructuras del Estado, ni al mercado;
- ni poder situarse fuera o por encima de toda realidad humana argumentando ser distinta, como lo es y al origen divino de su fundación como lo creemos los seguidores de Cristo;
- como ha sido enviada por su Fundador a ser fermento en la masa, luz entre las naciones y sal de la tierra, haciendo el mismo camino de la encarnación, de la inculturación, de su divino Maestro que “no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz.”(Flp. 2,5-11);
- Por tanto, el lugar natural de la Iglesia en la comunidad humana es el tejido de la sociedad civil del que forma parte a título único, diferente por su ser y su quehacer, diferente por su origen y su destino, pero inseparablemente injertada en ese tejido social, a su servicio y aún más, la Iglesia es allí un signo de cómo debe ser la convivencia social basada en la fraternidad universal. Y todavía más, la Iglesia no sólo forma parte del pueblo en el que está encarnada como Cuerpo de Cristo, sino que ella puede y debe ser madre y maestra, generadora y animadora de comunidades y ambientes de la sociedad civil.

Debemos destacar que el tema de la sociedad civil con el contenido que hoy ha alcanzado es relativamente reciente. Lo civil se utilizaba en otros tiempos, también hoy, solamente para distinguir de lo militar. Pero no es este el significado que tiene cuando se une al término sociedad para conformar una categoría sociológica cuyo significado debe comprenderse hoy según una definición que aporta el mismo Compendio mencionado en el párrafo 417b:

La sociedad civil es un conjunto de relaciones y de recursos, culturales y asociativos, relativamente autónomos del ámbito político y del

económico: El fin establecido para la sociedad civil alcanza a todos, en cuanto persigue el bien común, del cual es justo que participen todos y cada uno según la proporción debida. Se caracteriza por su capacidad de iniciativa, orientada a favorecer una convivencia social más libre y justa, en la que los diversos grupos ciudadanos se asocian y se movilizan para elaborar y expresar sus orientaciones, para hacer frente a sus necesidades fundamentales y para defender sus legítimos intereses.

Una clave para validar si una democracia es formal o real puede ser determinar quién tiene la primacía en la sociedad, quién protagoniza realmente la vida social: ¿la comunidad política o la sociedad civil?

El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia no deja lugar a ninguna duda al destacar un acápite dentro del capítulo octavo (párrafo 418) que define “La primacía de la sociedad civil”:

La comunidad política y la sociedad civil, aún cuando estén recíprocamente vinculadas y sean interdependientes, no son iguales en las jerarquías de los fines. La comunidad política está esencialmente al servicio de la sociedad civil y, en último análisis, (está al servicio) de las personas y de los grupos que la componen. La sociedad civil, por tanto, no puede considerarse un mero apéndice o una variable de la comunidad política: al contrario, ella tiene la preeminencia, ya que es precisamente la sociedad civil la que justifica la existencia de la comunidad política.

En cuanto al aporte del Estado para fortalecer la sociedad civil este reciente e importante documento oficial de la Iglesia dice: “El Estado debe aportar un marco jurídico adecuado para el libre ejercicio de las actividades de los sujetos sociales y estar preparado a intervenir, cuando sea necesario y respetando el principio de subsidiaridad, para orientar al bien común la dialéctica entre las libres asociaciones activas en la vida democrática” (compendio de DSI, párrafo 418).

Pienso que todos los cubanos y cubanas, incluyendo a los que forman parte de la comunidad política, los que intentan tejer nuevamente, bajo mucha presión, el tejido de la sociedad civil, los partidos, opositores, las Iglesias, y los demás grupos y asociaciones del entramado cívico, debemos acercarnos a este tema que considero medular, incluso, promisorio y clave para suscitar lo único sustancialmente nuevo para el futuro de Cuba.

Acercarse al tema puede significar en primer lugar, despojarlo del tabú del que se le ha rodeado al considerar que sociedad civil es lo mismo

o equivale a disidentes u opositores. Esta reducción resulta muy perjudicial tanto para los opositores como para los que no se consideran a sí mismos ni como tales, ni como adeptos al Estado.

Acercarse y profundizar en este tema de la sociedad civil puede significar también estudiarlo en nuestros espacios oficiales e informales, en escuelas, tertulias, iglesias, bibliotecas, eventos académicos... de modo que no opinemos y peor aún decidamos sin saber a fondo qué es la sociedad civil y su distinción fundamental con la comunidad política.

Acercarse es, en fin, acabar de aprendernos que en toda sociedad sana, normal y democrática existen por lo menos tres actores sociales: los ciudadanos individualmente, la sociedad civil como conjunto de asociaciones de ciudadanos; y la comunidad política, como el conjunto de estructuras oficiales que conforman los poderes del Estado y está al servicio de los ciudadanos individuales y de las organizaciones intermedias de la sociedad civil.

Es mi opinión que Cuba avanzaría hacia mayores grados de libertad, responsabilidad y democracia si el Estado cubano llegara a reconocer oficialmente, y en la práctica, la existencia y distinción de estos tres actores sociales y los tratara de forma respetuosa y diferenciada como corresponde a un Estado de Derecho.

Creo que Cuba crecería como nación y como subjetividad social si los grupos, asociaciones, partidos opositores, instituciones de la sociedad civil llegáramos a aprender que estos tres actores sociales tienen un rol diferente y al mismo tiempo corresponsables del bien común de la Nación. Si llegáramos a saber que la distinción de sociedad civil y comunidad política es saludable para todos, opositores políticos y animadores cívicos. Si aprendiéramos a tratarnos con el mayor respeto y con la necesaria lucidez para distinguir cuándo una persona pertenece a la sociedad civil y cuándo al ámbito de la comunidad política, ya sea oficialista o en la oposición. Y aprendiéramos, cada vez más, a distinguir no para discriminar ni aislar sino para respetar más a cada cual como lo que es y a buscar formas originales y diversas de cooperación y solidaridad, que solamente podrán ser bien recibidas y mejor comprendidas y más efectivas si son desde la identidad de cada uno y respetando la identidad y el rol social de los demás.

Considero también que esta es una tarea pendiente aún para las Iglesias que no hemos aprendido todavía a conocer la profundidad y significado del término sociedad civil, ni hemos aprendido a distinguirla de la comunidad política, y a veces nos dejamos llevar, quizá sin darnos

cuenta, por los mismos parámetros que utiliza el Estado al colocar en un mismo saco y a confundir o permitir que se confunda a todos los que son diferentes a él.

El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia nos recuerda que ella, a nivel universal, ha contribuido a establecer esa distinción. También en Cuba, debemos dar nuestro aporte de educación cívica y de actitudes coherentes con ella para que se identifiquen, distingan y aprendamos a trabajar en fraterna amistad, todos los hijos e hijas de esta noble nación, cada cual desde su propia identidad y misión al servicio del presente y el futuro de Cuba que es, en fin, el anhelo y la esperanza de todo cubano y cubana de buena voluntad.

El cambio psico-social con el que hay que contar

La vida, por sí misma, es cambio y continuidad. Todo pasa y al mismo tiempo se sedimenta en la memoria histórica aquello que la gente convierte en cultura, en forma de vida, en costumbres y formas cultivadas de pensar, creer, crear.

Pero hay períodos en la historia de los pueblos que parece que todo permanece estático, que nada cambiará nunca, que esto o aquello es para siempre. Se trata de tiempos en que el inmovilismo es tal que crece y se reproduce la resistencia al cambio. Y comienzan a afincarse las actitudes acomodadas y temerosas que reflejan los refranes populares con cristalina dureza y franqueza: “más vale malo conocido, que bueno por conocer”; “más vale pájaro en mano, que ciento volando”; y las frases paralizantes y tradicionalistas: “Es que siempre ha sido así”; “es que nunca se ha hecho así”.

Esta resistencia al cambio se refuerza y multiplica exponencialmente cuando se idealiza un sistema, una filosofía o un estilo de organizar, cuando se vive en un mesianismo que nos hace creer que todo depende de una persona, de un modelo o de una institución, sea política o religiosa.

Desde el punto de vista cívico esta cultura caudillista o mesiánica, que deposita en una persona o en una organización todo el protagonismo de la sociedad, conduce a los ciudadanos a lo que llamamos la actitud o “cultura del pichón”. En efecto, cada persona se acomoda al nido, no aprende a volar sola, no emprende el viaje hacia su propia soberanía, espera cómodamente postrado en el nido, con la boca abierta y la cabeza vacía, que le venga todo dado, que todo le sea gestionado, que todo le sea explicado, masticado, digerido. Es la cultura de la dependencia infantil, del paternalismo providente, que puede dar poco, pero da seguro. Da lo que siempre anhelan las personas y los pueblos: certeza y seguridad.

La sociedad entonces pende de un hilo de acero, pero en fin de cuentas un hilo. Pende de una seguridad que pudiera parecer eterna, pero nada lo es. Los ciudadanos se acomodan y se adaptan a esperar, a recibir, a conformarse, a cambio de una seguridad en los mínimos de la vida.

Entonces, mientras dure la seguridad en los mínimos, nada se prepara para el futuro, mientras el pan de hoy nos sea dado, se evitará pensar en la posibilidad del hambre de mañana. Y esto es muy peligroso para los ciudadanos y para las naciones que deseen salvaguardar su soberanía.

Todos sabemos que nada es eterno, todos sabemos que no hay seguridades mesiánicas, todos sabemos que todo pasa, que todo cambia. Las preguntas y la reflexión son:

¿Qué pasará cuando el hilo de las seguridades y las certezas se rompa?
¿Qué pasará, no en las calles, ni en las plazas, sino qué pasará en las cabezas, en la psicología de las personas? ¿Qué pasará en la mente y en las actitudes de los ciudadanos que han vivido toda su vida o parte de ella en la cultura del pichón, en la seguridad de un nido, en la certeza de una palabra, en la cómoda aceptación de las orientaciones para todo y para siempre, según le enseñaron?

¿Qué pasará en el interior, inmedible e inescrutable, de las personas cuando desaparezca la causa de esa seguridad y de esa confianza, alimentada y magnificada durante años?

¿Se desatará el miedo a lo imprevisto o se desatará la creatividad soterrada por décadas? ¿Se liberarán las ansias de regresar a la seguridad del nido que no existe ya o se levantará el vuelo propio de los críos que han crecido? ¿Qué pasará en la subjetividad de las personas que no saben qué hacer con su libertad? ¿Qué pasará en la conciencia de aquellos que se han acostumbrado a vivir sin iniciativa cumpliendo al pie de la letra “lo que le bajan” cuando tenga que llenar con su autogestión aquello que le venía dado?

Quiero aclarar que esta reflexión no quiere referirse a lo que pasará fuera, en las calles, en los trabajos, en los cálculos económicos, en las previsiones políticas, en las relaciones con los demás países... sobre eso se habla bastante y se reflexiona más o menos seriamente ya. Desearía invitar a los lectores a detenernos en esta otra faceta, olvidada quizá, o preterida en una sociedad materialista, o minusvalorada cuando de transformaciones sociales se trata o se vislumbra.

Tengo la convicción de que este cambio psicológico será de una magnitud y consecuencias insospechadas, para bien y para mal. La mayoría

de los analistas se sitúan, claro está, en la esfera del comportamiento, de la mayor objetividad posible, de lo que puede ser previsto con las herramientas de la sociología, de la política, de la economía... Pero esa no es más que una visión antropológica reduccionista, que desconoce o no se atreve a abordar esa otra dimensión de la naturaleza humana que es su subjetividad, su psicología, su vida interior, lo que pudiéramos llamar, el alma de la gente y de los pueblos. Los que aspiramos a tener una visión más integral y holística del hombre y de la mujer, sabemos que allí, en el hondón de su subjetividad, surge todo, que allí se crea todo, que allí se urde todo, que allí se aprende todo, que allí se derrumba todo, que allí se construye la existencia humana. Nosotros sabemos que una subjetividad sin cultivar puede ser un volcán de violencia o una fuente de creatividad y pacificación. Una reacción psicológica puede provocar un caos de incertidumbres o una actitud audaz y emprendedora. Sabemos que una psicología dependiente e inmadura no puede inspirar a ciudadanos libres y responsables. Nosotros, los que compartimos una visión antropológica trascendente sabemos que entre la subjetividad personal y la subjetividad social se teje el destino de una nación.

Y nosotros, los cubanos, tenemos la experiencia histórica, en varias etapas de nuestra existencia como Nación, de ese cambio psicosocial, para bien y para mal. Pero me atrevo a decir que la mayoría de las veces en nuestra historia, el cambio psicosocial ha sido para alentar esa capacidad de recuperación, ese empezar siempre de nuevo, ese recomenzar sin desmayar que caracteriza al pueblo cubano –y esto puede ser muy discutido, pero no nos debería alejar de la presente reflexión.

Al preparar el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), en la primera mitad de los ochenta, la Iglesia hizo una encuesta entre un gran número de sus fieles, y una de las características reconocidas como identidad del pueblo cubano y lecciones de la historia patria fue, precisamente, esa capacidad de recuperación luego de tiempos de crisis. Un ejemplo de este poder de recuperación de los cubanos pudiera ser el cambio psicosocial y la marea de emprendedores que inundó nuestras calles en la década de los noventa cuando se permitió una pasajera y coyuntural apertura económica con las licencias para “trabajos-por-cuenta-propia”, demostración fehaciente de que, incluso después de este largo período de dependencia económica de los ciudadanos con relación al Estado en una economía centralizada, fue posible un cambio ágil, eficaz, creativo y eficiente de los cubanos y cubanas que nos “salvaron” de la debacle de la era soviética, junto con los inversionistas europeos, paliando

nuestra existencia cotidiana con alimentación y servicios de primera necesidad.

Ese es nuestro pueblo, esa es la Cuba profunda, la que no ha dejado morir su subjetividad emprendedora, la que no ha olvidado volar, aún cuando permanezca durante mucho tiempo atada al nido. Ese es el carácter de la mayoría de los cubanos; con frecuencia he comentado esta convicción personal. Al preguntarme cuánto tiempo necesitaremos los cubanos para la reconstrucción económica o ética, he respondido con una broma, que tiene poco de teoría y mucho de experiencia vivida por millones de compatriotas: “los cubanos y cubanas, aquí o en otras tierras, sólo necesitan cuarenta y cinco minutos para reemprender el vuelo, para remontar la dependencia, para salir de la postración cívica”. Esa es nuestra mayor riqueza y nuestro mayor potencial para el futuro próximo. En esa Cuba creemos porque nos lo ha demostrado con hechos y actitudes sostenidas en cualquier circunstancia y lugar de este variopinto planeta. De Sydney a Venezuela, de Estocolmo a Sudáfrica, de Miami a Japón.

Entonces, deberíamos poner mucha atención a este lado trascendental de la persona humana y reflexionar en esta cuestión que considero fundamental:

¿Qué impacto social tendrá el cambio psicológico que se está produciendo en la mente y en el corazón de los cubanos y cubanas, llegado el momento?

Nadie puede calcular, gracias a Dios, la reserva subjetiva de nuestro pueblo, y nadie puede dar una respuesta cierta y segura a esta pregunta. Pero, ¿no habíamos dicho que el tiempo de las seguridades y las certezas sólo había traído cultura del pichón y dependencia del nido? ¿Por qué queremos entonces seguir en esa trampa de todas las respuestas y de todas las seguridades?

Emprender el vuelo de la libertad ciudadana, como todo vuelo, tiene riesgos e itinerarios, pero no piso firme ni puerto seguro. Ese vuelo hacia la soberanía ciudadana requiere responsabilidad, madurez y audacia para remontar y volver a empezar. Por eso, en lugar de seguir buscando respuestas seguras y certezas mesiánicas, rezagos de la cultura que termina, estemos atentos a los signos del cambio psicosocial y acompañemos ese nuevo despertar con el servicio de un desayuno temprano que sea estímulo para el entrenamiento y el coraje, alimento de educación para la libertad y cultura de la responsabilidad, sustento para el empoderamiento cívico y la reconstrucción del entramado de la sociedad civil. Y, cuando alguien nos recuerde aquel refrán de la sabiduría campesina:

“No por mucho madrugar, amanece más temprano”, no olvidemos este otro: “Al que madruga, Dios lo ayuda”.

Un día nuestros guajiros harán la nueva síntesis, que quizá pudiera decir así: “Nadie puede adelantar el amanecer, pero si madrugas, Dios te ayuda a preparar el día”.

¡De pieeee!

Cuba necesita ciudadanos, no súbditos

El “ya, pero todavía no” del último capítulo de *El vuelo de una mariposa*, primer libro de María Cristina Herrera, publicado por Ediciones Vitral, no es en realidad ni el último capítulo, ni la última palabra, ni la última propuesta de la autora, es la única manera de dejar abierto el libro de su *logos* y de su “ágape”, es la mejor forma de trascender su propio libro y el de su vida, invitándonos a todos, tirios y troyanos, a seguir esperando, a seguir caminando, a seguir dialogando, a seguir identificando lo que hay en todos y cada uno de nosotros de “gusano” para convertirlo en “mariposa”.

Por eso mi epílogo no tiene sentido, no debería llamarse así cuando no podrá decir ni la última palabra, ni podrá aportar una visión posterior de la obra... sencillamente porque la autora nos ha jugado una de sus acostumbradas y cubanísimas trastadas: no terminar el libro sino dejarlo en plena expansión mundana y escatológica. Y no podía ser de otra forma en una mujer que nunca cerrará el libro de su vida, ni se dejará epilogar su obra existencial, ni permitirá que su futuro se lo conviertan en un pasado.

Ella, y también yo, con la Gracia de Dios, creemos y sabemos (con la sabiduría del saborear) que la vidas y las obras, por muy barro y semilla que sean, están marcadas por ciertos inextinguibles destellos de luz en la tiniebla, de eternidad encarnada en el tiempo, dialéctica de incesante perecer y crecimiento, de imparable caducidad y permanencia, de cruz y resurrección. En fin, que no sólo la historia humana, sino cada una de las palabras que escribamos y pronuncemos, cada una de las obras que hagamos o promovamos, incluso cada cabello de nuestras pobres cabezas... no cae sin que el Padre eterno tome nota. Y, por cierto, estas “notas” son inscritas en agenda de eternidad.

Lamento si decepciono a la autora que me pidió un epílogo, o a los lectores que han llegado hasta aquí con la esperanza de encontrar una palabra-broche, un final de síntesis, una especie de epitafio libresco.

Nada de eso. ¡Imposible hacerlo! Y además, me niego al bloqueo de lo que es testimonio de una vida empeñada en contra de todos ellos. No faltaría más, ¡que le cerráramos la obra a la que ha gastado, ofrecido, inmolado en el altar de la patria y de la Iglesia, toda su vida para abrir puertas, saltar barreras, tender puentes, derrumbar muros, romper embargos de encuentros y expresión, y burlar bloqueos económicos y de conciencia; los embargos de allá y de aquí, los bloqueos de una orilla y de la otra! Aunque abriendo se le hayan cerrado ventanucos aquí o allá, aunque dialogando le hayan negado “la palabra” allende o aquende. Porque así han tratado siempre a los verdaderos profetas. Tiran abajo muros y le devuelven, tiradas desde dentro o de fuera, unas miserables piedrecitas, quizá y, para lo peor, del mismo muro del que fueron liberados... “¡Así es la vida, mi comadre Caridá!” –como dice nuestro incomparable Luis Carbonell.

Ubicados, pues, en este trance de escribir un no-epílogo, sólo me queda intentar describir el dintel de lo que se abre y continúa, perfilar el estilo de la que nos reta en todo su libro, pero especialmente en su “ya, pero todavía no”, a ser nosotros mismos, y “por-cuenta-propia” (¡que eso en Cuba dice mucho y más de lo que leemos) de la que nos invita empezando por ella misma, a ser generadores de *logos* que no sean “epílogos” sino “diálogos” para el presente y el futuro de Cuba.

Entonces, me atrevo a decir que Cuba espera y merece, hoy con igual necesidad pero con mayor urgencia, no nuevos “Mesías”, iluminados por el saber, o ungidos por el poder, o preferidos por el tener.

Mirando a la que nos regala su vida en este libro y tratando de perfilar actores sociales y políticos, económicos y eclesiales libres y responsables, participativos y co-rresponsables para no dejar espacio para esos Mesías o falsos profetas que especulan con la justicia social como si fuera carta de porte, patente de corso o cédula electoral. Pienso que Cuba requiere de cubanas y cubanos de a pie, o en carro, rueda en “la silla” para que “no le inviten a parar”, como anda María Cristiana (*sic*). Cuba necesita, en tres palabras, ciudadanos, no súbditos, que sean:

- protagonistas conscientes e incluyentes de cambio;
- hacedores de presente que conviertan cotidianamente el “todavía no” en “ya”;

- adelantados y “adelantadores” del porvenir, sin varita mágica ni bola de cristal, sino con los pies bien puestos en la tierra y las manos trabajadoras sin desfallecer;
- tejedores y tejedoras de la red de la sociedad civil, nuevo nombre de la democracia;
- pontífices, tendedores de puentes entre el presente y la visión, entre la realidad y la utopía;
- exorcistas de lo inviable y “lo perfecto”, que son los principales enemigos de lo bueno;
- parteros y comadronas de las posibilidades y de lo parcial, puntual e inacabado perfectible;
- parqueadores definitivos del desaliento, el desarraigo y cambio violento y radical;
- desmitificadores de que hay que esperar a que todo cambie, todo al mismo tiempo y con todos a la vez, como masa cerril en las calles;
- componedores de batea que busquen consensos y “conectos” entre las “partes” sin ser infieles a la más transparente crítica ni a la más controversial diversidad, y sin ser cómplices de contubernios palaciegos, porque componedor no viene de componendas;
- demolidores de muros, bloque a bloque, que separan a la Cuba de la Isla de la Cuba de la diáspora, los muros que separan a la Iglesia de la Isla de la Iglesia de la diáspora, de los muros que separan a Cuba del resto del mundo; los muros que dividen a los que piensan de una forma y de otra, dentro y fuera de Cuba, y en la Iglesia, dentro y fuera;
- arrieros fronterizos entre la cotidianidad y la trascendencia, porteadores puntualísimos de la verdadera esperanza no alienante, cuyo único nombre es “proyecto viable, hijo de la creatividad”;
- creativos culinarios y diligentes mozos de servicio en el mundo de la cultura, especialmente en la academia, las letras y las artes;
- artesanos de la microempresa y el microcrédito, porque creo que, por ese camino, Cuba será el Japón de Occidente;
- entrenadores de los más difíciles deportes para los cubanos: la pertenencia y la perseverancia;
- sacerdotes y ministros de la creencia en la fuerza de lo pequeño y en la eficacia de la gradualidad;

- maestros y maestras de ciudadanía y empoderadores de sociedad civil;
- desatracadores de espacios y gestores de organización y concertaciones;
- ortopédicos de la articulación cívica, soldadores de fracturas sociales y reparadores de meniscos intelectuales.

En fin, Cuba necesita cubanos y cubanas despiertos, arraigados, emprendedores e incansables sembradores de esperanza, aún contra toda esperanza. Empecinadamente proyectistas del “todavía” y simultáneamente edificadores del “ya”.

Esto veo en María Cristina, unas veces en ciernes y otras en frutos. Esto veo en flor y mariposas en su libro. Esto veo, sin bolas de cristal ni espejismos, en el futuro de Cuba.

Cierro la puerta a este y a todo “epílogo”... y dejo la puerta abierta a ese devenir, dialéctico y dialógico. Y como no quiero y ya no puedo detenerme como portero, ni como descomprometido aduanero de la esperanza, empujo el carro, con mis pobres palabras y mi trabajo de “yagüero emérito”, para que la todavía-cotidianidad pueda ser convertida, entre todos, en Historia-ya.

Gracias, María Cristina, por ser tú, parte ya de esta historia que abres sin desfallecer al “todavía no”.

Lo único y mejor que te puedo desear es que no llegues nunca, que seas siempre-todavía y que nos arrastres, como corresponde a una buena cubana y cristiana, cuando intentemos caer en el ya-terminal o desfallecer en el eterno todavía. Hasta entonces. Siempre.

II

Desde la Catedral de las yaguas: Cuba y sus relaciones internacionales

Entrevistas y artículos

Desde la Catedral de las yaguas

Por Yoani Sánchez

Usted ha mantenido a lo largo de su vida un compromiso con su país y con su Iglesia, ha dirigido por más de una década el Centro Cívico de la Diócesis de Pinar del Río y la revista Vitral, también ha participado en un sinnúmero de iniciativas civiles y religiosas. Cuéntenos cuál fue el detonante de esta vida al servicio de una comunidad y de una fe.

Creo que un pequeño milagro de Dios, ya que pertencí siempre a una familia religiosa, pero por parte de mi mamá, mis primos eran metodistas, mientras mi padre y mi abuela eran católicos. Cuando tenía diez años se formó una especie de litigio en mi familia, pues yo vivía más cerca de la iglesia metodista, pero mi abuela paterna, que era mi madrina, empezó a presionar para que yo tomara la primera comunión, pues me habían bautizado por la iglesia católica. Recuerdo que un día de diciembre, llegué a mi casa de regreso de un ensayo de una obra de Navidad y mi padre me dijo que esa noche yo iba a decidir qué iba a hacer y cuál camino seguir.

Le agradezco mucho a mi padre, que me haya llevado hasta ese punto, de enseñarme a decidir por mí mismo y con responsabilidad, pues todas las otras opciones que he tomado en mi vida, han tenido como base aquella decisión que tomé frente a mi padre, sentado en este mismo sofá. Aunque toda la parte sentimental y los lazos humanos estaban con los metodistas, yo no sé por qué desde mi interior me surgió el ser católico, quizás porque yo quería también mucho a mi abuela y admiraba mucho a mi padre y a mi madre. Al año de esa conversación el 20 de junio, día de los padres, tomé mi primera comunión y el 15 de diciembre moría mi padre, lo que marcó mi vida desde los diez años.

¿Cuánto determinó en su juventud el hecho de ser un católico en la Cuba de los años 70?

Mi historia ha sido la de muchos jóvenes de mi generación. Fui fundador de los PRE en el campo, en el curso 1973-1974. Recuerdo que los seis católicos que estábamos allí decidimos aceptar el proceso de crecimiento para la Unión de Jóvenes Comunistas, pero sin negar nuestra fe ni la concepción del hombre, de la persona humana y del mundo que teníamos. Efectivamente fue un gran reto que nos llevó incluso hasta la Asamblea Conjunta, que era la última que se hacía, donde estaban todos los aspirantes y todos los militantes, y que parecía más una inquisición que cualquier otra cosa. Habían traído gente del partido provincial y del municipio, para enfrentar aquel reto de seis católicos que no habían dicho que “no”. Ese fue otro momento muy fuerte en mi juventud, de convicciones, de tener que decidir y transgredir fronteras.

Después, cuando quise matricular Sociología en la Universidad, no me dejaron. Yo tenía tres especialidades que me gustaban: Sociología, Derecho y Psicología. No fue posible ninguna de las tres, porque a los católicos no se nos permitía estudiar Humanidades.

En esa época existía un formulario que se debía llenar para optar por una especialidad o por un nuevo trabajo. En él preguntaban la confesión. ¿Recuerda haberlo llenado alguna vez?

Creo haberlo llenado decenas de veces, desde la primaria, pasando por la secundaria y llegando al PRE. Incluso recuerdo que junto a la pregunta de “¿Tiene usted creencias religiosas?” venían inmediatamente las otras: “¿Las practica?” ¿Desde cuándo? ¿En qué denominación religiosa? Yo, particularmente, desde muy pequeño fui ayudante de la misa, lo que antes se decía monaguillo, pero que ahora se llama acólito. Me levantaba a las siete de la mañana para participar en la misa, los días entre semana en la Catedral, y de ahí me iba para mi secundaria básica.

¿Qué hizo cuándo le negaron la posibilidad de estudiar una carrera de Humanidades?

Como no me aceptaron en Sociología, pedí Bioquímica. No fue sólo mi caso, pues todos los católicos de mi generación, ciertamente comprometidos, estudiaron especialidades técnicas, pero no Humanidades. Entonces comencé a estudiar Bioquímica pero no me gustó. En aquel

entonces se estudiaba Agronomía aquí mismo en Pinar del Río. Mi madre estaba sola y como yo soy de una provincia muy guajira, decidí que la Agronomía era una buena razón para no perder los estudios y una posibilidad de mantener a mi madre y formar una familia.

Cuando terminé la Universidad en 1980, estaba entre los cinco alumnos que por sus notas podían quedarse dando clases, pero en ese momento los católicos tampoco podíamos trabajar en la docencia, ni siquiera docencia técnica de Biología, Fisiología Vegetal, etcétera.

¿Se argumentaba que para dar clases le faltaba una “cosmovisión científica del mundo”?

No es que me faltara, es que tenía otra cosmovisión, como me gusta decir a mí. Así que me mandaron a un pueblo cautivo nombrado Briones Montoto, que era prácticamente otro castigo, pues quedaba muy lejos. El pueblo estaba muy controlado por la policía, como todos los pueblos desterrados. Allí estuve trabajando diez años como especialista agrícola e hice muchos amigos, incluso tengo ahijados, niños que bauticé. Encontré personas muy humanas que me acogieron como a un hermano, pues ellos sabían por qué yo estaba allí. Después de diez años unificaron mi empresa con otra y llegué a ser Presidente del Consejo Técnico Asesor de todos los ingenieros y técnicos. Así vine para la sede en la capital provincial de Pinar del Río, muy cerca de mi casa y esa ha sido la única vez en estos veinticinco años que he trabajado en la ciudad.

Pero tengo entendido que ahora usted se dedica a la recolección de yaguas de palmas que se usan para proteger el tabaco exportado en ramas ¿Cómo llegó a ese punto?

En 1994 cuando se fundó la revista *Vitral*, comenzaron las presiones en mi trabajo. Un día me llamaron, muy temprano y me dijeron que *Vitral* y mis actividades en la Iglesia, eran incompatibles con mis cargos en la Empresa.

Como yo era ingeniero y no me podían dejar en la calle, me brindaron tres opciones de trabajo: la primera como obrero agrícola, la segunda en la microbrigada de construcción de la empresa y la tercera una que me anunciaron como “más afín con mi perfil profesional” que era técnico de yaguas. Ni yo, que era el Presidente del Consejo Técnico Asesor, había oído hablar de esa plaza, a pesar de que yo tenía relaciones con todos los técnicos de mi empresa.

El trabajo se hacía con un tractor y una carreta donde iban otros estibadores. El primer día, Baldo, el jefe de la Brigada, me dijo algo que luego he citado como el Evangelio según San Baldo, capítulo uno, versículo uno: “Que no lo engañen Ingeniero, yagüero, salcochero y basurero son la misma cosa”.

Allí encima de la carreta me encontré con una gran compañía y aprendí que las palmas, como las mujeres, tienen un ciclo lunar: cada veintiocho días sueltan una hoja y nace entonces el cogollo. El campesino recoge la yagua que es la vaina con que la hoja se adhiere al tronco y la usa para muchas cosas. Las que nosotros recogemos se le paga, incluso se le paga en divisa, porque es un producto ecológico que sirve para transportar el tabaco en rama, no torcido, que se exporta a España, Brasil, etcétera. Solamente se puede transportar en grandes cajas de yaguas que se llaman tercios. Allí las hojas de tabaco se apisonan, con los pies descalzos como el vino. Para transportar el tabaco se ha probado de todo, cartón, plástico, madera, pero sólo las yaguas lo hacen conservar sus propiedades, su aroma, sabor, color y textura.

En estos años que ha trabajado en este tipo de labor ¿ha tenido alguna vez algo como un reconocimiento o sanción por su trabajo? Algo de carácter sindical o administrativo.

En el año 98, mi empresa fue seleccionada por el Sindicato Nacional de Trabajadores del Tabaco como la mejor empresa de recolección de yaguas. En ese momento yo estaba participando de la organización de la visita del Papa. Cuando aquello, como era responsable de la Comisión Católica para la Cultura, estuve invitado al Encuentro del Papa con el mundo de la cultura en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Por otra parte me habían seleccionado entre los veinte laicos que recibirían una *Biblia* de manos del Papa en la Plaza Cívica José Martí y precisamente en esos días, nos entregaron un banderín rojo que acreditaba a mi grupo como “la mejor brigada de recolección de yaguas”. Meses después ese banderín apareció en un cesto de basura y como yo tenía un fuerte sentido de pertenencia con el colectivo que obtuvo ese galardón lo recuperé y lo tengo hoy en mi oficina de *Vitral*. Como quiera que sea, muchas de esas yaguas que han servido para la exportación del tabaco pasaron por mis hombros.

Y entonces llegó el año 2000 y su nombre apareció bajo el peso de graves acusaciones en los titulares de Granma. ¿Cómo influyó eso en

su vida laboral? ¿Quiere usted usar el espacio que le da Consenso para responder a las acusaciones que la prensa oficialista le lanzó en mayo del 2000?

El 16 de mayo del 2000, estaba aquí la televisión española haciéndome esa misma pregunta, y le respondí lo mismo que repito ahora: yo no voy a contestar a las acusaciones de *Granma*. Si me preguntan cuál es la obra que hacemos en el Centro Cívico y cuál es mi compromiso con Cuba, yo contesto con muchísimo gusto, y entonces los lectores podrán saber que esa es la causa por la que he salido en la primera plana, pero yo no quise ni tampoco quiero ahora responder contra los argumentos de *Granma*.

No quiero contestar con argumentos, es mejor asomarse a la obra del Centro Cívico, del Obispo de Pinar del Río. La aparición de estos editoriales en *Granma* fue un grandísimo servicio que se nos prestó, pues en la publicación más importante del país y en primera plana aparecimos mencionados. Antes de mayo del 2000, el Centro Cívico era sólo conocido en el ámbito de la Iglesia y yo era una persona desconocida y ahora, cinco años después, todo el mundo me pregunta por qué aquello.

Me alegra que me hayas hecho esta pregunta, para que comprendan los lectores que no hacemos esto para entrar en contradicción con nadie, por demostrar que somos diferentes o por luchar contra algo, sino que estamos en este proyecto antes de ser atacados y lo hemos seguido haciendo después, pues no es contra nada sino a propuesta de algo, que es Cuba. Incluso las místicas del Centro Cívico no son confrontativas sino propositivas. Así como tenemos el propósito de quejarnos sólo durante quince minutos, mientras buscamos soluciones los otros cuarenta y cinco minutos. La segunda mística es que todo lo que hacemos no lo hacemos contra nada, sino porque creemos que es lo mejor que podemos hacer. Nosotros estamos ahora mismo dispuestos a sentarnos a dialogar con cualquiera, sea del gobierno, de la oposición, no hay para nosotros ningún cubano que esté excluido, sólo aquellos que opten por la violencia, e incluso a esos los llamaríamos para persuadirlos de que la vía del diálogo y la paz es la única éticamente aceptable para nosotros.

No hay nada oculto, la transparencia es lo más importante para nosotros. Frente a un sistema que quiere controlarlo todo, lo mejor es la transparencia. Les decimos a todos “vengan y vean” tal y como respondió Jesús cuando le preguntaron dónde vivía.

¿Y qué pasó después de los editoriales?

Fui “promovido” en mi trabajo y la brigada recolectora de yaguas prácticamente desintegrada, hasta le quitaron el tractor al chofer. Parece que había cierta “perniciosa influencia”, y me pusieron a trabajar en el almacén, que es una nave inmensa, tan alta que yo la llamo “la Catedral de las yaguas”.

La Catedral se me ha convertido prácticamente en un monasterio, porque lo que hago allí es meditar, rezar, pensar y tomar apuntes. Mi contacto con el resto de los trabajadores está limitado sólo a los estibadores del almacén y con el jefe y el subjefe que me “atienden”. Eso es lo que hago hace cuatro años y cinco meses. De allí no me permiten salir a trabajar al campo, como antes, en una carreta, por eso hoy medio en broma, pero con mucha cordialidad mis compañeros de trabajo dicen que yo soy, “el prisionero de la catedral de las yaguas”.

Da la impresión que se pretende mantenerme aislado, lo que no tiene ningún resultado porque cada día a las cinco de la tarde, cuando salgo de allí, voy al Obispado donde atiendo a todo el mundo hasta las ocho de la noche. Esto me da la oportunidad de tener un pie en uno de los peldaños más bajos de la escala laboral y el otro en lo más elevado del campo espiritual no sólo como miembro del Pontificio Consejo Justicia y Paz, o como director del Centro Cívico o de la revista, que ya usted ha mencionado al inicio de esta entrevista, sino ayudando a las personas en sus problemas.

Háblenos del Centro Cívico.

Este centro se había fundado antes, el 29 de enero del 1993 como fruto de un diagnóstico que hicieron los obispos cuyo resultado se puede resumir en que el pueblo cubano estaba despersonalizado, desarraigado y desalentado. Despersonalizado como fruto del colectivismo y la masificación donde la persona pierde su individualidad, de ahí que haya que reconstruir la persona humana. Desarraigado, porque son demasiados los cubanos que pretenden escapar de su propia patria y desalentado por la falta de proyectos viables que ellos ven para su vida aquí.

El Centro de Formación Cívica y Religiosa tiene dos propósitos fundamentales, la reconstrucción de la persona humana del cubano y la reconstrucción de la sociedad civil en Cuba como espacio para el arraigo y participación. Este centro cuenta con diferentes grupos o

espacios, por ejemplo el de los educadores que realiza un itinerario de reflexión para un proyecto pedagógico y el grupo de economistas que ahora está haciendo también un itinerario destinado a un pensamiento económico. También tenemos un grupo de informáticos que tienen un aula de computación al servicio de cualquier persona. Está la consultoría psicológica, jurídica y familiar que todos los días atiende personas de forma gratuita sin importar que sean católicos, creyentes de otras denominaciones o ateos. El centro, aunque depende del obispado no es confesional y desde su fundación se presentó como un servicio para la sociedad. También tenemos un aula de música donde se estudia piano, guitarra, percusión, y canto. Ahora se está formando un grupo de amos y amas de casa, que son personas que se reúnen para encontrar mejores formas de enfrentar las labores domésticas.

¿Dónde se inserta Vitral?

Precisamente el séptimo espacio del Centro es el de las publicaciones, alrededor del cual se fueron nucleando artistas, escritores, diseñadores hasta que el 3 de junio de 1994 se fundó *Vitral*. Esta revista es el órgano de expresión del Centro de Formación Cívica y Religiosa de Pinar del Río. Tiene un perfil sociocultural que atiende especialmente a la reflexión sobre la persona humana y sobre la sociedad civil en sentido amplio. Muchas veces en Cuba se confunde sociedad civil con oposición, lo cual es una barbaridad conceptual pues la sociedad civil es el tejido de los núcleos informales que no dependen del Estado. En Cuba es incipiente pero cobra fuerza.

Vitral tiene secciones de poesía, narrativa, cine, galería y otros de temas sociales, economía y educación cívica. Cuenta con una parte de religión, pero no es una revista de corte religioso. Hay otras revistas de la Iglesia Católica y cada una es diferente, gracias a Dios en ese espacio de libertad que ha promovido la iglesia católica, cada una tiene su perfil propio y yo me alegro mucho de eso. Eso ha permitido que las revistas católicas de Cuba tengan un espectro muy plural y sean revistas en sí mismas, no copias de otras. Por ejemplo entre *Palabra Nueva*, *Vida cristiana* y *Amanecer* hay notables diferencias y también entre éstas e *Imago* de Ciego de Ávila o la de Camagüey que se llama *Enfoque* y con respecto a *Viña Nueva* de Santiago de Cuba y *Cocuyo* de Holguín. Otra, como *Espacios*, que fue para mí la mejor revista sociocultural, publicaba incluso una sección de deportes y de humor. Era una revista muy versátil y con mucha identidad. Entre todas estas revistas existen excelentes relaciones, nos reunimos dos o tres veces al año bajo la Organización

Católica de Prensa (OCLAP) que agrupa a todos los trabajadores de la prensa católica en Cuba y en el mundo.

Usted ha escrito y debatido mucho sobre el tema de la sociedad civil en Cuba ¿Cómo ha sido abordado este tema por el gobierno y otros intelectuales?

En Cuba el tema de la sociedad civil era tabú para el Estado en el año 94 y para la Iglesia en esos años era un tema periférico. Uno de nuestros propósitos era colocar dentro del debate de la Iglesia ese tema y presentar en diálogo con el Estado, un concepto mucho menos confrontativo y mucho más amplio que lo que se conocía en esos años.

Por ejemplo, un autor como Gramsci, que ahora está aceptado, pero que en un tiempo era considerado un revisionista, ha trabajado el tema de la sociedad civil. La mayoría de los intelectuales marxista cubanos sigue ahora el pensamiento gramsciano, pues es uno de los hombres más abiertos del marxismo. Recuerdo un interesante debate en el Centro de Estudios de América, en que me invitaron a una mesa redonda que se llamó “Religión y Sociedad Civil” y que la recuerdo como uno de los momentos de mayor pluralismo cultural. Allí participaron católicos, evangélicos, babalaos, marxistas, ateos... fue una buena experiencia de debate sobre el tema.

En los primeros años de la Revolución se acusó a la Iglesia cubana de representar los intereses de las clases más ricas, lo cual estaba en contradicción directa con el carácter justiciero del proceso revolucionario. ¿Lo cree usted así?

Evidentemente la Iglesia católica en Cuba apoyó la Revolución. La prueba está en que la mayoría de los que lucharon y cayeron en la insurrección eran católicos, laicos o evangélicos, como el caso de José Antonio Echevarría, Pedro Téllez, Frank País, Ormani Arenado.

La mayoría de los jóvenes que hicieron la Revolución salieron de las capas más humildes, de las universidades y de los talleres. También venían de las filas de la Juventud Obrera Católica que por cierto era primero “obrera” y después “católica” que fue una organización social que durante la dictadura de Batista hizo la única encuesta socioeconómica y política que se realizó en esos años, y la que ha sido mencionada y citada varias veces por el presidente Fidel Castro por los detalles que sobre la vida del campesinado mostró a la opinión pública. Eso

demuestra que la vinculación de la Iglesia con los pobres no era teórica sino real y palpable.

Habría que preguntarse realmente qué era la burguesía en Cuba. ¿Los ricos que ayudaron con su dinero a la revolución en la época insurreccional, o los expropiados de los primeros años después el triunfo? En Cuba la llamada clase media era mucho más amplia que en cualquier país de América Latina. En un país que la franja social de la clase media es mucho más ancha que la franja que ocupa la clase rica o la más pobre, es un país que tiene muchas perspectivas de justicia social antes de la dictadura de Batista.

¿Y entonces por qué se abrió un abismo entre la Iglesia y el gobierno cubano después de 1959?

A mi modo de ver la contradicción fundamental se dio cuando la revolución democrática popular giró bruscamente y, sin el consentimiento del pueblo, se convirtió en una revolución marxista leninista totalitaria, que tenía que tener en sus manos no solamente todas las propiedades productivas y de servicio, sino también todos los espacios de participación. Se ha jugado mucho con la semántica y hay que saber qué cosa era la clase media en Cuba, y qué cosa era la revolución democrática popular continuadora, creo yo, de los ideales de Martí y de Varela. La revolución que era el proyecto del movimiento 26 de julio, pero también del 13 de marzo y de otros muchos. Está claro que se trataba de una revolución democrática, contra una dictadura, contra un orden autoritario, para restaurar la Constitución de 1940.

¿Podrá reconstruirse el tramado de la sociedad civil en Cuba?

Nuestra experiencia en estos once años del Centro Cívico y de *Vitral* demuestra que es posible hacer algo por la sociedad civil en el mismo momento en que el ciudadano se va formando cívicamente. Muchas personas piensan que la mayor dificultad para reconstruir la sociedad civil en Cuba está en el sistema totalitario en que vivimos, yo les quiero decir mi experiencia limitada y local, la experiencia de un yagüero: la mayor dificultad para la reconstrucción de la sociedad civil no está en el Estado cubano sino en la conciencia y en la formación de los ciudadanos. Ningún sistema totalitario quita él mismo la cerca. Por tanto la mayor dificultad para quitar la cerca no está en el sistema, sino en la falta de formación cívica, en la falta de formación para la libertad y la

responsabilidad. Por eso el Centro Cívico ha tratado de formar grupos de personas cuya autoestima, criterio cívico y gestión estén despiertos. El padre Varela escribió una frase para responder a la pregunta de quién le pone el cascabel al gato, refiriéndose, claro está, al régimen español, y él respondió de una manera que nos inspira mucho: “no importa poner el cascabel al gato, créese la opinión pública y gato escaldado del agua fría huye”.

La opinión pública se crea con formación cívica, con formación para la democracia. No habrá democracia sin demócratas y no habrá sociedad civil sin ciudadanos bien formados cívicamente. El gran problema en Cuba es que la gente no se ha decidido a conquistar la libertad de ser y la libertad de hacer espacios de participación. El costo de este tipo de libertad unida a la responsabilidad ciudadana, lamentablemente, no va a ser fácil. Yo rezo cada día para que sea el mínimo costo, pero la libertad nunca es gratuita. Incluso para Jesucristo, el hijo de Dios, la libertad significó la cruz. Por eso cuando algunos me dicen en la calle: “Cuidado, Dagoberto, que el que se mete a redentor sale crucificado...” yo completo ese refrán popular diciendo: “sale crucificado, pero también resucitado”.

¿Y cuál es el papel de la Iglesia y el de iniciativas como el Centro Cívico y la revista Vitral en ese renacer de la sociedad civil?

Una de las funciones de la Iglesia es detectar los signos vitales de un pueblo, su presión, su temperatura, lo que Jesucristo llama “los signos de los tiempos”. La Iglesia no es partidista, no puede meterse en la política como un partido, ni convertirse en el Movimiento Cristiano de Liberación, ni en el de Solidaridad Democrática ni en el Partido Liberal, pero ella tiene la obligación de estar al lado de su pueblo, para decirle a todos los partidos, los que están y los que no están en el poder y también a la sociedad civil: “esta es la situación de la sociedad, nosotros vamos a poner la parte que nos corresponde en la cura, pero no es suficiente, todos deben poner su aporte específico, sin perder la identidad de cada uno”. Nuestra misión es convivir con el pueblo del que formamos parte, observar, diagnosticar, dar apoyo, solidarizarnos y poner en mano de los actores sociales ese bagaje de visión sobre la persona humana.

Hay que ayudar a las personas a abrir sus ojos y entonces la sociedad civil se irá creando desde la base, porque la sociedad civil no se crea por decreto, aunque sí se puede destruir por decreto legal. Incluso sólo se puede destruir cuando sus partes se dejan destruir. Por ejemplo, la

Iglesia católica es parte de la sociedad civil, claro, a título muy distinto de las demás organizaciones o instituciones, pero por sus métodos, y por su experiencia milenaria y su carácter divino, con la gracia de Dios, ha podido subsistir y ha animado a otros a subsistir.

Para reconstruir la sociedad civil en Cuba sólo pedimos lo mismo que hace once años: que las personas sean formadas cívica y éticamente; que se cree la opinión pública, que trabajemos para fomentar la conciencia crítica que no es lo mismo que el criticismo amargo. No es la amargura la que salva sino la conciencia de que quien critica con criterios acervados, esos salvan y construyen para arriba.

¿Quizás valga la pena encontrar al menos un punto en el que todos estos actores sociales estén de acuerdo?

Esa es una mentalidad de unidad demasiado estricta, yo también pasé por esa etapa, pero un día me convencí de que eso es otra trampa para el inmovilismo, eso no puede ser porque supone domeñar la voluntad de los que piensan diferente. Significa contar con que los demás cambien su opinión, por eso yo soy amigo del consenso y no de la uniformidad, y me alegro muchísimo que su revista se llame así. El consenso no debería exigir reducir todo a un solo punto, porque podría redundar en el inmovilismo.

La primera mística de nuestro Centro es “la fuerza de lo pequeño” y hay un editorial en el número ocho de *Vitral* que lo explica. Mientras más voces diferentes se oigan, nos pueden doler los oídos, pero hay más actores para el concierto. La fuerza de lo pequeño significa la gradualidad que viene antes del consenso, porque nunca se llega a él de golpe. Lleva muchas armonías y desarmonías armar un consenso, pero yo prefiero que haya desafinados a que haya mudos.

¿Entonces ya ha comenzado el camino del cambio?

Creo que sí, en muchos aspectos, pero hay una gran mentira que nos hemos creído los cubanos, y es la de creer que en un país tiene que cambiar todo al mismo tiempo. No ha habido ningún cambio grande y profundo en la historia de la humanidad que no haya salido de algo gradual. Ni siquiera la Revolución Francesa logró ese cambio total, porque muchos de los que hicieron la guillotina terminaron muriendo en ella, querían quitar la monarquía y terminaron con un emperador. La revolución de 1917 quería saltar sobre la verja del Palacio de Invierno para conquistar

el cielo y resulta que surgieron otros palacios, vinieron otros inviernos terribles y el cielo cada vez estuvo más lejos y en su lugar se levantó la Siberia. Porque todo se quiso cambiar con el voluntarismo.

Si alguien quiere algo bueno para Cuba yo me atrevería a decirle: “Hágalo como la palma real, una yagua cada veintiocho días”, esperando que la luna dé la vuelta, pero eso sí, con perseverancia, las palmas pasan decenas de años dando gradual y puntualmente una yagua. Yo le aseguro a usted que la sociedad civil cubana se está reconstruyendo como un palmar después de un ciclón.

¿Cree que el futuro de Cuba está precisamente en manos de su sociedad civil?

Estoy seguro, y así lo deseo, eso sería lo verdaderamente “nuevo” de cualquier cambio. En la medida en que el entramado que vayamos tejiendo, hilo a hilo, se vaya extendiendo entre el ciudadano y el poder de los gobernantes políticos; en la medida en que ese tejido sea más tupido y más plural, el ciudadano tendrá mayores grados de participación cívica y estará más arropado y protegido de las arbitrariedades de cualquier poder, sea del signo que sea. Lo que se busca en una democracia es que el ciudadano esté más protegido y tenga más espacios de participación, y la protección no la dan los gobiernos, ellos dan las leyes y el marco legal que pueden ser manipulados a la derecha y a la izquierda. El cuidado y defensa de los ciudadanos, usando los marcos legales, los tienen que brindar las estructuras de la sociedad civil.

¿Quiere agregar algo que no haya dicho?

Sí, algo que usted no me ha preguntado, mi opinión de la revista digital *Consenso*. Creo que es algo que enriquece al pueblo cubano y nos educa para la libertad y la participación. Es exactamente lo que el padre Varela respondía a la pregunta de quién le pone el cascabel al gato, pues ustedes son, junto con otros muchos, gestores de la opinión pública, muy limitada ahora para los cubanos, pero hay que creer en la fuerza de lo pequeño. En lugar de quejarse todo el tiempo hay que empezar a hacer algo para que cambie en nuestro entorno lo que pueda cambiar. Esos son los pequeños pasos que mantienen viva la esperanza de una utopía realizable.

Esto que ustedes hacen es un magnífico aporte. ¿Saben por qué es grande? Pues precisamente porque es pequeño, porque es gradual, por-

que no arma mucha bulla. Entre la utopía que nos llama y la realidad inmediata que vivimos están los pequeños pasos. Hay que desconfiar de las grandes utopías totales que llegan siempre después que la persona está fracturada.

Agradezco mucho a la publicación. Sé que tienen buenas intenciones y que no están siendo confrontativos, que están luchando por no dejarse manipular por los partidos políticos. Si ya ustedes tienen esta obra que se llama *Consenso*, qué pasará entonces cuando los grados de participación aumenten, cuando tengamos más libertad y más responsabilidad, y digo cuando tengamos más libertad, porque esto que estamos haciendo ahora ya es un acto de libertad, entonces podrán tener una publicación mucho más leída y más plural. Cuba necesita y necesitará, cada vez más, de esos espacios de expresión libre y responsable. Muchas gracias.

Publicada en la revista digital *Consenso*

Creemos en la fuerza de lo pequeño

1. ¿Cuál es la situación de la Iglesia católica cubana, 6 años después de la visita del Papa a la Isla?

Considero que después de la visita del Papa la Iglesia en Cuba, como todo el pueblo cubano del que forma parte, está viviendo un período de “transición”, es decir, vive una etapa de la Pascua en la que siempre se mueve la comunidad cristiana, pero que en este caso está caracterizado por la saludable y permanente tensión entre la necesidad de ser fiel a Jesucristo y responder a las necesidades del pueblo. La Iglesia en Cuba, en mi opinión, transita entre la encarnación y la redención, entre la inculturación y la liberación que debe fecundar en el corazón de cada cubano y de todo el pueblo.

La visita del Papa fue como una ventana que se abre para una familia que vivía durante décadas en una habitación oscura. Luego, el Estado ha intentado cerrar la ventana de esa semana de libertad, esperanza y luz, proceso al que las autoridades han llamado “despapizar a Cuba”, pero ya es imposible convencer a los miembros de la familia de que por donde vieron entrar una luz y un aire nuevo, no había ventana; y que por donde penetró una “voz distinta” a la que se escuchaba en nuestras plazas, por cierto una voz muy parecida a la del pueblo, que gritaba en la Plaza de la Revolución: “¡libertad, libertad!”, no era una voz, sino una distorsión del ruido exterior; no es posible ya convencer a los cubanos de que la luz no era luz sino fuegos de artificios. Quien ha experimentado la libertad y la esperanza, no puede regresar a la oscuridad. Ese proceso es irreversible por la experiencia y por la evidencia de la propia luz. En ese tránsito entre la noche y el día estamos caminando, pero sabemos que las primeras luces del alba ya están entre nosotros. Y que esta vez no entrará por la ventana, sino por la puerta principal de la conciencia y el corazón del pueblo cubano.

2. El despertar religioso registrado en los últimos años en Cuba, ¿está cambiando la sensibilidad y las prioridades pastorales de la Iglesia católica?

Creo que sí. En dos sentidos: por un lado, se va creando una sensibilidad mayor hacia prioridades y obras encarnadas y proféticas, no sólo en el sentido de la denuncia sino en la prioridad de “buscar primero del reino de Dios y su justicia” y no desgastarse en “las añadiduras” propias de toda comunidad en tránsito hacia un sano pluralismo. Haciendo espacio en ese pluralismo, también hay prioridades que se encaminan hacia un espiritualismo que se sitúa a sí mismo, “por encima de toda realidad terrena y pasajera” intentando ser fieles a un Jesucristo sin mucho anclaje en la realidad terrenal en que vivimos. Se trata, como digo, de prioridades y prioridades, pero en general, las personas que están formadas, reconocen y aprecian a los que han escogido la otra prioridad. Nos estamos entrenando en la diversidad y estamos aprendiendo a que la unidad, tan deseada por el mismo Jesús, no es uniformidad. Sin embargo hay algo que es, gracias a Dios, unánime y profundo, que la Iglesia en esta tierra del Caribe, tiene en el centro de su corazón y de sus prioridades, sean cuales fueren, a Cuba, a su pueblo noble y sufriente. Y eso, en mi opinión, es lo principal: que no haya fisura entre el amor a Cristo y el amor a Cuba, conviviendo en un mismo corazón.

3. ¿Hay al interior de la Iglesia cubana, en sus diferentes niveles (obispos, religiosos, laicos, etc.), un debate sobre las perspectivas del país y la postura de los católicos en esta coyuntura del país?

Sí existe el debate y creo que eso es muy bueno. Una Iglesia, una comunidad que no dialoga, que no debate, que no busca la verdad y la justicia desde un discernimiento transparente, libre y compartido en comunidad, no es un organismo vivo. Y la Iglesia cubana lo es cada vez con mayor pasión y energía. Pero, este debate plural no es sólo al interior de la Iglesia católica, sino que es un fenómeno que se debate en el sagrario de la conciencia de cada cubano, lo exprese o no, pero casi nadie queda indiferente, cuando en un país se ha comenzado un período de tránsito que no llega a ser todavía político, *sensu stricto*, pero que lo es ya en el seno de la sociedad civil emergente. Por un lado, los laicos y los pastores nos preguntamos cada mañana cómo servir mejor a Cuba y a su futuro y como la situación es muy tensa en las estructuras sociales, esa tensión nos impele a estar muy despiertos y a convivir, como si dijéramos, en “permanente estado de discernimiento”. Si esto no nos quita la paz profunda nos inquieta a nivel de nuestra coherencia, es un proceso sano y deseable.

Por otro lado, los sectores más conscientes y activos de la sociedad civil interpelan continuamente a la Iglesia, toda ella, pastores y laicos, sobre nuestra postura y actitudes. Este acicate no nos debe quitar tampoco la paz ni debe alejarnos de nuestra principal fuente de inspiración que es el Evangelio, más bien debemos agradecer esas interpelaciones, muchas veces con un urgencia y solicitudes desmesuradas, como un signo de la credibilidad y la confianza que otorgan esas fuerzas vivas a la Iglesia católica. Para mí es un signo de esperanza.

4. A veces se dice que la diócesis de Pinar del Río, quizás como la de Santiago de Cuba, sean las más críticas con el gobierno. ¿Qué piensa de esta afirmación?

Que, por lo menos, es injusta y desenfocada. Cada Iglesia local tiene su propia historia y carismas comunitarios. Y los que hoy vivimos en el seno de esas comunidades diocesanas somos herederos de esa tradición y riquezas. Debemos ser también continuadores, pero no ciegamente, sino haciendo lo que te mencionaba del permanente discernimiento comunitario. Eso es lo que mantiene la coherencia evangélica y lo que levanta la voz profética, insisto, no sólo y no siempre, para la denuncia sino, y sobre todo, para el anuncio del Reino. Me permito recordar brevemente una entrevista que tuve con el Cardenal Casaroli en su apartamento dentro del Vaticano cuando ya estaba retirado: allí fui con admiración y temblor ante pastor tan sencillo y discutido, y no podré olvidar jamás su principal recomendación: “Dagoberto, –me dijo en tono muy cercano y sentido– sean los laicos de Cuba propositivos, no confrontativos”. No se trata de condescender en la denuncia. Proponer algo nuevo y mejor es ya una denuncia. Denuncia con anuncio es abrir el surco doloroso de la esperanza. Eso hacen, creo yo, las dos diócesis cubanas que mencionas, pero estoy convencido que también lo hacen las demás, conozco personal y cordialmente esas iglesias diocesanas, sus diligentes pastores, sus auténticos e intrépidos laicos y te puedo asegurar que en todas ellas se vive, se dice y se hace lo que el Evangelio les sugiere a cada paso. Cada una según su estilo, sus tradiciones y carismas. Eso es bueno y deseable. Considero que los cuarenta y cinco años de Revolución han regalado a las comunidades católicas de Cuba un estilo austero, un deseo de servicio y un estado de purificación, que si no fuera por el costo humano de este proceso despersonalizante y masificador, podríamos agradecer a Dios tal oportunidad histórica de crecer en santidad por el camino de la cruz sin que, al mismo tiempo nos duela lo que está pasando y deseemos que acabe de pasar este cáliz.

Es la mística y la ascesis del Huerto de los Olivos aquella noche de Jueves Santo. Y es todo el pueblo cubano quien está sudando gotas de sangre, ¿caeremos en la tentación de dormir mientras el Señor suda en su pueblo? ¿nos quedaremos en la dinámica de pedir que “pase” este cáliz o asumiremos la dinámica pascual de beberlo aún cuando sintamos una sensación de abandono como Cristo en la cruz?

5. *¿Cuál es el trabajo del Centro de Formación Cívica y Religiosa y de la revista Vitral?*

Es precisamente eso. Formar desde la experiencia de vida. Despertar la conciencia crítica. Aprender a hacer el discernimiento de vida. Desde una escuela pedagógica muy cercana de la del Siervo de Dios, el Padre Félix Varela, padre de la cultura y la pedagogía cubana en el siglo XIX, y muy cercana también a la pedagogía liberadora y participativa de Paulo Freire.

Este Centro tiene dos grandes objetivos: reconstruir a la persona humana y reconstruir la sociedad civil cubana.

Así pues, ante el fracaso antropológico del sistema socialista real que hemos sufrido en Cuba, que ese es su verdadero y más profundo fracaso, el Centro Cívico, junto con otras iniciativas, intenta formar con un estilo personalista y comunitario como el de Enmmanuel Mounier y otros pensadores cristianos de la posguerra.

Frente a la desarticulación forzosa del tejido de la sociedad civil que ha sido el “genocidio cultural” más lamentable de estas últimas cuatro décadas en Cuba, deseamos reconstruir, ayudar a tejer, a tender puentes, a articular, ese entramado de la naciente sociedad civil cubana. Tengo la convicción de que este es el mejor servicio y el proyecto de mayor profundidad y alcance para todos los cubanos sin distinción, incluyendo a los que piensan y viven como comunistas auténticos.

La revista *Vitral* es el espacio de expresión que el Centro desea poner a disposición de todo el que desee expresar su aporte a favor de una Cuba nueva y mejor.

Creo que los cubanos, como otros en el mundo, tenemos la suerte y también la desgracia, pero lo deseo ver en positivo, de haber vivido en un muy corto período de tiempo los tres sistemas que ha experimentado la modernidad: el colonialismo, el capitalismo salvaje y el socialismo despersonalizante. Creo que esto nos prepara y nos alerta para no desear volver atrás. Yo no quisiera que Cuba vuelva a estos modelos, por eso

creo que una “revolución” pacífica, personalista y comunitaria pudiera ser una nueva vía inspiradora de un nuevo proyecto de sociedad en que nos libremos del individualismo feroz que nos consume consumiendo y del colectivismo sin rostro ni alma que nos seca por dentro. Miro al futuro de Cuba por este prisma que nació luego de la experiencia de los dos grandes totalitarismos del siglo XX pero que aún espera por germinar en alguna tierra fértil: ¿No pudiera ser acaso Cuba esa tierra fértil para la semilla de tal cambio?

6. ¿Cuál ha sido la reacción del gobierno y de los sectores oficialistas frente a este trabajo? A veces se escucha que ustedes apoyan a los grupos de la oposición, sobre todo el Movimiento cristiano “Liberación” de Oswaldo Payá. ¿Hay relaciones con la disidencia interna y qué piensa usted de la situación de la oposición? ¿Usted fue de alguna manera hostigado y perseguido?

¿Respondo a tus cuatro preguntas en una? Bueno, la reacción del Gobierno cubano frente a este trabajo, como frente a todo lo que le parezca alternativo ha sido en primer lugar de desconfianza, luego de presiones que no deseo explicar aquí para no perder tiempo. Pero hay una realidad, luego de diez años de fundados existen y trabajamos con esperanza. Eso es para nosotros, lo más importante. ¿Acaso en otras sociedades lo alternativo, lo nuevo y lo diferente no encuentra siempre resistencia al cambio, recelo y confrontación? Como no buscamos esa confrontación, la aceptamos como un hecho venido de fuera y como dice el Señor “no es lo que viene de fuera lo que hace daño sino lo que sale del corazón” y lo que sale de nuestro corazón es un deseo grande de diálogo y reconciliación con todos nuestros compatriotas que nos miren con desconfianza. Un clima de respeto, confianza y entendimiento debe primar en el presente de Cuba. Esta es nuestra propuesta, siendo fieles a esa mística de ser proposititos en lo pequeño, desde nuestro lugar y misión específicas. Otros también hacen esto y lo proponen desde otros ámbitos de la sociedad civil. Eso tenemos en común con los que disienten de algunos elementos de nuestra sociedad, que todos, dentro de Cuba, queremos salir por la puerta del diálogo y la reconciliación, pero no apoyamos como Centro y como Revista a ningún movimiento ni partido político. Tampoco los condenamos si son pacíficos y respetuosos del bien común. Las relaciones con esas personas son de respeto y consideración, buscando definir bien los planos y las misiones de cada miembro de la sociedad civil sin confusiones o mixtificaciones. Eso es lo mejor para la Iglesia, pero también para la oposición pues estando

todos nosotros formados en un sistema paternalista pudiéramos quizá caer en la tentación de salir de la protección del Estado-Padre para caer en el regazo de la Iglesia-Madre. Y es hora ya de que los cubanos todos, aprendamos a ser adultos cívica y religiosamente. Eso pretende ayudar a alcanzar el Centro de Formación Cívica y Religiosa de Pinar del Río.

En cuanto a la oposición en Cuba te remito a un artículo publicado en la Revista *Vitral* cuyo sitio en Internet es www.vitral.org. El artículo se llama “Algo se mueve en Cuba” y aparece en el número 52, correspondiente a noviembre-diciembre de 2002. Después de ese análisis sólo habría que agregar que en marzo de 2003 hubo la ola de represión más grande de las últimas décadas. Esto fue un duro golpe para la oposición, pero el Gobierno ha proporcionado las condiciones para que esta pasara de una oposición denunciante a una oposición martirial incruenta, y esto es un cambio de su carácter y calidad muy importante. Después de esto los gestores del Proyecto Varela han presentado más de 14 mil firmas más de apoyo recogidas en parte después de la represión de marzo. Y esto indica algo con relación al nivel del miedo en las bases.

7. En el último año las relaciones entre la Iglesia y el gobierno parecen haberse enfriado. ¿Cuáles son las razones?

La principal razón es la misma de hace cuatro décadas, que el gobierno sigue mirando a la Iglesia como una enemiga y no quiere que haya organismos vivos de la sociedad civil con autonomía y misión propias. Si se quiere en estos últimos años el crecimiento de la labor evangelizadora de la Iglesia se ha incrementado y articulado mejor y eso no es bien visto. También porque los procesos de “despapización” entran como anillo al dedo en el arcaico concepto de “guerra ideológica”. No hay que dejar de decir que la presión y las tácticas de esa “batalla” se han incrementado para con la Iglesia en los últimos tiempos, como han expresado los Obispos en su última Instrucción teológico pastoral.

8. ¿Cuál tendría que ser, en su opinión, el papel de la Iglesia en esta coyuntura?

Considero que la misma de siempre. El anuncio de un Reino de verdad y de justicia, de amor y de paz que aquí tendría sus rasgos propios en coherencia con la situación específica del pueblo cubano. En mi opinión, como laico, la Iglesia debe permanecer atenta a los signos de los tiempos en esta Isla del Caribe. Su dinámica pasa por el mismo proceso de Cristo:

encarnación (presencia comprometida)-redención (liberación)-ascensión (promoción humana y social). Los pastores han dicho también su palabra en cada momento: los discursos y homilias del Papa en su visita a Cuba contienen, en mi opinión, esas líneas generales, que son aplicadas y especificadas, sobre todo por tres documentos de la Iglesia cubana a su pueblo: “El amor todo lo espera” (1993); “Un cielo nuevo y una tierra nueva” (2000) y “No hay patria sin virtud” (2003).

9. ¿Qué piensa usted del futuro político de Cuba y cuál es el papel que en eso van a jugar la Iglesia y los católicos?

Creo que en parte te he respondido esto ya, pero quizá una precisión: Veo el futuro político de Cuba como un desafío entre los viejos modelos ya experimentados y la posibilidad de intentar algo nuevo, algo nuevo que quizá pase por el protagonismo principal y creciente de la sociedad civil. Un fuerte tejido de la sociedad civil en Cuba podría impedir que nuevos autoritarismos surjan de la ausencia de un entramado cívicamente adulto y responsable que se interponga pacíficamente entre el Estado y el ciudadano y le pueda proporcionar a estos, espacios de participación y creación plurales y permanentes.

La Iglesia y los católicos, como parte de esa sociedad civil tenemos la misión de ser luz, sal y fermento en medio de esas iniciativas, sin pretensiones hegemónicas y sin pietismos angélicos.

10. En Europa muchas personas piensan que en Cuba tengan que abrirse mayores espacios políticos, pero al mismo tiempo están preocupados porque en Cuba se produzca un cambio similar a lo que pasó en Europa del Este, donde se dio una transición al capitalismo salvaje. ¿Qué piensa usted de este temor?

Es también el mío y no desearía ese tipo de proyecto futuro para mi país. Lo que pasa es que el mundo de hoy propicia este tránsito hacia atrás. Es por ello que hay que estar muy alertas, despertar la conciencia crítica, formar para la libertad pero también para la responsabilidad y la solidaridad. Hay que actuar para evitar ese retroceso, y cuando no se pueda actuar hoy, por lo menos, formarse hoy para cuando se pueda actuar con mayor libertad; y si no podemos alcanzar a todos en esa formación hoy, por lo menos hay que pensar, reflexionar, despertar las conciencias... ahora, ya, sin esperar que vuelva, “desde arriba”, el cambio que es responsabilidad de todos. Eso intentamos hacer en

el Centro de Formación Cívica y en la revista *Vitral*, quizá ese sea el principal desafío para los cristianos... y también, la principal opción de mi proyecto de vida en esta etapa que, gracias a Dios, me ha tocado vivir como cubano y como cristiano.

Tengo la serena convicción de que entre esa utopía que nos convoca y la realidad en que vivimos, están los pequeños pasos que mantienen viva la esperanza.

Y, se lo aseguro, creemos en la fuerza de lo pequeño y en la eficacia de esos pasos. ¿No es acaso eso la parábola de la semilla de mostaza?

En Cuba, los católicos vivimos esa experiencia trascendente con los pies muy bien arraigados en la realidad que compartimos con todo el pueblo.

Entrevista para la revista *Misionera*
de Verona, Italia.

La Cuba que sueño

Por Alessandro Armado

Liberpress-Futuro de Cuba-Revista Chiesa (02/04/07). Entrevista a Dagoberto Valdés Hernández, fundador y director del más influyente think-tank católico liberal de la Isla: "La Iglesia es la única institución en Cuba donde todavía hay huellas de la sociedad civil que, por lo demás está aniquilada".

ROMA, 2 de abril del 2007 –Desde que Fidel Castro, a fines de julio del año pasado, ha dejado el poder formalmente, para Cuba y para la Iglesia católica cubana se ha iniciado la gran vigilia. El destino es más que nunca incierto. Pero la meta hacia la cual los católicos cubanos apuntan resueltamente se define con una palabra: libertad.

Uno de los más autorizados testimonios de este camino de Cuba y de la Iglesia cubana hacia la libertad es Dagoberto Valdés Hernández, 52 años, tres hijos, ingeniero agrario, fundador, en 1993, del Centro de Formación Cívica y Religiosa de la diócesis de Pinar del Río y, en 1994, de la Revista *Vitral*.

Cuando Castro conquistó el poder en Cuba, en 1959, Valdés era un niño. Vivió los pocos meses de luna de miel entre la Iglesia y el nuevo régimen, pero sobre todo la larga fase de libertad anulada, de violencia institucionalizada, de persecución. En la universidad, como católico, le fue prohibido el acceso a las facultades de Humanidades, y por lo tanto se especializó en agronomía.

Pero su punto de referencia en cuanto a las ideas es Félix Varela, sacerdote, filósofo y político, padre de la independencia cubana y maestro de un liberalismo católico en muchos aspectos semejante al de pensadores contemporáneos suyos como Antonio Rosmini y Alexis de Tocqueville.

Trabaja en la Empresa del Tabaco, pero a mitad de los años noventa el régimen lo castigó por la actividad de formación cívica que había comenzado a desarrollar en la diócesis de Pinar del Río. Lo obliga a recoger yaguas, un tejido fibroso que se obtiene de la palma y sirve para embalar el tabaco. Pero Valdés no se rinde, más aún, intensifica su actividad de formación.

La revista *Vitral*, por el nombre de las ventanas multicolores que adornan muchas casas cubanas, se convierte en la voz de un pequeño pero influyente *think-tank* católico-liberal, baluarte de las ideas democráticas y de la visión humanística-cristiana del hombre en la Cuba comunista. Gracias al viaje de Juan Pablo II a Cuba, en 1998, en el Vaticano también se dan cuenta de él, aprecian su actividad y el año siguiente lo nombran miembro del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz.

La que sigue es una de las pocas entrevistas que Dagoberto Valdés Hernández ha dado a un diario extranjero. Y es la primera en la que afronta directamente la cuestión de la transición de Cuba a la democracia, con una particular atención al rol de la Iglesia católica cubana.

El diario es *Mondo e Missione*, publicación mensual del Pontificio Instituto para las Misiones Exteriores, impreso en Milán, que publicará la entrevista en el número de abril. El autor es Alessandro Armato.

P. – Desde fuera parece que Cuba vive en una situación de extrema “incertidumbre”, tal y como usted escribió en su último editorial. ¿Desde dentro las cosas se están empezando a percibir de manera distinta o la situación sigue siendo la misma?

R. – Creo que la situación desde dentro sigue siendo de incertidumbre y de expectativa. La incertidumbre se debe, sobre todo, a la falta de información sobre lo que pasa aquí y a que el futuro está en manos no de la ciudadanía soberana sino en las de las más altas esferas del poder político. A la incertidumbre se unen las consecuencias de un daño antropológico –que ha provocado en la mayoría de los cubanos una “cultura de la dependencia”– y el control totalitario, que impide que cada persona desarrolle plenamente su libertad y su responsabilidad.

P. – ¿Qué papel ha jugado y juega la Iglesia cubana en esta delicada fase de transición hacia una Cuba que todos esperamos sea “justa, libre y solidaria”, usando las palabras del cardenal Jaime Ortega Alamino?

R. – En primer lugar, la Iglesia ha sido la única institución presente en toda Cuba, con un tejido capilar y articulado, que se ha mantenido durante el último medio siglo con autonomía e independencia del Estado. Eso la distingue del resto de los espacios de la sociedad cubana y la

coloca como sobreviviente de la sociedad civil que fue desarticulada minuciosamente por el socialismo real. Desde ese espacio en la sociedad civil cubana, que desde hace unos años vuelve a reconstruirse muy lentamente, la Iglesia ha jugado un papel de acompañamiento y espacio de participación para aquellos que se han acercado a ella y aún para aquellos que desde lejos la miran con interés.

Ese acompañamiento es alimento espiritual, asistencia religiosa, pero también —y motivado por esa misión religiosa precisamente encarnada en la situación histórica— la Iglesia ha dado educación ética, formación cívica, entrenamiento en la participación y la responsabilidad comunitaria, aliento en la desesperanza, motivos para permanecer arraigados en nuestro país, educación para la libertad, la justicia y la paz.

P. — ¿La Iglesia cubana está siendo firme y valiente en su relación con el poder político? ¿Cómo es esa relación hoy en día?

R. — La Iglesia ha mantenido su propia identidad, su misión y sus espacios con las limitaciones propias de su inserción en un Estado que pretendía controlar todo y a todos. Ella ha logrado sembrar el Evangelio en medio de las más increíbles dificultades que la hacen una Iglesia testigo-martirial de la encarnación y la redención de Jesucristo. Hay muchos sacerdotes, religiosas y laicos que han trabajado durante décadas como testigos fieles aún a riesgo de su propia integridad y la de sus familias. Todo ha sido un don de Dios.

P. — ¿Qué aprendió la Iglesia cubana viviendo por décadas —desde la revolución de 1959 hasta hoy— bajo un régimen comunista? ¿Tiene la Iglesia cubana alguna sabiduría particular, alguna enseñanza o advertencia, que dar al mundo?

R. — Creo que sí, aprendimos a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de la semilla, en la potencia de la levadura en la masa. Aprendimos a ser humildes, que significa servir con los pies en el *humus*, es decir, compartiendo la suerte de los que sufren la injusticia. Aprendimos que la Iglesia crece y se purifica en medio de las tribulaciones y que éste ha sido un tiempo de gloria crucificada y resucitada para los discípulos de Cristo que vivimos en Cuba.

P. — ¿Cuáles son las principales etapas del camino hecho por la Iglesia cubana desde 1959 hasta hoy?

R. – Podemos decir que son cuatro etapas: una primera que llamamos de “luna de miel” en el mismo año 1959 cuando la revolución no había dado todavía su brusco e inesperado giro hacia el marxismo leninismo. La Iglesia apoyó aquella revolución que parecía desear restituir la Constitución democrática de 1940, la más progresista y de inspiración cristiana que hemos tenido en Cuba. Parecía una etapa de vuelta a la democracia y de lucha contra la corrupción, pero eso no duró más que unos escasos meses.

La otra etapa fue la del “encontronazo”, es decir, la de la confrontación entre un sistema que comenzó a girar hacia un nuevo autoritarismo, hacia una ideología excluyente y hacia la violencia institucionalizada para controlar las vidas y el alma de la gente y de la nación. Fueron décadas de testimonio callado, de sufrimiento indecible, de martirio civil.

Esto duró hasta la década del 80 en que comienza la tercera etapa que es la de recuperación eclesial, en 1986 la Iglesia celebra el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, ENEC, que tuvo una preparación en las comunidades empobrecidas que deseaban ya, por la gracia de Dios, salir del testimonio callado y pasar a la misión comprometida. Fue un tiempo de Pentecostés para la Iglesia en Cuba. Luego vino la caída del muro y del campo socialista, un período de crisis total que aquí eufemísticamente se llamó “período especial”. La Iglesia acudió a auxiliar a los hambrientos, a consolar a los perseguidos, a dar asistencia espiritual a los desgarrados.

Y en 1998 vino el Papa Juan Pablo II, esta fue la cuarta etapa, la preparación de la visita y los cinco días que duró esta, fueron un respiro de luz, libertad y una verdadera efusión del Espíritu Santo para todos los cubanos. A partir de aquella visita algo cambió en nuestras conciencias, se había abierto una ventana en la oscura cabaña del aislamiento, todos vieron que afuera y arriba había luz y libertad. Nadie ha podido cerrar totalmente esa ventana. Ni aún aquellos que desde el Partido Comunista trataron de montar una campaña para “despapizar” (*sic*) a Cuba. Eso significaba borrar la impresión y las consecuencias de aquella visita inolvidable.

P. – Ud. insiste mucho sobre la necesidad de crear en Cuba una madurez cívica para salir de la adolescencia sociopolítica en que vive el país: ¿cuál es la mejor manera de hacerlo?

R. – Creo que la educación y los pequeños espacios de participación. Es verdad que hay un increíble analfabetismo cívico y político, fruto

de la ideologización extrema y del bloqueo interno del Gobierno a toda información que no sea la suya. Pero esto sólo se supera cambiando los métodos totalitarios, rompiendo el aislamiento interno que es peor que el embargo externo. Más información, más apertura, más intercambio, un proceso sistemático y profundo, serio e inculturado de educación ética, cívica y política. Y al mismo tiempo, no quedarnos en la teoría, es necesario crear pequeños espacios de participación, debate, creación de estados de opinión, entrenamiento para la democracia, porque la teoría que no se ha experimentado en medio siglo, difícilmente se podrá poner en práctica de una vez si antes no hemos tenido la oportunidad de experimentarla, perfeccionarla, saborearla en pequeños grupos o espacios como los que intenta crear la Iglesia, y también las bibliotecas independientes, las Damas de Blanco, los periodistas independientes, las Iglesias evangélicas, las logias que en Cuba tienen otro carácter diferente a Europa. Esto intentamos hacer desde hace catorce años en nuestro Centro de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis de Pinar del Río y sus servicios de Consultoría jurídica, familiar y psicológica, su grupo de educadores, economistas e informáticos, que están haciendo sus propios Itinerarios de reflexión (pequeños *think-tank*) para aportar un pensamiento pedagógico, económico, de los medios, para el futuro de Cuba desde la inspiración cristiana... y con la revista *Vitral* en cuyo sitio web se pueden encontrar este tipo de experiencias.

P. – A pesar de sus dificultades, la marcha de Cuba hacia la libertad parece imparable: ¿tiene alguna idea sobre cómo se darán concretamente los cambios en la Isla y si habrá o no una fuerte resistencia?

R. – Siempre hay y habrá resistencia al cambio, es casi algo sustancial a lo humano. Y no sólo de parte de los que tienen hoy el poder, sino de buena parte de los ciudadanos. No obstante, la situación pesa mucho más que esa resistencia natural al cambio y parece que la balanza se inclina hacia las transformaciones que se pudieran resumir en los cambios pacíficos y graduales que nos conduzcan de un fósil político de tiempos pasados, a un país normal insertado como los demás en la comunidad internacional y cuyos hijos no tengan que huir de su tierra cuando piensan y desean progresar y vivir en libertad.

No sé como se darán esos cambios absolutamente necesarios e imparable, pero vislumbro que podrían estar entre tres o cuatro escenarios que esquematizo brevemente así: un escenario de sucesión dentro del mismo sistema que, una vez que haya partido el líder político primero, se abra a las reformas económicas y sociales, a las relaciones internacio-

nales con toda normalidad y a las reformas políticas internas que le son consecuentes. Otro escenario sería el de una combinación de sucesión breve y transición lenta y duradera en manos de una generación más joven y de pensamiento más abierto. Otro escenario, por desgracia, sería que no se hiciera ninguna de las dos alternativas anteriores, que se refuerce el control, la represión de los disidentes y la cerrazón internacional y todo ello conlleve a una “norte-coreanización” de la Isla. Situación que lamentablemente, traería más sufrimiento, más pobreza al país, más éxodo masivo y al final una puerta abierta a la violencia que nadie quiere. Que nadie quiere, pero que vendría si algunos llevan la situación al límite.

P. – ¿Cuáles son los riesgos más graves que enfrentará la Cuba del mañana?

R. – Los riesgos están claros: si se fuerza la cerrazón se va directo a la violencia, a la explosión social incontrolada y al caos político. Eso es imparable. Nadie lo quiere, pero pocos exigen lo contrario, ni lo construyen, por ahora. Por otro lado si se abre y se democratiza, vendrán los riesgos consustanciales de la libertad cuando no se refuerza la responsabilidad: corrupción, relativismo moral, libertinaje mediático, desempleo... ¿nuevas mafias? Esto tampoco lo queremos, pero será nuestra responsabilidad si, desde ahora, no ampliamos los servicios eclesiales y sociales de formación ética, los servicios de educación cívica y política y si no fomentamos una cultura de la responsabilidad en la libertad.

P. – ¿Piensa que los mayores problemas puedan venir desde afuera (influencia de otros países o de otros modelos de vida) o desde adentro (recelo del poder, inmadurez política)? ¿Cuál sería el peor escenario para Cuba?

R. – Ya he contestado en parte. Creo que desde fuera podrían venir influencias negativas, e incluso aspiraciones hegemónicas, pero creo que de eso los cubanos tenemos experiencia y sabremos salir, pero también podría venir, si la sabemos administrar y canalizar bien, una ayuda positiva y constructiva de la parte de la nación cubana (alrededor de dos millones de exiliados-emigrados). Esa ayuda puede ser conocimientos, experiencia, inversiones de cubanos que serían mejor bienvenidas que las demás, reunificación familiar, fortalecimiento de la propia cultura entonces abierta a las demás. El peor escenario en cuanto a esto sería

una apertura que fuera subordinación indiscriminada a todo lo foráneo, a modelos hedonistas y contra la vida, sin discernimiento y conciencia crítica.

P. – ¿La actitud de los exiliados cubanos le parece constructiva o piensa que pueda complicar la transición con reivindicaciones varias?

R. – Creo que pudiera ser positiva y de hecho ya la gran mayoría, que es la que menos suena ahora, ha logrado llegar a una especie de consenso de prioridades en que se reconoce el protagonismo de los que vivimos en la Isla, en el que se pone a disposición de sus decisiones el potencial de formación y financiamiento que los de aquí determinen, existe ya hasta un grupo de empresarios de inspiración cristiana que están haciendo un fondo común de inversión que irá destinado exclusivamente a la microempresa y el micro-crédito, que yo personalmente considero que debería ser el fundamento del cambio y del nuevo modelo económico para Cuba. Ahora bien, aún queda, como también dentro de Cuba, una pequeña minoría con mucho poder y muchos medios de comunicación, que da la imagen de que son todos y son muchos y no es de lo uno ni de lo otro. Si esos perseveran, dentro y fuera, con sus “reivindicaciones trasnochadas”: unos por propiedades irrecuperables, otros por puro poder, ambos residuos anclados en sus respectivas historias pasadas, sin abrirse al futuro diferente, entonces estas minorías serían, allá y aquí, un serio tropiezo para los cambios graduales, pacíficos y justos que Cuba necesita y esperamos la gran mayoría de los cubanos de aquí y de la diáspora.

P. – Conforme pasa el tiempo, ¿dentro de Cuba los disidentes se están convirtiendo cada vez más en opositores o no? ¿A cuál figura de disidente u organización de oposición se siente más cercano? ¿Hay algunas que le preocupan?

R. – En Cuba hay opositores políticos, hay disidentes, hay otros grupos de una sociedad civil incipiente, pero también hay, por un lado, mucho analfabetismo cívico y político que no permite a los actores sociales y políticos definirse y centrarse en su propio rol. Por otro lado el gobierno intenta mezclar todo, confundir unos con otros y colocarlos en un mismo saco: contrarrevolucionarios, mercenarios al servicio de los Estados Unidos, desclasados marginales... Ambas cosas son un grave daño al futuro de Cuba, de la nación que debe, una vez más, aprender a distinguir y reconocer, a respetar y promover a los diferentes actores

sociales, y eso es parte de la educación cívica: que la sociedad civil sepa cuál es su papel y su autonomía con relación tanto al Estado como a los partidos políticos de oposición. Que los partidos políticos de oposición sepan respetar y dialogar con los demás miembros de la sociedad civil, sin confundirlos con sus propios fines partidistas; y que el propio Estado respete, diferencie y dialogue con unos y otros. Esta es labor educativa paciente y de muchos años.

P. – Usted y su revista –suponiendo que haya una coincidencia de puntos de vista– ¿cómo se perciben, como disidentes o como opositores?

R. – *Vitral* es una revista católica perteneciente al Centro de Formación Cívica y Religiosa de la diócesis de Pinar del Río, Cuba, por tanto es una revista de la Iglesia aunque su perfil es sociocultural y no confesional en cuanto a sus colaboradores. Abierta a todos los hombres y mujeres de buena voluntad sea cual sea su religión, su filiación política o su filosofía. El consejo de redacción cuida que lo que se publique se mantenga dentro de un marco ético humanista amplio y plural. Eso nos identifica y nos ubica en el seno de la sociedad civil no dentro de la oposición política. En ese mismo campo de trabajo me ubico yo mismo como un animador cívico desde el punto de vista sociológico y como un evangelizador del ambiente de la sociedad civil como cristiano. Identidad que no es ni contradictoria ni excluyente sino perfectamente coherente dado el compromiso de los cristianos de encarnarse y servir en la sociedad donde viven.

P. – ¿Piensa que *Vitral* sea una revista influyente en Cuba y en el mundo? ¿Circula libremente o tiene alguna limitación?

R. – Como creo en el Evangelio, creo que un pequeño grano de sal puede ser eficaz, un pequeño grano de mostaza puede crecer y una pequeña luz en la oscuridad puede orientar a otros. *Vitral* aspira a ser eso, un fermento en la inmensidad de la masa. Y sabemos que el Señor de la historia dará el crecimiento. Suplirá nuestras limitaciones y las que vienen de fuera de la Iglesia. Circula como puede, de mano en mano, no se puede vender en los estancillos, no se puede llevar a las escuelas, pero la misma red informal de la Iglesia y el resto de la sociedad civil la hacen llegar a los diez mil suscriptores que tenemos en toda Cuba, y en algunas comunidades de cubanos en la diáspora, a algunas universidades en Estados Unidos, México y España y a una red de amigos dispersos por el mundo. Tenemos, además, un sitio en Internet que invitamos a

visitar y un boletín digital que enviamos a correos electrónicos que se inscriban. Además hemos puesto toda nuestra colección de Ediciones Vitral, y los Cursos del Centro Cívico en una colección de dos discos compactos producidos por Vitral Multimedia.

P. – ¿Puede ser que el comunismo en lugar de morir se perpetuó tiñéndose de ese “socialismo del siglo XX” del que habla Chávez?

R. – El comunismo, tal como lo ha vivido la Humanidad, ha fracasado y ha desaparecido en la forma en que alguna vez existió como tal. Lo que queda en algunos países es un reducto de ese pasado triste. Fue un error y no creo que la Humanidad esté dispuesta a pagar el costo de repetirlo.

P. – Se habla de una posible adhesión de Cuba a Venezuela, ¿qué opina?

R. – Eso es un disparate o una ilusión impracticable que ofendería a la inmensa mayoría de los cubanos y los venezolanos. Otra cosa es una respetuosa integración regional sobre las bases que el mundo de hoy reconoce como una interdependencia respetuosa de las culturas y las soberanías locales en zonas afines como Europa, América, África.

P. – ¿Puede decirme algo sobre la presencia de misioneros extranjeros en la Isla? ¿cómo se encuentran, cómo son vistos por la gente, se tienen problemas con el régimen?

R. – La presencia de numerosos misioneros católicos –no les llamaría extranjeros, porque en la Iglesia nadie es extranjero– en nuestro país, es una gracia y un don de Dios para este pueblo que sufre y espera, trabajando por salir de su situación actual. Hay italianos, españoles, alemanes, colombianos, mejicanos, y de otras muchas nacionalidades. Vienen con una gran generosidad y curiosidad, tratan de inculturarse y comprometerse con el pueblo donde los envían sus respectivos obispos o congregaciones religiosas, el pueblo los recibe con las puertas de la casa y del corazón abiertas, aportan lo que nosotros no hemos conocido a causa de la cerrazón de la Isla, reciben lo que ellos no conocen ni imaginan en cuanto a resistencia, control estatal y búsqueda de alternativas para sobrevivir y no desesperar, para anunciar el Evangelio y denunciar, cuando se puede, lo que ofende la dignidad y los derechos humanos.

Muchas veces deben callar porque son considerados extranjeros por el gobierno y les pueden retirar su permiso de residencia y ser expulsados de forma callada y humillante. Algunos misioneros o misioneras se preguntan ¿qué significa perder un permiso comparado con perder la vida como ocurre en otras regiones y culturas? Otros disciernen entre denunciar y perder el permiso o callar y permanecer aquí sirviendo en el silencio. Otros, en fin, se preguntan si el silencio aquí y ahora es complicidad con la injusticia o prudencia sin límites.

Pero como ves ninguno queda indiferente en esta bella isla, sufriente y hospitalaria, desgarrada y cordial, pacífica y alegre... que sigue esperando después de casi cinco décadas la visita del Señor Jesús para alcanzar su liberación interior, su democratización política y su desarrollo humano integral, con su propio esfuerzo, como lo pidió Juan Pablo II desde la Plaza de la Revolución José Martí en La Habana, “Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional”. Así lo esperamos y así lo estamos haciendo ya.

Publicada en *Mondo e Missione*, revista del Pontificio
Instituto para las Misiones Exteriores.
Traducción al español de Renzo Paccini, Lima, Perú.

Sembrar virtud, Patria, civismo, como el Padre Varela

Por Roberto Santana

La Iglesia en Cuba en estos 47 años y en los muy importantes años que se nos avecinan, trascendentales, siempre ha tenido y tendrá en su boca, a mi manera de ver, según Jesucristo, su fundador; esa frase, ¿En que puedo servirle? Así le dirá al Estado, (en cuanto sea servidor de la nación), así le dirá también a la oposición, a los cubanos de la Isla y a los cubanos de la diáspora, a todos.

Dagoberto Valdés Hernández

Dagoberto Valdés Hernández de cincuenta y un años de edad, pinareño, cubano de amplio rostro y sonrisa amplia y sincera nació en el seno de una familia cristiana, parte de ella en la Iglesia Metodista y parte en la Católica. Al cumplir los diez años su padre le invitó a decidir su camino, inclinándose el joven, por la gracia de Dios, dice, hacia la Iglesia Católica.

Dagoberto estudió la carrera de Ingeniería en Agronomía, quería estudiar Sociología, pero, afirma, que en aquellos tiempos en Cuba los católicos sólo podían estudiar carreras técnicas, no humanísticas.

Al graduarse, afirma, tampoco pudo ejercer como profesor universitario como decía su boleta de ubicación por sus creencias religiosas y comenzó a trabajar, entonces, en la Empresa del Tabaco de Pinar del Río en el Departamento Técnico como especialista de mecanización hasta 1996, año en que es trasladado a las “Yaguas”, la brigada que recolecta los tercios de tabaco hechos de yagua de palma en las vegas de los campesinos porque como le dijeron estaba atendiendo actividades ajenas a la Empresa. Dos años antes, en 1994 había surgido la Revista *Vitral. La Libertad de la Luz*, de la cual es director.

P: ¿Cómo interpretó este traslado de puesto de trabajo, de especialista en mecanización a yagüero, siendo UD. graduado universitario en Agronomía?

DVH: Fue un castigo que duró por diez años y un mes hasta que la semana pasada disolvieron las yaguas y fui reincorporado a la Empresa, ahora en control de calidad. Fue la reacción ante el contenido y mensaje de *Vitral*. Aunque estos fueron los mejores años de mi vida, sin trabajo no hay país, hay que aportar a la sociedad. Tuve la magnífica oportunidad de sacrificarme por la obra que estaba realizando, además de poder relacionarme con el pueblo, los campesinos, los guajiros, esa gente sencilla, noble y humilde que tiene más sabiduría que cualquiera que haya ido a la universidad y que vive de forma más consecuente con su forma de pensar. Todo lo que he escrito, reflexionado o enseñado viene de esa fuente. Como cristiano tuve algo que ofrecer a Dios en sacrificio, creemos que eso vale, el que se sacrifica se pega a la cruz que es siempre fecunda, florece en obras de resurrección. No hay mal que por bien no venga.

P: ¿Por qué el nombre de *Vitral* para la publicación que dirige?

DVH: Queríamos que fuera una revista cubana, en la mayoría de las casonas coloniales sobre el medio punta de puertas y ventanas se ponían cristales de diferentes colores para dar claridad y matizar el brillante sol del trópico. Entonces dijimos, que sea un vitral cubano, con varios colores, plural, que la revista sea como una ventana, que a través de ella pasara la luz que cada cubano tiene dentro demostrando que no importa que el sol, la luz, sean uno porque siempre será recibido al interior de nuestros hogares, de nuestra conciencia, de nuestro corazón, con los diferentes matices de las diferentes ideologías, formas de pensar y de creer. Le pusimos un lema, *La Libertad de la Luz*, que es compartida, libre. *Vitral* quiere dar un espacio de libertad a la luz que cada cubano lleva dentro y no la luz de la libertad porque otras publicaciones o personas pudieran pensar que se encuentran en tinieblas, no, todos tenemos luz y tinieblas.

P: ¿Es *Vitral* una alternativa al periodismo oficial cubano? ¿Es *Vitral* una revista de la oposición?

DVH: No es esa su intención, es una alternativa para todos, no sólo para el oficialismo, también es para los que no son oficiales o se oponen o critican y también para los que son indiferentes y también para aquellos que no tienen nada que ver con la oficialidad ni con la oposición que son extranjeros que quieren saber más de Cuba. Una alternativa no es contra nada, no se presenta en la confrontación sino en la dinámica del diálogo entre todos los hombres y mujeres que leen estas páginas. *Vitral* no es una revista de la oposición, así como no es una revista del Estado,

es una revista de la Iglesia Católica, de la Diócesis de Pinar del Río y más especialmente es la publicación del CFCR (Centro de Formación Cívico y Religioso). No se opone a nadie, solamente a todo lo que vaya contra la dignidad humana.

P: ¿En estos doce años de fundada *Vitral*, hábleme de aciertos, desaciertos, inconformidades y propósitos para el futuro?

DVH: Aciertos, el más grande, que en estos doce años un grupo de personas, creyentes o no, de Cuba y de la diáspora, políticos o no, han tenido la oportunidad de expresarse a través de este medio con la única limitación de que se respete a las personas y no se ofenda a nadie.

Desaciertos, lo imperfecta de esta ventana, que ha sido un ventanuco, en comparación con la calidad de los colaboradores. Hubiéramos querido hacerlo mejor, con una imprenta donde salieran mejor las cosas, con más calidad y seriedad en su confección, sin los errores ortográficos y de diseño que tuvo desde el principio y que todavía tiene. Inconformidades, estamos inconformes con nosotros mismos, casi ninguno de nosotros es periodista de título.

Una gran inconformidad es no haber podido llegar a más personas, no haber podido explicar mejor cuáles eran nuestros objetivos con la revista, si alguien nos ha criticado debe ser porque no fuimos capaces de transmitir el mensaje. A un pueblo inteligente como el cubano no hay que decidir lo que debe pensar o hacer, hay que proponerle la verdad, las obras buenas y que cada cual tenga su propia iniciativa. El futuro en Cuba, como en todo el mundo, es incierto, no quisiera hablar del futuro porque tengo miedo de equivocarme y equivocarse es de humano, pero sí quiero hablar de propósitos y a los doce años lo ponemos bien claro, abrimos todavía más a otras opiniones diversas, algo que fue nuestro gran sueño desde el principio, que *Vitral* fuera una revista donde pudieran publicar todos los hombres y mujeres de buena voluntad independientemente de cualquier opinión política, queremos darle un espacio a las personas que nos critican para que desde aquí mismo lo hagan.

P: ¿Qué papel ha jugado *Vitral* para el pueblo de Cuba?

DVH: Muy interesante la pregunta, pero pienso que sería mejor convertirla en una encuesta y preguntarle a los suscriptores de *Vitral*.

P: UD también dirige el Centro de Formación Cívico y Religiosa, hábleme sobre su surgimiento, objetivos y metas del mismo.

DVH: Se ha conocido más a *Vitral* que al Centro de Formación Cívica y Religiosa y en realidad fue este último quien surgió primero en el año 1993 y surgió en el seno de esta Iglesia pinareña luego que los obispos cubanos hicieron una especie de diagnóstico sobre la realidad cubana de los 80 y 90 que arrojó que el pueblo cubano tenía muchas virtudes, potencialidades pero también se podía caracterizar con tres adjetivos: un pueblo despersonalizado, desarraigado y desalentado. Estas tres cosas negativas porque, primero, el colectivismo había hecho que nos acostumbráramos al paternalismo, a que nos dijeran qué debíamos hacer, tener o pensar; desarraigado porque se notaba que mucha gente quiere más lo de fuera que lo de aquí; y desalentado por falta de proyectos de vida. Entonces, ante el llamado de los obispos, un grupo de laicos dijimos: “vamos a tener quince minutos para quejarnos y cuarenta y cinco para buscar soluciones”. Se creó el Centro, el Padre Varela había hecho un diagnóstico similar en el siglo XIX que lo decidió a enseñar a pensar con cabeza propia y a enseñar las virtudes cívicas en la cátedra de Derecho Constitucional del Seminario San Carlos, dijimos como Varela: “sembrar virtud, patria, civismo” y así surgió el Centro, para que las personas recuperen su soberanía personal, se reconstruyan. Para ello hay una serie de cursos por encuentros una vez a la semana que se dan en nuestras iglesias y casas de misión y se llaman entre otros: “Somos Personas”, “Vivimos en Sociedad”, “Dinámica de Grupo”, “Aprendamos Economía”, “Cívica para recuperar los valores”, “Educación para la Libertad”, “Curso para pequeños empresarios” y “Derechos Humanos”; todos iluminados por la doctrina social de la Iglesia. Es un curso para todos, no imponemos a nadie los dogmas católicos.

P: ¿Cómo ponen en práctica los estudiantes los conocimientos adquiridos, por ejemplo, el curso para pequeños empresarios, dado el diseño del sistema imperante en Cuba que tiende a dificultarlo o impedirlo?

DVH: Esta es la pregunta con la que termina cada encuentro, ¿Qué aplicación práctica puede tener lo aprendido? ¿De qué manera? Pero no se lo decimos nosotros a las personas porque caeríamos en lo mismo que criticamos. Nosotros les presentamos un mensaje, les proponemos unas actitudes cívicas, virtudes sociales y les decimos que el mundo del trabajo tiene este sentido, los derechos humanos surgen inherentes a la persona y son universalmente reconocidos y esta es la manera de organizar un sindicato, un gremio profesional, un partido político y en qué se diferencia un partido político de una obra de la sociedad civil que no es sólo los partidos políticos sino todas aquellas organizaciones que

no pertenecen al Estado y eso increíblemente hay muchos cubanos que no lo saben. Se necesita aprender a ser ciudadano y a saber ejercer los derechos. Las personas pueden adoptar dos actitudes, 1. Choco con la realidad y la encuentro muy distinta y me desanimo y 2. La ilusión que da tener parte de la verdad en mis manos me da deseos de servir y entonces no me desanimo, sino que comienzo a creer en la fuerza de lo pequeño, no puedo cambiar todo de una vez pero puedo cambiar una pequeña zona.

Una de las grandes falacias de la actual realidad cubana es que la gente cree que hay que cambiarlo todo al mismo tiempo y con todo a la vez. Ni hay que cambiarlo todo, porque existen cosas buenas como la solidaridad de la gente, eso no hay que cambiarlo, hay que potenciarlo, ni de una vez porque, cuando algo así ha ocurrido en la Historia, ha fracasado porque la mentalidad y la conciencia del ser humano va mucho más lenta que los cambios bruscos ni con todo, no con todos y para el bien de todos que es otra cosa. Es la convocatoria a la nación.

P: Este hombre sencillo no logra percibir que es una personalidad en el ámbito nacional cubano. Aquí precisamente radica su principal mérito, se siente un cubano más, un cubano de a pie que ha decidido permanecer por siempre, contra viento y marea, en su querida Isla, aportando y contribuyendo con su valioso y múltiple talento. Para nada le han envanecido o engrandecido, sino más bien le hacen ser cada vez más sencillo, los cuatro encuentros que sostuvo con el fallecido Papa Juan Pablo II y con otros líderes del Vaticano, su recientemente terminado mandato en el Pontificado Consejo Justicia y Paz, entre otras responsabilidades y cargos, los tres premios que ha recibido, dos internacionales; el “Príncipe Claus para la cultura y el desarrollo” a nombre de *Vitral*, la revista que dirige y el “Jan Karski al valor y la compasión”, este a título personal, así como el no menos importante “Cubaneo”, otorgado por el renombrado pintor pinareño Pedro Pablo Oliva.

Al contrario, recibir lauros para Valdés Hernández es recibir a través de su persona la solidaridad de las personas en el mundo para Cuba, su patria. La única explicación que ha encontrado Dagoberto del por qué de los premios recibidos al observar su pobreza, como afirma, es que los ha recibido en nombre de todos los cubanos y las cubanas. Por todo esto y tal vez por más cuenta con un bien muy preciado, el respeto y la admiración de su pueblo, de todos los que le rodean a diario y de cuanta persona ha tenido el privilegio de conocerlo personalmente. ¿Sigue trabajando *Vitral*?

DVH: Sigue trabajando mientras la Iglesia en Pinar del Río la sostenga, la anime y mientras creamos que estamos dando un servicio. El día que creamos que ya no servimos, “El que no vive para servir no sirve para vivir”; entonces, sin estridencias, como mismo surgió *Vitral* se apagará, pero siempre para dar paso a lo que consideraremos nuestra mejor continuidad, que es que haya muchos espacios mejores que *Vitral* que sean su herencia. Ese día cerramos la última página y dormimos tranquilos y decimos: “Ya hemos llegado”.

P: ¿*Vitral* y el CFCR como proyectos pertenecientes a la incipiente sociedad civil cubana han recibido apoyo, solidaridad, aliento de ONG cubanas y extranjeras así como de sedes diplomáticas acreditadas en la Isla?

DVH: Hemos recibido aliento, ahora el apoyo fundamental y el respaldo efectivo ha sido de la Iglesia Católica, del Obispado y la Diócesis de Pinar del Río, de los sacerdotes, las monjas y laicos de aquí. Evidentemente siempre hay personas e instituciones y gente sencilla del pueblo que se acercan y nos dicen: “ánimo, adelante”. Ha habido yagüeros y diplomáticos, militantes y personas sin ningún interés político, creyentes y no creyentes, católicos y protestantes que nos han alentado como hay también de esas personas que se han acercado a criticarnos y otros que no se acercan y critican desde la distancia. Ambos grupos de personas nos han ayudado muchísimo porque creemos que la crítica alienta y purifica, es necesaria en la sociedad, evidentemente una crítica bien intencionada, con criterios, bueno, bienvenida sea.

P: Guillermo Fariñas Hernández, ¿Qué palabras vienen a su mente al escuchar este nombre?

DVH: Viene a mi mente la palabra convicción, la palabra coherencia con los principios que se sustentan. Es un hombre que está ofreciendo su vida por sus ideales. Como cristiano le pediría que abandonara la huelga de hambre y no se infligiera más daño a sí mismo y lo haría de manera cordial y fraterna con muchísimo respeto porque necesitamos hombres y mujeres así que trabajen por Cuba, por su reconstrucción, por el desarrollo de este país, son más útiles vivos y actuantes. Recordemos a Gandhi, él estuvo varias veces en huelga de hambre por su país, la India, pero llegó un momento en que su gente le dijo: “Mahatma su vida peligra, lo necesitamos vivo y actuando” y él declinó y eso no le quitó absolutamente nada de su grandeza como no le quitaría nada a la grandeza de Fariñas si dejara esa manera de luchar y se acercara a otra manera de lucha.

P: ¿Qué papel piensa, jugaría la Iglesia cubana en los cambios que se avecinan en Cuba, ya sea transición o sucesión?

DVH: La Iglesia tiene una misión bien definida. Ella es madre y maestra de todos los hombres y mujeres y es al mismo tiempo sacramento universal de salvación. La Iglesia en todos los países del mundo ha jugado siempre un papel de espacio en el que todos pueden encontrar un motivo para seguir esperando, trabajando y construyendo para cambiar. La Iglesia tiene una función iluminadora es como quien abre ventanas y puertas en la casa común que es la casa Cuba y ella es una puerta, una ventana por las que entran y salen la luz y el aire. Otra función de la Iglesia ha sido siempre la de mediadora, facilitando el diálogo, la comprensión, la confraternidad y el entendimiento entre las partes, “mediadora” no significa estar en la cerca, significa estar del lado de la verdad, de la justicia y de la libertad, no creemos que un grupo de personas tienen toda la verdad, la libertad y la luz y otro grupo de personas está en las sombras. Creemos que en el corazón de cada uno hay una dosis de verdad y una parte de mentira, una dosis de libertad y una parte de esclavitud, y dosis de luz y un parte de oscuridad, una de virtud y otra de pecado. La Iglesia tiene la función de sacar lo mejor del hombre y así sucedió en Europa del Este.

P: ¿Qué semejanzas o diferencias hay en el papel de la Iglesia en los cambios entre lo ocurrido en los antiguos países socialistas de Europa del Este y lo que pudiera ocurrir en Cuba?

DVH: Evidentemente, en Cuba habrá muchas diferencias. Cuba tiene un alma cristiana, tiene un alma católica en sus raíces, pero tiene su propia historia y características. Cuba no es Turquía, ni cualquier otro país. ¿Cómo será eso? ¿Cuál será el papel de la Iglesia? Pues como los cubanos lo decidamos porque ella tampoco es para imponer su aporte. La Iglesia no es la que dice: “esta transición debe ser así o este papel en la transición, como fue en otros países, va a ser de la misma manera aquí”. La Iglesia estará siempre para servir diciendo a todos, ¿Qué necesita?, ¿En qué puedo servirle? La Iglesia en Cuba en estos cuarenta y siete años y en los muy importantes años que se nos avecinan, trascendentales, siempre ha tenido y tendrá en su boca a mi manera de ver según Jesucristo, su fundador, esa frase: “¿En qué puedo servirle?” Así le dirá al Estado, así le dirá también a la oposición, a los cubanos de la Isla y a los cubanos de la diáspora, a todos. A unos facilitando alimento espiritual, a otros alimentos o medicinas o cualquiera de esas obras de misericordia y a todos brindando esa especie de atmósfera, de clima, de espacio, donde cada ser humano pueda sentirse él personalmente, libre.

Hay que aprender primero a usar la libertad, a ser libre, para después conquistar las libertades porque una de las lecciones de lo ocurrido en Europa del Este es que los cambios no traen automáticamente el ejercicio de una libertad responsable. La libertad responsable sale de la formación de la persona humana no del cambio político, el cambio político es un evento sociológico exterior, pero si las personas que participan ya sean beneficiadas o perjudicadas por los cambios no son ciudadanos libres y responsables desde dentro entonces vienen las mafias, la desidia, la falta de voluntad, el abstencionismo. Resulta que ahora la gente pide elecciones pero cuando hay libertad para ello la gente se va ese fin de semana para la playa. Ah, desde ahora hace falta preparar al ciudadano para que aprenda que esos son sus derechos y libertades los que van a estar huecos, vados si no salen del interior de la persona humana y esa es la misión de la Iglesia.

P: ¿Cómo se ve Dagoberto Valdés Hernández en la Cuba del futuro?

DVH: Como mismo me veo ahora, para mí el futuro es el presente que viviré mañana y lo que estoy haciendo ahora si sirve lo seguiré haciendo en el futuro y si no sirve buscaré un lugar donde servir mejor a mi patria y a mi Iglesia. Así me veo como un servidor cívico, como un hombre que va a permanecer. La única seguridad que tengo con la gracia y la ayuda de Dios es verme aquí, en Cuba, en esta isla preciosa que tiene todas las posibilidades para ser una nación próspera, feliz, abierta, solidaria con el mundo con puentes con todas las regiones, con todos los países del mundo y me veo aquí. Me veo aquí y le pido a Dios verdaderamente que me dé la fuerza para servir, las fuerzas para enraizarme más aquí, con las manos más disponibles para hacer cosas dignas que mi patria me pida y que la Iglesia me pida, para al final terminar cuando llegue el último momento con aquella frase del Evangelio que siempre tengo muy presente: “Siervos, si servidores inútiles hemos sido, sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer” y esa es y será la mayor felicidad para mí en el futuro.

P: Muchas Gracias, saludos.

Nos quedamos en Cuba

Por Celso Sarduy y Gabriela Agüero

Después de ser nombrado Mons. Jorge Enrique Serpa, como nuevo Obispo de Pinar del Río, al aceptar el Vaticano la renuncia por razones de edad, pero con excelente salud, del Obispo José Siro González Baccallao, patrocinador del CFCR y de aquella *Vitral* que fue su órgano de expresión durante unos duros y largos trece años, esa Iglesia diocesana ha vivido varios cambios estructurales.

Mucho se ha escrito y hablado desde entonces, sobre este asunto. Por un lado, hubo un Comunicado del Obispo Serpa del 17 de abril y otras declaraciones suyas a la prensa escrita y radial fuera de Cuba (*Radio Martí* de Miami, *La Jornada* de México y otros medios). Y por el otro, el consejo de redacción de la revista *Vitral* optó por el silencio. Para no dañar a la Iglesia, se negaron en numerosas ocasiones a dar declaraciones o entrevistas a la prensa desde que se hizo público el tema con una Nota de la Redacción insertada en *Vitral* 78, de marzo-abril de 2007, último número de esta Revista como publicación del CFCR en la diócesis más occidental de Cuba.

Ahora que ha pasado algún tiempo y se ha serenado, de alguna manera, la primera reacción provocada por las decisiones. Con mucho respeto por el elocuente silencio de los antiguos redactores de *Vitral*, *Liberpress* ha conseguido esta breve pero significativa entrevista con Dagoberto Valdés.

1. Dagoberto Valdés, gracias por acceder a responder estas pocas preguntas, comprendemos su silencio y el de su equipo, la opción de no hacer declaraciones en momentos tan difíciles y contradictorios, pero pasado ese tiempo, ¿qué le gustaría expresar?

D.V.: Bueno, primero que todo, deseo expresarle que el silencio sobre aquel tema específico se mantiene. Creemos que los asuntos internos de la Iglesia, como los de cualquier otra institución, deben ser dialogados y solucionados dentro de los espacios que existen en ella para deliberarlos.

Por otro lado, debo expresar el agradecimiento cordial que algunos hermanos como María C. Gálvez, Virgilio Toledo, Margarita Gálvez, Olga López y otros que han trabajado en estas obras de evangelización, desean comunicar a todos los que han manifestado su solidaridad y apoyo a la Iglesia, a *Vitral* y a esta diócesis. También agradecemos la comunión de todos los que dentro de la misma Iglesia han elevado sus oraciones y buenos oficios por el bien de toda la comunidad eclesial. La oración y la fraterna cercanía son siempre caminos seguros de comunión sobre todo cuando llegan las pruebas y los momentos difíciles.

Igualmente agradecemos, y hemos valorado y reflexionado en nuestro interior, los numerosos artículos, mensajes, cartas, llamadas telefónicas que hemos recibido, de un lado y de otro, ellos nos hablan de un sentido de pertenencia y preocupación por Cuba y su Iglesia.

2. ¿Como laico compartes la línea de la Iglesia sobre su propio compromiso social en Cuba?

D.V.: Buena pregunta. Pero, primero, pongámonos de acuerdo en qué entendemos cuando hablamos de Iglesia. Yo creo que la Iglesia es la comunidad de los discípulos de Cristo, es lo que el Concilio Vaticano II llamó “pueblo de Dios”, en el que hay diferentes carismas y servicios. Identificar a la Iglesia sólo con la jerarquía es un error teológico; como lo es igualmente, concebir una Iglesia sin pastores pues ellos tienen una vocación tan imprescindible como la de laicos y religiosos, que es consagrarse totalmente a servir a la comunidad. Esta visión de la Iglesia comunión-pueblo de Dios nos permite ensanchar nuestras valoraciones sobre su actuación pues es toda ella la que actúa ya sea cuando hace mucho bien como cuando erramos. Eso es lo que conocemos por “comunión de los santos”.

La Iglesia es una institución milenaria, ella tiene una experiencia histórica inigualable. En virtud de esa experiencia fue que el Papa Pablo VI pudo decir que la Iglesia es “experta en humanidad”. Así mismo, como toda institución compuesta por hombres y mujeres, la Iglesia ha tenido graves errores y pecados a lo largo de los siglos y por los cuales desde el Papa hasta el último de los fieles hemos pedido perdón a todos.

Entonces, en ese sentido de Iglesia, comparto la línea de las comunidades cristianas, de los laicos, sacerdotes, religiosas y obispos que ponen como prioridad de su acción pastoral las necesidades de su pueblo y el acompañamiento de los que más sufren en este camino.

3. ¿Cuál es tu postura actual con relación a la Iglesia en Cuba a la que has servido durante toda tu vida?

D.V.: Tengo la experiencia personal, ya durante muchos años, de que la Iglesia en Cuba ha mantenido su propia identidad que es, como sabemos, independiente de los poderes de este mundo y de las diversas líneas de trabajo que puedan tener pastores y fieles. Y que esta Iglesia haya sido fiel a su identidad no sólo es haber respondido a un heroico desafío con autonomía y dignidad sino que fue y sigue siendo un deber de supervivencia y fidelidad a su Fundador y al Evangelio que predica. Cuando hablamos de identidad nos referimos tanto a lo que somos como a lo que hacemos, pues separar identidad de misión, fe y obras, ser y quehacer, es uno de los mayores pecados de incoherencia.

Soy testigo de hombres y mujeres cubanos, jóvenes y ancianos, obreros e intelectuales, campesinos y gente de bateyes y pueblos, pastores y fieles, que han entregado su vida, han arriesgado su estabilidad y su familia, han sufrido indecibles presiones y persecuciones por Cristo y su Iglesia, por Cuba y su futuro. Esa es la Iglesia.

De hecho en ella he crecido, me he formado, he trabajado en obras como el Centro Cívico y *Vitral*, pero también en obras como ser catequista, ministro de la Palabra, animador de la pastoral de la cultura. Y si un muchacho como era yo en los sesenta y setenta pudo encontrar una puerta a la Trascendencia en un País cerrado fue gracias a esta Iglesia; si pude encontrar la verdadera cultura cubana en un país asfixiado por una sola ideología, si aprendí a respetar la diversidad y el pluralismo en un país diverso pero aparentemente uniformado por el totalitarismo, si pude distinguir la Patria de un partido, la Nación de su gobierno, y la autoridad moral del poder autoritario, fue gracias a la Iglesia que me educó en una fe liberadora, personalizadora, socializadora. Esa es la fe cristiana y no una alienación pietista.

Y si pude aprender a distinguir la alienación de la verdadera religión fue gracias a la Iglesia, si pude aprender a pensar, a organizar, a escribir para ayudar a reflexionar, a tener una visión orgánica y holística de los problemas y de los proyectos ha sido gracias a la educación católica recibida y a la oportunidad de ponerla en práctica en nuestros grupos de

jóvenes, de laicos comprometidos, en el trabajo de comisiones diocesanas y nacionales y también en un Pontificio Consejo Justicia y Paz, allá en el Vaticano, donde pude experimentar muy fuerte y convincentemente la diversidad de líneas pastorales dentro de la misma Iglesia, la universalidad de sus enfoques, la sana pluralidad de sus espacios y el respeto y cuidado que la Santa Sede ha tenido que poner para salvaguardar y promover la diversidad de carismas y de líneas pastorales en toda la Iglesia. Por ello, las Nunciaturas en cada País, también en Cuba, como conocen de cerca la realidad local, ponen un especial cuidado en ayudar a salvaguardar y promover esa diversidad.

Eso aprendí de la Iglesia y eso es lo que me ha permitido amarla, servirle a pesar de mis limitaciones y serle fiel con la gracia de Dios, unas veces asintiendo y otras discrepando, pero siempre me había sentido respetado y querido como persona y como colaborador de una institución que creemos de origen divino y que, por ello mismo, tiene en sí misma los recursos y la capacidad de superar las limitaciones, “meteduras de pata”, y pecados de sus hijos, por ella misma, siempre dentro de sus propias estructuras de diálogo y deliberación.

Estas convicciones aprendidas, reflexionadas y compartidas durante años en nuestro grupo, nos han iluminado para intentar ser fieles a Cristo, a su Iglesia y a Cuba.

4. ¿Cuál crees que sería el papel de la Iglesia en el presente y el futuro de Cuba?

D.V.: Creo que el papel actual de la Iglesia en Cuba es seguir anunciando el Evangelio de Jesucristo, acompañando a todos los cubanos y cubanas en sus tristezas, sufrimientos, esperanzas y proyectos. Ella debe seguir promoviendo a todos sin excluir ninguna línea pastoral, ni ninguna obra buena, ella debe seguir, como hasta ahora, abriendo espacios de diálogo y reconciliación, y también espacios de educación, promoción y defensa de la justicia y de la paz, de los derechos humanos y de los derechos de los pueblos. No debe abandonar su labor de educación cívica y religiosa, ética y humanista, como lo ha hecho durante siglos y siglos, entre luces y sombras. ¿Por qué no hacerlo hoy y aquí?

Y, en cuanto al futuro, sólo Dios sabe. Pero nosotros debemos poner nuestro granito de arena, nuestro esfuerzo y servicio para que la Iglesia que somos tenga siempre “entrañas de misericordia ante toda miseria humana”; para que Dios nos inspire “el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado”, para que la Iglesia se muestre siempre

“disponible ante quien se siente explotado y deprimido y sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando...” como dice una de las más bellas Plegarias Eucarísticas (V/b) que todos rezamos con frecuencia en nuestras Misas y que tanto me gusta.

Si lográramos ser, cada vez más, ese modelo de Iglesia, a pesar de nuestras propias limitaciones y las inmensas limitaciones que nos vienen impuestas desde un poder omnímodo; si alcanzáramos a ser con humildad y perseverancia, ese recinto de justicia y de paz, para explotados y deprimidos, para los que más sufren la injusticia de un sistema de oprobio... entonces, cuando amanezca la libertad y la democracia para este pueblo, allí, junto a la cocina donde se caliente el pan cotidiano, estará nuestra madre la Iglesia, para servir el desayuno temprano, para alentar a los que salen a trabajar por Cuba, para educar en la libertad y el amor a los más pequeños y necesitados. Creo que allí estará ella, la Iglesia que somos todos y cada uno de los que aspiramos a ser discípulos de un Maestro que vino para servir y no para ser servido, para compartir la cruz cotidiana, con su conflictividad y su resurrección hacedora de reconciliación y paz.

Ah, y por cierto, cuando amanezca y esto ocurra en el corazón de Cuba, el pan y el calor servidos por la Madre Iglesia abarcarán lo mismo a las víctimas de las injusticias propias y ajenas, como a los victimarios que también, de alguna forma, las han sufrido en sí mismos por el daño que han hecho y se han hecho y que también deben ser curados, sanados, y perdonados. Eso intentamos hacer ya, desde aquí, desde hoy... aunque todavía no haya llegado ese hermoso y ansiado momento de libertad, justicia, magnanimidad, reconciliación y paz para todos los cubanos, piensen como piensen y vivan donde vivan, porque somos de nacimiento, y queremos ser por nuestro propio esfuerzo, una única y diversa Nación-Hogar-Comunidad.

5. Personalmente, ¿cree que las polémicas y diferencias dentro de la Iglesia son una señal de crisis o de madurez, ayudan o entorpecen el crecimiento de la Nación?

D.V.: Considero que las polémicas y diferencias tanto dentro de la Iglesia como en el seno de la sociedad son expresiones naturales de la riqueza de la diversidad. No necesariamente tienen que ser fuente de crisis. Pero aún las crisis que se pueden presentar pueden ser asumidas y solucionadas como etapas de crecimiento y madurez de sus protago-

nistas y para toda la Iglesia y la sociedad. Si sabemos superar bien esas crisis ayudamos a toda Cuba con un testimonio-señal de lo que debemos hacer a nivel de sociedad. Si fallamos en los métodos o en los fines, no ayudamos con el ejemplo que muchos esperan de nosotros como Iglesia-sacramento universal de salvación. Ahora bien, tengo la convicción y la experiencia de que el problema fundamental de Cuba no es dentro de la Iglesia, el problema de Cuba es social, político, económico, cultural, antropológico... temas todos que, por otra parte, siguen interesando a la Iglesia. Pero no debemos distraer nuestra atención, ni la de los demás, de ese que es el problema esencial de esta hora histórica: la libertad y la democracia en Cuba, libertad y responsabilidad para todos los cubanos, sin distinción, ni exclusiones. Ese es el reto ahora, esa es o debería ser la tarea de todos: ciudadanos y gobernantes, creyentes y no creyentes. Los de la Isla y los de la Diáspora. El momento actual de Cuba no nos permite desviar la mirada exclusivamente a los asuntos internos de una institución o comunidad. Tengo fe en que, en el caso de la Iglesia, ella por sí misma, podrá resolver sus propios problemas. Espero que también, en el seno de la sociedad, puedan existir esos espacios de debate público para que podamos resolver los problemas de la Nación, con el aporte de todos.

Por eso, debemos levantar la vista, mirar tejas arriba, ampliar nuestras perspectivas y seguir oteando el horizonte, lo decimos en nuestro último editorial y lo reafirmamos con fe y esperanza: Para Cuba, esta es una hora de oportunidades... oportunidades para todos.

6. Y usted, Dagoberto, y su equipo, ahora que ya no tienen esos espacios y comienza una nueva etapa, ¿Qué va a ser de sus vidas?

D.V.: Bueno, estamos en las Manos de Dios. Usted tiene razón, comienza una nueva etapa, y debemos estar disponibles y generosos para lo que el Señor quiera llamarnos. Ahora, en este momento, con el tiempo y la ayuda de los hermanos, personalmente, siento una gran paz interior, no exenta de dudas y tristezas que se aclararán y pasarán. Siento también una nueva libertad interior, fruto de las circunstancias y de esa formación que me ha dado la misma Iglesia. Libertad que no debo dejar desbocarse ni tampoco debo represar. Como equipo, debemos buscar nuevos cauces, nuevas ventanas, nuevas puertas. Es necesario encauzar la libertad apasionada con responsabilidad también apasionada, como decía un santo jesuita, el Padre Miyares, en unas notas que he revisado de mis primeros Ejercicios espirituales, en un tiempo lejano ya, en una hermosa finca de Peñalver.

7. ¿Vislumbras algunos de esos cauces, algunas nuevas ventanas...?
¿Están aquí o fuera de la Isla?

D.V.: Me alegro que me preguntes eso, es algo que no cesan de preguntarnos amigos y conocidos, dentro y fuera de Cuba y de la Iglesia. Algunos que ven “la cosa” muy cerrada, nos recomiendan que nos vayamos de Cuba, que nos vayamos de la Iglesia... que nos vayamos a la oposición partidista.

Pues bien, ahora no tenemos ningún proyecto concreto, estamos en una etapa de tala y el árbol talado necesita tiempo y savia de la raíz para retoñar, como dice aquel poema “Para la libertad” de Miguel Hernández que tan presente he tenido en estos meses. Quizá, como no tenemos nada en mano, nos sentimos más libres para abandonarnos en Manos del Señor, de la Historia... y para dejarnos acompañar y abrazar por manos solidarias.

Pero, en la oración semanal que compartimos todos los miércoles en nuestra pequeña comunidad cristiana de pertenencia en la que ponemos en común la vida, la Palabra de Dios y el discernimiento comunitario, hemos sentido nuevamente las tres opciones fundamentales que habíamos hecho ante Dios y su Iglesia como coordenadas para vivir nuestra vocación laical. Cada uno, personalmente, las discernimos y asumimos hace mucho tiempo libremente, y queremos ser fieles a ellas en este momento y para el futuro, con la ayuda de Dios. Le hemos llamado “los tres railes” de un mismo e inseparable camino: No nos vamos de Cuba, no nos vamos de esta nuestra Iglesia y no nos vamos del lugar que hemos escogido en la sociedad civil. Personalmente, me he sentido bien y útil, en Cuba y en esta Iglesia con una vocación cívica, como animador del rico y variado tejido de la sociedad civil que ha sido siempre uno de mis temas preferidos.

Pues, ya ves, con la gracia de Dios, me quedo en Cuba, me quedo en esta Iglesia y me quedo en la incipiente sociedad civil cubana. Esos son los tres arroyos que tributan al mismo río de nuestro cauce personal. Esperamos que nos conduzca también “mar adentro” en el Hogar de Dios. Intentamos aprender del Padre Félix Varela que supo unir en un solo e indiviso corazón el amor a Cuba, a Cristo y a su Iglesia. Esa es también la opción compartida con otros hermanos y hermanas que sirvieron durante catorce años en el Centro Cívico y en *Vitral*. Por ese camino, ya veremos qué nos depara el futuro. Estamos ahora más que nunca en manos de Dios. En Él ponemos nuestra confianza y nuestra esperanza.

E: Gracias Dagoberto, tanto por su silencio, como por estas reflexiones.

DV: Gracias a usted.

Publicada en la revista digital argentina *Liberpress*,
25 de mayo de 2007.

Las palmas de Dagoberto

Por Juan González Febles

Dagoberto Valdés Hernández vive en una casita humilde y acogedora en Pinar del Río. Se define como católico y hombre de su Iglesia. Es también padre de tres jóvenes y padrino de muchos más. Cualquiera mañana puede vérselo recoger la cosecha de amor que sembró y de la que se ocupa de forma devota y diligente.

Doy fe de que en la casa de Dagoberto se bebe muy buen café. Cada nuevo día y cada mañana, Dagoberto recibe el amor de sus vecinos y ahijados. Y también el de amigos y parientes, conocidos y desconocidos que, de inmediato, ya no lo son. No contento con ello, está afanado en la siembra de nuevas parcelas de amor que jamás desatiende.

Parece que todo lo que rodea el entorno de este cubano amoroso y ocupado tuviera un carácter simbólico o una utilidad para el servicio a la tierra, a la iglesia y al pueblo, al que está consagrado. Como es de todos conocido, la revista *Vitral*, dirigida por Dagoberto Valdés, llenó un espacio cívico vital para Cuba desde 1994 hasta abril de 2007. En esta fecha, la alta jerarquía católica la cerró alegando falta de fondos.

Dagoberto vive en la calle Polvorín y el número de su casa es 8. Como si debiera minar con amor lo feo que le rodea y tuviera un polvorín a su disposición para ello. El número 8, que en la charada china es muerto, en su caso prelude la partida de lo pequeño y de lo vil y la llegada de lo grande y lo luminoso. El renuevo interrumpido de la primavera que es transformación y que es la única forma positiva de mirar con amor a la muerte.

Aunque uno aprende y toma sin permiso prendas de cada entrevistado, me llevé demasiado de este contacto con Dagoberto Valdés, que me obligó a llamarlo Dago.

Supe por él que las palmas reales de esta tierra son mujeres. Que cada veintiocho días dan a luz un brote tierno, un cogollo y a la vez cae una yagua. Que cumplen un ciclo lunar similar al de las mujeres. Que con este ciclo aportan, entre otras cosas, cobijo para las casas de los guajiros y embalaje ecológico para el transporte y conservación de las hojas de tabaco.

El animador de la inolvidable revista *Vitral* cumple un año sabático para la meditación y el análisis. Dago y el equipo de *Vitral* que encabeza renuevan bríos con la oración y se preparan para nuevos empeños. Se tomarán para ello desde abril de 2007 hasta abril 2008. Dago ve este periodo de meditación con el que está comprometido como una etapa de necesario reciclaje. Tanto su equipo como él piensan beneficiarse con la pausa.

En relación con esto, me dice: “Se trata de prepararnos para servir mejor a Cuba. Hay que estar fuertes espiritualmente. Nadie desea un cambio violento, pero hay que estar preparados para eso en todos los órdenes. Primero espiritualmente, con mucha fortaleza moral y sobre todo virtud cívica, para no dejarnos arrastrar por la violencia. Pero en el mejor de los casos, es decir, en el cambio pacífico, necesitamos entereza, perseverancia, tolerancia y paciencia histórica, que es paciencia comprometida”.

La base de principios que sustenta a este cubano fuera de serie, está formulada en tres afirmaciones: “Nos quedamos en Cuba; nos quedamos en la Iglesia; nos quedamos en la sociedad civil”.

En mi intento por seguir el hilo de su discurso político, le escuché decir:

“Pertenezco a la Iglesia Católica del Padre Félix Varela y de José Antonio Echeverría, entre otros. Soy un laico. Estoy en la calle y soy un hombre de Iglesia. Disfruto de un margen más amplio para actuar como un ente social al servicio de los más altos intereses de mi patria y de mi pueblo.”

Más adelante, intenté represararlo en un marco político referencial... “Ser un hombre de Iglesia no implica ser exactamente un democristiano. Dentro de la Iglesia Católica coexisten la mayor cantidad de opciones políticas. Soy solamente un hombre de la sociedad civil que aspira a ser demócrata y aspira a ser cristiano en esta hora de oportunidades. Este es el momento que se nos echa encima para servir a la Iglesia, a Cuba, a la sociedad civil”.

Sobre su estrecha relación con la Iglesia Católica, dijo: “Me siento en deuda con la Iglesia Católica. Me engendró como ciudadano. Me dio

vida espiritual. En la doctrina social de la Iglesia aprendí a formarme como ciudadano”.

Formarse como ciudadano y contribuir a la formación de una cantidad no calculable de ciudadanos, conllevó que Valdés y su labor fueran premiados por prestigiosas y relevantes instancias internacionales. En 1999 recibió el premio que otorga la Fundación Príncipe Klaus para la Cultura y el Desarrollo del Reino de los Países Bajos. Más cerca en el tiempo, recibió en 2004 el premio Jan Karski, otorgado en Polonia al valor y la compasión.

Impresionado, me despidió de este compatriota. El auto devora la carretera flanqueado por el verdor natural y las palmas de Dagoberto. Le pertenecen, porque se las apropió con amor y esta es la única forma legítima de apropiación. No soy católico, pero si tuviera que educar o pensar en la educación de otro hijo, trataría que se educara en una escuela católica.

Gracias Dago.

Publicada en www.cubanet.org,
noviembre 2007

El de Cuba no debe ser tratado como un gobierno normal

Por Carmen Muñoz

Castigado durante una década a recoger yaguas –la vaina de la hoja de la palma real, utilizada para envolver el tabaco– por dirigir *Vitral*, la célebre publicación de la diócesis de Pinar del Río, Dagoberto Valdés ha lanzado a principios de este año la revista digital *Convivencia*. Ingeniero agrónomo (Pinar del Río, 1955), quiso ser sociólogo “pero a los católicos sólo nos permitían estudiar ciencias”. De yagüero pasó a un “puesto ficticio” de ingeniero en la tabacalera estatal cuando acabó “su” *Vitral*: en abril de 2007 la revista fue “intervenida”, dice, por el nuevo obispo, que quería “evitar el más mínimo roce” con la dictadura.

Mientras busca empleo, ha divulgado el cuarto número de la revista sociocultural <www.convivenciacuba.es>, que tiene entre sus colaboradores a Óscar Espinosa Chepe o Yoani Sánchez. Laico y padre de tres hijos, no se considera un “ciberdisidente”: “No soy un opositor político, con su programa y partido, pero pienso diferente al sistema. Soy un animador cívico. La sociedad civil está naciendo en Cuba y es en esa “tercera pata”, junto al Gobierno y la oposición, donde queremos trabajar”.

–¿Ha sufrido alguna represalia por divulgar *Convivencia*?

–Néstor Pérez, un estudiante de Derecho, fue expulsado de la Universidad de Pinar del Río por escribir una crítica audiovisual de la serie sobre la transición española de Victoria Prego. Otros colaboradores han sufrido ya la presión en su centro de trabajo o estudios. Las con-

secuencias que pueda esperar todo proyecto cívico alternativo en una sociedad totalitaria.

—¿Las últimas detenciones son una respuesta del régimen al levantamiento de sanciones por parte de la UE o confirman los temores de una oleada represiva?

—Es más de lo mismo, la confirmación de que en Cuba no ha habido cambios esenciales, sino cosméticos. La relación con los disidentes no ha cambiado nada. Oficialmente no ha habido respuesta formal a la UE, pero hay un aumento de la represión, con una presencia policial en las calles mucho más visible y dificultades para trasladarse de una provincia a otra.

—¿Qué le parece la decisión de la UE sobre las sanciones?

—Es un nuevo gesto de la UE, encabezada por el Gobierno de España, que se ha arrogado la misión de liderar la política del bloque en relación con Cuba. Pero este gesto fue contestado rápidamente por Fidel Castro y el canciller Felipe Pérez Roque. La respuesta fue dura, de desprecio. Lo que espera la UE, una correspondencia con más apertura, parece que no lo recibirá como respuesta. La situación en Cuba no ha cambiado como se esperaba ni económica, ni política ni socialmente. Lo que necesita el pueblo es libertad, democracia, iniciativa privada. Nada de eso se ve.

—¿Está a favor del diálogo de la UE con las autoridades cubanas?

—Estoy a favor de un diálogo encaminado a la democratización, no sólo para buscar intereses comerciales.

No quiero una política vacía de propuestas de democratización y defensa de los derechos humanos. Como si la UE y España consideraran que Cuba tiene un gobierno democrático, cuando es una dictadura de cincuenta años. Estamos esperando de España una política más consistente, con mayor contenido efectivo en relación a un régimen que viola los derechos humanos de forma sistemática, y no puede ser tratado como un gobierno normal.

—¿Qué le parece que algunos altos cargos no se reúnan con disidentes cuando viajan a Cuba?

—Estas actitudes desmienten lo que el mismo Gobierno español y otros europeos dicen sobre su interés en los derechos humanos. ¿Por qué pueden reunirse con el Dalai Lama u otros disidentes del mundo y no con los cubanos? ¿Qué intereses hay por debajo? ¿Por qué con Cuba es diferente?

—*¿Cree que los últimos mensajes de Fidel Castro revelan discrepancias en el régimen?*

—Está a la vista que existe una línea dura y una más moderada, no sólo en este caso (las sanciones) sino en otros muchos que salen cada vez más.

Publicado en *ABC Internacional*,
martes 15 de julio, 2008.

El diálogo político en las relaciones internacionales

El diálogo político en las relaciones internacionales, ¿injerencia o soberanía?

El verdadero diálogo político en las relaciones internacionales: ¿es injerencia extranjera o soberanía solidaria? ¿Cualquier país puede vivir en el mundo de hoy como una Isla o como un paria? ¿Qué entiende Cuba por diálogo político? ¿Es verdaderamente el diálogo de la UE un diálogo político global o es prioritariamente económico? ¿Serán las propuestas de la UE una simple reacción a las de Estados Unidos o una aceptable alternativa para la apertura de Cuba al mundo? Como en el diálogo político al interior de las naciones, debe primar la transparencia, la eticidad y la lealtad a lo acordado.

La Unión Europea ha comenzado una nueva etapa en sus relaciones con el gobierno cubano. La visita de Louis Michel en días pasados es una muestra de ello. En estos días, las elecciones en los Estados Unidos abren una nueva interrogante sobre sus relaciones con Cuba. Venezuela ha tenido una de las mayores pruebas democráticas de su historia reciente: las elecciones de gobernadores y alcaldes que pueden dar un giro al futuro del país. La grave situación política de Bolivia no parece resolverse aún.

El resto de América Latina se debate entre los viejos vicios de una democracia con falta de credibilidad y resultados de justicia social, los nuevos modelos que transgreden o no la frontera de la democracia y la libertad responsable y los efectos de una crisis financiera que toca a todos sin distinción. Brasil, Colombia y Chile, parecen haber tomado, junto a otras naciones, un camino más responsable y no confrontativo.

Entre tanto, los cubanos y cubanas esperamos. Muchos, en el inmovilismo porque no pueden o no quieren hacer algo más, muchos azotados

por huracanes y por el cansancio de lo mismo por medio siglo. Otros, saltando por encima del monte y nadando contra corriente, hacemos lo que podemos. Hay quienes, habiendo hecho lo que pudieron, ahora sufren una cárcel absolutamente injusta, sirviendo, por un lado, al gobierno como moneda de cambio a cuenta gotas para alcanzar las ventajas que necesitan para seguir reprimiendo y por otro, dando un ejemplo heroico al mundo de la verdad sobre Cuba, de lo que pueden hacer sus hijos e hijas, de su estatura ética al no dejar anidar en su corazón ni el odio ni la revancha.

Ningún país, en estas circunstancias, puede resolver, aislado del mundo, sus problemas no solucionados durante medio siglo. Con un sistema totalitario, único empleador, y que continuamente amenaza con reprimir y reprime, no sólo a los delincuentes comunes sino a los que llama “enemigos internos”, “mercenarios al servicio de una nación extranjera”, “gusanera sin alma”, no se puede abandonar a su suerte como si fuera el reducto insignificante y demostrativo de lo que fue una era superada en el tiempo y en la mentalidad contemporánea: el comunismo.

En este contexto internacional y doméstico se desarrolla la vida de este país. Al ver los esfuerzos que hacen algunas naciones y grupos de países para no abandonar a Cuba a su suerte, surgen en los ciudadanos de a pie algunas preguntas: El verdadero diálogo político en las relaciones internacionales: ¿es injerencia extranjera o soberanía solidaria?

Cada vez que un país o una comunidad de naciones intenta ayudar a un pueblo cautivo de sus gobernantes o, incluso, ayudar a esos mismos gobernantes a buscar una salida honorable y pacífica por sus propios mecanismos legales, inmediatamente es interrumpido el diálogo y la facilitación bajo pretexto de injerencia en los asuntos internos del país cerrado y atascado en el pasado de un mundo que ya no existe.

Esta es una realidad como una piedra. El mundo de hoy es interdependiente y global. Nadie puede ni debe aislarse porque se condena a sí mismo a sucumbir. El mundo de hoy exige, requiere y evalúa como el principal fundamento de las relaciones internacionales, el respeto, la promoción y la defensa de todos los derechos humanos que son universales, es decir, valen igual para todos o deberían valer para todos. Son inseparables, es decir, no se pueden lesionar o violar sistemáticamente los derechos civiles y políticos por garantizar autoritariamente algunos derechos económicos, sociales y culturales y viceversa.

Por tanto, si los Derechos Humanos, son el pilar de las relaciones entre pueblos y gobiernos, entonces no puede ser injerencia extranjera que la comunidad internacional debidamente representada y por los caminos del diálogo político, la negociación y las presiones pacíficas, haga todo lo que esté a su alcance para lograr que los pocos regímenes autoritarios o totalitarios que quedan sobre la tierra, cambien todo lo que debe ser cambiado para asegurar que todos los derechos humanos de todos sin exclusión sean respetados y promovidos, agotando de esta forma todos los recursos diplomáticos económicos, comerciales, culturales y sociales para alcanzar ese noble objetivo. Si agotados hasta el fin todos los mecanismos de presión, no se alcanzan esos objetivos esenciales de respeto a los derechos de las personas, y se producen desórdenes de considerable magnitud y muertes o genocidios, entonces no le queda otro remedio a la comunidad internacional que intervenir humanitariamente para evitar males mayores. Este ha sido el fin de todos los empecinamientos extremos.

Hasta el Papa Benedicto XVI lo ha dicho en la ONU:

En el contexto de las relaciones internacionales, es necesario reconocer el papel superior que desempeñan las reglas y las estructuras intrínsecamente ordenadas a promover el bien común y, por tanto, a defender la libertad humana. Dichas reglas no limitan la libertad. Por el contrario, la promueven cuando prohíben comportamientos y actos que van contra el bien común, obstaculizan su realización efectiva y, por tanto, comprometen la dignidad de toda persona humana. En nombre de la libertad debe haber una correlación entre derechos y deberes, por la cual cada persona está llamada a asumir la responsabilidad de sus opciones, tomadas al entrar en relación con los otros.

Durante todos estos procesos es la población civil indefensa y sumida en el miedo y la miseria la que paga la mayor y más duradera consecuencia de la cerrazón de sus gobernantes.

La propuesta del mundo democrático y pacifista de hoy es la soberanía en sus dos dimensiones: la soberanía ciudadana que pone el poder de decisión en manos de los nacionales todos, y la soberanía compartida e interdependiente entre los estados, de modo que se protejan unos a otros y protejan y defiendan a todos sus ciudadanos.

Es tan claro el pronunciamiento del Sumo Pontífice de la Iglesia católica que puede servir de referencia ética para todos los hombres y mujeres de buena voluntad:

El reconocimiento de la unidad de la familia humana y la atención a la dignidad innata de cada hombre y mujer adquiere hoy un nuevo énfasis con el principio de la responsabilidad de proteger. Este principio ha sido definido sólo recientemente, pero ya estaba implícitamente presente en los orígenes de las Naciones Unidas y ahora se ha convertido cada vez más en una característica de la actividad de la Organización. Todo Estado tiene el deber primario de proteger a la propia población de violaciones graves y continuas de los derechos humanos, como también de las consecuencias de las crisis humanitarias, ya sean provocadas por la naturaleza o por el hombre.

Si los Estados no son capaces de garantizar esta protección, la comunidad internacional ha de intervenir con los medios jurídicos previstos por la Carta de las Naciones Unidas y por otros instrumentos internacionales. La acción de la comunidad internacional y de sus instituciones, dando por sentado el respeto de los principios que están a la base del orden internacional, no tiene por qué ser interpretada nunca como una imposición injustificada y una limitación de soberanía. Al contrario, es la indiferencia o la falta de intervención lo que causa un daño real. Lo que se necesita es una búsqueda más profunda de los medios para prevenir y controlar los conflictos, explorando cualquier vía diplomática posible y prestando atención y estímulo también a las más tenues señales de diálogo o deseo de reconciliación.

(Benedicto XVI, ONU, 18 abril de 2008. <www.zenit.org>).

¿Qué entiende Cuba por diálogo político?

Las autoridades cubanas parecen entender que diálogo político es complacencia entre iguales y solidaridad de apoyo a las políticas de su gobierno. O por lo menos, diálogo sobre aquellos puntos y zonas de cooperación en que no existan diferencias sustanciales.

El diálogo político llega hasta donde comienzan las diferencias y es considerado un ataque en cuanto roza la soberanía del pueblo y los derechos humanos, hasta el punto de decir en la presencia misma de un canciller europeo que en Cuba no hay presos políticos ni de conciencia.

Que nadie se llame a engaño, mientras este concepto de diálogo político no cambie en su esencia, todo diálogo llamado político será una mera negociación para alcanzar dos objetivos: uno, legitimar el propio go-

bierno; dos, alcanzar nuevos créditos para aliviar la crisis permanente de una economía inexistente. Ni siquiera se trata de comercio normal, que pudiera tenerlo en cualquier área del mundo, pero que no lo logra por falta de facilidades crediticias y estas facilidades no se le concede por incumplimiento en los pagos de la deuda externa y esta no puede ser negociada ni servida por la sencilla y misma razón por la que no puede tener un comercio normal con países de economía de mercado: falta de dinero.

¿Será verdaderamente el diálogo de la UE un diálogo político global o es prioritariamente económico?

Por su parte, queda esperar para comprobar qué rango y profundidad concede la UE al que ha llamado y descrito como un “diálogo global y abierto”. En sus Conclusiones con relación a Cuba de fecha 24 de junio de 2008 dice textualmente:

Como se declaró en las Conclusiones del Consejo del 18 de junio de 2007, la Unión Europea sigue estando dispuesta a reanudar un diálogo global y abierto con las Autoridades cubanas sobre todas las cuestiones de interés mutuo. Desde junio de 2007, han tenido lugar a escala ministerial entre la Unión Europea y Cuba y de forma bilateral los debates previos sobre la posibilidad de iniciar dicho diálogo. Este proceso de diálogo debería incluir todos los ámbitos potenciales de cooperación, incluidos los sectores político, de los derechos humanos, económico, científico y cultural, y debería celebrarse sobre una base de reciprocidad, de forma incondicional, no discriminatoria y orientada a conseguir resultados. En el marco de este diálogo, la Unión Europea destacará ante el Gobierno cubano su punto de vista sobre la democracia, los derechos humanos universales y las libertades fundamentales. (Párrafo 6)

En este párrafo queda clara la voluntad expresada por el Consejo de la UE sobre el contenido del diálogo. Esperamos que temas económicos, comerciales, de políticas antidrogas o contra el terrorismo, tan importantes y atendibles en las relaciones internacionales, no desplacen ni distraigan de esos otros temas que como la democracia, los Derechos Humanos y las libertades fundamentales son causa, raíz y hábitat para dar buena base y coherencia a aquellas otras políticas mencionadas.

Que la ética oriente la política. Que las libertades eviten la violencia. Que los Derechos Humanos sean priorizados sobre los intereses comerciales y económicos. La preparación para la agenda de un diálogo

global y abierto, recíproco y no condicionado es más importante aún que el mismo desarrollo de las negociaciones. Los resultados esenciales esperados, deben ser minuciosamente evaluados por los mismos ciudadanos cubanos, observadores independientes y por fuentes diversas, y deben ser paso indispensable para proseguir adelante con otros pasos en el diálogo constructivo global. La transparencia es la única forma de que la buena voluntad de ambas partes pueda ser evaluada y seguida por los destinatarios más afectados: los pueblos de Cuba y Europa.

¿Serán las propuestas de la UE una simple reacción a las de Estados Unidos o una aceptable alternativa para la apertura de Cuba al mundo?

De todas formas sería ingenuo pensar que las conversaciones se realizan entre dos interlocutores que viven en igualdad de condiciones o en sociedades similares. Es un error de método considerar que Cuba es un país con un gobierno normal. Ninguno normal ha durado cincuenta años ininterrumpidos. Eso en sí mismo, sin más, es ya algo totalmente inusual y no deseable. Perderse en los detalles del ramaje de un árbol, podría evitar ver el bosque.

Es por ello que la UE y Cuba deben preparar muy bien este diálogo, que ya no es de los primeros esfuerzos sino más bien de un camino bastante largo y sin resultados reales. Debe prepararse la UE para tener preparado un verdadero diálogo de contenido político serio, respetuoso pero firme que no sea meramente un revulsivo de la política de los Estados Unidos para con Cuba, si es que se le puede llamar propiamente así, sino que la UE tenga una propuesta con una configuración propia y original. Es la única posibilidad para que los cubanos y cubanas podamos escoger entre verdaderas alternativas y no entre la de UE *versus* EU, tan espejo reversible como sus siglas.

No es otra cosa que lo que los mismos europeos desean para sus pueblos y gobiernos. Nada distinto de lo que el mismo pueblo de Estados Unidos quiere para sí mismo. Eso es lo que queremos los cubanos, respetando nuestra propia historia, cultura, religión y soberanía.

Considero que la Unión Europea debería establecer permanentemente, pero con mayor intensidad ahora, un amplio proceso de consultas directas, discretas, sobre la misma agenda, sobre las prioridades y metodología a emplear, pero sobre todo, acerca de los contenidos y las propuestas a corto, mediano y largo plazo, y no sólo sobre denuncias o programas de partes. Estas consultas deberían tener tres interlocutores válidos, todos

ellos ciudadanos cubanos que son los soberanos implicados: uno, con representantes del gobierno y otras estructuras estatales; dos, con representantes de la oposición política partidista dentro de Cuba; y tres, con representantes de la sociedad civil independiente dentro de Cuba.

Considero que el Gobierno cubano debería hacer, al mismo tiempo, unas consultas similares, habida cuenta que se dice un sistema participativo y social. Con interlocutores escogidos por el mismo gobierno entre los tres sectores mencionados anteriormente y con los mismos contenidos: desde la agenda hasta la metodología. Esto no sólo sería una prueba de democracia sino que le daría un gran peso y comprensión a las decisiones a las que se pudiera arribar.

Verdaderamente todo este proceso de diálogo debería realizarse al interior de Cuba para el bien de los mismos cubanos. Ya se dijo que Cuba debe abrirse al mundo pero primero o al mismo tiempo debe abrirse a los propios cubanos.

Esta es una nueva oportunidad para el gobierno, para la Unión Europea y para la sociedad civil cubana. La credibilidad de cada uno está en juego. Creo que es posible y estrictamente urgente dar una prueba al mundo de la madurez de nuestro pueblo y gobierno y de que Cuba podrá salir pacíficamente de esta crisis sin más daños y con grandes perspectivas de progreso y libertad con responsabilidad.

Sería una oportunidad honorable para todos y buena para todos. Hagámoslo.

Publicada en la revista digital *Convicencia*, Nº 6,
noviembre-diciembre de 2008.

Cuba y los EEUU: Diez puntos para una futura relación normal

Carta al futuro Presidente de Estados Unidos de América

Pinar del Río, Cuba

20 de octubre de 2008, día de la Cultura Cubana

Al Excelentísimo Sr. Presidente de los Estados Unidos de América
Washington, DC.

Excelencia:

Le presento mis respetos y mi felicitación al inicio de su alta responsabilidad como Presidente de los Estados Unidos de América, nación de grandes fundadores que sembraron los más altos ideales de libertad, democracia y progreso.

Tengo en altísima estima al noble pueblo norteamericano, cuyo carácter emprendedor me recuerda a la esencia de mi propio pueblo y cuyos valores morales, familiares, culturales y religiosos, constituyen sin duda una gran reserva ética para la Humanidad. Me permito sólo recordar el aporte de las familias y mujeres criollas a la guerra de independencia de Estados Unidos, donando hasta sus joyas para apoyar la gesta libertadora de George Washington. Y la presencia y los trabajos del padre Félix Varela y del apóstol José Martí en la siempre hospitalaria tierra americana. O los millones de cubanos y cubanas que más recientemente han sido acogidos por ese pueblo abierto, plural y laborioso. Espero que esa larga historia pese más que estos últimos cincuenta años.

Ahora, permítame presentarme. Creo que sin el conocimiento de las personas no hay diálogo posible: Soy un cubano de cincuenta y tres años,

tengo tres hijos y vivo en la más occidental de las provincias cubanas a, 148 kilómetros de La Habana. Nací en una sencilla familia de clase media y de arraigados sentimientos religiosos. Creo que esa es la razón por la que me crié y crecí dentro de la Iglesia católica, como un hijo, y en ella recibí el supremo don de la fe y de la libertad de los hijos de Dios. En su seno, como laico, aprendí a ser persona, a vivir en comunidad, a trabajar por la justicia y la paz, a cultivar lo mejor de nuestra cultura y a promover la educación ética y cívica de otros cubanos.

Es esa la razón por la que, con la gracia de Dios y la ayuda de la comunidad cristiana, he podido permanecer en Cuba, ser fiel a mis creencias y dar toda mi vida trabajando por la libertad, la justicia social y la democracia para todos los cubanos sin exclusión.

Por eso quisiera, con todo respeto, presentarle mis expectativas personales acerca de la política norteamericana que Usted, su Gobierno y su país, tendrían para Cuba.

En primer lugar, aunque parezca obvio, desearía que su gobierno diseñara una política exterior con relación a Cuba que fuera eso mismo: “una política exterior y no un asunto doméstico”.

Quizás, al proyectar, con una nueva perspectiva, esa política exterior con relación a Cuba pudieran tener en cuenta estos aspectos:

1. Que esas relaciones se restablezcan plenamente entre nuestros dos pueblos y gobiernos sobre los “dos pilares” que considero indispensables para toda relación internacional: “el respeto irrestricto a todos los derechos humanos universalmente reconocidos, y una justa cooperación para el desarrollo”. En ese orden y con esa vinculación indisoluble.
2. Que podamos construir, por ambas partes, un “clima de serenidad” que clausure, para siempre, medio siglo de crispaciones, enfrentamientos y falso distanciamiento entre nuestros dos pueblos que, desde nuestros padres fundadores mantuvieron los más sinceros lazos de amistad. ¡Necesitamos tanto esa tranquilidad para trabajar de verdad por Cuba!
3. Que esa política exterior con relación a Cuba se construya sobre la base inalienable del “respeto a la independencia, la soberanía ciudadana y la integridad territorial y moral de ambas naciones”.
4. Que “los protagonistas” de esas relaciones entre Cuba y los Estados Unidos no sean sólo nuestros respectivos gobiernos y parlamentos, sino también entre “la pujante sociedad civil norteamericana y la incipiente sociedad civil cubana”, como protagonistas de una democracia proac-

tiva, capilar y participativa. Lo considero una prioridad decisiva para el futuro de la gobernabilidad democrática de Cuba.

5. Que, desde ahora, es necesario educar en “un marco ético” que encauce la interacción de los mejores valores de nuestros pueblos. “Nuestras familias, los líderes religiosos, los juristas y los demás educadores”, pueden tener un aporte fundamental en este aspecto. No se trata sólo de normas morales o de Derecho sino de un espíritu de respetuosa convivencia pacífica, solidaria y virtuosa. El multilateralismo y la promoción de la integración regional para el desarrollo deberían ser dos de las muchas facetas de ese marco ético. Brasil y Chile son dos ejemplos de este espíritu.

6. Que “los jóvenes y el mundo estudiantil y académico” tengan las facilidades para el más amplio y profundo intercambio, con vistas a la rápida actualización de los conocimientos y de nuestros centros educacionales e investigativos. Esto debía ser otra de las prioridades.

7. Que “el mundo de la cultura”, en su más amplio concepto, goce de las facilidades y canales para el intercambio entre las letras, las artes, la religión, las tradiciones y las mejores escuelas de pensamiento que diferencian e identifican a ambas naciones, promoviendo los puntos convergentes o coincidentes de nuestras respectivas idiosincrasias. Esta debía ser otra de nuestras prioridades.

8. Que “el mundo de la economía, las finanzas y el comercio”, siguiendo sus propias leyes, en ambos países, abiertos a un mundo globalizado e interdependiente, puedan establecer el intercambio justo y necesario para facilitar que los cubanos podamos reconstruir nuestro país, con eficiencia, justicia social y libertad de mercados con la debida regulación para evitar errores experimentados en ambos sistemas.

9. Que “el mundo de la micro y la mediana empresa” encuentre en la reconstrucción de la economía cubana no sólo una prioridad en el marco legal sino que las relaciones comerciales y financieras entre Cuba y los Estados Unidos no entorpezcan el desarrollo de las PYMES, que considero prioridad y garantía para el surgimiento y desarrollo de una clase media empresarial, productiva, solidaria y competitiva. Por poner un ejemplo, los Estados Unidos podrían aportar su larga experiencia con relación a la Ley antimonopolio.

10. Que “las leyes de ambos países tengan muy en cuenta la existencia de más de un millón de cubanos en el exilio” y favorezcan la más amplia y libre comunicación, cooperación, intercambio y establecimiento de mecanismos de inversión y migración. De este modo, el enorme

potencial de los cubanos y cubanas de todas las edades, ideologías y estatus económico que viven en una diáspora por todo el mundo, podrá ser un factor positivo, ágil y emprendedor para la reconstrucción económica, empresarial, financiera, educacional, cultural y moral de la Nación cubana a la que pertenecemos todos sus hijos dondequiera que estén. Esta también debería ser un aspecto de alta prioridad y urgencia. *Last but not least.*

Honorable Sr. Presidente:

Espero que no le haya ocupado demasiado tiempo, sobre todo al inicio de su mandato. Sé que Cuba es un pequeño país al que nosotros queremos mucho. Pero, aunque ocupe el primer lugar en nuestros corazones y expectativas de futuro, debemos tomar conciencia de que existen en este interrelacionado mundo de hoy, conflictos, urgencias y proyectos que ocuparán una prioridad mayor en su apretada agenda presidencial. No obstante, también sé que el gran pueblo de los Estados Unidos urgirá su atención para Cuba.

Conozco a muchos que están preguntándose, con razón y derecho, si su país levantará el embargo. Si usted eliminará las prohibiciones absurdas de comunicación, remesas y viajes entre cubanos y norteamericanos. Y si, por otra parte, seguirá incrementando el comercio con Cuba, siendo como es ya Estados Unidos nuestro quinto socio comercial y el primer suministrador de alimentos a la Isla.

Le digo con honestidad que estuve tentado a comenzar diciéndole lo que pienso sobre estos puntos, pero al considerarlo dos veces me di cuenta de que iba a caer en los mismos errores de viejas tácticas que pertenecen a políticas de confrontación hasta ahora ineficaces en su finalidad y utilísimas en los *mass media*.

Las respuestas a aquellas preguntas no las obviaré, se deducen de los diez puntos anteriores. No son tácticas sino estrategias a corto, mediano y largo plazo lo que Cuba necesita para sí y en sus relaciones internacionales, sea con Estados Unidos, sea con América Latina, su comunidad cultural propia, o sea con Europa. Si la Unión Europea desea, como dice, ser diferente a ustedes, tendrá que rediseñar toda la arquitectura de sus relaciones con Cuba de una forma coherente, evaluable, transparente y, sobre todo, no manipulada por las ideologías, sino consultada con todo el pueblo cubano y no sólo con los gobiernos actuales o venideros. No sé por qué la Unión Europea y los Estados Unidos no pueden ponerse de acuerdo con relación a Cuba como lo han hecho con otros países en

situaciones de derechos humanos similares a la nuestra. Esta pregunta sigue hasta hoy sin respuesta para no pocos cubanos: ¿por qué parece que muchos actúan con Cuba de forma tan diferente a como tratan a otros países con sistemas autoritarios o totalitarios?

Esta pregunta me lleva siempre al mismo punto clave: ¿Será que todavía los cubanos y las cubanas no hemos avanzado y crecido suficientemente en nuestro propio y largo camino hacia la Libertad? Eso me confirma en la certeza de que nosotros somos y debemos “ser los protagonistas de nuestra propia historia personal y nacional” –como nos recordaba el Papa Juan Pablo II en su inolvidable visita a Cuba.

Él también dijo: “Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba”. Y que Cuba se abra a todos los cubanos –dijimos nosotros. Para eso le estoy escribiendo como un simple ciudadano que tiene tres hijos y una nieta en Cuba. Yo quiero para ellos lo mismo que cualquier norteamericano, europeo o africano desea para su familia y para su pueblo. No más, pero tampoco menos.

Cuba no debe mirar a un solo país o a un solo grupo ideológico, por eso me gustaría que otros cubanos pudieran escribir otras cartas con sus propias y diversas opiniones. Por ejemplo, al Presidente de la República de Vanuatu, al Presidente Lula de Brasil o al Presidente del Gobierno español, a algunos opositores en Corea del Norte y a grupos de la sociedad civil en Haití, a los que también debemos comunicarle nuestros sueños. Me parece que en esto, como en lo esencial, todos somos iguales y todos, no sólo los Estados Unidos, ni sólo los gobernantes, podrían contribuir al futuro que decidamos los cubanos.

Mientras le agradezco su atención, reciba, señor Presidente, el testimonio de mi más alta consideración, así como mis oraciones por el exitoso desempeño de su mandato y por la felicidad de usted y de toda su familia, también de parte de la mía.

Sinceramente,

Dagoberto Valdés

III

La sociedad de la información y el debate público en Cuba

Conferencias

La sociedad de la información al servicio de Cuba

Apuntes para introducir el debate en el Encuentro convocado por la presidencia local de la UE en La Habana. Residencia del Embajador de los Países Bajos (27 de mayo de 2005).

1. INTRODUCCIÓN

Agradezco, personalmente, la gentil invitación de la presidencia local de la UE para introducir con unas breves reflexiones el debate sobre el tema que tratará este primer Encuentro que tiene como objetivo “intercambiar puntos de vista sobre el tema del papel de la información en la sociedad cubana”, tal como dice la carta con la que nos han convocado. Del mismo modo deseo expresar mi gratitud como cubano por estas iniciativas cívico-culturales con las que “la Unión Europea trata de intensificar las relaciones con pensadores independientes de todos los sectores para fortalecer y apoyar la libertad de pensamiento y expresión”. Creo que es una de las muy diversas formas de establecer el deseado diálogo constructivo con todos los miembros de la sociedad cubana.

Comenzaré diciendo que el tema escogido para este primer Encuentro me parece necesario, oportuno y además apasionante. Como lo que me han encargado es introducir el debate les propongo la siguiente dinámica de trabajo que utilizamos con mucho fruto en el Centro de Formación Cívica de Pinar del Río. En ese Centro tenemos una consigna muy sana: “quince minutos para quejarse, cuarenta y cinco minutos para buscar caminos de solución”. Como en esta presentación sólo cuento con los primeros quince, les propongo que usemos ese tiempo más para mirar los caminos posibles que para constatar los muros que se interponen, sin obviarlos, claro está, pero alzando la vista hacia las experiencias y propuestas de nuestro tiempo en el proceso que nos pueda llevar de una sociedad opaca y cerrada a una sociedad de la transparencia y la información; de ella avanzar hacia la sociedad del conocimiento y de ésta a la sociedad de la solidaridad y el Desarrollo Humano Integral. (cfr. *Granma*, 10 mayo 2005, p. 8: “Hacia una sociedad del conocimiento”).

¿En qué fase de este proceso se encuentra Cuba? ¿Qué habría que cambiar? ¿Hacia dónde habría que cambiar? ¿Cómo hacerlo de modo ético, gradual y ordenado?

Como estoy seguro que el clima de este Encuentro será sosegado, transparente, incluyente, plural, no concluyente, abierto: me atrevería a proponerles un método muy sencillo de participación. Mientras hago esta introducción, podrían ir señalando el texto con varios signos:

- (¿) para aclarar;
- (i) para destacar algo importante;
- (≠) para discrepar;
- (C) para señalar algo especialmente aplicable a Cuba.

Esta dinámica quizá podría conducirnos a una mayor libertad para expresar, discrepar y consensuar; al debate respetuoso de la otra opinión e incluso a la búsqueda de una ética de mínimos o espacio común consensuado pero siempre perfectible. En busca de una articulación de estos espacios y encuentros para darle una continuidad creciente.

Si nos parece, ahora les propongo entrar directamente en el tema.

1. ALGUNAS PREGUNTAS Y PROBLEMAS SOBRE EL PAPEL DE LA INFORMACIÓN EN LA SOCIEDAD CUBANA

Para suscitar un primer acercamiento al estado actual de la información en la sociedad cubana, que todos conocemos bien, me permito comenzar con varias preguntas aparecidas en un artículo de Virgilio Toledo, publicado en el N° 59 de la revista *Vital*, p. 33:

¿Cuántas publicaciones diarias existen en nuestro país al alcance del público nacional o extranjero para mantenerlo informado del acontecer nacional o internacional? ¿Cómo es posible que ocurra esto en pleno siglo XXI, donde la información ha alcanzado tan alta estima? ¿Cómo es posible que la tremenda responsabilidad que tienen los medios de educar e informar de manera completa y veraz a la sociedad, esté tan deteriorada en nuestro país? ¿Por qué en Cuba sólo puede existir un único propietario (el Estado) de los medios masivos de información, ya sean escritos, radiales o televisivos? ¿Por qué la inmensa mayoría de los cubanos no tienen acceso a Internet, una opción que integra al mundo y permite disponer del flujo de información global que existe? ¿Cuál es el alcance de la libertad de información que debe practicar el Estado y por qué no prioriza cumplir con la obligación de mantener bien informados a

los ciudadanos a los cuales se debe? Y, lo que considero más grave, ¿qué credibilidad tienen para los cubanos los medios de información de nuestra sociedad? o ¿qué nivel de cultura de la información existe en nuestro pueblo?

En resumen, el autor de este artículo, presenta una pregunta global que le da título: “La información, ¿un poder para servir o un medio de control?” Hay tres problemas que pudieran sintetizar la respuesta a todas estas interrogantes:

- El aislamiento informativo;
- La manipulación de la información;
- El monopolio de los medios.

2. DEFINICIÓN DE LA “SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN”

Quizá sería bueno echar una mirada sobre ese proyecto de convivencia cívica que la UNESCO ha llamado “la Sociedad de la Información”.

He aquí una definición: “es una sociedad en la que la información se utiliza intensivamente como elemento de la vida económica, social, cultural y política.” (Informe Mundial sobre la Información UNESCO/CINDOC. 1997-98. p. 290).

Este tipo de sociedad debe tener un principio y unas características. Como principio básico de los servicios de información, que proporcionan a esta un valor añadido: su adquisición, selección, organización, almacenamiento y difusión, sea cual sea su forma. Como características de las Sociedades de la Información:

- La información se utiliza como recurso económico hacia la eficacia, la competitividad, la estimulación de la innovación y la mejora de la calidad de bienes y servicios;
- Un mayor uso de la información por parte del gran público para elegir con criterio, conocer y ejercer sus derechos y responsabilidad cívicas o tomar decisiones por cuenta propia, acceso a la educación y a la cultura.
- Desarrollo abierto de los medios de información: redes de telecomunicaciones, ordenadores, proveedores de productos informáticos, etc.

Además, para que una nación pueda considerarse como “Sociedad de la Información” debe tener estos tres sectores, por lo menos en vías de desarrollo:

- Sector de la industria de los contenidos de la información: bienes de propiedad intelectual: escritores, compositores, artistas plásticos y fotógrafos, editores, cineastas, productores de televisión, etc.: otra zona de este sector es la compilación de información: obras de referencia, bases de datos, estadísticas, servicios informáticos en tiempo real; y otro dentro de este es el de la gestión y comercialización de los derechos de propiedad intelectual. Este es el de mayor expansión en términos de valor e importancia económica.
- Sector de la industria de la difusión de la información: creación y gestión de redes de comunicación, Internet, y de difusión para transmitir información: redes de TV por cable, transmisión por satélite, telecomunicación celular, librerías y bibliotecas virtuales.
- Sector de la industria del tratamiento de la información: fabricantes de material electrónico (*hardware*) y productores de programas informáticos (*software*).

¿En qué grado esta definición, principio, características y sectores de la sociedad de la información son punto de referencia, fuente de inspiración, meta a alcanzar por la sociedad cubana?

3. CRITERIOS ÉTICOS SOBRE LA INFORMACIÓN

Pero no bastaría con esas líneas que pudiéramos considerar como criterios técnico-organizativos. Miremos, no sólo nuestros problemas de “bloqueo informativo”, sino aprendamos también, con honestidad y espíritu crítico, de los serios problemas que se presentan en ese tipo de sociedades de “desenfreno informativo” en que la falta de escrúpulos en la utilización de la información produce serias violaciones a la intimidad, la dignidad y los derechos de otras personas. Uno de los grandes desafíos de los países que ya están en una fase avanzada del proceso de información-comunicación-conocimiento-desarrollo es la eticidad con que se usa la información, tanto en sus contenidos, como en su difusión y tratamiento. Por eso, desde ahora, en que nuestra situación es, pudiéramos decir, primitiva con relación a esas sociedades de la información y sin una ética de mínimos para su uso, me parece de suma importancia que utilicemos parte de nuestro tiempo de pensamiento y creación para reflexionar en lo que he querido llamar los criterios éticos para la búsqueda, el uso y la divulgación de la información. Considero que una sociedad donde el derecho a la información fuera garantizado por la ley y por la posibilidad real de ejercerla, este ejercicio se vería continuamente en tensión entre estos pares dialécticos:

- transparencia-seguridad;
- veracidad-respeto a la dignidad;
- libertad-responsabilidad;
- denuncia-propuesta.

¿Hacia cuál de los polos se inclina el uso de la información que se produce, se busca y se difunde en Cuba?

4. INFORMACIÓN Y CIUDADANÍA

La relación de la información con el ejercicio de la ciudadanía será de suma importancia en un proceso de democratización. El estudio *El derecho de acceso de los ciudadanos a la información pública*, de Alejandro Fuenmayor Espina, Consejero de Comunicación de la UNESCO para América Latina, publicado en 2004, nos presenta algunos criterios para evaluar esa mutua relación entre ciudadanía e información:

- Deben existir tres condiciones necesarias para el funcionamiento óptimo de una sociedad democrática: la eliminación gradual de diferencias económicas marcadas; el sentido de comunidad y un sistema efectivo de comunicación capaz de involucrar y atraer a los ciudadanos hacia la participación pública. (cf. p. 97).
- Principio: “Una sociedad funciona mejor si todos los ciudadanos están bien informados” (p. 298). Aún más, no somos plenamente ciudadanos si no tenemos libre y plural acceso a la información necesaria para ejercer la ciudadanía, para ejercer la soberanía desde abajo.
- Debemos instaurar en nuestras legislaciones el Derecho de *Habeas data*, lo que hace referencia al viejo recurso del *Habeas corpus*. Es decir, la obligación de las autoridades y de toda institución de presentar y facilitar la información necesaria y que pudiera afectar o beneficiar a cualquier ciudadano, con el debido respeto a los demás derechos, pero con diligencia y transparencia. (Cf. pp. 35 y 40).
- Otro concepto que debemos reconocer y pensar muy bien para Cuba es el llamado *Accountability* social: es decir la “responsabilidad” social de “responder” ante el resto de la sociedad. La transparencia de los Estados y la sociedad civil sobre la información y su deber de “rendir cuentas” ante los que le han otorgado parte de la soberanía personal y social. (cf. p. 22).
- Buscar, utilizar y brindar la información necesaria y oportuna para conocer y ejercer los derechos humanos y deberes o responsabilidades cívicas.

- Fortalecer el entramado social con la creación de espacios sociales virtuales para el intercambio libre de información. Se puede hablar de una “sociedad civil virtual” efectiva y dinámica.
- Una de las dimensiones del proceso del empoderamiento de los ciudadanos:

Los ciudadanos mal informados ven frecuentemente denegados sus derechos, por falta de medios necesarios para hacerlos valer, razón por la cual algunos autores estiman que se puede distinguir otro tipo de derecho: el derecho a la información y el asesoramiento. Disfrutar de este derecho es estar “armado” para hacer valer todos los demás derechos. (p. 297).

Este es el caso clásico del acceso a la Internet.

Considero que para ir alcanzando estas capacidades ciudadanas se hace muy necesario y urgente ofrecer a todos los cubanos y cubanas una formación cívica sistemática, participativa y permanente. Es decisivo para el futuro de una Nación que hace más de medio siglo que no recibe ni experimenta este servicio de educación para la libertad y la responsabilidad.

¿Qué hacer para que los cubanos podamos ejercer mejor nuestra soberanía “desde abajo” en este campo crucial para la libertad de pensamiento y de expresión?

5. INFORMACIÓN Y POLÍTICA

Para garantizar la libertad de conciencia, pensamiento y expresión, en los que se inscribe indisolublemente el derecho a la información y la comunicación, no basta con el “empoderamiento” de los ciudadanos, este se vería limitado si al mismo tiempo, y gradualmente, las estructuras políticas no fueran respondiendo a las demandas y necesidades de unos ciudadanos bien informados y educados para la participación consciente y democrática. Sería conveniente que reflexionáramos sobre alguno de esos elementos:

Principio: el servicio al bien común, base y fundamento de toda gestión política, se puede realizar más eficazmente si se crea un marco legal y un desarrollo político para la creación y el desarrollo de las sociedades de la información.

“Regulada por la ley, la libertad de información da al ciudadano el derecho al acceso a la información sobre los asuntos públicos, a fin de

que pueda hacerse una idea más precisa de aquellos que le gobiernan”, sobre todo del contenido y efecto de su gestión. “Este principio está profundamente arraigado en Francia, Suecia y Estados Unidos. En otros se ha adoptado recientemente, pero en algunos es objeto aún de calurosas discusiones” (Informe UNESCO, p. 297). En otros, como el nuestro, aún no se discute públicamente, ni acaloradamente como tendría que ser en una Isla del Caribe, ni fríamente como convendría para tanto calor acumulado aquí.

Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), p. 102 de “El derecho de acceso...”, se reconocen quince características esenciales de un “buen gobierno”, descentralizado y genuinamente democrático:

- 1- Participación. Dar voz a todas las personas en las decisiones importantes;
- 2- Imperio de la ley. Un sistema de leyes justas aplicadas imparcialmente;
- 3- Transparencia. Información directamente accesible; libre flujo de información;
- 4- Sensibilidad. Instituciones y procesos al servicio de todos los interesados;
- 5- Orientación al consenso. Mediar intereses en busca de consensos;
- 6- Equidad. Oportunidad para todos para mantener y mejorar su bienestar;
- 7- Efectividad y eficiencia. Lograr resultados con el mejor uso de recursos;
- 8- Responsabilidad. Quienes deciden la información se hacen responsables ante el público;
- 9- Visión estratégica. Acuerdo entre líderes y público sobre el bien de la sociedad;
- 10- Legitimidad. La autoridad es legal e institucionalmente legítima;
- 11- Prudencia en el uso de recursos. Recursos administrados prudentemente;
- 12- Responsabilidad ecológica. Protección del ambiente y desarrollo sostenible;

13- Empoderador y habilitador. Todos los actores sociales están empoderados y se crean condiciones habilitadoras;

14- Asociación. El gobierno no es autónomo y autosuficiente si no que asocia a ciudadanos y grupos cívicos y sociales para fines de colaboración;

15- Enraizado en comunidades. El gobierno reconoce los niveles múltiples de la sociedad y respeta cada nivel entendido como comunidades autónomas.

En el plano político es necesario dar organicidad a estos procesos de apertura a una sociedad de la información. Ese marco legal debe ser generado, institucionalizado y protegido por los poderes legislativo y judicial de cada país según sus propias características pero en observancia del Derecho Internacional reconocido. Como un ejemplo de la investigación realizada por el Dr. Fuenmayor Espina, les remito a una “Propuesta de ley modelo sobre el derecho de acceso de los ciudadanos a la información pública” (p. 63-85 de *Acceso*. Caracas, 4 febrero de 2004). No se trata, lógicamente, de copiar mecánicamente, ni mucho menos, sino de tener referentes basados en fundamentos democráticos válidos para todos. Sería, quizá muy interesante un estudio comparativo entre este modelo de ley de acceso a la información y la Ley 88 vigente en Cuba, aunque sólo sea por el interés académico.

En otro sentido, es bueno también abordar el impacto social de lo que se llama “el silencio administrativo o denegación tácita de información” por parte de organismos e instituciones del Estado. En nuestra Constitución está establecida claramente la obligación de estos organismos de responder a las solicitudes ciudadanas. No sólo a la correspondencia personal o quejas puntuales, sino también a otras iniciativas cívicas, incluso legislativas, que establece también nuestra Constitución vigente (cf. art. 63 y 88).

Como venimos diciendo desde el principio, es muy sano que no miremos ofuscadamente sólo a nuestras dificultades sino que confrontemos también los graves problemas que enfrentan otros países y aprendamos de ellos así como de sus mejores iniciativas. Eso nos permitirá equilibrar, sopesar mejor nuestra evaluación crítica y evitar caer en errores y excesos de políticas informáticas. Hay países que se colocan en uno de estos dos extremos con relación a la información. Por ejemplo, el caso de Singapur en que todo “se inscribe en el marco rígido de una política de información que prevé todos los extremos, mientras que Hong Kong no ha definido prácticamente una política como tal, sino que esta evolu-

ciona en función de las fuerzas del mercado” (Nick Moore, Instituto de Estudios Políticos de Gran Bretaña, “La Sociedad de la Información”, p. 299 del citado Informe UNESCO). Entre estos dos extremos se han logrado situar en una posición más equilibrada, la Unión Europea, Grupo de los 8, Australia, Japón, Canadá, con el criterio de “la explotación de las fuerzas del mercado, pero dentro del marco de una política de información definida. De hecho “la Unión Europea es la primera comunidad de Estados que ha adoptado la inteligencia económica como uno de los vectores importantes de su política de competitividad industrial” (Philippe Clero, Universidad de París II, “Inteligencia económica: retos actuales y perspectivas”, p. 332 del citado Informe UNESCO).

La UNESCO ha tomado como prioridad principal para el bienio 2004-2005 “la promoción del acceso equitativo a la información y al conocimiento para el desarrollo” (Gran Programa V 32 C/5. cf., pp. 5 y 6 y 7 del “Derecho de acceso...”), también la Unión Europea ha asumido el programa. Desde Europe 2002 hasta Europe 2005 cuyo contenido se puede encontrar en el Informe “Hacia la Europa basada en el conocimiento. La UE y la sociedad de la Información.” Dirección General de Prensa y Comunicación de la Comisión Europea.

6. INFORMACIÓN Y ECONOMÍA

Aunque no vamos a profundizar en esta arista, que dejamos a especialistas, me gustaría, por lo menos, rozarla. Se trata de las relaciones entre información y economía: El desarrollo económico del mundo parece ser que ha recorrido, más o menos, desigualmente en distintas regiones este camino: del sector primario (agricultura, silvicultura, industria minera) al sector secundario (industria manufacturera); del sector secundario al terciario (comercio y los servicios) y en él y después de él se ubicaría el sector de la información (o cuarta ola de crecimiento económico). Existe todavía un debate sobre estas precisiones, pero viene bien poder evaluar ¿en cuál de estas “eras” estamos en Cuba y hacia dónde deberíamos avanzar?

La evolución tecnológica en el sector de la información tiene un fuerte contenido económico: primero, proporciona medios aplicables a toda clase de situaciones; segundo, su capacidad de proceso ha aumentado exponencialmente; y tercero: su bajo costo lo hace de fácil acceso para muchos.

Capítulo aparte merecería en Cuba el tema de información y propiedad, debido a que esta es una de las serias limitaciones a la información y podría ser un factor de cambio para un mayor acceso a la misma.

En fin, que toda “Sociedad de la Información” no debería tener como meta suprema el desarrollo económico sino un desarrollo humano integral (DHI) según los parámetros con que la ONU lo define.

7. INFORMACIÓN Y CULTURA

En este acápite sólo vamos a proponer dos temas interrelacionados: Información y diversidad cultural; es decir, la búsqueda, la difusión, la cobertura informativa, la promoción en los medios y el acceso a ellos en igualdad de condiciones por parte de todas las manifestaciones culturales.

Información para la cultura y la educación: debemos tener en cuenta la educación para la salud, la educación artística, los canales educativos. Las escuelas y universidades deberían publicar sus rendimientos y exponer francamente su filosofía para que los padres puedan escoger la escuela para sus hijos según datos confiables y comprobables de calidad académica y según sus creencias religiosas o filosóficas.

¿Los medios informativos en Cuba respetan la diversidad cultural y promueven todas las manifestaciones auténticas de nuestra cultura? ¿Hasta qué punto los padres tienen el acceso a la información requerida para ejercer sus derechos y responsabilidades en la educación y promoción cultural de sus hijos?

8. INFORMACIÓN Y DERECHO

En este aspecto sólo deseo hacer una relación de documentos de carácter universal o regional que tratan, refrendan y algunos vinculan a los Estados firmantes, para que garanticen el ejercicio de la libertad de expresión, de información y de comunicación. Estos son, entre otros, los más importantes:

- Declaración Universal de los Derechos Humanos, ONU, 1948. Art. 19;
- Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, ONU, 1966. Art. 19;
- Carta Democrática Interamericana. Art. 4;
- Convención Americana de DDHH. Pacto de San José. 1966. Art. 13;
- Convención Europea de Salvaguardia de los Derechos del Hombre

y las Libertades Fundamentales. 4 de noviembre de 1950 en el seno del Consejo de Europa;

- Hacia una Europa basada en el conocimiento. La UE y la sociedad de la información. Comisión Europea. Dirección General de Prensa y Comunicación. Texto original terminado en octubre de 2002;

- Declaración de principios. Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información. ONU, Resolución 56/183. p. 21 de Acceso;

¿Hasta dónde se conocen en Cuba estas referencias universales y regionales del derecho a la información? ¿Qué hacer para darlas a conocer más?

9. DIEZ FUNCIONES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL PARA CONTRIBUIR A MAYORES GRADOS DE DEMOCRATIZACIÓN:

En el difícil proceso de pasar de una sociedad cerrada y opaca con relación a la información a una sociedad abierta y transparente, los medios de comunicación social (prensa escrita, radio, televisión, internet, etc.) constituyen un factor decisivo. Según el “Informe de la UNESCO sobre la información” estos medios de comunicación social deben servir a la sociedad en estas diez funciones complementarias entre sí:

- Información;
- Concientización;
- Personalización;
- Socialización;
- Representación;
- Educación;
- Integración;
- Coordinación;
- Protección;
- Movilización o empoderamiento cívico.

¿En qué medida cumplen los medios de comunicación en Cuba estas diez funciones? ¿Cómo dar a conocer estas funciones y ponerlas en práctica según nuestras posibilidades?

10. LOS LÍMITES VÁLIDOS DE LA INFORMACIÓN

En pocos países del mundo impera todavía hoy, la llamada “cultura del secretismo”, es decir, el cultivo de un clima, o mejor, de un hábitat en el que el “secreto” se convierte en un estilo, en un arma, en una justifi-

cación viciosa de la arbitrariedad y en una especie de “organopónico” de la corrupción. Los “que saben” explican lo que ellos determinan, detalladamente y de forma paternalista, a los que suponen o desean que “no sepan”. Es casi una ofensa a la inteligencia y sabiduría proverbial de nuestro pueblo. Frente a una “mesa redonda” clásica me pregunto, casi “acomplejado” frente al televisor, ¿por qué algunos leen las noticias de los cables y “bajan” de Internet la información y nos la “interpretan” en lugar de dejar que cada cual lea, busque, baje, interprete y “saque sus propias conclusiones” de las noticias y las informaciones que, de todos modos, existen, fluyen, bajan, suben, se rumorean y se transmiten por el canal más popular e irrefrenable de los cubanos: la criollísima “radio-bemba”?

Otros países, dada la gran marea de información, se encuentran con otra limitación que pudiera venir en un futuro en Cuba: el verse inundado de todo tipo de informaciones y no tener una formación ética y cívica para escoger, desechar, procesar, interpretar, y decidir sobre la base de la información procesada. Para ello se necesita urgentemente un asesoramiento cualificado. No para hacer el trabajo que le toca a cada ciudadano, no para suplantar su inteligencia, manipular sus sentimientos y torcer su voluntad sino para poner en sus manos, en su cerebro y en su corazón las herramientas de análisis, los instrumentos de estimativa moral, las fórmulas para la síntesis necesaria... y luego dejar en libertad a la persona para que protagonice su propio proceso de información-comunicación-conocimiento-desarrollo humano integral. Por ello veo clara la necesidad de un servicio global y gratuito de información y asesoramiento, la necesidad de consultorías de información y comunicación.

¿Qué posibilidades habría para fomentar este tipo de servicio, con estas características de respeto al protagonismo de los ciudadanos, en nuestras comunidades e instituciones?

Existen además, unos límites válidos de la Sociedad de la Información. Se trata de aquellos “contenes” que tiene toda libertad cuando se encuentra con la libertad y los derechos de los demás. La vida en sociedad exige el conocimiento y el buen uso de esos límites que no deben ser nunca para manipular sino para respetar la soberanía ajena. Por ello, surgen conflictos naturales entre el derecho de información, la libertad de expresión y los otros derechos humanos y deberes cívicos:

- Derecho a la intimidad y a la imagen;
- Requisitos para publicar anuncios;
- Requisitos para los medios de comunicación social;
- Solicitud de información;

- Secretos de Estado;
- Presos y derecho a la información;
- Derechos de autor;
- Derecho de rectificación;
- Derecho a la crítica y censura previa;
- Debates electorales y derecho de igual acceso a la información;
- Derecho de educación y libertad de información;
- Calcomanías y otras propagandas;
- Obras musicales, plásticas, teatrales.

¿Hasta dónde son respetados en nuestra sociedad estos “contenes” de la libertad de información y en qué grado son manipulados para controlar a los ciudadanos?

11. ACTORES DE LA INFORMACIÓN O COMUNICADORES SOCIALES

He dejado para el final de nuestra propuesta de reflexión, quizás el aspecto más decisivo en el papel de la información en cualquier sociedad. El factor más consciente y más maleable a la vez: se trata de las personas que protagonizan la adquisición, selección, organización, almacenamiento y difusión de la información. Se trata de los actores comunicacionales que, en principio, podemos y deberíamos ser todos los ciudadanos de una forma u otra.

El citado estudio de Fuenmayor Espina (p. 107) nos presenta el siguiente cuadro referente a los actores de la información o comunicadores sociales, el origen de su fuerza para influir en la sociedad y su apreciación del público que recibe la información.

¿En qué grado estos actores son protagonistas de la información en Cuba?

Termino destacando la centralidad de la persona humana en el papel de la información y la comunicación en toda sociedad. La información es para servir a la persona humana y nunca la persona humana puede ser esclava, sierva, instrumento manipulado, bajo el yugo de la información. Nada que lesione la dignidad y los derechos inalienables de los seres humanos puede ser justificado ni sostenido por ninguna razón, por muy legítima o legal que parezca la razón. La persona humana es y debe ser, al mismo tiempo, el sujeto, el centro y el fin de toda sociedad de la información.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- “Autor y pionero del Derecho de la información, el jurista francés Fernad Terrou, en 1939”. p. 24 de *Acceso*.
- Declaración Universal de los Derechos Humanos, ONU, 1948. Art. 19.
- Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, ONU, 1966. Art. 19.
- Carta Democrática Interamericana. Art. 4.
- Convención Americana de DDHH. Pacto de San José. 1966. Art. 13. Ej. Venezuela. pp. 34 y 36 de *Acceso*.
- Convención Europea de Salvaguarda de los Derechos del Hombre y las Libertades Fundamentales. 4 de noviembre de 1950 en el seno del Consejo de Europa.
- Hacia una Europa basada en el conocimiento. La UE y la sociedad de la información. Comisión Europea. Dirección General de Prensa y comunicación. Texto original terminado en octubre de 2002.
- Declaración de Principios. Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información. ONU, Resolución 56/183. p. 21 de *Acceso*.
- Informe Mundial sobre Información 1997-98 y 99-2000. UNESCO/ CINDOC.
- Conferencia plenipotenciaria de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). 1998. Resolución 73. p. 22 de *Acceso*. Cuba.
- Consenso de Tegucigalpa, 2002.
- Carta de Santo Domingo, 2002.
- Consejo Permanente de la OEA. 20 de mayo 2003.
- Juan XXIII. Pacem in terris, 1963.
- Pablo VI, 1964. ONU, Seminario sobre la libertad de información.
- Alejandro Fuenmayor Espina. “El derecho de acceso de los ciudadanos a la información pública”. Oficina de la UNESCO para América Central, 2004.

Reconciliación: Verdad, justicia, magnanimidad

En la Tertulia de Michael Klepsch. La Habana, 8 de mayo de 2006.

Amnistía sin amnesia.

Adam Michnick

Ser protagonistas y soberanos de nuestro tiempo y de nuestra vida pudiera comenzar por formularse como dar los pasos necesarios para llegar a ese horizonte de plenitud de libertad y desarrollo humano integral que es la reconciliación, con uno mismo, con los demás conciudadanos, con la naturaleza y, para los que creemos, con Dios.

PASOS CORTOS Y MIRADA LARGA

Esta, quizá, siga siendo la combinación más realizable y medible para alcanzar esa tan alta aspiración que es reconstruir el alma deshilachada de una nación.

La historia vivida desde hace medio siglo por nuestro pueblo, tiene la marca visible y lamentable del daño antropológico que ha lesionado profundamente el alma, el *ethos*, del pueblo cubano, de un lado y del otro, los que hemos permanecido aquí y los que se han desperdigado en la diáspora.

Pero no debemos olvidar tampoco la herencia cultural y espiritual de Varela y Martí, herencia de virtud, verdad y perdón. Heredad de transparencia sin ensañamientos y de rosa blanca para quien arranca el corazón con crueldad. En una frase: la herencia vareliana y martiana de verdad con amor y de justicia con magnanimidad.

Desde esta mística cubanísima, deseamos reflexionar sobre estos tres pasos hacia el horizonte altísimo de la libertad personal y el protagonismo nacional: Verdad, Justicia y Reconciliación.

Son pasos, no metas en sí mismas. Son para llegar a un horizonte que se volverá a alejar. Pero cada paso trae el otro y uno detrás de otro pueden crear un itinerario de desarrollo personal y social que vaya haciendo ciudadanos libres y naciones responsables. Ni súbditos irresponsables, ni naciones parias. Un paso sólo no hace el camino. Ni el de mañana puede darse antes que el de hoy. Pero podemos adelantar el ritmo y alargar el paso.

LA RECONCILIACIÓN NO ES UN DECRETO NI UN REFLEJO INCONDICIONADO:
HAY QUE PARIRLA

Se habla mucho de reconciliación en pueblos que han sufrido divisiones, desarraigos, exilios, dispersión, violencia de cualquier tipo y muerte de la única que hay, sea del cuerpo o del alma. Pero la reconciliación no es ni un decreto ni un reflejo incondicionado. Creemos que la reconciliación es un proceso, un itinerario, consciente y ordenado, que necesita de ciertas condiciones sin las cuales la reconciliación es mueca sonriente y pantomima transitoria.

No hay reconciliación sin justicia. No hay justicia sin verdad. No hay verdad auténtica sin magnanimidad. Y no hay nada de esto sin amor: “Es el amor quien ve” –dijo José Martí. Claro que todos sabemos que aquí no se trata de un amor idílico, ni platónico, sino del amor que abre bien los ojos para ver, que abre bien los oídos para escuchar la voz del que sufre y que abre la mano para tenderla al que la necesite, así de práctico y de tremendamente difícil, pero en fin, amor hecho actitud constructiva.

Levantándonos de la postración del inmovilismo y del desánimo de la queja infértil, recorramos conscientemente estos tres pasos del camino hacia la reconciliación: Verdad, Justicia y Magnanimidad.

VERDAD

No pueden cerrarse las heridas sin saber cuáles han sido las causas y las consecuencias del daño. Primero reconocer la verdad, la parte de verdad que cada cual tiene, que cada parte debe reconocer, que objetivamente ha sucedido. Las Comisiones de la Verdad en aquellos países que han vivido un proceso de transición han desempeñado un sereno y pacificador servicio de esclarecimiento y transparencia que ha ahorrado años de sufrimientos en aquellos países, familias y relaciones interpersonales que se han “cerrado en falso”. Es decir, cuando se ha

intentado reconciliar sin reconocer los errores de todos los lados y sin investigar las verdaderas huellas del tiempo pasado. Verdad para que sirva de experiencia. Verdad no para restregar en la cara de todos los tiempos sino para evitar que se caiga en los mismos errores del pasado. Verdad sin ensañamiento. Verdad como fundamento de la paz. No hay paz en la mentira. No hay reconciliación en el disimulo o el ocultamiento culpable de los errores. El diálogo no es complacencia, es búsqueda de la verdad entre todos.

JUSTICIA

La justicia es el segundo paso del camino de la reconciliación y la paz. “La paz es obra de la justicia”. “La justicia y la paz se besan” –dice la *Biblia*. Los errores deben ser rectificadas y purgadas. La justicia es la satisfacción de la deuda que adquiere con la sociedad quien la daña de cualquier forma y desde cualquier bando. Un poder judicial independiente y como garantía del debido proceso es la estructura que puede ayudar a dar este segundo camino hacia la reconciliación nacional. Pero no es tampoco verdadera la justicia implacable. La historia nos ofrece demasiadas muestras de “justicias implacables” de guillotina, paredón y venganzas. La justicia no es ajuste de cuentas entre grupos, ni revanchas de las víctimas contra sus victimarios pues esto no es más que invertir los papeles y poner un eslabón más a la cadena de la violencia. La pena de muerte debe ser abolida en todos los países del mundo porque ninguna justicia humana puede disponer de la vida de ninguna persona, por mucho mal que haya hecho. Justicia despiadada es violencia institucionalizada. Ya lo decían los antiguos: la suma justicia es la suprema injusticia. Justicia sin misericordia es ensañamiento. Justicia sin magnanimidad es rastro animal. El paso de la justicia es un paso en falso si no se da entre el paso de la verdad y el paso de la magnanimidad.

MAGNANIMIDAD

Es la prueba del grado de humanidad del proceso. Es la piedra angular de la reconciliación. Viene de “magna” y de “ánima”. Significa como todos sabemos: grandeza de alma. Es decir, la capacidad de pasar por encima de rencores y de odios, por encima de intereses sectarios o partidistas, por encima de venganzas y ensañamientos y respetar la dignidad intrínseca de toda persona humana y la condición falible y perfectible de nuestra condición humana. La magnanimidad es el paso inmediato a la reconciliación. Es levantar el alma y aprender a perdonar

sin disimular. Aprender a amnistiar sin obviar la verdad de los hechos y la justicia debida. Los frutos tangibles de la magnanimidad son la amnistía de los presos, la reducción de las condenas, la conmutación de la pena capital allí donde todavía exista como rémora de la era salvaje de la Humanidad. Lezama Lima, el mayor poeta cubano del siglo XX, recordaba que los persas llamaban a la cárcel “la casa del olvido”. Pero amnistía no supone siempre total amnesia social. Vale olvidar al pecador que acaba de confesarse pero no debe olvidarse el pecado cometido para no volver a caer en él o para alejar lo más posible las causas que lo produjeron, pero, sobre todo, para sacar las lecciones de la historia. No olvidar, sin embargo, no puede significar regodearse, a cada paso, con las culpas pasadas. Sacar a cada paso el error cometido. No se trata de cerrar las puertas a la rehabilitación personal en el tiempo que se crea conveniente según la justicia.

El resentimiento y la continua enarbolación de las culpas pasadas son contrarias a la justicia y a la magnanimidad y son el estorbo mayor de la reconciliación entre las personas, las familias, los adversarios políticos o religiosos, los miembros de todo un pueblo.

UN MÍNIMO DE DECENCIA Y SENTIDO COMÚN

La antesala de la reconciliación es precisamente tener la decencia y el sentido común de no sacar continuamente los errores, ni propios ni ajenos. Eso no sana sino encona. El resentimiento disecca y falsea el camino de la justicia y de la paz y no permite que los pueblos reconstruyan su futuro.

Se trata de un mínimo de decencia que significa, en la práctica política no ofender al adversario, no sacarle los “trapos sucios” de su pasado cuando ya los ha reconocido y reciclado, que es como se llama hoy a la reconversión, o quizá a la antigua y cristiana conversión de la vida. La historia humana está repleta de historias verdaderas de personas convertidas a una vida nueva. ¿Por qué no puede ocurrir entre los cubanos? Veamos que se trata no de solapar las injusticias sino de superarlas cuando el victimario las ha reconocido, ha dado muestras del cambio de vida y el tiempo junto con las nuevas actitudes, le ha dado la credibilidad necesaria. Eso lo debe discernir en cada caso el sentido común. Esa *sindéresis* tan extraña en muchos de nosotros los cubanos.

Debe llegar el tiempo, satisfechas la verdad y la justicia, en que no se saquen más las culpas del pasado y la dinámica social se atenga a las actuaciones objetivas del presente.

Venga pues, para Cuba, este camino de reconciliación que no podremos hacer si saltamos estos pasos o nos detenemos morbosamente en alguno de ellos.

PROTAGONISMO, CONSENSO Y TOLERANCIA

Un quinto elemento sería favorecer el protagonismo cívico. En su viaje apostólico a Cuba el Papa Juan Pablo II reiteró la importancia de que, para acceder a las legítimas aspiraciones y deseos que tiene el pueblo cubano, es necesario, diríamos imprescindible, asumir responsablemente este desafío: “Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional” (Discurso al llegar, N° 2). Ser protagonistas no lo entendemos aquí de forma excluyente y autócrata. Se trata de tomar en las manos las riendas del proyecto de vida personal y tomar parte activa y comprometida en las decisiones, reformas y procesos de la vida social. Por supuesto, en un espacio que promueva e incluya la corresponsabilidad y la diversidad de aportes complementarios, de modo que los protagonismos que parten de los carismas personales encuentren su equilibrio y control en los protagonismos de grupos, asociaciones e instituciones de la sociedad civil.

Se trata de la búsqueda incesante y realista de consensos, una búsqueda pragmática sin dejar de ser ética, de los mínimos de coincidencia y fortalezas compartidas. Ni plagiar indiscriminadamente otros proyectos ni rechazar a *priori* y “pre-juiciadamente”, todo lo que se propone porque viene de otro líder, o de otro grupo, o de otra religión o de otro país.

El individualismo es uno de los obstáculos más contundentes tanto para la participación ciudadana como para la reconciliación personal y nacional. El carácter comunitario y el protagonismo cívico son dos caras de la misma moneda de una sociedad sana en que no se vaya a los extremos de una masificación despersonalizadora ni de un individualismo ególatra. En mi opinión, los cubanos, que hemos experimentado tales extremos, necesitamos evitar los bandazos y promover un protagonismo cívico personalista y comunitario. Así el capital humano personal se articula en un capital social que no anula las individualidades pero que regula la tendencia a poner en una persona, o en una institución, unas expectativas mesiánicas y paternalistas.

Esta articulación sólo puede lograrse plenamente en un clima de tolerancia. Trabajar por la tolerancia social no se debe confundir con el indiferentismo ético o el relativismo moral. Pero debe quedar claro que en una sociedad contemporánea, que debe ser, por naturaleza, hetero-

génea y pluralista, los fundamentalismos políticos o religiosos no sólo desacreditan a sus protagonistas sino que logran alcanzar exactamente lo contrario que se proponen. Trabajar por un clima tolerante significa que aceptemos a las personas que sustentan opiniones, proyectos y actitudes diferentes a las que consideramos mejores sin asumir acríticamente sus posturas, pero sin rechazar a los conciudadanos y a las instituciones que difieran de nuestros criterios por el solo hecho de disentir. Últimamente, parece que se vislumbra en Cuba una especie de regreso a las trincheras ideológicas y políticas, una variante de “tolerancia cero” que puede conducir peligrosamente a la resistencia o incluso a la violencia. Sin tolerancia no hay reconciliación.

Una de las señales que indicaría que se amplía el rango de tolerancia es la posibilidad de promover espacios de participación plurales, no partidistas, no confesionales, espacios de intercambios efectivos y serenos, espacios de diálogo verdadero y estable. Abrir nuevos espacios y ensanchar los que ya existen podría ser un sexto aspecto en el trabajo por favorecer la reconciliación nacional con aporte de todos.

UN POSIBLE ITINERARIO PARA LA RECONCILIACIÓN NACIONAL:

Los itinerarios, aunque sólo sean indicativos de la voluntad de seguir adelante, pueden ayudar para vislumbrar el camino. Hacemos esta propuesta para someterla al debate:

Itinerario personal:

- Reconocimiento de la propia involucración en la culpa;
- Disposición a la conversión y a la reparación del daño;
- Reconocer la propia involucración en el error estructural;
- Aportar hechos concretos de reparación de los daños;
- Desterrar la violencia de cualquier tipo (en el lenguaje y las actitudes interpersonales, interpartidistas, interreligiosas, internacionales, etc.);
- La reconciliación debe abarcar todos los ambientes de la vida personal para evitar la doble moral estratégica y la hipocresía total.

Itinerario social:

- Creación de una “Comisión de la Verdad y la Reconciliación nacional”;

- Reconocimiento público de los errores institucionales;
- Amnistía política: “Borrón y cuenta cerrada”;
- Favorecer un diálogo permanente y pluriforme al interior de la Patria;
- Favorecer un diálogo permanente y pluriforme al interior de la Diáspora;
- Favorecer un diálogo permanente y pluriforme entre las comunidades de la Patria y de la Diáspora;
- Realizar signos y hechos concretos de reconciliación;
- Crear espacios de participación pluralista;
- Que el camino de la reconciliación, esos espacios, esas estructuras, vaya siendo institucionalizado con leyes adecuadas, hasta llegar a la reforma de la Ley Fundamental y crear el marco general de una nueva convivencia.

Comencemos por nuestras familias, nuestros barrios, nuestros centros de trabajo, nuestras comunidades religiosas y cívicas, entre los partidos políticos y las diferentes tendencias ideológicas. No se trata de diluir los principios sino de alzarlos más allá de las ideologías y los partidos. Estos no pueden ni deben ser principios de la vida, sino medios para llegar a un ejercicio soberano y responsable, solidario y fraterno de la libertad personal y del protagonismo social.

Si logramos dar algún paso corto pero seguro, pequeño pero perseverante, en cualquiera de los tres campos, con la mirada alta, la visión larga y la gradualidad histórica, habremos abierto la puerta de Cuba a la reconciliación nacional, que tampoco es fin, sino camino hacia el crecimiento humano, el progreso social y la felicidad alcanzable en el tiempo que tenemos para vivir en plenitud, esta, nuestra vida terrena, es decir, nuestra única oportunidad.

Si comenzamos hoy, en lo personal, en lo pequeño, podremos decir que el largo camino hacia la reconciliación entre todos los cubanos ha comenzado ya.

La sociedad civil: un camino hacia la democracia participativa en el futuro de Cuba

Ponencia para el aniversario del Instituto de Estudios Cubanos (IEC). Miami, junio de 2004.

INTRODUCCIÓN

Deseo, en primer lugar, agradecer a los organizadores de este Encuentro del IEC, su cordial invitación a participar en este espacio de la sociedad civil cubana en la diáspora. A la mística de la cercanía a Cuba corresponde la dinámica de tender puentes. O si queremos decirlo en otro código, a la necesidad de trabajar en la transición cubana corresponde la creación de espacios y consensos abiertos, plurales y creativos desde donde el futuro se vaya haciendo experiencia en lo pequeño y desde donde el presente vaya tomando otro sentido y perspectiva. Estos son mis deseos y mi plegaria para este Aniversario del entrañable y respetado Instituto que además de estudios cubanos extiende cariños cubanos, tiende puentes cubanísimos.

Deseo, asimismo, agradecer a la inefable María Cristina Herrera por el servicio, no siempre gratificante, de exponer lo que otro pensó y escribió. Ella cumple setenta años, de los cuales ha dedicado todos a este Instituto y a Cuba, digo todos, y no yerro en el cálculo, pues los años vividos antes de que naciera la criatura, son también sin saberlo, entonces, años de preparación, de adviento y de simiente.

La línea articuladora de este aporte es muy simple:

- Parte de una mirada desde dentro de la Isla, siempre limitada y con su inevitable arista subjetiva, hacia la actual situación en Cuba.

- Continúa con la identificación y posibles roles de los actores sociales en esta etapa de tránsito.

- Y termina con mi propia visión sobre el futuro de nuestro País.

Todo, mirada, protagonistas y pre-visión de futuro, desde el ámbito de la sociedad civil, desde donde creo que reside la novedad de un nuevo proyecto para Cuba.

1. SITUACIÓN: ALGO SE SIGUE MOVIENDO EN CUBA

Una mirada relámpago sobre las últimas dos décadas en Cuba nos permitiría reconocer y apreciar un proceso discreto y creciente en el seno de la incipiente sociedad civil cubana. La luz de un quinqué sería más adecuada y serena, pero el tiempo no lo permite. Entonces, pues, a la luz de un relámpago, casi instantánea pero suficiente para situarse en la oscuridad paso a esquematizar, con todos los riesgos que eso tiene, lo que yo considero que son las líneas maestras de ese proceso interno de la nación secuestrada en la Isla. Lo hago actualizando el artículo “Algo se mueve en Cuba” que escribí en la revista *Vitral* N° 52, correspondiente a noviembre-diciembre de 2002:

- A principio de los años 70 quedaba, luego del desmantelamiento de la sociedad civil, sobrevivió, un “resto” de esa sociedad que no se sometió completamente a la uniformidad del totalitarismo y cuyo rostro visible fue la Iglesia, las iglesias, algunos intelectuales y otros ciudadanos casi de forma individual.

- Alrededor del año 1976, comienzan a organizarse pocas decenas de cubanos, por su cuenta, fuera del ámbito religioso, para formar asociaciones mínimas en defensa de los Derechos Humanos. Estas eran entonces pocas y dispersas.

- Durante los 80, más bien hacia la segunda mitad de la década, se dan a conocer más esas comisiones o grupos de Derechos Humanos y comienzan a organizarse otros, que ya asumían una estructura mínima y un incipiente programa como partidos políticos o movimientos opositores.

- En el primer lustro de los 90 comienza a hacerse más visible la diferencia entre disidentes y opositores, es decir, entre personas que disienten y piensan y actúan distinto desde la sociedad civil sin aspiraciones al poder y ciudadanos que se organizan en partidos o movimientos con el fin de acceder al poder de forma pacífica para, desde allí, cambiar algo de la organización del país en un marco de

legalidad. Muchos van abriendo los ojos y van perdiendo el miedo ante la caída del Muro de Berlín y la desaparición del campo socialista y la Unión Soviética. En 1991 y 1994 la Iglesia organiza, desde la Diócesis de Pinar del Río, las dos primeras Semanas Sociales Católicas después de la Revolución, verdadero arroyo de pensamiento social cristiano después del 59. En la celebrada en 1994 se presenta el primer trabajo sistemático sobre la reconstrucción de la sociedad civil como proyecto para Cuba.

- Al comenzar la segunda parte de los 90, justamente en febrero del 96, se crea la primera concertación entre grupos de derechos humanos y movimientos y partidos, verdadero signo de madurez cívica. Primer intento de salir de la dispersión y buscar los consensos. Se llamó Concilio Cubano.

- A finales de los 90 aparece más clara la diferencia entre la reconstrucción de la sociedad civil con periodistas, bibliotecarios, trabajadores por cuenta propia, cooperativas agrícolas, centros de estudios, grupos de profesionales, etc., y la definición más ideológica de los movimientos y partidos que ya van afiliándose a las grandes corrientes mundiales: demócratas cristianos, socialdemócratas, liberales, socialistas, van perfilando su pertenencia y siendo reconocidos por sus correligionarios en el mundo. En este período tres cubanos y una cubana alzaron su voz para decir simplemente que “La Patria es de todos”. Ellos, como todos sabemos, fueron a parar a la cárcel.

- Con el fin del siglo llegó a Cuba el Papa Juan Pablo II y una semana marcó la vida de millones de cubanos, una “voz” distinta y liberada convocaba en plazas y recintos donde hacía cuatro décadas sólo se había repetido otra voz. Fue la experiencia de la ventana abierta en un cuarto oscuro. Se volvió a cerrar pero ya resulta imposible para los de dentro decir que no hay ventana, o aún más, decir que no hay luz, o todavía más: resulta totalmente imposible no recordar la momentánea, pero imborrable, experiencia de la luz de la libertad que todos vimos por la ventana. Llegaba por otra ventana, el otro intento de búsqueda de consensos, ahora entre más grupos opositores y con partes más definidas ideológicamente. Se llamó “Todos Unidos”, coincidente con la Cumbre Iberoamericana celebrada en La Habana.

- Comenzando el nuevo siglo encontramos otro signo de madurez política y, en mi opinión, el mayor ejercicio cívico de las últimas cuatro décadas. Lo hicieron los cubanos, desde dentro, su primer promotor Oswaldo Payá; hablaron de esa iniciativa cívica, legal y

pacífica, Carter, la Unión Europea, la Diáspora, otros en América Latina y Europa del Este. En uso de un derecho que otorga la actual Constitución, reunieron primero 11.020 firmas de ciudadanos que dimos nuestro número de identidad e hicimos uso de nuestra propia soberanía. Se llama Proyecto Varela.

Por ese mismo tiempo se iban perfilando o saliendo más a la luz, otras iniciativas cívicas como la Asamblea para la Promoción de la Sociedad Civil, la Mesa de Reflexión Moderada y otras concertaciones, diversas entre sí, pero no enemigas. El paso de una única concertación a varias concertaciones es una señal de pluralismo y diversidad sólo propia de la madurez democrática. No es que hayamos llegado, pero algo se mueve por ese camino. Buscar, ahora, consensos entre concertaciones diversas sin querer borrar, ni disimular las diferencias pudiera ser un escalón mayor, un paso más de madurez, el reto y el desafío de la sociedad civil cubana de hoy. Para un observador desprejuiciado, estas “señales en la noche”, es decir, el camino de estas minorías, no sólo ha sido un punto de referencia sobre lo que está pasando en Cuba, sino un signo de esperanza de cara al futuro.

- Digamos, en una frase, el camino del 76 a los 2000: de pocas personas, dispersas y sin reconocimiento internacional, a muchas minorías organizadas en varias concertaciones o fuera de ellas en otras articulaciones, y con creciente y cualificado reconocimiento de personalidades, naciones y grupos de países.

- La represión de marzo de 2003: Tengo la íntima convicción de que este proceso y la creciente debilidad del sistema, con el detonador circunstancial, desde siempre esgrimido en el contexto de la confrontación EU-Cuba, pero que en ocasiones no nos permite ver el bosque, fue la causa fundamental de la decisión del Gobierno cubano de llevar a cabo la mayor ola represiva de las últimas tres décadas. Los 75 presos de conciencia y los tres jóvenes negros fusilados por secuestrar una embarcación para escapar marcó, en mi opinión, el inicio de una fase cualitativamente nueva, terminal e irreversible.

- Seis meses después: ¿Qué está sucediendo en Cuba? Pues lo que nunca antes se había visto. Nada está paralizado, todo se mueve. Con la proverbial capacidad de recuperación que caracteriza al cubano se está reorganizando la sociedad civil. Dos signos externos y más visibles, son sólo una muestra, quizá las dos más trascendentales de este espíritu de recuperación, resistencia y creatividad:

- El primer ejemplo: se presenta a la Asamblea Nacional una nueva

aportación de firmas en apoyo al Proyecto Varela. Esta vez son más de 13 mil ciudadanos que se suman al ejercicio cívico. Antes de cumplirse siete meses de aquella brutal represión suman ya más de 25 mil cubanos de la Isla que presentan su nombre, dos apellidos, número de identidad, dirección particular y firma ante los órganos del mismo Estado que había realizado aquellas riadas de registros, confiscaciones, detenciones, juicios sumarios, condenas injustas y desmesuradas, traslado a prisiones sumamente distantes del lugar de residencia de las familias y la suspensión de una moratoria, en la práctica, de la pena de muerte que terminó con el fusilamiento en una semana de tres jóvenes cubanos.

- El otro ejemplo de estas nuevas articulaciones de la sociedad civil, no políticas, no partidistas, simplemente humanitaria, es el tejido de apoyo, solidaridad y acompañamiento sistemático, permanente e increíblemente eficaz, a las madres, esposas, hijos y demás familiares de los 75 presos de conciencia. La Iglesia católica ha puesto también al servicio de ellos, su pastoral penitenciaria y sus comunidades cristianas, para acoger a esas familias, algunas a más de mil kilómetros de sus hogares, y también las mismas esposas y madres y otros espacios de la misma sociedad civil se han articulado para acompañar a estas familias que sufren. Esto se ha organizado en el brevísimo plazo de unas semanas y hace ocho meses que funciona eficazmente.

En una palabra: Algo se sigue moviendo en Cuba y, a ojos vista, el miedo ha decrecido, la sociedad civil no se ha paralizado, los grupos están en franco proceso de recuperación y otros espacios y articulaciones han surgido como consecuencia y a pesar de la represión. Crece la conciencia de que estamos en una etapa terminal y algunos comienzan a pensar en cómo escapar o en cómo comenzar a preparar ese futuro incierto.

Por último, en este ambiente de creciente incertidumbre, parece que cobra fuerza al interior del gobierno, una línea “ortodoxa”, para llamarle de alguna forma, que batalla por reducir los espacios conquistados por la sociedad civil y por cerrar las tímidas reformas económicas que asumió el propio gobierno a partir de los 90. Signos inequívocos de esta “nueva cerrazón”, quizá la última, es el empeoramiento de las relaciones internacionales del gobierno cubano, no sólo con los EEUU y la Unión Europea, sino, incluso con antiguos aliados de siempre como es el caso de México.

La llamada “guerra de los jabones” nombre popular del último incidente en que las “medidas recomendadas para acelerar el tránsito” por parte del Gobierno de los Estados Unidos, vuelve a dar pre-texto y con-texto

a la página vacía de proyectos del Gobierno cubano, para que una vez más, se corra la atención y se desvíe del problema fundamental que no es entre ambos gobiernos, sino entre el pueblo cubano en busca de “levantar cabeza” y su gobierno que quiere mantener el poder.

Lamentablemente, el Gobierno de los Estados Unidos no ha logrado tampoco ahora, separar su política interna y electoral de las políticas externas y de derechos humanos. Esa mixtificación, lo sabemos, no permite ni ver claro ni actuar coherentemente. Entorpece y no ayuda, desvirtúa el asunto y lo coloca fuera del camino que han escogido la mayoría de los cubanos de dentro. Una prueba de ello es la reacción, desmesurada y casi “a favor” del plan de “transición acelerada” del gobierno de EEUU, que ha tomado el Gobierno cubano, porque cerrar las tiendas por dólares y crear un pánico con los jabones y otros artículos de aseo, es hacer “la segunda voz”, cierto que en tono más grave de la misma pieza operática. El mismo lenguaje, el mismo juego por el poder aquí y allá, y los mismos rehenes o piezas secundarias del juego, o como se quiera llamar al único perjudicado y el que debería protagonizar el papel fundamental: el pueblo cubano. Así están las cosas en Cuba, por lo menos así las ve este cubano de dentro.

Mirar a lo principal: Se puede discrepar en detalles de fechas e interpretaciones de hechos, de prioridades y precedencias, detalles de precisiones históricas o valoraciones políticas, pero considero que perderíamos lo primero y principal de esta mirada, su meollo y esencia, su paradigma y moraleja, su mística y su fruto primordial: el proceso. Es el proceso vertebral, el proceso no siempre bien descrito, el proceso impreciso y balbuciente de toda sociedad civil oprimida, es el proceso reclamado por diversos protagonistas, es el proceso en que los mismos protagonistas no logran ponerse totalmente de acuerdo, en ocasiones, sobre métodos, tácticas, estrategias, prioridades.

Es un proceso aún no descrito desde el punto de vista histórico, con datos, fechas y eventos, porque esto es imposible por la inmediatez y la situación de Cuba... pero, en fin de cuentas, está ahí, ocurriendo, transcurriendo, para mí lo más importante es que alcemos la vista, que todos tomemos conciencia de que no sólo existen las ramas: noticias, eventos, desgracias, declaraciones, personas y grupos opositores, disidentes e iglesias, no sólo existen novedades y circunstancias, no sólo existen hechos e iniciativas de diversos colores y talentos, aparentemente aislados, lo importante creo que es, que identifiquemos el tronco, la médula para no dejar sin columna al cuerpo de la incipiente sociedad civil en Cuba: hagamos consciente y visible, que existe el proceso.

2. LA IDENTIFICACIÓN Y EL PROTAGONISMO DE LOS ACTORES SOCIALES: UNA SEÑAL DE CAMBIO.

Cuba se acerca, cada vez más, a pesar de las nuevas cerrazones, a la configuración normal de una sociedad pluralista. Cada vez, con mayor nitidez, se van configurando los diferentes sectores de la sociedad cuyo surgimiento y protagonismo son indispensables para cualquier modelo democrático.

Esos sectores que conforman la sociedad en la que vivimos, son conocidos con el nombre de actores sociales, o protagonistas sociales. Entendido en el sentido de que son aquellas personas, instituciones y asociaciones que “mueven” la vida social, que la viven en carne propia, que la estudian, que la ponen en práctica, que describen las necesidades y las hacen conscientes, que analizan la realidad y la sistematizan. Los actores sociales son aquellos que influyen en la toma de decisiones a cualquier nivel y no sólo en la cúpula del poder, son aquellos que influyen y además determinan, cuando por sus actos y por su influencia logran, de alguna manera, aunque sea pequeña o mínima, determinar las decisiones de cualquier sector de la sociedad.

Cuando el modelo totalitario se va quedando obsoleto y los transmisores intermedios comienzan a pensar con su cabeza y a actuar con su propia voluntad, entonces se ha iniciado un cambio de modelo social. Comienzan a surgir nuevos actores sociales y comienzan a abrirse nuevos espacios para la participación social, para la animación de los sectores y ambientes de la sociedad, y nuevos espacios para la toma de decisiones a cualquier nivel. Se hace manifiesta la diversidad de criterios. Se hace más transparente la pluralidad de opciones. Se expresa más evidentemente que hay otros grupos o sectores que han comenzado a tomar conciencia de su papel como actores sociales.

No me refiero sólo a protagonistas individuales. Me refiero, también, además, y sobre todo, a grupos de personas, instituciones, gremios, comunidades, que en sus pequeños espacios, han comenzado su protagonismo social que puede fácilmente comprobarse. El protagonismo y la efectividad de los actores sociales se mide y se valida sobre todo cuando los demás protagonistas sociales comienzan a reaccionar, comienzan a actuar, se “mueven” en función de los nuevos actores. Hemos escuchado en diversas reuniones de organismos estatales frases como esta: “el lugar que nosotros dejemos vacío, va a ser ocupado por otros”, o “los espacios que no abramos nosotros, van a ser abiertos y copados por otros”.

Esto, en mi opinión, es una de las señales inequívocas de que en Cuba hay otros actores sociales, de que en Cuba existen “otros” que pueden y quieren abrir y llenar espacios. Y lo que es más importante aún, que esos otros actores sociales deben tener un grado de eficacia o de protagonismo tal, que son causa y pretexto de aquellas reuniones, de estas decisiones, de tales programas, de ciertas prioridades del Estado. Si fueran inexistentes, o aún esos actores sociales no tuvieran casi ninguna influencia social, o ninguna capacidad para abrir, animar, cubrir y compartir espacios, el Estado no dedicaría tiempo, esfuerzos muy serios; tampoco movilizaría organismos, instituciones y personas para “responder” a estos nuevos actores y a aquellos nuevos espacios.

IDENTIFICACIÓN DE LOS ACTORES SOCIALES: ¿QUIÉN ES QUIÉN?

Quizá sirva recordar quiénes son reconocidos casi universalmente, como los actores sociales y cuáles son sus espacios y competencias específicos, sus limitaciones y formas de complementarse, de modo que comprendamos que ninguno por separado es capaz de cubrir todo el dinamismo de una sociedad democrática. Parece ser un criterio aceptado por muchos en el mundo contemporáneo que los actores sociales se agrupan y reconocen en tres sectores o ámbitos de la sociedad, a saber:

- La sociedad civil:

Entendida en sentido estricto, es decir, como la red o entramado de organizaciones, grupos, instituciones, gremios, sindicatos, iglesias y otras asociaciones que tienen una autonomía con relación al Estado y a la sociedad política, que actúan en un espacio propio y articulado de la sociedad y que permiten al ciudadano organizarse, participar e influir en la vida social desde las estructuras cívicas que son propias y caracterizan a la sociedad civil. Estas estructuras pueden ser sociales, culturales, económicas, laborales, eclesiales, fraternales, etc. Estas organizaciones cívicas no se agrupan por su ideología, ni exigen a sus miembros definirse en una de ellas, ni aspiran a alcanzar el poder del Estado; se agrupan por intereses sociales, culturales, religiosos, etc. En esto se diferencian de la sociedad política.

Creo que es en este ámbito donde se debe situar el papel de la diáspora: exilio y emigración. Porque ese papel debe ser de redes de acompañamiento moral, social, económico, académico, cultural... y este es el ámbito propio de la sociedad civil. Entrar en el campo de lo estrictamente

político partidista para protagonizar desde fuera lo que le corresponde a los de dentro, sería, por lo menos, una buena intención extemporánea y extraterritorial. Así como entrar en el campo del Estado sería ocupar una actitud de intromisión en los asuntos internos del Gobierno del país.

Estas dos precisiones serían, quizá, una buena oportunidad para debatir esta piedra angular del papel de la diáspora en el presente y el futuro de la entera nación cubana, entendida, como debe ser, como Isla y Diáspora, en un solo destino, pero con roles diversos, aunque no necesariamente contrapuestos.

- La sociedad política:

Entendida, en sentido estricto, como los partidos, movimientos y agrupaciones que tienen un programa político para alcanzar el poder del Estado y participar junto con otros partidos en cualquiera de sus estructuras: Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Estos actores tienen, además de su programa, unos estatutos de funcionamiento interno para sus afiliados, una ideología única para todos sus militantes aunque no la imponen a los demás ciudadanos que no militan en ese partido o movimiento. Tienen unas estrategias de carácter técnico, es decir, muy específicas y medibles, con las que pretenden responder a las necesidades de todo el pueblo. Tienen unas tácticas para alcanzar esas estrategias y una forma específica de pertenencia y organización, de financiamiento y de militancia que los convierte en “una parte” muy bien definida del todo que es el conjunto de la sociedad.

- El Estado:

Entendido como el conjunto de estructuras que sirven para ejercer la autoridad y la soberanía que el pueblo, cada ciudadano, ha depositado en sus representantes legítimamente elegidos de forma libre, responsable, periódica y supervisada por organismos internacionales cuando hay dudas de alguna de las partes. El Estado está al servicio del pueblo y no es su dueño, ni su conciencia, ni su padre, sino su servidor. No debe confundirse el Estado con un partido, ni con la Nación, ni con la Patria.

Ahora bien, puede ocurrir con frecuencia que los papeles no estén claros, que los roles se interpongan, que los espacios se solapen, que las actuaciones se sustituyan unas por otras, unas veces por necesidad supletoria, otras por falta de una sosegada reflexión política, otras por ese déficit

de educación cívica del que todos padecemos. En estos casos, siempre es bueno dialogar, debatir, reflexionar y utilizar los pequeños espacios públicos que tenemos para estudiar entre todos el protagonismo, la forma de complementarse y el rol de cada uno de los tres actores sociales que, en mi criterio, reviste en este momento una importancia capital para el presente y el futuro de Cuba.

MUTUA COMPLEMENTACIÓN ENTRE LOS ROLES DE LOS TRES PROTAGONISTAS SOCIALES

Quisiera dejar algunas opiniones en relación con la mutua complementación de los tres actores sociales. Estas opiniones están inspiradas en las enseñanzas sociales cristianas.

- El Estado no debería asumir ni suplantar el protagonismo de la sociedad civil ni de la sociedad política. Un Estado que no reconoce el rol de esos otros dos actores sociales no sólo limita la libertad y la participación de aquellos sino que empobrece su mismo papel en la sociedad y pierde espacios, creatividad, críticas constructivas e iniciativas que pueden aumentar la credibilidad del mismo Estado, su legitimidad, su gobernabilidad, es decir, su capacidad para servir a las legítimas necesidades del pueblo primero que a su interés por mantener el poder. El Estado es siempre necesario. Pero sus funciones y espacios deben limitarse a los principios de la subsidiaridad y la solidaridad, que vale decir, que el Estado hará solamente aquello que los demás actores sociales no puedan o no quieran hacer. Y el Estado asistirá solidariamente a aquellos miembros de la sociedad que lo necesiten por tener menos posibilidades u oportunidades con la seguridad social, la creación de empleos, la redistribución de las riquezas, etc.

- La sociedad política no debe prescindir ni del Estado ni de la sociedad civil. No los deben tratar a priori, como enemigos irreconciliables. Los partidos y movimientos políticos en Cuba deben respetar el orden y la disciplina social, lo que no significa necesariamente aprobar todo lo que el Estado hace. Los partidos políticos todos, deben ser respetuosos del mismo modo, de la sociedad civil incipiente. Sabemos y debemos convertir en uno de los raseros de nuestra actuación que sin una sociedad civil independiente, soberana, con pluralidad de ideologías y de metodologías sociales, las soluciones políticas, por muy buenas y razonables y pacíficas que sean desembocarán en nuevos autoritarismos. Aún más, creo que es muy

saludable y conveniente para Cuba que exista una sociedad civil legítima que sirva de conciencia crítica, de interlocutora múltiple y plural a los partidos y consensos políticos. Todavía más, creo que es muy saludable y conveniente para los mismos partidos políticos, para los consensos por no pocos de ellos alcanzados, para los protagonistas individuales u organizados, que tengan una sociedad civil que los interpele, los apoye, los denuncie o los compela a ofrecer nuevas y mejores propuestas políticas. Eso no sólo garantiza que nadie se crea con la totalidad de la verdad, sino que exista un verdadero debate público porque sin adversarios (*ad versus*, es decir, propuestas, programas, iniciativas, soluciones alternativas, no personas contrarias) no hay verdadero debate en la búsqueda del bien común.

- La sociedad civil no debe prescindir de la sociedad política ni del Estado. Sería el caos, la anarquía, la atomización de la sociedad. Ninguna de estas cosas son buenas para la salud de una nación. La incipiente sociedad civil en Cuba y los consensos que no pocas de sus organizaciones han alcanzado en una u otra articulación cívica de las existentes, aún cuando crean que las alternativas de la sociedad política son inviables, deben acercarse a los actores políticos para participar con ellos y no necesariamente contra ellos en dilucidar esas alternativas concurriendo al espacio público en igualdad de oportunidades y en mutuo respeto y consideración. Creo que es muy saludable y conveniente para Cuba que podamos comprender que las soluciones de la sociedad civil y las propuestas de la sociedad política no tienen por qué excluirse o mutuamente invalidarse.

Los partidos políticos deben presentar iniciativas para el cambio de forma quizá más global, más técnico, más de arriba hacia abajo. Esto no les valida para desestimar las iniciativas de la sociedad civil que son en el sentido horizontal y de las bases a la cima.

Considero que el día que ambas iniciativas se complementen, sin ponerse a calcular ahora su total efectividad, ese día algo muy importante se habrá movido en Cuba. No se trata de falsas unidades, ni de uniformar el cambio, ni de ir cada cuál por su camino sin mirar para el lado. Se trata de articular y complementar. De autonomía y mutuo control. Se trata de conciencia crítica y subsidiaridad.

He aquí uno de los desafíos más urgentes y una tarea indispensable para el presente y el futuro de Cuba.

3. VISIÓN DE FUTURO

Y hablando de futuro desearía exponer brevemente aquí mis opiniones personales sobre ese devenir:

Después de los totalitarismos de izquierda y de derecha del siglo XX y después de la primera apertura:

- Una nueva filosofía: el personalismo comunitario;
- Una nueva antropología: un humanismo de inspiración cristiana;
- Una nueva pedagogía: *empowerment* para la libertad, para la participación;
- Una nueva visión política: desde la sociedad civil;
- Una nueva visión económica: desde la economía social de mercado;
- Una nueva visión de las relaciones internacionales: la interdependencia, la solidaridad, la justicia y la paz.

El debate público en Cuba

El debate, la polémica, la discusión acalorada, de esquina o de salón, es un ambiente inseparable de la cultura cubana. Donde hay dos cubanos, o cubanas, hay tres partidos, cinco temas a la vez y cien opiniones pugilanteando para ganar. Esto no es exclusivo de los cubanos, pero tiene el bemol caribeño y el calor tropical. Y no es que lo veamos negativo. De ese talante ha salido Cuba, tal cual es y no como se presenta o se presentó para la escena de una historia con cirugía plástica y maquillaje.

Hubo, en esas discusiones, callejón sin salida, caudillismo patético y regionalismos cerrados. Pero la polémica, nacida de la sana diversidad y del respeto y la tolerancia, engendró pensamiento fundacional, virtud cívica, entrega probada en medio de las persistentes diatribas, que calaron profundo en las primeras pleameres criollas, pero que no hicieron encallar el barco de la nación que zarpaba. Parece que así era la Sociedad Económica de Amigos del País, el Seminario de San Carlos, matriz y cuna de nuestra nacionalidad, las tertulias de Domingo del Monte, el Colegio del Salvador de Luz y Caballero, y después, Guáimaro y Jimaguayú, Baraguá y El Sanjón, entre militares y civiles, Céspedes y Agramonte, Maceo y Martí. La acera del Louvre, el Liceo de Guanabacoa... Aunque debemos reconocer que el maltrecho navío de la independencia política arribará a puerto compartido casi un siglo después de las demás naciones de la América hispana. No es el costo de la diversidad y de la polémica, es lo que hay que pagar cuando no se ha aprendido la gramática de la inclusión y del consenso.

Nelson Mandela en su autobiografía *El largo camino hacia la libertad* (que de paso recomiendo para ahondar sobre este tema) decía que un hombre dedicado al servicio de su pueblo primero se convence de dos o tres ideas, las experimenta, las contrasta con otros y luego las va diseminando donde quiera que vaya. Es la sencillez de un hombre que

alcanzó que el debate desembocara en negociación, inclusión y consenso. Hace unos meses en unas palabras que leí telefónicamente para agradecer la presentación de mi libro *La libertad de la luz* que presentaba el Instituto de Estudios Cubanos (IEC) en una Universidad de Miami, sugería estas dos ideas:

Los cubanos debemos y podemos, ahora más que nunca, aprender la gramática de la inclusión. Desde hace mucho tiempo hemos conjugado nuestra existencia sobre todo en las tres personas del singular: Yo, tú, él... cuando más, nos atrevemos a hablar de “ellos”, de los “otros”. Cada cual fuertemente atrincherado en su propia conjugación. Creo que es urgente que practiquemos todos, gobierno, oposición y sociedad civil, en la Isla y en el exilio, conjugar el verbo incluir, sobre todo en la primera persona del plural. Cuba necesita con urgencia la gramática incluyente de un “nosotros” en el que quepamos todos. Para reconstruir el alma desmigajada de la Nación, como decía Martí aquel 10 de octubre de 1881.

El segundo pensamiento que me acicatea es: Los cubanos debemos y podemos, ahora más que nunca, mejorar la ortografía del consenso. A lo largo de la historia de Cuba hemos sufrido no sólo de exclusiones gramaticales, sino también de frecuentes errores ortográficos, creo que fruto del analfabetismo cívico. Quizás hemos puesto demasiados acentos agudos donde necesitábamos palabras llanas y asequibles. Quizá en el empeño de poner los puntos sobre la íes, tan necesarios como aislados, olvidamos poner en primer lugar lo esencial: “Al principio era el Verbo...” y siguen siendo la palabra y el diálogo el principio y el final de toda transición pacífica: Esta es la verdadera ortografía del consenso sobre lo mínimo común esencial que no borra ni vende los acentos y adjetivos sino que los coloca en su lugar. Es urgente encontrar para Cuba hacedores de consensos. Ciudadanos llanos, no esdrújulos. Reconciliadores no re-concentradores.

(MDC, IEC- 21 de septiembre de 2007)

Este es un camino largo y difícil, pero creo que hay señales que nos muestran la voluntad de un número significativo de cubanos y cubanas, de la Isla y de la Diáspora, que desean transitar por estos derroteros. La energía que mueve toda transición pacífica es el debate público. Pero aún cuando muchos reconocieran a este dinamismo social, queda aún la tarea de consensuar el mismo término “debate público”, por muy obvio que pudiera parecer a los que viven en ambientes pluralistas. Permítanme

introducir algunos elementos que considero esenciales para ponernos de acuerdo en el significado, las actitudes, el alcance y los métodos de lo que considero debate público.

a. En efecto, la prostitución de la semántica es uno de los síntomas del totalitarismo. Llega hasta la palabra, la invade, la interviene, la vacía y la rellena de contenidos espurios. ¡Pobre de la palabra que no es cuidada de este injerencismo etimológico! Y pobre de los animadores cívicos y los políticos honestos que no están despiertos y no alertan sobre las verdaderas entrañas de las palabras. Luego lo primero sería sanear la semántica del término, no sea que estemos hablando de contenidos distintos.

b. Propongo esta descripción de Martí que podría ayudarnos a ponernos de acuerdo sobre las características del debate público:

Aquí velamos; aquí aguardamos; aquí anticipamos; aquí ordenamos nuestras fuerzas; aquí nos ganamos los corazones; aquí recogíamos y fundíamos y sublimábamos, y atraíamos para el bien de todos, el alma que se desmigajaba en el país... Con el dolor de toda la Patria padecemos, y para el bien de toda la Patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías... ni nos ofuscamos ni nos acobardamos. Ni compelemos ni excluimos. ¿Qué es la mayor libertad, sino para emplearla en bien de los que tienen menos libertad que nosotros? ¿Para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen? [...] Es cierto que las primeras señales de los pueblos nacientes, no las saben discernir, ni las saben obedecer, sino las almas republicanas [...] Y esto hacemos aquí, y labramos aquí sin alarde, un porvenir en que quepamos todos.¹

Una simple enumeración de algunos verbos serviría para encontrar un meollo cubanísimo para orientar un verdadero debate público:

- Fase preparatoria: velar, aguardar, anticipar.
- Fase constructiva del debate público: ordenar las fuerzas propias, ganar los corazones ajenos, recoger lo bueno, atraerlo, fundirlo, sublimarlo para el bien de todos.
- Actitudes: con-padecer, edificar, ni exclusiones ni banderías, ni ofuscarse ni acobardarse, ni compeler, ni excluir (*sic*, otra vez), sin alarde.

¹ Martí, José. Discurso del 10 de octubre de 1881.

- Método: usar la propia libertad para liberar a los que tienen menos que nosotros. Poner la propia fe al servicio de la animación de los que no la tienen. Discernimiento de las señales de los pueblos nacientes.

- Objetivo: un porvenir en que quepamos todos.

c. No es el debate por el debate. Es el debate con objetivos. Es el debate como camino, instrumento “para” alcanzar un fin. Sea intelectual, sea político, económico, social, incluso material. En este caso, el debate público sería para construir juntos un proyecto de nación con raíces bien profundas en estos fundadores y con los ojos bien abiertos y de mirada-tejas-arriba para que las miserias humanas que puede reflotar el mismo debate no nos embarranque en el inmovilismo o el caudillismo.

d. El debate público auténtico debe proscribir explícitamente los ataques personales y las ofensas públicas. La diferencia entre debate público y campaña difamatoria o ataque para descalificar a “los otros” debe ser enseñada, aprendida y entrenada por todos los cubanos y cubanas que hace más de medio siglo vivimos en regímenes autoritarios y monologantes. Cuando los adversarios son tratados como enemigos no hay debate público. Cuando disentir es considerado una traición a la Patria, a la familia, a la Iglesia o a la comunidad civil, no hay debate público, ni libertad, ni relaciones humanas sanas.

e. El debate público es una técnica que hay que aprender, pero es también, y sobre todo, un espíritu, una atmósfera, que hay que crear entre todos y no sólo de una de las partes.

f. Su carácter público supone una extensión en el contenido y otra extensión en los participantes. No logra llegar a ser verdadero debate público aquel que está autocensurado o previamente censurado en contenidos que no violan los derechos de los demás o la ética pública, que también se llama bien común. Un debate público deja de serlo si es reductivo, o exclusivamente de apoyo, o con estrecho margen de discrepancia en lo esencial o sin disenso en cuestiones estructurales. Tampoco es genuino debate público si no es incluyente, plural y convocador de todos, independientemente de los que accedan libremente a participar.

g. El debate público es la forma de relacionarse normalmente una sociedad democrática. Es por ello que resulta negativamente significativo, para evaluar el grado de democracia que hay en una sociedad o grupo, cuando se es necesario “buscarlo”, o promoverlo, o se hace demasiado

cuesta arriba para convocarlo. En una sociedad con una dinámica normal de convivencia pacífica y democrática, plural e incluyente, no es necesario andar, como Diógenes con una lámpara, buscando dónde están los espacios de debate público. Ellos salen a cada paso de la cotidianidad, ellos son la forma casi imperceptible, no estridente, ni asombrosa de ser en democracia. Nadie se preguntaría en Suecia o en Australia, en Chile o en Canadá, si un “evento” puntual es o no es debate público. Eso sería señal de que la democracia es un accidente.

h. El debate público no es sólo la forma normal de relaciones sociales, comunitarias o grupales. El espacio creado por ese debate es una parte estructural de la sociedad civil tal como la entendemos y la explican varios autores. O mejor, el conjunto de innumerables espacios cambiantes, complejos, que tengan estas características del debate público no sólo son la forma de expresar la soberanía consustancial al ciudadano, sino que crea una estructura antisísmica que forma o debe formar parte insoslayable de una sociedad sana. Es lo que se llama también “esfera pública”. La plaza, el areópago, la *civitas*, la *polis*.

Víctor Pérez Díaz, en su libro *La primacía de la sociedad civil*, plantea así estas experiencias:

La sociedad civil entendida como un entramado de actores sociales e instituciones, se diferenció claramente del estado y de la clase política [...] pretendieron tener una entidad y existencia propias negándose a ser considerados como el resultado de las actuaciones del estado [...] rechazaron la pretensión del estado de monopolizar la esfera pública [...] también rechazaron la pretensión del estado de ser el máximo responsable en la provisión de los bienes públicos, manteniendo, por el contrario, que la sociedad civil era responsable, y capaz, de esta provisión y estaba en mejor condición que el estado para resolver los problemas del crecimiento, la integración social, e, incluso, la identidad nacional.²

La pretensión del Estado de monopolizar la esfera pública supuso no sólo silenciar el debate, o constitucionalizar el monólogo de una sola ideología, alcanza incluso el hecho de querer conceptualizar la misma

² Pérez Díaz, Víctor. *La primacía de la sociedad civil*. Alianza Editorial. Madrid. 1994, p. 140.

sociedad civil como unas organizaciones sociales correas de transmisión del Estado, o del partido en el poder, excluyendo de la estructura misma de la sociedad civil el componente imprescindible del debate público. El mismo Víctor Pérez, reconocido especialista en este tema lo expresa de forma vehemente:

En primer lugar, incluyo la esfera pública, o del debate público, dentro del área de la sociedad civil. La razón es que entiendo que la sociedad civil está compuesta de agentes implicados tanto en actuaciones privadas como en debatir y actualizar diferentes versiones del interés público [...] Con ello quiero hacer hincapié en la relación y la compatibilidad, entre estas dos dimensiones: privada y pública, de la actuación de los agentes, y expresar mi desacuerdo con quienes entienden que la sociedad civil sólo hace referencia a la actuación de los agentes en tanto que sean portadores de intereses particulares o privados [...] desde mi punto de vista, los mercados, las asociaciones voluntarias y la esfera pública, constituyen un sistema de cooperación y competencia que, afectando a un gran número de agentes autónomos, abarca una amplia variedad de áreas de la vida (económica, social, política y cultural) y dispone de un alto nivel de auto coordinación. Estas premisas contradicen dos postulados de las teorías sobre la sociedad civil dentro de la tradición marxista. Primero, los escritores marxistas suelen usar el término [sociedad civil] para denotar un lugar o territorio particular de la sociedad. Marx tiende a reducir la sociedad civil al mercado. Y Gramsci, a las instituciones de la sociedad socioculturales.

(Víctor Pérez Díaz, en su obra *La primacía de la sociedad civil*. Alianza Editorial S.A., Madrid, 1993,1994, pp. 76-81).

Nosotros en Cuba hemos tenido una larga y cambiante experiencia en cuanto construcción y deconstrucción de los espacios del debate público como “santo y seña” de la sociedad civil que, propongo, pudiera ser una nueva forma de leer nuestro devenir histórico. En efecto, se podría escribir una historia de Cuba, otra faceta de la misma historia con otra dimensión y perspectiva –desde abajo, desde los ciudadanos y sus grupos y comunidades. De hecho, cada etapa de nuestra historia puede ser recogida e interpretada a partir de la expansión, de la contracción o de la diversificación del tejido de la sociedad civil.

Pasemos una rápida mirada a ese devenir de los siglos. Ni siquiera para esbozar esa propuesta de historia de la sociedad civil sino sólo para poder sacar algunas “lecciones o moralejas” de la historia:

Manuel Márquez-Sterling ha dicho así: Cuba es “un pueblo que siempre ha padecido de una obsesión mesiánica”³. Ya sabemos que el término sociedad civil, tal como lo entendemos hoy, y con las connotaciones y vericuetos que ha ido adquiriendo, no era usado en aquellos siglos criollos de abono y sementera. Pero la realidad de grupos, asociaciones, instituciones cívicas, culturales y religiosas, sí marcaron una dinámica social que por su significación es imprescindible mencionar:

El mundo de las sociedades gremiales de azucareros, de cafetaleros, pero sobre todo de tabaqueros que impactaron a toda la sociedad con sus demandas y “rebeldías”, signos de autonomía con relación a la metrópoli y motor para marcar la diferencia con ella. El mundo de la cultura y la creación literaria, con sus obras impresas y sus tertulias, células estaminales de libertad, identidad y nacionalidad. La fundación de la Universidad, del Seminario de San Carlos, de la Sociedad Económica de Amigos del País, del Papel Periódico, son muestras de la gravidez de ese mundo, sin duda, uno de los más fecundos en la gestación del entramado social y en la formación de protagonistas de esta gestión. El mundo de la creación científica y tecnológica, o lo que pudiéramos llamar el mundo de la industria y el comercio que, como nadie, ha recopilado e imbricado en nuestra historia, el Dr. Moreno Fragnals, en *El ingenio*. El mundo de la Iglesia, con su labor humanística y social, pero sobre todo con el servicio de sus “espacios”, terreno, aire y regadío, para un enjambre de asociaciones religiosas, educacionales, promocionales y de asistencia social que pudiéramos llamar, sin rubor, el primer panal, totalmente estructurado y capilarmente abarcador del territorio insular, con que pudo contar Cuba y del que pudieron asumir y criticar, aunque fuera sólo como modelo de tejido social y gestores cívicos.

La configuración de ese período resulta de los factores siguientes: los modos del pensamiento político (unos reformistas, otros separatistas), las grandes revistas (*Revista Bimestre*, *la Revista de Cuba*, etc.), conservadas hoy en numerosos volúmenes, algunos periódicos diarios (*El Habanero*, *El Siglo*, *El País*), una serie de folletos políticos, que llamaríamos ahora ensayos (“La Isla de Cuba tal cual es” de Domingo del Monte, “Cuba: su porvenir” de José María Zayas,

³ Márquez-Sterling, Manuel. “¿Qué hubiera pasado si...? Martí no hubiera muerto en Dos Ríos”. 16 enero de 2002.

“Cuba contra España” de E. José Varona), el prestigio que alcanzó la creación y la crítica literaria (“Hojas Literarias” de Manuel Sanguily y otras de Del Monte y sus tertulias literarias, otras de Piñero, Heredia, Milanés, Justo de Lara, Varona, Montoro, etc.), de la influencia de varias instituciones (El Seminario San Carlos, La Sociedad Económica de Amigos del País, que conserva su gran biblioteca y parte de la ingente labor cívica anterior, el Colegio “El Salvador” de José de la Luz, etc.), el auge de la oratoria (en Sociedades como el Liceo de Guanabacoa, la Caridad del Cerro y otros se escuchó con veneración a Montoro, Martí y otros), y los representantes del pensamiento filosófico (Varela, Luz, los “Elementos de la Filosofía del Derecho” de Antonio Bachiller y Morales, Varela Zequeira, Varona, etc.).⁴

El siglo XX cubano pudo engendrar la República que se venía gestando desde el XIX, cargando con los lastres del camino. Entonces, y desde mucho antes, Cuba era ella misma, con conciencia de sí, y esto gracias también a esos espacios de debate público, verdadero vivero de nacionalidad y cultura, lo que no reduce la edificación de Cuba, sólo gracias a las guerras de independencia como escriben algunas historias.

La década del 20 en Cuba está considerada como “la década crítica”. En ella nos fijaremos en la evolución de la sociedad civil, y en ella en los espacios de debate público que comienzan a “cubanizarse” muy lentamente, pero con un punto de inflexión claro y decisivo. Las organizaciones y movimientos cívicos, las Iglesias, las Logias y Fraternidades, los empresarios y profesionales, comienzan a crear nuevos espacios de concienciación y participación ciudadana que mueve, efectivamente, la sintonía de Cuba como “República adolescente”. Adolescencia, edad crítica en la que comienza a darse cuenta ella misma de su crisis de crecimiento, que la coloca en la disyuntiva de seguir “jugando” como niños a “los generales y doctores” o, por el contrario, ir saliendo del seno de la familia anterior, ir dejando atrás la curiosidad sobre las estructuras del Estado que no pueden funcionar bien si no existen ciudadanos responsables, demócratas para una verdadera democracia, que asuman la construcción y el destino de un nuevo país más allá y más debajo de su propio juego político y de sus recién estrenadas estructuras de poder.

⁴ Cf. Vitier, Medardo. *Las Ideas y la Filosofía en Cuba*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 1970, pp. 300 y ss.

Julio Le Riverend, en su prólogo a la segunda edición de *Entre cubanos* de Fernando Ortiz, da su propia apreciación sobre esta inflexión crítica de la década de los veinte en Cuba:

Las primeras respuestas al fenómeno de desintegración histórica se vuelven contra el choteo, humorismo cubano que encubre tanto cinismo como honrada crítica, imputa la carencia de disciplina y unión, o sea, la indiferencia del frustrado y el deterioro de la nación detenida [...] subraya la ligereza como falta de tenacidad en la prosecución de los objetivos individuales y nacionales, no se deja de señalar la irresponsabilidad, grado mayor de la indiferencia, ni la incultura como caracteres que integran el ser nacional en momentos en que se requieren las más altas virtudes.⁵

Aunque esta pudiera ser una visión sobre el devenir histórico, preferiría acercarme a otra forma de interpretarlo, evaluándolo como un proceso de crecimiento en el que necesariamente se van dejando atrás etapas de inmadurez que aparecieron como consecuencia lógica de la “edad” de la República, como rasgos de su niñez, de su adolescencia, de su primera juventud. Pero al fin y al cabo, crisis de crecimiento en el sentido de la madurez progresiva, de la gradualidad de las responsabilidades.

La tesis de Vitier pudiera acercarse más a esta forma de interpretar el devenir republicano: “Nuestro siglo XIX está lleno de gérmenes, de tal suerte que llegamos a la República sin haberlos desenvuelto todos. Parte de nuestro pasado conserva su vigencia.”⁶

La cumbre de la institucionalización de los verdaderos espacios para el debate público en Cuba puede fijarse en las décadas del 40 y 50, comenzando con la Constitución de 1940 y terminando con la dictadura de Fulgencio Batista que abolió la misma Carta Magna, y luego la larga etapa de medio siglo de una revolución que fue hecha, según se decía, para restituir los espacios libres de participación ciudadana y muy rápidamente torció el camino hacia el marxismo leninismo por

⁵ Le Riverend, Julio. Prólogo a *Entre cubanos*, de Fernando Ortiz. 2ª ed. La Habana, 1987.

⁶ Vitier, Medardo. *Las Ideas y la Filosofía en Cuba*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 1970, p. 300.

la puerta de la cárcel, el paredón de fusilamiento, las depuraciones de los espacios públicos, la abolición del debate plural, el silenciamiento de las voces democráticas y la instauración de un estalinismo de corte tropical. Peor aún que aquel frío y seco de la Siberia. Los espacios públicos se dismantelaron, el debate franco se metió en las catacumbas y una impresionante emigración desangró a una Nación que quedaba a trancos entre la Isla y la Diáspora. Ha sido el golpe más contundente al debate público y a la sociedad civil en toda la historia conocida de Cuba.

Quince años después del triunfo de la revolución socialista, a mediados de los 70, comienzan a reconstruirse pequeños espacios independientes a partir de la Comisión de Derechos Humanos en la que Ricardo Bofill, Elizardo Sánchez, los Arcos Bergnes y otros audaces cubanos comienzan a sacar a la luz el alma plural y las voces que luego hilarían nuevamente, sin pausa, pero sin prisa, el tejido de la sociedad civil y el concierto de los primeros balbuceos heroicos del debate público.

De entonces a esta fecha se podrá escribir, cuando llegue el momento que se acerca, un itinerario de martirio civil, de gestas incansables, de tanteos para levantar cabeza, de voces que se alzan y son bajadas al silencio más elocuente que es hablar con la frente en alto y la mirada sin odio frente a una maquinaria que existe para deshilar las voces y las vidas de los que saben que la verdad está hecha para decirla, para buscarla entre todos, para vivirla en común. De la década del 80 emergen los primeros intentos organizados de oposición cívica, los primeros susurros de debate político en las tertulias de las salas, o mejor de los comedores, de las casas de los disidentes. Ellos aprenden y saben que la verdad no necesita ejércitos para clarear. Aún más, que la naturaleza del día es compartir la luz. Todavía más, la década del noventa en Cuba, nace con la inalienable certeza de que el debate público, y no la violencia verbal o física, es el único camino ético para la transición.

La Iglesia católica, una de los pocos espacios de autonomía del pensamiento venía paralelamente desarrollando en su seno desde 1975 encuentros de jóvenes y familia. Asambleas diocesanas y nacionales de laicos, misiones en los barrios, hasta que ese movimiento de base cuajó en lo que es considerado como el primer espacio institucional de debate público aún en plena noche: nos referimos a la Reflexión Eclesial Cubana (REC) que desde 1981 y hasta febrero de 1986 fue un movimiento del pensamiento de inspiración cristiana y el debate comunitario y capilar de la base hasta la misma jerarquía de

la Iglesia que le permitió –se confirma la eficacia del debate libre y plural– salir del testimonio callado de los templos casi destartados a una conciencia abierta, misionera, en diálogo con toda la sociedad, especialmente con las pequeñas comunidades de base y el mundo de la cultura. El Encuentro Nacional Eclesial Cubano fue el ápice de esta hoja de reflexión y debate que la Iglesia aportaba a todo el árbol nacional. Los aportes y reflexiones, las líneas de acción y lecciones de la historia fueron recogidas en un libro de consulta que, por razones obvias, tuvo que ser publicado en la Editrice Vaticana (cf. Documento final del ENEC. Roma 1987). Se puede observar claramente que los métodos de la REC y el ENEC han sido utilizados por más de una agrupación de la sociedad civil como camino de consulta, debate y aportes a la sociedad.

La misma existencia en los 90 de innumerables grupos disidentes de las más plurales tendencias, ideológicas, sindicales, religiosas, filosóficas... es el mejor retrato del debate público renacido, aunque aún en gestación.

Víctor Pérez Díaz en su obra citada nos ofrece un diagnóstico de la Europa del socialismo real, que de alguna forma confirma también la evolución de la esfera de debate público en Cuba:

(...) incluso, bajo la dominación comunista, ya existía en un grado significativo, una sociedad civil en sentido restringido, a la que había que dar la oportunidad de ejercer presión, y de avanzar, hacia el establecimiento de una sociedad civil en su sentido más amplio [...] En Polonia fueron la Iglesia y los sindicatos los que defendieron estas propuestas (así pues, sobre todo, en el campo asociativo); en Hungría éstas surgieron inicialmente por medio del desarrollo de lo que se llamó la segunda economía (en el campo, por tanto, del mercado); en Checoslovaquia se defendieron principalmente en el ámbito del debate público y de la disidencia cultural (es decir, sobre todo, en el campo de la esfera pública) [...] Todas estas experiencias, vividas en diferentes países, demostraron la viabilidad de instituciones alternativas (como las negociaciones colectivas y las huelgas, los mercados, las reglas del debate público, etc.), organizaciones, redes, y movimientos sociales alternativos (como las iglesias, los sindicatos, las redes de disidentes, etc.) [...] Estas demostraciones prácticas se llevaron a cabo durante un período prolongado de tiempo [...] y prepararon el camino [...] que terminó sucediendo a finales de los ochenta, cuando se abrió un respiradero, o una ventana de oportunidad, a causa de la incapacidad, o la falta de voluntad de los

dirigentes de los estados y los partidos marxistas para emplear la violencia contra sus propias poblaciones.⁷

Casi imperceptiblemente, como ocurren las cosas más importantes en los sistemas totalitarios porque si no, no pueden ocurrir, las personas independientes, los que han despertado a la soberanía ciudadana, los grupos que han aprendido, haciendo, cómo organizarse en sociedad civil, empujan de noche, como los campesinos de antes, las cercas del único dueño, para ampliar milímetro a milímetro los espacios de disenso público. Incluso, algunos sectores que ofrecen a la oficialidad una fidelidad formal y expresa mientras abren todo lo que pueden del rango del debate permitido. Son nuestros “respiraderos” como dice Pérez Díaz. Son más, constituyen el desmonte de la maleza totalitaria para dejar avanzar gradual y pacíficamente la vía de la comunicación, el diálogo, el debate, la solución pacífica de los conflictos y la construcción de consensos entre los diversos, que somos todos.

En los 70 comenzaron los encuentros llamados diálogos entre cubanos de la Diáspora y de la Isla con presencia del Gobierno. Se convertían así de gusanos en mariposas, de no-cubanos en la comunidad cubana en el exterior.

En los 80 surgían otros intentos entre los que se encontraba aquella propuesta de una decena de intelectuales que proponían precisamente eso un debate dialogante y respetuoso para comenzar los cambios. Eran Raúl Rivero, María Elena Cruz Varela y otros. Fue nuestra pequeña pero significativa Carta 77.

La década de los noventa trajo nuevas experiencias de debate como Concilio Cubano y aquella Convocatoria al IV Congreso del PCC que invitaba a todos a expresar sus opiniones y propuestas. Cuatro cubanos: Marta Beatriz Roque, Félix Bonne, Vladimiro Roca y René Gómez respondieron participando con el documento “La Patria es de todos”. Parecía que se abría pero no. Los encerraron en la cárcel con hasta cinco años de condena por opinar. Surgen en el ámbito de la Iglesia otros espacios de incipiente debate público como las Semanas Sociales Católicas (1991) que se desarrollaron con participación de laicos de toda la Isla e invitados durante una década.

⁷ *Ibidem*, p. 143.

En 1993 se funda el Centro de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis de Pinar del Río y dentro de este espacio, van surgiendo otros foros de debate como la Revista *Vitral* (1994-2007), los Concursos Literarios convocados por ella con la publicación de las obras premiadas; los grupos de educadores, economistas, informáticos y ya en los años 2000 se comienzan a realizar los llamados Itinerarios de Reflexión para el futuro de Cuba: se lograron culminar después de año y medio de debate: un proyecto educativo para Cuba y un proyecto de pensamiento económico para Cuba y se comenzó otro sobre la sociedad de la información. Quedó sin comenzar la Reflexión sobre un marco legal para el futuro de Cuba.

Surgirían también el Centro de Estudios Sociales fundado por Héctor Palacios y el proyecto de Bibliotecas Independientes que quedó en manos de Gisela Delgado Sablón al salir de Cuba sus primeros fundadores; así como los Talleres Sociales de la Diócesis de Cienfuegos, la Cátedra del Instituto Pastoral “Enrique Pérez Serantes” de Santiago de Cuba, los servicios de Consultoría Jurídica, Psicológica y familiar que llegaría a tener su primer encuentro nacional en El Cobre auspiciado por la entonces activa Comisión Nacional de Justicia y Paz. Años después el proyecto de Bibliotecas abría otro espacio con el Concurso “El Heraldito” y ahora otro Concurso Literario “Voces de cambio” con la correspondiente publicación de las obras premiadas.

A finales de los noventa y principios del nuevo siglo, se produce en Cuba lo que puede ser considerado la mayor experiencia cívica de debate público surgida de la disidencia: el Proyecto Varela, ideado y promovido por el Movimiento Cristiano Liberación liderado por Oswaldo Payá, y asumido por “Todos Unidos” que le brindó apoyo en toda Cuba junto a otros sectores de la sociedad cubana y hasta por el ex presidente James Carter que desde un debate en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, mencionó y elogió el Proyecto Varela frente a la máxima dirección del país. Todos ellos lograron, para asombro del mundo, regocijo de los protagonistas y preocupación de la oficialidad, más de 10 mil firmas identificadas en un primer momento, para satisfacer el precepto constitucional para presentar al Parlamento una iniciativa ciudadana de ley y luego de la ola represiva de la Primavera Negra del 2003, se alcanzaron más de 25 mil firmas, dos veces y media más que las 10 mil requeridas por la Carta Magna. En el más rancio estilo del sistema el gobierno movilizó sus correas de transmisión para la recogida de millones de firmas para un llamado “socialismo para siempre, intangible, intocable, invariable”. El debate oficial llegó hasta la discusión semántica de que lo correcto era decir intangible porque se refería a un movimiento ideo-

lógico inmaterial. Espasmos aparte, debemos reconocer que el Proyecto Varela movió desde la base y hasta la cumbre un estado de cosas y esto es típico de una experiencia de debate público aún cuando el gobierno no entablara directa o explícitamente ese diálogo pero actuó y movilizó ante la propuesta de la alternativa. Le siguió el Diálogo Nacional para conformar propuestas concretas con el aporte de todos los que desearon participar y ahora el se viene convocando y realizando la Campaña Cívica de Foro Cubano. Y eso es también debate público.

Al mismo tiempo se organizaban otros espacios de debate como las ochenta y seis “Propuesta de Medidas para salir de la crisis” de la mencionada agrupación “Todos Unidos” liderada en este tiempo por Vladimiro Roca, y rotativamente por otros opositores. Por su parte, la ya excarcelada por segunda vez, Martha Beatriz Roque, organizaba en un patio de Río Verde en la casa de Bonne Carcasés, la conocida Asamblea para Promover la Sociedad Civil aquel inolvidable 20 de mayo de 2005, culminación pública de un debate que venía haciendo el movimiento del mismo nombre.

La primera década del siglo XXI nos presenta nuevos intentos y nuevas represiones. Ese ir y venir de la puja de la libertad de expresión y de asociación y un sistema que pierde gota a gota el control totalitario en la base y ve nacer y crecer delante de sus manos que ya no abarcan todo un sinnúmero de pequeños espacios de debate y creatividad. Mencionaremos sólo algunos que, por supuesto, no son ni todos ni la mayoría, valga aclararlo, pues no se trata en este trabajo de un elenco de grupos o iniciativas, sino de un muestrario para demostrar la tesis de que se abren esas ventanas de debate propositivo, como huecos de soberanía ciudadana en el guayo nacional: La Revista *De Cuba* de la Sociedad de Periodistas Manuel Márquez Sterling; la Revista *Temas* de Rafael Hernández con sus debates de los últimos jueves en el ICAIC; la Revista *Criterio* de Desiderio Navarro, la Revista digital *Consenso* y los demás blogs y carpetas de ese portal que ahora animan Dimas Castellanos, Yoani Sánchez y Reinaldo Escobar, Miriam Celaya, Eugenio Leal, Marta Cortizas y otros; la Revista *Bifronte* de Holguín; la Revista *Espacios* de los laicos de La Habana. Y otras publicaciones católicas, evangélicas, locales, nacionales y del exilio como *Encuentro de la Cultura Cubana*, *Revista Hispano Cubana*, *Ideal*, *En Comunión*, *Palabra*, *NPC*, *CUBA-NET*, *Disidente*, y un largo etc. Hay que decir que el movimiento de periodistas independientes de Cuba, individuales como Oscar Espinosa Chepe, Miriam Leiva y otros; o con sus agencias de prensa como Raúl Rivero, Vázquez Portal, Juan González Febles, Tania Díaz Castro,

Víctor Rolando Arroyo, Ricardo González, Adolfo Fernández, Olivera y tantos otros, son de las expresiones más elocuentes y que más han promovido el verdadero debate público, mereciendo incluso respuestas en los medios oficiales y al más alto nivel del Gobierno.

Amplían aún más las diversas iniciativas de estudio y debate participativo y grupo mediático Consenso de Manuel Cuesta Morúa, Fernandito Sánchez, León Calvo. La mesa de reflexión moderada del Arco Progresista. Surgen también espacios informales como el Té Literario de las Damas de Blanco en casa de Laura Pollán, las nuevas Tertulias de Pinar, después del desmantelamiento del Centro Cívico en la primavera de 2007 y toda una red de espacios pequeños, esparcidos por toda Cuba, que surgen y desaparecen, que vuelven a resurgir con nuevos proyectos, que sería imposible mencionar, unos articulados entre sí o promovidos por partidos o movimientos cívicos, otros independientes y aislados, todos hechos con mucha virtud y amor a Cuba, algunos muy conocidos aunque no pueda mencionarlos, otros menos conocidos pero igual de útiles para el entrenamiento de las bases ciudadanas para el debate público. Esta es la señal menos visible pero, en mi opinión, más valiosa por su impacto en las partes más vulnerables y menos entrenadas de la sociedad cubana. De esas bases surgieron varios movimientos en el interior del País que por eso mismo son menos conocidos que los de la capital.

Otras expresiones del debate público emergente en Cuba son esa plural y multiforme red de sindicatos independientes, Colegios de Profesionales como el de Pedagogos que ha celebrado recientemente su Segundo Congreso Nacional con la participación de más de cien personas en la residencia de su líder Roberto de Miranda. Surgen muy recientemente esfuerzos muy serios de unir y consensuar. Es el deseo de todos y todas, de la pequeña comunidad política opositora y de incipiente sociedad civil. El documento “Unidos por la libertad” es una muestra de lo mucho que se puede hacer. Es un paso de mucha madurez que debe tener continuidad y sistematización en los proyectos. Por su parte los diversos partidos de orientación ideológica liberal se organizan en la Unidad Liberal de la República de Cuba. Otra manera de abrir espacios al consenso y al debate. Tengo la certeza que las demás orientaciones de pensamiento político que no lo hayan alcanzado vayan preparando el camino del futuro que se nos echa encima.

Mención especial merece, por la esperanza que nos trae, el Movimiento Cubano de Jóvenes por la Democracia, liderado por Néstor Rodríguez Lovaina y su equipo, que ha venido animando el movimiento estudiantil que solicita la autonomía universitaria, logro alcanzado por sus ante-

cesores antes de la Revolución socialista y también la reapertura de la Universidad Católica Santo Tomás de Villanueva de los Padres Agustinos, que fue intervenida y clausurada por el Gobierno a principios de la década del 60. Los sucesos del martes 4 de diciembre en la Parroquia de Santa Teresita de Santiago de Cuba, a cargo del Padre José Conrado Rodríguez Alegre, pastor entregado a su pueblo y cuya cubanía pletórica es incuestionable y contagiosa. Este lamentable evento es al mismo tiempo un signo de los tiempos que deberíamos interpretar sin prejuicios de ningún lado. Estoy seguro que pasará a la Historia de Cuba por el momento crítico en que ocurría, por las diversas interpretaciones que las partes dan desde una óptica autoritaria, y porque de alguna manera, eso sí, pacífica por parte de los jóvenes universitarios, hacen realidad, a su forma, aquella exhortación del Papa Juan Pablo II en la misma ciudad de Santiago hace ahora diez años:

los laicos católicos, salvaguardando su propia identidad para poder ser “sal y fermento” en medio de la sociedad de la que forman parte, tienen el deber y el derecho de participar en el debate público en igualdad de oportunidades y en actitud de diálogo y reconciliación. Asimismo, el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales. De este modo cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil y de la adecuada libertad de asociación, podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común.

(Juan Pablo II, Santiago de Cuba, 24 de enero de 1998).

Conozco muchos laicos y laicas, sacerdotes y pastores de diversas denominaciones cristianas en la Isla que hace muchos años hacen, como pueden y hasta donde pueden, todo lo posible por promover espacios de debates participativos al nivel y en los ambientes concretos en los que viven y trabajan. Algunas logias o asociaciones fraternales también lo son y lo buscan según su propio perfil. En el ámbito religioso debemos reseñar también el diálogo permanente e institucional que la Iglesia católica en Cuba sostiene desde hace años entre delegaciones de sacerdotes, religiosas y laicos, presididos por un obispo de la Isla, con sacerdotes, religiosas y laicos, de la Diáspora. Este signo es un llamado a la promoción de espacios de debate público que sean al mismo tiempo puentes entre todas las orillas de la única nación cubana. El espíritu, la forma, y el contenido de estos debates deben rebasar y complementar lo que la Iglesia está realizando en su ámbito propio como señal. Los contenidos de estos debates entre la Isla y la Diáspora deben centrarse en

las visiones de futuro para Cuba y los proyectos comunes para alcanzar esas visiones con la participación de todas las partes.

Dos eventos importantes y señeros del debate público en Cuba, ocurridos ambos en el 2007, cierran estos ejemplos que nos deben animar a nombrar otros muchos. Me refiero al debate de numerosos intelectuales cubanos que comenzó al inicio del año por iniciativa de algunos de ellos con ocasión de dos programas televisivos cubanos en que se presentaron dos funcionarios del mundo de la cultura de otra época y de otros estilos; y al debate del discurso de Raúl Castro el 26 de julio de 2007, convocado por el propio Gobierno y Partido en todas las instancias oficiales.

Son dos muestras diferentes de emergencia del debate público. El de los intelectuales: nace de una o varias personas, por correo electrónico, de modo informal, sin saber su alcance y su impacto, no es promovido por autoridad alguna. Más bien la autoridad responde y de alguna forma se deja interpelar, organizando algunas reuniones de debate dentro de sus propios cánones. La recopilación más completa que conozco hasta el momento de estos debates electrónicos y públicos; típicos, eso sí, de otro tipo de sociedad que ya adelantan, puede ser consultada en www.desdecuba.com.

El debate del discurso del Vicepresidente nace del mismo Gobierno, cuenta con todos los recursos para su implementación, se hace en toda Cuba, aunque estas mismas características inducidas, que “permiten y solicitan” que “se pueden plantear todas las preocupaciones” de los participantes, limiten por otra parte, su propio carácter de debate público, hablan por sí solas del tipo de sociedad en la que aún vivimos en que es necesario “permitir” esa participación, aclarar que “se puede plantear todo, sin miedo”, y además el método es “recoger” todos los “planteamientos” y “elevarlos” a quien corresponda. A esta forma peculiar de debate le llamo la cultura del elevador: suben los planteamientos, bajan las respuestas. Si funciona el elevador. No obstante, ha sido una experiencia que ha servido por un lado de “válvula de escape”, por otro de “termómetro sociológico y político, y por otro lado desencadena –imposible de parar– un deseo de denunciar, de decir, de reclamar, que algunos se creen de verdad, otros dudan y otros dicen que es el mismo perro con diferente collar. Aún así, considero que ha sido –tengo que hablar en pasado, otra limitación– una brecha abierta para que un día haya un debate público sin permisos previos. No puedo citar un sitio en Internet para consultar los contenidos de todos los planteamientos recogidos en las asambleas porque no son publicados. Otra especificidad que reduce su carácter de debate público que, evidentemente, demuestra

que no tiene por qué ser directamente proporcional al alcance de los participantes como dijimos el comienzo de este trabajo. En el de los intelectuales participan menos pero se publica todo. En este participan muchos pero se publica poco. Ambos preparan el camino junto con todos los espacios anteriormente mencionados y otros muchos. Ambos entrenan para una auténtica sociedad civil en Cuba.

Así lo expresa Václav Havel:

El elemento fundamental y más legítimo de la democracia es la sociedad civil [...] En la base del argumento de que la sociedad civil representa un ataque contra el sistema político está el conocido rechazo a compartir el poder. Es como si los partidos nos estuviesen diciendo: El gobierno es un asunto nuestro, así que elijan a cuál de nosotros quieren, pero nada más. Absurdo: los partidos políticos, las instituciones democráticas, sólo funcionan bien cuando extraen su fuerza e inspiración de un entorno civil desarrollado y pluralista y están expuestos a las críticas de su entorno.⁸

Como conclusión debemos decir que parece ser que disminuye el nivel de miedo social, aumenta la necesidad de expresión abierta, plural y honesta de cubanos y cubanas, van creciendo los pequeños espacios en que se puede entrenar la capacidad de debate respetuoso y propositivo, algunas experiencias llegan a alcanzar el pleno significado del debate público con todos sus requerimientos, otras, sin embargo, se ven lastradas aún por las inercias, manías e inexperiencias de más de un siglo de monólogo autoritario y totalitario. No es fácil cambiar de una cultura del asentir, disimular, cuidarse, responder con la respuesta que se quiere escuchar a una cultura del respeto a lo y los diferentes, una cultura del disentir, de la franqueza ciudadana, de proponer, de no tenerse que cuidar más que del ofender: pero el diagnóstico en general es esperanzador. Sólo dando a conocer y tomando conciencia de las experiencias vividas podemos tomar conciencia del estado de la esfera del debate público en la Cuba actual. Ese es uno de los objetivos de este trabajo.

Por otro lado, el analfabetismo cívico de que hemos hablado (www.vitral.org, Revista *Vitral* N° 73, mayo 2006) hace cada vez más urgente una educación ciudadana que familiarice a todos con el verdadero

⁸ Havel, Václav. “La sociedad civil es lo más legítimo de la democracia”. Revista *Vitral*, Año VIII, N° 45, septiembre-octubre de 2001, pp. 56-57.

concepto de debate público, con sus métodos y estilos, con sus fines y proyecciones.

Es obra que lleva años de empeño perseverante y capilar, pero merece la pena dedicar la vida entera a esta obra de educación ética y cívica. Creo que el futuro democrático, el progreso y la felicidad de Cuba, es decir, de todos los cubanos y cubanas de aquí y de la Diáspora, dependerán, en gran medida, del cultivo de la cultura del debate público: esencia, dinamismo y parte estructural de una sociedad civil sana y creativa. Este es el nuevo nombre de la democracia.

Pinar del Río, 8 de diciembre de 2007

Un resumen fue publicado en la revista
Encuentro de la Cultura Cubana.

IV

Cuba: aprender la gramática de la inclusión y del consenso

Prólogos y presentaciones

Para Cuba que espera. Ricardo Arias Calderón

*Porque nuestra salvación es una esperanza,
Y una esperanza que se ve, no es esperanza,
pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve?
Pero si esperamos lo que no se ve,
aguardamos con paciencia.*

(Carta de San Pablo a los Romanos, 8, 24).

La profunda y larga amistad de Ricardo Arias Calderón hacia Cuba, es anuncio y sacramento de las relaciones entre los pueblos del Istmo y de la Isla: respeto, cercanía, servicio y solidaridad fraterna.

Este pequeño libro es sólo signo y semilla de su desbordante vida y entrega personal. Es un libro nacido del amor a Cuba. No se trata de un amor teórico, ni siquiera de un amor universal hacia otras tierras y naciones. Se trata de un amor existencial, concreto... conyugal.

En efecto, es un amor “desde la propia experiencia”, desde la historia de su propia esposa: Teresita, cubana, habanera, panameña, inmarcesible. Se trata del más entrañable y comprobable de los amores y por ello, sólo por ello, da a la palabra sobre Cuba, aun la más exigente, un matiz de cercanía, un tono de familia, una indiscutible autoridad moral.

Este libro es “un homenaje al cubano y a su cultura”. Honor que se convierte en relación y compromiso fraternos: estas “son mis dos preocupaciones con relación a Cuba. Quiero comprender lo más que pueda la Cuba actual y conjeturar lo mejor que pueda la Cuba venidera” (p. 24).

Homenaje de amor que “no empaña la inteligencia, sino que prueba su sinceridad al verse sometido a la consideración de la verdad sobre Cuba”. Pero esa búsqueda de la verdad sobre Cuba, ni se hace dogmática, ni condenatoria, ni excluyente, se trata de alguien que habla “como un amigo entrañable que viene a compartir experiencias y no a dictar lecciones” (p. 29).

Estamos, pues, en presencia de un don de hermano y de un ejercicio de discernimiento y de redención mutua e incluyente.

Al discernimiento y no a la sentencia invitan estas serenas y sabias reflexiones. Al “pensar primero” –como nos enseñara Varela y aún necesitamos aprender. A eso nos invita. Discernimiento de perspectivas éticas, de opciones fundamentales que iluminen las actitudes y acciones de cuantos se sientan convocados a una renovación de la mente y a un cambio de las estructuras con el único fin: “el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre” (José Martí).

Este es un libro escrito desde la cruz. Lo sé, lo siento y lo he leído así, con la admirada devoción del que sabe que el que piensa y ama, escribe lo que piensa y sirve al que ama desde el don de la cruz personal. Pues si es un don cuajado desde el sacrificio y la gratuidad, no hay duda de que es fermento de redención que emana de toda cruz asumida y compartida.

Por eso puedo decir, con conocimiento del ara y del oferente, que estas reflexiones pueden y deben tener un carácter redentor, es decir, de cuota de eticidad reflexiva que se ofrece por “el mejor de los futuros para Cuba”. Y en esa “ofrenda permanente” salen renovadas y fructificadas tanto la Isla como el Istmo, tanto el que escribe y sugiere como el que lee y se compromete. Porque de esto se trata. De una sugerente vocación al compromiso.

Pero, todo compromiso requiere una ruta, o por lo menos una orientación, y sin duda exige “el derecho al sentido” que menciona Arias Calderón citando el conocido libro del ex ministro francés de Justicia, Francois Bayrou (p. 53). Ese “sentido” entraña identidad y moralidad. Ser y quehacer personal, familiar, cívico, político y de las relaciones internacionales. Ese sentido debe tener un carácter holístico, abierto, perfectible para no reincidir en la fragmentación antropológica, la cerrazón-incomunicación asfixiante y los paraísos-utopías terminadas e intocables, intangibles, que al final se vuelven a sí mismas irreformables y que ya hemos experimentado durante el siglo XX todo el mundo, y Cuba, de manera muy tropical y discernible, en la segunda mitad de esa misma centuria.

Viene a mi mente, salvando contextos y estilos, leyendo este compendio de conferencias y artículos de Arias Calderón sobre y desde Cuba, aquel otro pequeño y grande libro, *El hombre en busca de sentido*, de Víctor Frankl, psicólogo vienés, encarcelado en un campo de concentración nazi y que fundó la tercera escuela vienesa de psicología con esa obra que rememoro con gusto y admiro por su vigencia para Cuba y Panamá, por su concordancia con estas reflexiones del ex vicepresidente panameño.

Por eso creo que lo que Cuba necesita, más allá de un cambio partidista, más allá de una renovación del modelo económico, más allá incluso de una reconstrucción del tejido social, lo que considero que más necesita cada cubano y toda la nación que peregrina en varias orillas de este Mar Rojo, es buscar “un sentido” para nuestro proyecto como Hogar y Nación en medio de la entera familia humana.

Varios sectores de nuestro pueblo exigen ya hoy, con respetuosos y pacíficos métodos y actitudes de diálogo, los derechos civiles y políticos, los derechos económicos y sociales, los derechos de la conciencia y de la libertad de religión en el pleno concepto de estos derechos. Es necesario, creo, ir más allá todavía, se trata del “derecho al derecho”, del “derecho al sentido” de la vida, del derecho al *ethos* nacional. En una palabra, de la libertad ontológica de ser uno mismo, de ser con los demás y de poder alcanzar el gozo supremo y trascendente de vivir para los demás.

En ese sentido ¿hacia dónde vislumbra y otea el horizonte el autor de este libro?

Otra vez, su misma vida. Otra vez su intercambio experiencial. Él vivió en medio de su pueblo y exiliado de él, su propio proceso de transición. Su búsqueda de sentido. Sus frustraciones y limitaciones y sus proyectos y esperanzas. Se dice que estos ensayos y artículos son primordialmente sobre Cuba, pero, un lector avisado podrá ver, sentir, casi tocar, que por debajo, por los lados, por entre las venas ensanchadas por el amor a Cuba, sale, como fuente serena y caudal discreto, la experiencia de Panamá. Y... ¿cómo podría ser distinto? Es eso también y precisamente, lo que le da coherencia y autenticidad a estas reflexiones.

De ese caudal, panameño-cubano, latinoamericano, humano universal, borbotean vehementes, por lo menos, tres flechas que apuntan hacia un mismo “sentido” en el futuro de la Cuba que espera sin desesperar:

- primero: la persona humana. “porque lo que nos interesa —dice— no es tanto la tierra y el cielo, sino la suerte de los seres humanos en el tiempo y en la eternidad en su relación con Dios” (p. 43), en su relación con los demás, consigo mismos y con la Creación. En una palabra, el cultivo de la dignidad plena y de los derechos humanos.
- segundo: la gobernanza y la gobernabilidad ciudadana. Es decir, esa “soberanía espiritual” de la que habla el Papa Juan Pablo II y a la que el autor añade una dimensión socioeconómica y otra dimensión cívica. Esa “capacidad de realizar valores de la sociedad pero que no se basa en la posibilidad de formular e imponer leyes sino que tiene

una fuerza más allá de la ley... que no está basada en jurisdicción territorial, en los procedimientos parlamentarios, en una ley constitucional y escrita, en instituciones coercitivas de aplicación de la ley. Está basada en la práctica de valores en y por instituciones de la sociedad” (p. 49). En otras palabras, la soberanía desde abajo, la capacidad de autogestión y de gestionar y administrar la cosa pública de cada ciudadano y de las estructuras que ellos se den a sí mismos para gobernarse.

- tercero: la primacía de la sociedad civil. “Se está gestando así, más allá de los gobiernos de los estados nacionales y de las organizaciones intergubernamentales (OIGs) internacionales, una nueva simbiosis de gobierno, negocios y sociedad civil, que se caracteriza por su generación no de lo que se conoce como “ley dura” sino de lo que se conoce como “ley suave” (p. 49).

Lezama Lima diría, con todo el sentido que daba a esta palabra, que existen profundas “resonancias” entre estas proyecciones a las que invita lo mejor del mundo de hoy por boca de Arias Calderón, y lo que, en mi personal consideración, estimo como las más urgentes y profundas necesidades de la nación cubana.

Cuba necesita de eso que el autor de este libro llama “la tercera mano”. Es decir, la acción solidaria y subsidiaria del entramado de la sociedad civil. “El mundo no puede crecer armoniosamente salvo si en todas partes la “mano de justicia del Estado” le presta mano fuerte a la mano invisible del mercado, pero se necesita (además) una tercera mano, la de la solidaridad, la cual es nuestra responsabilidad personal y la de la sociedad civil, tanto en el plano nacional como internacional” (p. 44).

El muy recientemente presentado Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, redactado y promovido por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, avanza audazmente en la esencia de las concepciones que el Papa Juan Pablo II ha descrito sobre el Estado, la “soberanía espiritual” de los ciudadanos y la “subjetividad de la sociedad” en la actualísima Encíclica *Centesimus annus*. En este sentido señala claramente la primacía de la sociedad civil sobre los demás actores sociales: “la comunidad política está constituida para estar al servicio de la sociedad civil de la cual se deriva y, en último término, de la persona y de los grupos que la componen. La sociedad civil, por tanto, no puede ser considerada un apéndice ni una variable de la comunidad política. De esta forma, aquella tiene la preeminencia, porque en la sociedad civil tiene su justificación la existencia misma de la comunidad política” (CDSI, pp. 417 y 418).

En este discernimiento sugestivo para el porvenir de nuestros dos países, Arias Calderón no sólo habla de la primacía de la sociedad civil sino de su función de *homus* indispensable de la vida de comunidad política entendida como aquellos movimientos o partidos que aspiran a servir a su país desde el poder-servicio del Estado.

A mi modo de ver estas reflexiones nos sugieren un nuevo modo de “ser” político y “hacer” política: “hay algo más hondo para la profundización democrática que exige la humanización de la globalización. Junto con reinventar la política nacional, tenemos que enraizarla en la sociedad civil [...] sin una sociedad civil semejante la democracia representativa y la economía de mercado se desvirtúan, convirtiéndose en caricaturas de ellas mismas” (pp. 53 y 55).

Como cubano hago mías todas estas reflexiones con las que concuerdo y me siento identificado, tal como expresé en una conferencia pronunciada en el Instituto Pérez Serantes de Santiago de Cuba en marzo de 2004 “la República de Cuba puede y debe entrar en una etapa verdaderamente nueva, porque desde una sociedad civil autónoma, ética, personalizada, articulada en sentido comunitario, participativa y corresponsable, en la que se equilibren creativamente la solidaridad y la subsidiaridad, se puede acceder mejor al mundo de la política, de la economía, de la cultura, de las relaciones internacionales; porque los ciudadanos estarán mejor entrenados en la participación democrática y los líderes lo estarán mejor en los límites y el mutuo control de los poderes públicos, así como en el carácter de servicio de ese poder político” (“Cuba: hacia una nueva república desde la sociedad civil”. Revista *Vital*. N° 49 mayo-junio, año IX, 2002).

Pero no bastaría, para buscar el sentido del presente y el futuro, con estas innovadoras líneas y actitudes cívicas, es también necesario tener una visión holística, un horizonte global y abarcador que nos hale por delante hacia otro más allá cuando venga la tentación de encerrarnos, que nos levante cuando caigamos, que nos inspire por dentro cuando nos desanimamos, es lo que Ricardo Arias llama “un nuevo macro-paradigma, una nueva y englobante constelación postmoderna, con una nueva utopía como horizonte; sería geopolíticamente posteurocéntrica, con una configuración policéntrica de diferentes regiones y una sociedad mundial postcolonial y postimperialista; económicamente se trataría de una economía eco-social de mercado; socialmente, se trataría de una sociedad donde predominarían los servicios y las comunicaciones, donde se daría la equidad entre géneros y la relación entre hombres y mujeres se tornaría asociativa; culturalmente sería post-ideológica y orientada

hacia el pluralismo y hacia un ecumenismo multi-confesional gracias al diálogo entre las religiones” (p. 57).

Nos encontramos así ante un nuevo modo de ser ciudadano, de ser político y de ser parte de una nación, que va narrando esos micro-relatos del que, creo, se va haciendo la historia. Y, por otro lado, más bien lejos, nos encontramos con ese macro relato como horizonte.

Podrían, entonces, darse por lo menos dos dinámicas sociales encontradas: una, que las personas y las organizaciones de la sociedad civil y el mismo Estado, se vieran en extenuante y desintegradora tensión entre su existencia cotidiana muy reducida y desinformada, y el proyecto global distante, mastodóntico e inhumano.

Pero esta dinámica descuartizante de las diversas dimensiones de la persona humana y de la gestión social se puede integrar y armonizar mediante un proceso gradual y coherente de articulaciones múltiples. Articular es la palabra y el método. Es el estilo y el programa. No uniformar, ni totalizar, y menos, censurar o reprimir. Quien uniforma disfraza. Quien totaliza, obviando diversidad, embalsama. Quien censura, amordaza. Quien reprime, entierra. Quienes articulan, respetan a los miembros diversos, unen sin inmovilizar, tejen las tensiones para crear movimientos que permiten al cuerpo avanzar. Quien articula crea organismos vivos y dinámicos, engendra tejido social, crea vida, fecunda fraternidades. El secreto de la democracia es la articulación de las diversas fuerzas vitales de la sociedad.

Para ello se necesitaría que los ciudadanos fueran ciudadanos, que la sociedad civil se tejiera sobre las bases de la autogestión, la solidaridad y el pluralismo; y que el Estado sea lo que es, es decir, un servidor de la subsidiaridad y de la convivencia pacífica al interior del país y un servidor de las relaciones internacionales y de la paz mundial.

De esta forma, entre la dura realidad que vivimos y la utopía que nos convoca se articularán los pequeños pasos que mantengan viva nuestra esperanza.

Y por debajo de todo este camino emana, sube por ósmosis, brota por cada intersticio entre pensamientos y capítulos de este libro, un “agua vivificadora”, un aliento de vida, una moción de esperanza: se trata de la inspiración cristiana del autor y de sus propuestas.

No se trata de citas de la *Biblia* o de documentos eclesiales, que los hay, no se trata de tratados de teología, que algo de ella también alienta. Se trata, a mi modo de ver, de la mirada del que analiza la realidad; de los

sentimientos del que siente lo que ocurre y se apasiona con la utopía; se trata de los criterios de juicio y el modo de usar la razón de quien evalúa, ilumina y propone; se trata del entrenamiento y la entrega de la voluntad del que se mete y compromete en la historia humana y vive para servir.

Se trata, en fin, de ese empeño, de esa mística-fuerza interior que empuja al que escribe a siempre ir más allá en sucesivas trascendencias, desde traspasar el difícil umbral del “yo”, hasta llegar al inefable estupor de la experiencia religiosa del “otro”, pasando ineludiblemente, por la experiencia de la convivencia con los otros, sin dicotomías, ni escapismos pues, desde el misterio de la Encarnación de Jesucristo, ya no hay más fronteras entre lo humano y lo divino; entre lo terreno y lo celestial, entre Dios y los hombres y mujeres concretos y con nombres y micro relatos personales. Es la misión de hacedor de puentes, de Pontífice, de Cristo que en una sola persona reconcilió al Creador y a la criatura, sin confundirlas, ni alienarlas.

Por eso, cuando nos acercamos a estas reflexiones, podemos casi tocar con las manos un espíritu ecuménico, una propuesta no confesional, una amplia acogida multicultural y dialogante, talentos todos que identifican y diferencian a las propuestas de inspiración cristiana de los proyectos confesionales, fundamentalistas, excluyentes.

Todo este espíritu universal y respetuoso de la libertad humana, pero sin disimular su carácter creyente y cristiano que debería primar, también según mi opinión, en los dinamismos políticos y cívicos del presente y el futuro de Cuba, es magistralmente expresado en este fragmento de Hans Küng: “Sólo lo único incondicional en todo lo que es condicionado puede proporcionar la base para el carácter absoluto y universal de las exigencias éticas, el terreno primordial, el apoyo primordial, la meta primordial de los seres humanos y del mundo, que llamamos Dios. Este terreno, apoyo y meta primordial, no representan un control ajeno sobre los seres humanos. Por lo contrario: semejante fundamentación, anclaje y dirección, abren la posibilidad de la verdadera identidad y acción humanas; hacen posible formular reglas para uno mismo y aceptar responsabilidad personal. Debidamente entendida la teonomía, no es heteronomía sino la base, la garantía y también el límite de la autonomía humana. Únicamente el vínculo al infinito ofrece libertad de cara a todo lo finito” (Hans Küng, citado por Arias Calderón, pp. 40 y 41).

Al terminar de leer este libro del Dr. Ricardo Arias Calderón, sentí, por lo menos, tres percepciones como cubano y como cristiano que no puedo dejar de mencionar:

- Un gran respeto y amor hacia mi país, un amor apasionado, siempre joven y comprometido. Nada me permite separarme de esta lectura sin un movimiento de agradecimiento y de correspondencia en la fraternidad, que resultará, claro está, siempre insuficiente ante la sencilla transparencia de quien no puede hacer otra cosa sino amar y dar... hasta darse completamente por los demás, cercanos y lejanos, tirios y troyanos, creyentes o ateos, cubanos, panameños... ciudadano él mismo de “este mundo” de seres humanos, llamados a desembocar en ese “otro mundo” de seres humanos en presencia de Dios.

- Una gran novedad ante los viejos paradigmas del mundo. Una novedad anclada en la realidad limitada en que vivimos, pero superándola dialécticamente, sin prejuicios, ni nostalgias. Por mi parte puedo decir que este libro, inseparable del testimonio personal de Ricardo y Teresita, me confirman en la fe en el futuro de Cuba, en el provenir del mundo y en la plenitud del Omega cristificado de la historia humana. Esa confirmación en la búsqueda de la novedad en la historia patria y universal la sintetizo usando el pensamiento preclaro de un amigo Obispo y sembrador de fraternidades, que trazo a grandes rasgos así: Después de fracasar las experiencias de entronizar absoluta y excluyentemente los valores de la libertad en el sistema capitalista y de la igualdad en el sistema comunista, lo verdaderamente novedoso es darle la primacía al tercer y más olvidado valor de las tres grandes exigencias de la humanidad: la fraternidad.

- Una gran confianza y valoración del potencial de los cubanos. En efecto, si un panameño con esa experiencia política y cívica y esa lucidez para otear el horizonte, prevé un futuro tan novedoso, humano y humanizador, para un pueblo como el nuestro, poniéndolo de hermano, como es y debe ser, del suyo propio. Si estos altísimos valores y proyectos se ponen en manos de los mismos pueblos a los que se le achacan el “choteo” cubano y el “relajo” panameño, es porque el autor, por un lado, conoce bien a esos pueblos y es objetivo en el análisis de la realidad social y cultural que los identifican y es también y al mismo tiempo, nuestro amigo, porque el autor, ha puesto toda su confianza en el potencial del pueblo cubano y del pueblo panameño. En su capacidad de recuperación moral, en su espíritu emprendedor, en sus iniciativas innovadoras.

En síntesis, siento que Arias Calderón comparte plenamente con nuestro apóstol José Martí aquella “fe en el mejoramiento humano y en la virtud” y que está respetuosamente comprometido con ese futuro en que

“quepamos todos” y en el que “la ley suprema de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”. Del hombre y de la mujer cubanos, del hombre y la mujer panameños.

Pinar del Río, Cuba. 25 de febrero de 2005.

Prólogo para el libro *Cuba: hoy y mañana*, de Ricardo Arias Calderón, ex vicepresidente de Panamá y ex presidente de la Internacional Demócrata Cristiana, publicado en Cuba por Ediciones Vitral, 2005.

Como maná aparecido en tiempos difíciles

Como aparecido en tiempos difíciles. Como maná en el desierto y don para acrecentar nuestra cubanidad, ve la luz, después de casi dos siglos, la *Metafísica* del Padre Félix Varela.

Dado por perdido desde aquella primera publicación del original en latín de 1812 en la imprenta habanera de Antonio Gil, Ediciones Vitral ofrece ahora, con inmensa alegría y profunda veneración, a todos los cubanos y a cuantos se acercan a las raíces de nuestra nacionalidad, el Tomo II de las *Instituciones de Filosofía Ecléctica editadas para uso de la juventud estudiosa* redactado como libro de texto para los alumnos del Seminario de San Carlos, por el P. Félix Varela, considerado por todos como el Padre de la Cultura Cubana y cuya causa de beatificación está ya muy adelantada.

El hallazgo fue protagonizado por el competente latinista y profesor de la Universidad de La Habana, Dr. Amaury B. Carbón Sierra, cubano por nacimiento y de apasionada vocación por todo aquello que contribuya al encuentro con los cimientos fundacionales de nuestra nacionalidad, y con las fuentes latinas de nuestra lengua y cultura.

Esta obra de *Metafísica* del P. Varela forma parte de una colección de tres tomos, los primeros dos de ellos escritos en latín como era costumbre en la época y el tercero escrito en español como signo e instrumento eficaz de la reforma pedagógica y filosófica que encabezara Varela bajo las luces de José Agustín Caballero. Luego de su publicación en latín en 1812, se extravió por esos avatares de la historia y solamente era mencionado por Antonio Bachiller y Morales en su Catálogo de libros y folletos publicados en Cuba... y reseñado también por el profesor Roberto Agramonte, Vicerrector de la Universidad de La Habana, quien en 1952 se refería a este Tomo II, de la *Metafísica*, como “por desgracia no localizado”.

He aquí el mérito del ya eminente Dr. Carbón Sierra cuyas investigaciones han ido desde los Archivos Vaticanos hasta numerosas bibliotecas de América: haberlo localizado en la Colección de Libros Raros y Valiosos de la Biblioteca Central del Alma Mater habanera, encuadernado a continuación del Tomo I en un mismo libro; y el haberlo traducido con criterios lingüísticos autorizados, para poner este tesoro raigal del pensamiento cubano al alcance de todos.

Otro amigo, otro Amauri, esta vez el Lic. Gutiérrez Coto, varias veces premiado en concursos literarios y miembro del jurado del Certamen de *Vitral*, abrió el camino y condujo de su experta mano de editor, al descubridor y su tesoro hasta la pequeña y artesanal editorial católica de P. del Río, que aún no sale del entrañable estupor de haber recibido tal joya invaluable de la cultura cubana para colocarlo en el más pobre e imperfecto de los joyeros posibles en Cuba. Pero así son los caminos de todo lo bueno y verdadero, apegados más a la sencillez ignota para que se vea, aún más transparentemente, nítida y radiante la verdad que contienen.

Hemos querido dar lo mejor de cada uno de los que trabajamos en Ediciones Vitral. El diseñador haciendo una filigrana de edición facsimilar a partir de fotos tomadas sin desencuadernar el original, por eso la recurrente curvatura del facsimil en latín. Los de la impresión intentando que la luz bañara la perla escondida de la raíz de nuestra filosofía, las empaginadoras, a mano, acariciando cada página como quien venera un relicario, los que presillaron también a mano, como quienes ponen un broche de raíz para que *scripti manet*, para que lo escrito permanezca. Las que cortaron, pegaron el lomo y doblaron la sobria camisa con el rostro del “santo cubano” como quienes adornan la imagen para que salga en procesión. El que coordinó como quien lleva sobre sí la valija del gran mensaje, como cruz y corona, como desafío y honor que sabemos inmerecido. Todos sobreecogidos de veneración e inefable amor a Cuba y a su santo fundador.

Ediciones Vitral no sólo se honra con esta joya histórica y cultural, sino que la considera como la cumbre de los doce años de su difícil labor editorial. Ya pudiéramos cantar el *Non dimittis*, con el anciano Simeón del Evangelio: “Ahora puedes dejar, oh Señor, a tu siervo, marchar en la paz...” si no fuera porque sabemos que esa decisión está sólo y absolutamente en Manos de Aquel que es Señor de la Historia, Alfa y Omega de nuestras vidas y destinos.

Que este gozo se convierta en compromiso con la Patria de Varela y de Martí. Que el honor se convierta en sacrificio y el gozo en tarea.

Cuba lo necesita y estoy seguro que el Padre Varela nos acompañará en esta fatigosa pero apasionante peregrinación hacia un hogar nacional cubano en que “quepamos todos”.

Pinar del Río, 25 de febrero de 2006.

Presentación del libro Tomo II de las *Instituciones de Filosofía Ecléctica editadas para uso de la juventud estudiosa* del Padre Félix Varela, impreso en latín en 1812 y publicado por Ediciones Vitral 2006, en edición bilingüe y facsimilar.

Nada se da al que sufre comparado con lo que recibimos de ellos

Anda por el mundo una leyenda de que todo lo bueno tiene que ser grande y hacer mucho ruido. Este mito se encuentra en cada esquina del mundo con otro hermano gemelo que grita sin cesar que para mejorar este mundo es necesario que el mundo entero cambie, que sea cambiado por todos juntos, en la calle... y que cambie de una sola vez.

Cuál sería la sorpresa de ambos personajes de ficción al encontrarse al doblar de una esquina habanera, en una sala del hospital oncológico, en una playa del Este, o en la vieja Biblioteca de la Parroquia del Vedado, una obra buena, verdadera y bella que, al mismo tiempo, es pequeña, no aspira a cambiarlo todo y no hace ruido.

En efecto, dice el refranero popular que “un grano no hace el caldo”, pero hemos olvidado el otro que dice que “paso a paso se llega lejos”, y otro que nos recuerda que “del lobo, un pelo”.

El Evangelio de Jesús de Nazaret está lleno de enseñanzas que validan y potencian lo pequeño: la semilla de mostaza, el grano de sal, el fermento en la masa, la perla fina escondida en campo grande, la ofrenda mínima de la viuda, el simple vaso de agua ofrecido con amor, una pequeña lámpara de luz en la oscuridad que alumbraba a todos los de la casa, los setenta y dos enviados como ovejas en medio de lobos, los doce apóstoles que quedaron en once, los cuatro personajes al pie de la cruz: tres mujeres y un hombre, el discípulo amado, el más joven, el que más vivió.

El colmo de la convicción de Cristo de que “lo pequeño” es lo que tiene más valor, lo que perdura, lo que redime y cambia el mundo, es su predilección por los pobres y los niños: los pobres son evangelizados, “dejen que los niños se acerquen a Mí y no se lo impidan, porque de ellos es el Reino de los Cielos”; y lo que ya puso el listón en lo más alto de las exigencias evangélicas: “si no se hacen como niños, no podrán entrar en

el Reino de los Cielos". Ese Reino de amor y misericordia, de justicia, de paz y de libertad, de consuelo y desarrollo humano trascendente, va creciendo aquí y ahora, en nuestra Cuba, de múltiples maneras, aquí están los signos, las obras y los proyectos que nacen con los desposeídos, crecen sin mucho y avanzan sin hacer ruido.

Una de esas pequeñas obras es el proyecto de niños con cáncer que fundaron y animan Carmen Vallejo y su esposo Rey Febles, bajo la inspiración acuciante de Jesús de Nazaret y la Madre Santa Teresa de Calcuta.

Invito a cuantos se acerquen a este proyecto a detenerse primero, para contemplar cómo Dios actúa, cómo hace crecer lo bueno, cómo es su dinámica en la naturaleza y en la persona humana: lo mejor, lo más auténticamente humano, lo más bello y verdadero, crece imperceptiblemente, gradualmente, sin prisas pero sin pausas: un amanecer, la semilla que nace bajo tierra y rompe el terruño más seco, la lluvia que fecunda en profundidad.

Así, de esta forma entrañablemente tierna y audazmente misericordiosa, nació el proyecto para acompañar, promover y dejarse redimir por el amor recibido de los niños enfermos y no tanto, pero también, por el amor que se les brinda, sin vuelto y sin medida.

Siempre he admirado mujeres como la Madre de los desvalidos de Calcuta, su impertinencia con Dios, su amorosa y casi desesperante imprudencia con los hombres y las mujeres de los que siempre, y en todo lugar, esperan una mano extendida para los más pobres.

Nuestra mentalidad y nuestra alma, en no pocas ocasiones, están desgraciadamente enajenadas de estas realidades dolientes y suplicantes. Adormecidos o escapados, huimos inconscientemente del dolor o nos exiliamos de nuestra realidad sufriente, pensando ilusoriamente poder vivir más y vivir sin preocupaciones. La vida misma, que es la andadura de Dios por nuestras calles y existencias, nos despierta, nos golpea suavemente o cruelmente el alma, para decirnos: Aquí están. Ellos son. Esperan por ti. Te pueden aportar mucho. Pueden darle sentido a tu vida sin sazón y sin razón.

Aún más, y para colmo de una historia aparentemente al revés: ahí están, esperándote para redimirte de tus miserias con su pobreza, para salvarte de tus egoísmos con su ternura dadivosa, para liberarte de tus miedos, complejos y limitaciones, con la luz redentora de sus miembros amputados, de sus dolores indecibles, de su sonrisa imperturbable, allá en el hondón de la inocencia.

Nada se da al que sufre comparado con lo que recibimos de ellos. El Papa Juan Pablo II lo vivió y lo demostró al mundo que lo contemplaba absorto y admirado en el estupor de tocar con las manos la invalidez de Dios, y escuchar con el corazón el clamor del que sufre y ya no tiene ni voz. Ese magno Pontífice que trabajó hasta el final con los instrumentos del sufrimiento propio y ajeno, nos lo había advertido en el Rincón:

El dolor convoca al amor... La indiferencia ante el sufrimiento humano, la pasividad ante las causas que provocan las penas de este mundo, los remedios coyunturales que no conducen a sanar en profundidad las heridas de las personas y de los pueblos, son faltas graves de omisión, ante las cuales todo hombre de buena voluntad debe convertirse y escuchar el grito de los que sufren.

(“Mensaje al mundo del dolor”, La Habana, 24 de enero de 1998).

No se trata de un grito estentóreo, no esperemos un alarido crispado. Los que sufren convocan desde el silencio y con el silencio. También con el murmullo de las caricias y con la palabra oportuna y esperanzadora, sin falsos horizontes.

Tengo la inmensa satisfacción y el honor de presentarles uno de esos murmullos redentores. Se trata de un intercambio de testimonios y relatos de vida. Se trata de verdaderas narraciones de cruz y resurrección. Es por eso que el título que le han dado sus autores es todo un programa y una inspiración: “Una oportunidad para amar”.

Cuántos en nuestro País, y en el mundo entero, nacen sin amor, crecen sin encontrar el amor y mueren sin amar y sin ser amado. Cuántos mendigos de amor peregrinan por nuestras calles y hogares, no ya por el mendrugo del pan cotidiano, sino por ese otro sustento indispensable del alma que es aprender a amar y a ser amados.

Invito a cuantos se acerquen, con corazón limpio y mirada profunda, a este pequeño libro sobre el proyecto de acompañamiento y promoción de niños y adolescentes con cáncer, a que no dejen pasar, a que no desperdicien, esta inefable oportunidad para amar.

Ciudad de La Habana, 31 de octubre de 2006.

Presentación del libro *Una oportunidad para amar*, de Carmen Vallejo y Rey Febles, gestores del proyecto de atención a niños con cáncer, publicado por Ediciones Vitral y presentado en la residencia del embajador alemán en La Habana el 31 de octubre de 2006.

El día llegará...

El libro es una de las crónicas vividas, y ahora testimoniadas, del drama demasiado largo y persistente de la historia de Cuba, esta isla verde y azul, exuberante de contradicciones en su naturaleza y en su humanidad que, a pesar de los pesares, no se ha desintegrado como Nación, precisamente, gracias a la virtud y el sacrificio de sus mejores hijos.

La de Cuba ha sido una historia de encuentros y desencuentros, un contrapunteo entre la honestidad y la corrupción, un forcejeo entre la violencia y la paz, un pugilato entre la democracia y las dictaduras de un signo y del otro –que no es lo mismo, ni abarcan igual– aunque sean igualmente reprobables y éticamente igual de inaceptables. Todo se enrolla y se desenvuelve en este archipiélago aciclonado y apasionado, entre el vórtice y los pronósticos, todos los cubanos hemos tenido que aprender más de meteorología social que de la ruta de los ciclones sistematizada por el P. Goberna y otros jesuitas, desde aquel anterior y definitorio Colegio de Belén de los siglos fundacionales.

Parece que no escampa en Cuba, aunque unas veces la tronada despierte a los impasibles observadores internacionales y otras veces tengan que usar los flamantes radares digitalizados para descubrir un hilo de sol que por su misma constitución distrófica sirve más para confirmar la tormenta que para anunciar que se acaba. Pero se acabará, lo sabemos.

Unos cubanos “se sientan sobre los nubarrones y la tempestad” creyendo, o simulando, que están por encima de las ráfagas y los rayos y que estos no le alcanzarán. ¿Ilusión o complicidad? Mirarán este libro como quien observa el parte del tiempo a través de una fría pantalla de la televisión.

Otros cubanos se meten en su bohío “vara-en-tierra”, ingenio de la sabiduría campesina que no siempre es contradictoria. Estos se refugian

en un “insilio” que debe resistir los continuos embates del control omnipresente, rachas de inspecciones, vientos de galerna de confiscaciones y registros y... aparente calma mientras baja la marea. Estos mirarán con asentimiento callado este testimonio, combinando los movimientos de cabeza entre el giro en el plano horizontal que parece que niega pero en realidad expresa un rotundo “no es fácil” de confirmación, y otro movimiento en el plano vertical que afirma su veracidad por sufrirla en carne propia aunque por “causas comunes” —que son las más comunes de las causas en Cuba, las demás “no salen en la foto”.

Más de lo que nos imaginamos, crece el número de cubanos y cubanas que ni se encaraman en sus privilegios y exenciones ni se entierran en vida en una existencia subalterna. Ellos son los que permanecen aquí, en la Isla de los ciclones para todos y playas exclusivas, en lo real maravilloso de un control totalitario y unos negocios con “amigos” extranjeros que comienza con el mismo prefijo de exclusión o *apartheid*. No es simple redundancia, es para destacar la causa que lo distingue de la segregación racial o religiosa: aquí la causa es ser cubanos en Cuba. Estos son los cubanos y cubanas que leerán este libro como un eco-de-su-propia-voz, ahogada en su mundo interior y rebosante, que es la verdadera dirección particular donde bulle y crece el mundo real de los cubanos. Estoy seguro de esto, porque he sentido ese eco —atención que no he dicho sólo que lo he leído— en este y en otros testimonios, análisis libres, reflexiones de cubanos que vencen el miedo.

No quiero ponerme a averiguar si les ha faltado, a uno o a otro de estos cubanos y cubanas, un pelo de objetividad o se le soltó la melena de la subjetividad herida y cortada al rape por quienes acaparan las tijeras; antes de criticar el enfoque ético o la mesura o agresividad del lenguaje; mucho antes de comenzar a hacer patéticos equilibrios entre lo “bueno” y lo “malo” de la arquitectura de un poder totalitario... he sentido, digo, esa sensación irreprochable que nos hace decir: “eso mismo siento yo” o “esta persona ha dicho lo que yo he sentido durante mucho tiempo y no sabía cómo expresarlo”. El eco interior se vuelve voz en la audacia del otro. Es el servicio de los que escriben en sintonía con la realidad. Es la identificación irresistible con la verdad que hemos experimentado pero que con frecuencia no sabemos o no podemos o no queremos expresar. Este ha sido siempre el aporte de los profetas civiles y religiosos. Dar voz en fidelidad a su pueblo y a Dios, que es la misma fidelidad cuando se es coherentemente profeta.

Creo que este libro testimonial es un servicio a estos tres grupos de cubanos y a todos los demás que no he enunciado. Servirá un poco para

que los “encaramados” bajen las latitudes o suban su compromiso con la realidad: esta podría ser un ancla a tierra. O como diría un cubano pícaro de La Habana: “un cable a tierra”. Aunque, quizás, la fría y pertinaz lógica les recomendará al oído no dejarse llevar por las “emociones” y tener más sentido común para rectificar mi pobre metáfora: las anclas no se tiran en tierra, ni los cables de alta tensión se tiran para abajo. Pero no hay que perder la esperanza, cada vez son más los que buscan una escalera no “para subir al cielo” sino para bajar de las nubes que se deshacen cuando truena y llueve para las cabezadas, como decía mi abuela, la del campo, cerca del río Santa Clara, en Herradura, porque la otra era de Viñales. Ambas del mismo Pinar del Río.

Este libro servirá también para los cubanos y cubanas del “exilio interno”, aquí les llamamos los que han convertido el bohío vara-en-tierra en refugio mientras llega la bonanza o la visa. He visto con estos ojos que se abrirán aún bajo la tierra, que estos espectadores no siempre permanecen en las gradas del estadio sin moverse ni expresar su opinión o gritar incluso su aliento a los que participan en el juego... y he visto que algunos, incluso en momentos críticos del partido, se tiran para el terreno. Esta crónica de nuestro tiempo, pudiera ayudar por lo menos a tomar partido.

Pero, más que todo, servirá para los que han estado por décadas en el terreno accidentado de la carrera de maratón. Donde la intemperie y el cansancio no permiten ver a través del sudor lo cercana de la meta. Este libro pudiera ser agua para cuando la sequedad de la garganta nos impida hablar, sombra para la resolana y limpio paño de Verónica para enjugar el rostro y limpiar la vista. Este libro no detendrá el *Via Crucis* del sufriente, pero dará luz y apoyo al que tira para arriba en el calvario de esta Isla que se abraza a la cruz porque sabe que la última palabra será de la vida cuando amanezca del sacrificio ahora anochecido, pero irremisiblemente destinado a resucitar.

Miriam Leiva es una de esas Verónicas de Cuba. Ellas son más en número que la que tuvo el mismo Jesucristo. Será que hay más condenados y crucificados. Ellas son las Damas de Blanco y todas las demás mujeres sufrientes de cualquier “color” que, detrás y por los lados de ellas, en la mayoría de veces invisibles... marchan por la Quinta Avenida de La Habana o por los quintos infiernos de una vida anónima pero igual, o más, de doliente y relegada. Son una estirpe de mujeres cubanas que, por lo menos, desmienten a los que creen que aquí nadie quiere dar el primer paso. Ellas han dado el primero en la Iglesia de Santa Rita, y este paso hacia lo espiritual y trascendente lo han puesto como fundamento e

inspiración de los segundos y terceros y más pasos que han dado, unos en la llamada Plaza de la Revolución para exigir la vida y los derechos de sus esposos e hijas, otros en sus caminatas frente a la Universidad o frente al antiguo Capitolio, sintomáticamente convertido en museo, por ahora. O en sus viajes a provincia, como las recordamos para siempre, honrando y dignificando con su blanquísima presencia los aniversarios de aquella *Vitral* ahora intervenida. Aquí, junto a monseñor Siro, padre y pastor solícito también para ellas y en los mismos bancos de la Catedral que podía cobijar a los más variados miembros de la sociedad civil, artistas, diplomáticos, políticos, escritores y personas del más variopinto vitral cubano. Esa era nuestra intención y nuestra misión: dar espacio para que quepamos todos. Es la espiritualidad de la inclusión. Es la mística de la necesidad del otro porque me reconozco, nos reconocemos imperfectos y necesitados de complementación.

Miriam Leiva ha sido una mujer comprometida y laboriosa, han cambiado sus escenarios y las circunstancias, pero ella sigue buscando la verdad y defendiéndola pacíficamente. Las Damas de Cuba no se quiebran bajo el peso de su dolor inenarrable. Ellas se yerguen en la soledad de sus hogares para orgullo de sus esposos e hijos y para vergüenza de muchos cubanos que desmayan al primer intento, o que no se atreven a “caminar” por el mismo centro de sus vidas; o de aquellos que se rompen por dentro ante el riesgo y el miedo sin rostro que es el peor de los miedos: el miedo a no-se-sabe-qué. Pero que sí se sabe bien a quiénes y dónde. Las Damas de Cuba yerguen por dentro a la Nación. Especialmente al que cae y desfallece. ¿Cómo no levantarse ante el testimonio de estas sencillas mujeres?

La autora del libro distingue tres “tiempos” en esta crónica de Cuba:

“El primero ‘tempo’ en pasado-presente”: ¿Cómo Miriam Leiva vivió la triste Primavera del 2003? Se narran en pasado los registros, confiscaciones, escenificaciones judiciales y condenas reales. Pero es lamentablemente todavía en presente, un quinquenio después, porque aún están sufriendo cárcel los condenados por ser fieles a su conciencia de entonces y otros, unos en el penal y otros con una indescriptible “licencia extra-penal”; y aún sufren sus familias y todos los cubanos que de alguna manera somos responsables por omisión de esta vergüenza nacional. Y creo que somos todos. Este “primer tiempo” pudiera ser también un pertinaz remedio para ese omnipresente e inmoral recurso frente al dolor y la maldad que es perder la memoria.

“El segundo ‘tempo’ en presente-futuro”: Es la experiencia de Miriam Leiva como una de las protagonistas de las Damas de Blanco. Es su

visión. Debe haber otras. Todas deben publicarse. Reiteramos que sólo los de espíritu incluyente, que aprendan a saltar cotidianamente por encima de cualquier sectarismo propio y a veces inconsciente, y a saltar por encima de las desconfianzas o desacreditación de los “otros”, podrán alcanzar para Cuba lo mejor. Tener el valor de convocar y de dar espacio a los “otros” diferentes: he aquí la clave de la democracia. Tener el valor y la humildad que es también virtud cívica, de aguantar y superar espiritualmente las diatribas ajenas y devolver al que ataca con la diferencia de nuestra magnanimidad, es la otra clave de la democracia y la consecución del bien común, que es la esencia de la política y de la sociedad civil. Los matices siempre enriquecen cuando se empastan en el común soporte de la canchales de la cubanidad. Este es el de ella. En tiempo presente porque es la narración de su ser y su quehacer.

Memorial actuante que salva nuestro presente. ¡Que no se diga...! rectifico nuestro machismo: ¡qué sí se diga que las mujeres cubanas han intuido, y han sabido, y han querido... y han logrado buscar y encontrar un espacio común por debajo –que no por arriba– de las normales y benéficas diferencias! Sólo en profundidad se construyen consensos. Aunque ya vamos llegando a nuevos pasos en ese sentido. Lo digo como ciudadano común, con mucho respeto y mayores deseos de alcanzar las convergencias que Cuba necesita. Las Damas de Blanco lo han logrado efectiva, afectiva y eficazmente. Y lo han logrado sin muchas elucubraciones, con mucho sacrificio de no pocas diferencias en beneficio del bien común. Ellas saben el cómo saltar por encima de miserias humanas y divergencias. Y nos lo deben enseñar. Lo han logrado porque tienen un dolor común y lo han sabido convertir en causa común y en organización flexible y mínima. Han pospuesto, o puesto en otro lugar, igual de decoroso, sus opciones políticas partidistas para trabajar por un objetivo superior y común, muy simple pero supremo: la libertad de los presos de conciencia.

La acción que las ha unido ha sido sencilla y sin desconfianzas paralizantes o excluyentes. Ir juntas a Misa, caminar juntas por la Quinta Avenida y otras calles habaneras, reflexionar juntas alrededor de un té literario sin muchos papeles y con mucho amor a Cuba, ha sido el factor aglutinador de estas mujeres.

Es una lección y un paradigma para el futuro de nuestro país. El tiempo ha demostrado que ese modo de consensuar es lo único que dura más allá de los traspés de la incansable represión: Unidas en una causa esencial, actúan en un ritmo fijo y semanal, con un mínimo de organización-convocatoria, en un escenario público, respetado y permanente, con un

mensaje claro, sencillo y breve. Sin más requisitos que el del ser ni más planes que el quehacer.

“El tercer ‘tempo’ en futuro y con visión del porvenir”: Es Miriam la periodista, que traspasa el ya amplio umbral de las Damas de Blanco y escribe para Cuba y para el mundo sobre Cuba y sobre el acontecer internacional. Si bien el periodismo es crónica del momento. Estos artículos narran el hoy con visión de porvenir. Es periodismo reflexivo y propositivo, como el mejor de los periodismos que no se empantana en una denuncia quejumbrosa y desalentadora sino que remonta la indispensable conciencia crítica hacia las alturas desde donde se pueda otear el horizonte y vislumbrar rasgos de proyectos para reconstruir la sociedad civil y el Estado en una Cuba, siempre la misma en sus raíces y siempre en gestación. Como todo lo vivo, lo bueno y lo bello. Cuba, cada cubano y cubana, necesitamos más periodismo propositivo, más prensa reflexiva y paradigmática, más altura de miras, con más visión holística y orgánicamente sugestiva.

Debo, por último, decir que Miriam es ella misma. Pero como decían los clásicos latinos “justificación no pedida, acusación manifiesta”. En efecto, podría parecer una verdad de Perogrullo, pero la que publica este excelente testimonio, tiene su vida unida a un hombre excepcionalmente profundo y sencillo a la vez. Se trata del eminente economista Oscar Espinosa Chepe. Y ha logrado ser ella misma al lado de un hombre que comparte su sabiduría, mesura y entrega laboriosa con su mujer y compañera de penas y alegrías, de salud y enfermedad, de pasado y presente. Estoy seguro que uno es inspiración y acicate para el otro. Ambos trabajan con profesionalidad y reconocible amor a Cuba. Cada uno en su ámbito, diferentes, complementarios, abiertos a lo que acontece en una especie de “observatorio” de la realidad social, económica y política de Cuba. Trabajan no sólo para dar un “parte” sobre el “tiempo” –siempre parte, siempre necesitado del todo, de lo otro, de los demás– sino para proponer acciones y actitudes propias de unos activistas pacíficos de la “defensa civil”, previsoras y sanadoras de catástrofes cívicas o económicas habidas y por llegar.

Así los veo, como animadores de la incipiente sociedad civil cubana. Incansables pensadores, en insomne vigilia de cuanto pasa aquí, allá y acullá. Para servir a sus hermanos de toda opinión. Ellos son sencillos arquetipos de esa tercera y más confundida “pata” de la mesa de toda sociedad sana y completa: ellos son de la sociedad civil, distinta del Estado y de la comunidad política partidista, aunque esta última, para algunos estudiosos, forme parte unas veces del Estado cuando está en

el poder y otras de la sociedad civil cuando está en la oposición. Muchos confunden y mezclan el rol de los partidos políticos y las organizaciones y activistas de la sociedad civil. Unos por analfabetismo cívico y otros por conveniencia política. No es conveniente para el presente y el futuro de Cuba meter a todos en el mismo saco y ponerle “por fuera” una misma y única etiqueta. Eso sólo sirve para debilitar y obstruir el camino de la democracia. Y eso sólo puede hacerse por fuera. Y todo lo que no interioriza cae por su propio peso... o mejor, por su poco peso y seriedad.

Creo que Cuba necesita distinguir bien ya, desde ahora, el papel de estos tres actores sociales para la salud de su democracia en el futuro. No es sólo para salvaguardar la identidad de cada cual, ni para “cuidarse” frente al poder. Este no distingue en la represión. Marzo de 2003 lo demuestra como un ejemplo de lo que es norma del totalitarismo. Fueron juntos periodistas y economistas, disidentes y opositores partidistas. El totalitarismo es ciego para los matices y ciego y sordo para las diferencias. Enmudece ante la pluralidad de la vida. Nada, que no quiere y no puede, porque sabe que lo pierde todo y ya sabemos que la esencia del totalitarismo es el dominio de todo. También por eso es necesario asumir el rol que cada ciudadano y agrupación ha escogido y mantener una sana autonomía, respeto y complementación. Si queremos que la democracia goce de buena salud social, política y económica en el futuro de Cuba, es indispensable y absolutamente necesaria una sociedad civil bien diferenciada de los que detentan el poder y, también, de los que aspiran al poder político. Una sociedad civil bien diferenciada de las instituciones estatales y partidistas, y bien consciente de su insustituible rol como red de espacios de soberanía ciudadana, participación democrática, progreso económico y desarrollo humano integral. Lo sabemos, la sociedad civil es el santuario del pluralismo inclusivo y el exorcismo de los monolitismos excluyentes, sean políticos, económicos o religiosos.

Considero que el libro de Miriam Leiva es una señal clara y transparente de una naciente sociedad civil que en Cuba piensa y trabaja, todavía en la noche, mientras espera y empuja para que llegue el nuevo día... sin odios ni rencores. Y con muchos matices.

Y sabemos que, como dice Miriam Leyva, “nada es imposible con amor y tesón”.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 2007.

Prólogo para un libro de Miriam Leiva, periodista y Dama de Blanco.

La Virgen de la Caridad de El Cobre y las artes plásticas en Cuba

La Comisión Católica para la Cultura tiene el placer de presentar este Catálogo con las obras que se presentaron en el IV Salón de Arte Sacro de Pinar del Río, dedicado en esta edición a la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, y en ocasión del V Aniversario de la Visita del Santo Padre el Papa Juan Pablo II a nuestro País.

Adhiriéndose a una iniciativa de la Sra. Sussette Martínez Montero y un significativo grupo de pintores habaneros, esta Comisión ha querido invitar a los artistas plásticos de nuestra Diócesis-Provincia para que expresaran su mirada, sentimiento y relación con ese icono de nuestra religión y cultura que es la imagen de la Virgen hallada por los tres Juanes, flotando sobre las aguas de la Bahía de Nipe, hará unos cuatrocientos años y hasta hoy conservada y venerada por generaciones de cubanos en su Santuario y Basílica de El Cobre.

Al ser la imagen y el significado tan explícitamente religiosos, algunos pudieran interpretarlo como un tema reductivo o sectario, que implica sólo a los creyentes católicos o, incluso, a aquellos que veneran a la Caridad-Ochún en expresiones de religiosidad cuyo génesis habría que buscar en algunas de las raíces de nuestra cultura. Nada más lejano de la intención y las posibilidades de este tema.

Escogiéndolo, entre otros muchos aparentemente de perfil más amplio, la Comisión Católica para la Cultura ha querido provocar a la reflexión y al debate artístico sobre la polisemia de este icono. Precisamente, porque consideramos que este tema de la Virgen de la Caridad se abre, inmarcesible, a los horizontes más auténticos, raigales y universales de la cultura cubana, es que lo hemos propuesto a la más plural, heterodoxa y libérrima creación y recreación de nuestros artistas plásticos.

En efecto, cada nación, en el alma misma de su cultura, tiene a la religión como uno de los perfiles que más marcan, identifican y trascienden su ser y su quehacer. Cuando se trata como en nuestro caso, de la cultura de matriz cristiana y católica, el útero se convierte en plaza y el seno en puerta de relación. La religión entonces, no es secta o parábola sino casa de puertas abiertas, pista de lanzamiento, red universal de fraternidad, creación e intercambio.

Así lo expresaba el Papa desde la Plaza José Martí de La Habana hace cinco años:

La doctrina de José Martí sobre el amor entre todos los hombres tiene raíces hondamente evangélicas, superando así el falso conflicto entre la fe en Dios y el amor y servicio a la Patria. Escribe este prócer: “Pura, desinteresada, perseguida, martirizada, poética y sencilla, la religión del Nazareno sedujo a todos los hombres honrados... Todo pueblo necesita ser religioso. No sólo lo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo... Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud. Las injusticias humanas disgustan de ella; es necesario que la justicia celeste la garantice”.

Como saben, Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal. Llamada a vencer el aislamiento, ha de abrirse al mundo y el mundo debe acercarse a Cuba, a su pueblo, a sus hijos, que son, sin duda, su mayor riqueza. ¡Esta es la hora de emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos de renovación que vivimos, al acercarse el Tercer milenio de la era cristiana!

Es en virtud de esa vocación universal que este IV Salón de Arte Sacro pone a consideración de ustedes el homenaje y la ofrenda de algunos artistas pinareños a la Madre, Reina y Patrona de todos los cubanos, a la Madre de Jesucristo que en Cuba llamamos Virgen de la Caridad. Es pues, por razón de ser cubanos, que nos acercamos a Ella; es por compartir la misma cultura y nacionalidad, por lo que todos, creyentes o no creyentes, católicos o babalaos, la podemos llamar “Madre de la Nación”, “insignia Patria”, “icono de cubana”, “símbolo nacional”.

Ella, la Virgen del mar, del ciclón y del sosiego, quiere que todos quepamos en su frágil barca multiétnica y variopinta. Ella, y también nosotros, queremos que todos podamos ir a bordo de una nación cuyo signo sea la paz en las tormentas y el amor-la caridad- en la ruta hacia el buscado horizonte de acogida y progreso.

Ora pro nobis, sabemos que significa en latín, que la Virgen, la Madre, la Patrona, ruegue por nosotros. Hoy pudiéramos traducir esta milenaria

oración descriptando el código cubano del amor implorando con el alma, desnuda en la tormenta, en busca de sal:

Que en ese mapa de navegación, insospechado y trepidante, no nos falte la luz fecunda y sosegada de la Madre, ni la estrella guiadora y redentora de su Hijo, para que Cuba con todos los cubanos a bordo, pueda llegar siempre, y más ahora, a puerto seguro de justicia y de paz.

Que el arte y la belleza que aquí contemplamos, nos mantengan en vela, nos calienten el alma y no permitan que naufrague jamás nuestra esperanza. Amén.

Pinar del Río, 13 de Mayo de 2003.

Presentación del *Catálogo del IV Salón de Arte Sacro de Pinar del Río, 2003.*

Cuba: aprender la gramática de la inclusión y del consenso

Monseñor Felipe de Jesús Estévez,
Obispo auxiliar de Miami.

Mons. Agustín Román,
Obispo auxiliar emérito de la misma arquidiócesis.

Queridas María Cristina y Marifeli Pérez Stable,
y Jochi Badajoz, antiguo colega de *Vitral*.

Queridos amigos todos:

Mi primera palabra para agradecerles a todos y todas, sin distinción, su presencia en esta presentación del libro de los editoriales de la revista *Vitral*. Deseo expresar especialmente mi gratitud y la de los demás miembros del equipo a los que han puesto todo su esfuerzo para preparar este acto tan cubano y significativo en este momento crucial que vive nuestra Patria. Me atrevo a interpretar su presencia ahí no sólo como un gesto de cercanía a la obra o incluso al autor, más bien y sobre todo puedo comprender que ustedes están ahí esta noche por Cuba. Y ese era y es precisamente mi más profundo deseo. Que nada distraiga nuestra atención sobre la Patria. Sobre el cambio gradual y pacífico en Cuba.

Cuba vive en el borde de la incertidumbre, entre lo más oscuro de su ya larga noche y el tenue clarear de la aurora. No ha amanecido aún, pero ya se puede oír claramente el canto de los gallos. Puedo escuchar ese cantar esperanzador aquí y allá y puedo vislumbrar ese clarear que por vez primera despunta, unísono y multicolor, desde ambas orillas de la única Cuba.

Y como creo que no hay gratitud sin ofrenda recíproca, permítanme, entonces, compartir con ustedes, sólo tres breves pensamientos que me aguijonean, especialmente, en estos días decisivos para Cuba:

El primero de ellos: Los cubanos debemos y podemos, ahora más que nunca, aprender la “gramática de la inclusión”. Desde hace mucho tiempo hemos conjugado nuestra existencia sobre todo en las tres personas del singular: Yo, tú, él... cuando más, nos atrevemos a hablar de “ellos”, de los “otros”. Cada cual fuertemente atrincherado en su propia conjugación. Creo que es urgente que practiquemos todos, gobierno, oposición y sociedad civil, en la Isla y en el exilio, a conjugar el verbo incluir, sobre todo en la primera persona del plural. Cuba necesita con urgencia la gramática incluyente de un “nosotros” en el que quepamos todos. Para reconstruir el alma desmigajada de la Nación.

El segundo pensamiento que me acicatea es: Los cubanos debemos y podemos, ahora más que nunca, mejorar la “ortografía del consenso”. A lo largo de la historia de Cuba hemos sufrido no sólo de exclusiones gramaticales, sino también de frecuentes errores ortográficos, creo que fruto del analfabetismo cívico. Quizás hemos puesto demasiados acentos agudos donde necesitábamos palabras llanas y asequibles. Quizá en el empeño de poner los puntos sobre las íes, tan necesarios como aislados, olvidamos poner en primer lugar lo esencial: Al principio era el Verbo... y sigue siendo la palabra y el diálogo, el principio y el final de toda transición. Esta es la verdadera ortografía del consenso sobre lo mínimo común esencial que no borra ni vende los acentos y adjetivos sino que los coloca en su lugar. Es urgente encontrar para Cuba hacedores de consensos. Ciudadanos llanos, no esdrújulos. Reconciliadores no re-concentradores.

El tercer pensamiento es referido al día después, a preparar la primera hora de la mañana: ¿sabemos qué vamos a hacer entonces concretamente? ¿Permaneceremos aún en la somnolencia de la noche dejando que otros diseñen el amanecer? ¿En lo que estamos pensando es en fiesta, en duelo, o en compromiso? ¿Será posible que los cubanos nos pongamos a pensar y a trabajar ya, más en serio, en esa hora después, o lo que se nos ocurre es la misma pachanga y choteo con la que nos alienamos de la difícil y exigente responsabilidad de todos con todos, aquí y allá? ¿Nos hemos detenido ya a preparar esa riesgosa y apasionante jornada de reconstrucción? Bueno, espero que sí, esta es sólo la sencilla opinión de un yagüero que está convencido, por experiencia propia, que “al que madruga Dios lo ayuda”. Preparemos entre todos la madrugada de la libertad de Cuba, inseparable de la responsabilidad de cada uno de los cubanos y cubanas.

Que esta noche sea un signo, una señal de esa serena pero laboriosa responsabilidad que abra las ventanas de Cuba a la más venturosa libertad de la luz.

Presentación del libro *La libertad de la luz*
en el Miami Dade Community College,
el 21 de septiembre de 2007.

La tolerancia es abrir la puerta por dentro a la reconciliación nacional

Agradeciendo el Premio “Tolerancia Plus 2007”

Estimados miembros del Comité Organizador del Premio “Tolerancia Plus”, respetadas organizaciones de la sociedad civil cubana promotoras de este Premio:

Para mí, un ciudadano de a pie, yagüero emérito, aspirante a ser cristiano, hijo de la Iglesia católica que peregrina en Cuba, es un honor inesperado e inmerecido recibir un Premio cuyo título y fundamento es la tolerancia. Aún más inmerecido cuando se me ha otorgado fuera de concurso, al entregarse por primera vez este reconocimiento. Esta creo que es la verdadera razón por la que he podido ser su primer titular. En la legítima competencia seguro hubieran tenido que elegir a otros cubanos o cubanas que sí lo merecen.

De todos modos, lo acepto con profunda gratitud como quien sabe que, al recibirlo, sirve a la promoción de una virtud ciudadana no sólo muy beneficiosa en la encrucijada de esta hora de Cuba sino que es absolutamente necesaria para cerrar la puerta a la violencia que nadie quiere y para abrir los espacios al indispensable consenso que todos queremos pero que está aún por construir plenamente.

Aún cuando esta aceptación sea para servir a la causa de la tolerancia entre cubanos y cubanas, y demás personas de buena voluntad en el mundo, no hay que perder la perspectiva. Y para no perderla, levanto mis ojos para reconocer, una vez más, nunca suficiente, que algo se mueve en Cuba: son personas independientes, grupos informales, instituciones religiosas, asociaciones fraternales, movimientos de bibliotecas independientes, sindicatos libres, gremios profesionales, las Damas de Blanco, los partidos opositores de variadas ideologías: liberales, socialdemócratas, demócratas cristianos, socialistas. Todos dentro del amplio y pacífico tejido de una sociedad civil que se reconstruye a sí misma, que es la única forma de

reconstruirse auténticamente. Como saben, he optado libremente por no pertenecer a ningún grupo político para poder servir a esta sociedad civil a la que he dedicado toda mi vida desde la Iglesia que me engendró y me educó para este servicio y para la libertad y la solidaridad.

Este Premio es para todos y cada uno de ellos, sin excluir a nadie, porque con todos he intentado establecer lazos de respeto y amistad, y de todos ellos siempre he recibido más comprensión y afecto del que les he podido dar. Pero muy especialmente este premio es para los hermanos y hermanas que han sufrido persecución y cárcel por sus ideas y acciones pacíficas, los que han permanecido aquí y los que forman con nosotros la única e indivisible nación cubana. Ellos y ellas son los verdaderos merecedores de este "Premio a la tolerancia". No conozco un solo preso de conciencia o político en Cuba, los que están tras las rejas y los que ya salieron, que guarde en su corazón odios, ni rencores, ni revanchas, ni fundamentalismos intolerantes. No puedo decir en su nombre, porque no los he consultado, pero nada me impide que dedique este Premio en su honor. Ellos me han enseñado que no hay dolor, injusticia o fuerza que pueda contra la pacífica voluntad de no odiar. Para animar y acompañar a cada uno de estos mis compatriotas recibo este Premio.

También debo decir que conozco y soy amigo de muchos cubanos y cubanas que, dentro de las estructuras de gobierno y en otras instituciones oficiales, me han demostrado fehacientemente su espíritu tolerante y abierto. De eso también doy fe. También en su honor dedico este Premio. Cuba necesita de todos y en la Patria, soberana y libre, debemos caber todos. Permítanme también compartirlo con el excelente equipo de mis colaboradores. Ellos ejercitan todos los días su tolerancia: primero que todo, conmigo.

Un premio a la tolerancia, siempre y en todo lugar, pero más hoy en Cuba, es más que un homenaje, un cuestionamiento a nuestras conciencias, un programa de vida y una responsabilidad cívica. Así lo recibo. Valoro altamente la fundamentación del Premio en la que se reconoce que la sola tolerancia es un valor insuficiente y que se inscribe en el irrenunciable camino entre el respeto y la reconciliación. Ante este desafío y responsabilidad, me pregunto: ¿hasta dónde llega mi tolerancia? ¿Soy sólo tolerante con los que piensan como yo, o descalifico o ignoro a los que piensan diferente? ¿Soy capaz de buscar de verdad, con las palabras y con los hechos, una atmósfera tolerante que permita reconocer las diferencias con respeto y construir los consensos con sinceridad, diligencia y generosa entrega a la Nación? ¿Soy capaz de poner en primer lugar a Cuba antes que a mis intereses personales o de grupo?

Comparto algunas de mis reflexiones. Estoy muy lejos de poder contestar positivamente a estas cuestiones, pero me las hago todos los días. Les confieso, sin embargo, que he intentado ir por ese camino, no sin reiteradas decepciones, siempre con mis propias limitaciones. Es el itinerario del tanteo y la paciencia histórica. Pero, no obstante, puedo confesarles que he llegado a ciertas convicciones personales que aprovecho para compartirles sin más pretensiones:

- El primer enemigo de la tolerancia no es el otro: está dentro de mí mismo.
- Las puertas se abren por dentro y por fuera, pero las trancas casi siempre son por dentro.
- Reconocer las diferencias, decir lo que creo que es la verdad e incluso criticar los errores de los demás no significa considerarlos ni tratarlos como enemigos: Se puede ser adversarios políticos o filosóficos y ser amigos. De verdad. O por lo menos, conciudadanos decentes y cooperantes.
- Sólo la intolerancia, el ataque descalificador y la maniobra traicionera convierten a un adversario en un enemigo: aún así puede haber tolerancia si antes hay un reconocimiento de ambas partes, una rectificación de los errores, disculpas públicas y reconciliación. Es camino largo y paciente, pero posible.
- La inercia es mala consejera y la precipitación más. Las declaraciones públicas, atacando al diferente, no sólo rompe el diálogo unilateralmente, sino que beneficia a los que desean dividir y destruir.
- Sólo se puede ser intolerante con la violencia verbal o física y con la intolerancia misma. Y aún así, no debemos usar sus mismos métodos.
- Nunca he encontrado a nadie tan diferente que no podamos encontrar puntos comunes: Nuestra humanidad y nuestra cubanidad ya son dos mínimos comunes evidentes e irrenunciables, suficientes para encontrar otros. La libertad es indivisible. Buscarla nos une por encima de todo. El día después en Cuba se hace hoy.
- Los puentes siempre tienen dos o más pontones: Nadie puede construir puentes de una sola cabeza. Son caminos al abismo.
- El pretexto de la sospecha ha sido la mayor tentación y el mayor escollo: no ha existido ningún consenso en el mundo que no tenga un margen de sospecha y de riesgo.

- El caudillismo, el sectarismo y el poner a los partidos por encima de la nación no son errores del pasado remoto y reciente. Se han filtrado en nuestra cultura, en nuestras mentalidades, en nuestras actitudes, la mayoría de las veces sin darnos cuenta, con mil justificaciones. Los cubanos necesitamos aprender la gramática de la inclusión y de los consensos.

- Los verdaderos líderes, necesarios, plurales y carismáticos, son los que saben tejer con hilos diversos, los que saben perder con dignidad, saben retirarse a tiempo y saben hacer silencio cuando su palabra perjudica a personas o instituciones que consideran buenas para la comunidad y la nación.

- Es posible despertar de las pesadillas autoritarias. Tomar conciencia de ellas y sacarlas de nuestro comportamiento: Primero reconocerlas dentro de mí; después, hacer siempre trabajo en equipo; por último, cultivar una finísima sensibilidad ante esas lacras para que suenen las alarmas dentro y fuera. Cuanto antes se reconozcan en nuestro interior y en la sociedad, mejor para cada líder y para cada grupo, mejor para cada institución religiosa o partido político y, sobre todo, mejor para Cuba. Nunca más los falsos mesianismos ni nuevos paternalismos. Lo que Cuba necesita es virtud cívica y responsabilidad compartida.

Al darles las gracias por este Premio, el primero que recibo venido de mis compatriotas y por ello mucho más apreciado, deseo expresar mi convicción de que entre los prometedores proyectos que nos convocan a todos y la crucial realidad que vivimos, puedo comprobar en miles de cubanos y cubanas esos pequeños pasos hacia la libertad y la responsabilidad que mantienen viva la esperanza.

Que Cuba sea nuestra primera y última palabra e inspiración. Cuba debe cuidar su soberanía desde abajo, ni anexión, ni confederación con nadie. Sin embargo, Cuba debe abrirse al mundo, el mundo a Cuba, y Cuba a los cubanos. Recordamos las enseñanzas del Papa en su inolvidable visita de hace diez años. Su mensaje aún necesita ponerse en práctica.

Que Dios bendiga a nuestra Patria con la libertad, la justicia, la reconciliación y la paz.

Muchas gracias.

La transición en Cuba: el aporte del gobierno, la oposición y la sociedad civil

Queridos oyentes:

Todavía estamos en ambiente de Navidad, ayer fue el Día de Reyes, que siempre es una fiesta de ilusión para los niños y también para los adultos, es parte de una tradición cristiana y cubana que debemos recuperar. También recuerdo que en la cultura cubana era el Día de Reyes el único día en que los esclavos podía sacar sus cabildos, podían expresar públicamente su manera de creer, su manera de pensar. Ojalá que ese sea el regalo que los Reyes Magos traigan para toda Cuba en este año 2008 que, como te decía en el otro programa, creo que es un año de oportunidades.

Hablábamos en el anterior programa de la oportunidad que tenemos todos los ciudadanos cubanos de la diáspora y de la Isla de ejercer, a esta hora, la soberanía en cada uno de los ámbitos; y pienso que debíamos seguir en esa línea de la soberanía desde abajo, desde los ciudadanos, también diciendo que no se debería restringir esa soberanía de este 2008 a una actitud individual, aislada, de cada ciudadano. Eso es muy importante, porque se va creando opinión pública, espacio de debate, pero eso hay que combinarlo con espacios comunes, es decir, aquel tejido de la sociedad civil que se va articulando como un entramado, ese conjunto de grupos naturales, de amigos, grupos culturales, profesionales, estudiantes universitarios, bibliotecas independientes, Damas de Blanco, iglesias, logias, grupos de artistas y también los grupos que tienen la vocación para la política, es decir la oposición política partidista, todos ellos van conformando ese tejido de la sociedad civil. Precisamente uno de los desafíos para el futuro de Cuba –y no sólo para este año, porque en un año no se puede reconstruir ese tejido que fue deshilvanado sistemáticamente

por el totalitarismo durante medio siglo—, es comenzar o continuar esa reconstrucción poco a poco, hilo a hilo, hebra a hebra, del tejido de la sociedad civil. Es una hora de oportunidades para todos esos grupos, porque si es verdad que los ciudadanos deben ejercer esa soberanía individualmente, también estos grupos son escuelas de democracia, espacios de participación, donde uno puede ejercitar el relacionarse con los demás, la tolerancia, respetar la opinión ajena, el buscar la convivencia. Yo creo que es la hora de combinar libertad personal con convivencia ciudadana.

Para nosotros los cristianos, pues sabemos bien que la Doctrina Social de la Iglesia no defiende una libertad individualista, una especie de liberalismo sin límites. La libertad personal tiene un límite en el derecho de los demás a también ejercer la libertad y a convivir como hermanos en una sociedad fraterna y justa. De manera que ese es un desafío para la sociedad civil.

Ahora me refiero a la hora de oportunidades del gobierno. Se está dando un debate en la población que se ha abierto desde arriba, desde el Partido Comunista, desde el poder y como quiera que sea, es una prueba fehaciente de que aún cuando sea una anomalía el tener que dar permiso para expresarse, cuando los ciudadanos sencillos de los que hablábamos le dan un espacio para expresarse, lo hacen y lo hacen con mucho respeto, con mucha paz y espíritu constructivo. El pueblo ha demostrado que lo que falta son espacios de libertad de expresión, porque cuando se da el “permiso”, funciona y han sido millones de personas, según ha reconocido el Vicepresidente de Cuba, las que se refieren a los problemas asociados a deficiencias y errores de instituciones, de personas, y este proceso ha sido como una prueba de fe y de confianza que debemos tener en que la gente es capaz de vivir en democracia, es capaz de vivir en libertad y a pesar de los pesares y de los cincuenta años de restricciones, cuando existe el espacio, el ciudadano no es súbdito.

La voluntad política estuvo para abrir este debate. Yo lo que desearía —y es una de las oportunidades para el 2008 con relación al Gobierno— es que ese debate, que ha sido un momento puntual en nuestra Historia, se convierta en la normalidad de la convivencia en nuestra sociedad, es decir, eso que ha tenido que ser con un permiso, un programa, etcétera, se convierta en la forma cotidiana, normal, lógica, pacífica, en la que convivamos todos los cubanos, y esa es la oportunidad que tiene el gobierno: hacer de esta experiencia aislada una actitud sistemática más participativa.

De hecho, tenía aquí la cita del discurso del vicepresidente Raúl Castro en la Asamblea Nacional del Poder Popular que dice lo siguiente, y me parece muy interesante:

Este proceso ratifica algo fundamental, quien ocupa un cargo de dirección debe saber escuchar y crear el ambiente propicio para que los demás se expresen con absoluta libertad. Es algo que debe incorporarse de manera definitiva al estilo de trabajo de cada dirigente junto a la orientación, la crítica y o la medida disciplinaria oportuna.

Bueno, estas son palabras textuales del vicepresidente de Cuba. Hay dos cosas aquí que yo quiero destacar, y que me parece que dicho en sus propias palabras en un momento de la Asamblea Nacional del Poder Popular, dice “quien ocupa un cargo de dirección debe saber escuchar y crear el ambiente propicio para que los demás se expresen con absoluta libertad”.

Ante este párrafo a mí se me ocurren dos cosas, primero que, efectivamente, es hora de oportunidad, porque por lo menos se dice. Otro pensamiento es que uno pudiera ante estas palabras tomar dos actitudes. Una: decir “me cierro, estas son palabras sin realización en el futuro y se acabó”. Y otra actitud es decir “tomo estas palabras del vicepresidente de Cuba y digo, pues eso es precisamente lo que quieren los ciudadanos, la oposición y la sociedad civil, que podamos expresarnos con absoluta libertad y que esto se convierta de manera definitiva en un estilo de trabajo, y entonces uno utiliza las mismas palabras del gobernante cubano para decir bueno, pues hagámoslo y hagámoslo con la participación de todos”.

Yo quisiera decir, por mi fe cristiana y por lo que quiero para el futuro de Cuba, que desearía vehementemente que estas palabras lleguen a ser realidad cotidiana, estilo de trabajo, tal como lo ha expresado Raúl Castro.

La oposición, la sociedad civil, esos grupos de los que he estado hablando tienen otro desafío, otra oportunidad en este año 2008: toman estas palabras del Gobierno y actúan en consecuencia o, *a priori*, desconfían de las palabras y no actúan. Es un riesgo, pero estoy planteando todas las alternativas, tomando en cuenta esto que está publicado en *Granma* del 29 de diciembre del 2007 en la página 3, con un titular grande que dice: “Y a trabajar duro”.

La oposición en Cuba tiene una larga tradición de resistencia, de lucha, de sacrificio, de coherencia, estoy hablando de aquellas personas que

aman a Cuba aquí y allá. Es la hora de no esperar con los brazos cruzados, no seguir distrayéndonos en divisiones, en protagonismos exacerbados, deteniéndonos en los detalles, porque después habrá tiempo para toda la diversidad, si no es ahora. Aprender a que no hay paso hacia un cambio que no sea con corcoveos, con conflictos, con un para atrás y un para adelante, con palabras y hechos. Eso a mí me recuerda el paso de mis hijos de la adolescencia a la madurez, a la juventud. El pueblo cubano, y nosotros todos, estamos pasando en este momento de la adolescencia, del infantilismo, de la puerilidad que da el paternalismo totalitario que nos convierte a todos un poco en hijos que esperamos como en la cultura del pichón con la boca abierta, que nos pongan todo en el nido, a pasar de esa actitud un poco adolescente a una madurez cívica mayor. Todos, no me estoy refiriendo sólo a la sociedad civil y a cada ciudadano, y al propio gobierno, y creo que eso es una oportunidad en este 2008.

El desafío general para los cubanos en el 2008 es pasar de una sociedad civil todavía en proceso, todavía bastante deshilachada, a una sociedad civil más coherente, más compacta.

Quiero mencionar otro párrafo de esta misma intervención (de Raúl Castro en la Asamblea Nacional del Poder Popular) que me ha llamado también muchísimo la atención:

Coincidimos con quienes han alertado en este debate público sobre el exceso de prohibiciones y medidas legales que hacen más daños que beneficios. La mayoría pudiéramos decir que fueron correctas y justas en su momento, pero que no pocas de ellas han sido superadas por la vida. Y detrás de cada prohibición incorrecta búsquese un buen número de ilegalidades.

Bueno, yo quiero suscribir también este párrafo, porque yo también estoy de acuerdo con eso, de que hay exceso de prohibiciones y medidas legales que hacen más daños que beneficios al pueblo cubano.

Y quiero decir que si esas prohibiciones y medidas legales en un tiempo fueron justas, dice claramente que han sido superadas por la vida, y la vida es la vida de cada cubano; y cada cubano tiene que seguir demostrando que la vida supera la legalidad, las prohibiciones, los totalitarismos y todo.

Viendo la transición española y de otros países, me parece que hay que tener un grado mínimo de confianza en que de alguna manera los cambios también se hacen con la participación de los gobiernos, de las instituciones y eso supone un riesgo, un tanteo, un confiar, que debemos aprender los cubanos. Ninguna transición pacífica se ha hecho sin

cierta participación del gobierno. Y ningún gobierno ha cedido poder sin presión ni participación de la oposición y de toda la sociedad civil.

Deseo a mis compatriotas de allá y de aquí un año 2008 lleno de serenidad para poder ver los signos de los tiempos. Segundo, deseo para todos, y para mí mismo, una nueva dosis de confianza entre todos los cubanos; y tercero, no quisiera que se interpretaran estas palabras de confianza como ingenuidad política, no se trata de ingenuidad, sabemos la historia de estos cincuenta años y no la negamos para todos los que hemos sufrido, yo soy uno de ellos. Pero ha llegado el momento de dar una oportunidad al cambio, una oportunidad que después, la Historia, el futuro, los años por venir, demostrarán si esto que hemos leído son sólo palabras o se va a llevar a cabo con la libertad y la responsabilidad de todos los cubanos, sin excluir a nadie que piense diferente.

¡Feliz 2008!, yo coincido en que será un año de trabajo, de reflexión y de muchos cambios para Cuba.

Muchas gracias.

Publicado en *Palabra*, periódico ecuménico cubano.
Miami, Florida. Lunes 7 de enero de 2008. Radio República.

Alamar Express-Omni-Zona Franca o el espíritu de liberación artística y cívica en Cuba

Patrycja Satora, joven polaca, directora y productora de *Alamar Express*, desembarcó en la Cuba de principios del siglo XXI, como descubridora. Sin alma de colonizadora y sin intercambiar las riquezas naturales de la Isla por falsos espejitos, muestra el *Numen Insularis, el espíritu de la Isla*, un alma con rostros reales, con sus frustraciones y aspiraciones, con sus limitaciones y proyectos... como *Omni-Zona Franca*, sólo una señal en el camino del descubrimiento de una Isla que los turistas no conocen, porque no se lo muestran y porque no se acercan a las verdaderas fuentes para conocerla. Eso hicieron Patrycja, Tomasz y su equipo. Y lo lograron.

Doy fe, como cubano que jamás he abandonado esta Isla, que lo mostrado es absolutamente parte de la realidad que vivimos, y que ha sido tan respetada por los realizadores, que uno no sabe bien donde está la frontera entre la “poesía sin fin” de la obra de arte y la prosaica realidad-génesis de la obra.

El documental está refrendado por nombres propios y por historias vividas. Nada se inventa. Nada sobra, y si hay sensación de que algo se derrama sin desbordarnos en nosotros no son lágrimas de una queja infecunda sino “el espíritu de protesta, de liberación artística y cívica” como dice el provocador exergo que se va haciendo experiencia propia al adentrarnos en el laberíntico complejo de las subjetividades entretejidas en un taller que se coloca, por vocación y necesidad, al servicio de la comunidad. Y la trasciende a toda la Isla. Menos para los ciegos que no quieren ver y las piedras turísticas que sólo se ablandan con mojitos morenos. Vienen a la Cuba virtual y no desean enturbiar sus vacaciones

con estos “detalles” aislados en la marginalidad de los que aún tienen un proyecto ético, una espiritualidad comprometida y un ya extraño amor por una belleza que barbotea dentro. Por eso este documental es “no apto para turistas” y se recomienda ver a los cubanos infantilmente ciegos de la Cuba real acompañados por adultos que ya hubieren despertado: como los muchachos de *Onmi-Zona Franca* o como Patrycja, Tomasz y los cubanos de a pie que se dejaron interpelar por estos *performance* esperanzadores. Yo he sido uno de ellos. Y doy gracias a Dios.

Debo decir que he dedicado gran parte de mi vida a la fundación y desarrollo de pequeños proyectos para la resurrección de la Cuba real como la Comisión Católica para la Cultura de Pinar del Río, un Centro de Formación Cívica y Religiosa y una revista socio-cultural que se llamó *Vitral*. Nuestra mística se resume en el “creer en la fuerza de lo pequeño” y en el paso de la queja estéril a la propuesta insinuante. En ello trabajamos desde la más occidental de las provincias de Cuba durante más de catorce años. Nuestros dos objetivos fueron: reconstruir la subjetividad de la persona humana y reconstruir el tejido creativo e independiente de la sociedad civil. Tengo que confesar que me he encontrado en *Alamar Express* con la imagen del Centro Cívico de Pinar en el espejo de la poesía, pero disfruto de una imagen original, corregida, mejorada, planificada (no pre-planificada) y surgida de la total independencia y creatividad de la sociedad civil. Ahora, al escuchar la espiritualidad de David, de Amaury, de Eligio y de los demás, pienso que nuestro Centro era verdaderamente la sombra de aquella luz nacida del mar... sooooohaamm. Luz y sombra inseparablemente hermanas.

En el documental *Alamar Express* me llegan como tres oleadas de ese murmullo del mar Caribe que, entretejido con las islas antillanas, ha penetrado, en el sentido conyugal, por los garajes, talleres, huecos de los elevadores, pasillos desconchados de los edificios y paradas de Alamar en la costa norte y oeste de La Habana. Ver, espiritualizar, actuar.

Esos tres movimientos, como de ópera, comienzan como un largo, andante y tristísimo abordaje de la realidad: “¿De qué te vale tener cosas que no valen nada, si no rozan tu piel? ¿De qué te vale hacer el juego en la trampa? Tú no tienes nada que hacer, nada que hacer, nada que hacer...”; o esa otra visión casi recitativa o en canto llano que nos asegura con perfecto cinismo filosófico: “La calle está aparentemente tranquila...” ¡Ay, si la gente del mundo que vea este documental supiera lo que significa para un cubano “la calle”... y si supiera de dónde viene esa “tranquilidad” en un conocido refrán popular cubano: “tranquilidad viene de tranca”! La fotografía de Mikolaj Górecki lo grita con

magníficas imágenes para los que no creen sin ver: el contraste entre la celebración en la plaza de los ochenta años de Fidel y la casa de los jóvenes. Las fachadas y calles del período especial.

El segundo movimiento desemboca en un *majestuoso* viaje hacia la interioridad de la persona humana: Como testimonia Amaury, el profeta fundador:

Una manera de auto-adentrarse hacia uno que permite entonces el paso hacia la comunidad... Traemos las noticias de nuestras almas puestas en escena. Y eso es aliento, puro aliento... La primera responsabilidad que tengo yo como humano es despertar yo... si yo puedo despertar puede despertar una piedra. Si yo despierto mi sustancia del alma, ya, entonces [soy] un maestro espiritual y cívico. Porque estaría dándole a la gente cómo vivir en sí, salir de sus temores y ser más allá de todo lo que le proponen.

Otro joven del grupo asegura: “Lo que afloró fue el espíritu. Hay quien cosechó para el espíritu y quien se puso a buscar dinero, y hay quien conjugó ambas cosas”.

El tercer movimiento regresa, desbordado y desbordante, de ese hondón espiritual con un movimiento *mucho alegre* al servicio comprometido con la comunidad:

Tratar de romper con la condición cívica actual del cubano. Presa de la información... No existe la cívica en Cuba. Romper esa condición de no existencia para plantear una cívica. La cívica que plantean es cósmica pero para llegar al cosmos hay que empezar por una cívica del terreno, terrenal. Han abierto un espacio

como nos comparte Luis Eligio.

“El verdadero hombre nuevo” (subtítulo de *Alamar Express*) que nunca pudo crecer del autoritarismo y la monotonía de un sistema cansino y senil, sale de sí mismo, del rescate de su espiritualidad y danza por esas calles casi imperceptible por los “sabios de este mundo”, peregrina con el garabato a cuevas siempre crucificado como el que se mete a redentor, pero siempre resucitado, aunque olvidemos la segunda parte de este par dialéctico y crítico. El hombre y la mujer nuevos, exponen en los oscuros pasillos de la arquitectura estalinista convertidos en luminosas galerías comunitarias “con paciencia... despacio, que yo vengo de arriba para abajo...” como dice real y metafóricamente la Minerva que se resistió a vender su cuerpo para ganar el numen de su vida. Y lo logró. Ese hombre nuevo pone sillas en las paradas de ómnibus y logra que

construyan los asientos olvidados en ellas. Ese hombre nuevo, camina por las calles de Santiago de Cuba como tres “fantasmas cívicos”, rompiendo la “fuente amniótica” de *Granma* y *Juventud*, de Mesas frías y candangas informativas, liberándose de los mismos métodos preservativos y anticonceptivos de la libertad... y rota la fuente, nacen tres hombres nuevos, (no “El” hombre nuevo, sino uno a uno y trino) desnudos y germinales para la verdad que buscarán sin descanso alrededor del círculo místico de quienes han descubierto que lo trascendente, lo verdadero y lo bello que algunos llamamos Dios, o Alá, o Abba, no se encuentra en el ruido de la tormenta, ni en la descarga del rayo, sino en ese susurro del viento fresco, en el murmullo del mar siempre fiel, siempre volviendo...

Al joven David que nació en 1984, que danza como el salmista de la *Biblia* que se escribe hoy por las calles de Alamar, que dice que “para la demanda espiritual que yo tenía no me servían esas escuelas...”, le recuerdo aquel capítulo 29 del libro de otro profeta, Isaías, en el que habla con Jerusalén, la capital de su pueblo, sobre su sitio y su liberación:

Instalaré mi campamento frente a ti, como David,
te rodearé de empalizadas y cavaré trincheras a tu alrededor.
Desde el suelo, donde estés tendida, hablarás,
Pero tu palabra será sofocada por el polvo.
Tu voz saldrá desde la tierra como la de un fantasma
Y tus palabras brotarán del polvo como un murmullo...

Entro en diálogo con este salmista de “la calle” y le escucho exponer, en talla con la directora como él mismo dice frente a sus iconos, con increíble sencillez y sonrisa inefable su espiritualidad:

Este es mi altar donde cultivo mi espiritualidad, me siento a meditar todos los días por la mañana y al acostarme, esa estrella es la estrella de Belén, que significa el Cristo interno, no es Jesucristo... es el estado crístico, que es una fuerza cósmica y un estado de conciencia el cual Él alcanzó, y que está dentro de cada uno de nosotros...

Es una versión fresca, criolla, “suave, rico” –como acota David– de la más audaz y cósmica de las filosofías cristianas del siglo XX. Es la vivencia cubanísima de la obra cumbre de Teilhard de Chardin, antropólogo jesuita que descubrió los huesos del *Hombre de Pekín* y desde esa terrenidad saltó a la cristificación del mundo, como el punto Omega, donde se reconciliarán plenas, resucitadas y diversas todas las fuerzas vivas de la Historia desde el Alfa del “Génesis”... y, claro, pasando en su convocante *performance* meta-histórico por las calles y talleres de

Alamar... para que no se pierda ni una pizca de esa *poiesis aeterna*.

Tercia otro del grupo y, como en *ritornelo* apremiante, cierra la puerta a una posible alienación espiritualista, o a un pietismo “opio de los pueblos”: para llegar al cosmos hay que empezar por una cívica del terreno, terrenal.

El de la honda danzante de la calle, nada del mármol David de Florencia, aterriza en una letanía mística que debería cantarse en cada vigilia poética, en cada velada de santo, en cada catedral del mundo. Yo por lo menos, para empezar, la rezo desde mi catedral de las yaguas:

La calidad del camino que es la vida depende de la calidad de la meta.

Si la meta es el amor, lo vamos a ir amando todo a nuestro paso, pero si la meta es destruir, lo vamos a ir destruyendo todo a nuestro paso,

si la meta es saciar el hambre, lo iremos devorando todo a nuestro paso,

si la meta es luz, iremos iluminando todo a nuestro paso.

Hoy la meta es un plato de comida y mañana es un par de zapatos y en eso se nos convierte la vida.

No es lo mismo ir a comprar los frijoles pensando en el hambre y la cola

que salir por la puerta con ganas de dar luz y amor al barrio.

El entorno es diferente para cada persona, nuestras acciones serán su reflejo.

Si nos proyectamos fula, fula veremos nuestra realidad.

Si nuestra reflexión es pura, pura veremos la verdad.

Avancemos limpios, el camino es nuestro.

Tanto ruido allá fuera. Tanta mentira y tanto dolor en la televisión.

Tantas voces en la calle...

y al final: si no hubiéramos visto tanto brillo allá afuera,

no hubiéramos sentido aquí adentro la avaricia.

Si no hubiéramos sentido tanta agresividad y la oscuridad

No hubiéramos sentido, aquí dentro, el miedo.

Si no hubiéramos sentido la envidia, no la hubiéramos sentido aquí adentro.

Ahora, aquí adentro no hay envidia, no hay dolor, no hay miedo, Eso es allá fuera.

Aquí dentro hay paz, hay luz, hay amor, hay sabiduría,

nada más hay que quererlo,

y lo vamos a tener seguro,

como mismo vamos a tener toda la mierda que nos hemos ganado mirando fuera.

Amén, David, pero tú también sabes que siempre aparecen los “fantasmas cívicos” que no todos han aprendido a “mirar dentro”... por eso Luis Eligio tiene que explicar a su familia que no quiere quedarse “fuera”, y lo dice en paz: “Si fuera definitivo no, abuela. Me están invitando allá por el trabajo que hago aquí, si me quedo haya pierdo la fuente que es aquí...” Y Amaury ubica: “*Madrid Abierto* es una alegría, pero una alegría tranquila porque la alegría la hemos descubierto aquí... ¿entiende?... en el espacio que nadie cree que existe”.

O aparece aquel otro fantasma estructural de las palabras deconstruidas, vaciadas, trastornadas, paranoicas... que están en la sombra inconsciente hasta de los que han aprendido como ustedes a “ver dentro” y hay que explicar al muro, hay que asustar al fantasma, explicando lo que no se dice con subjetivas contradicciones semánticas que todo el mundo en Cuba entiende pero que para los que van a ver *Alamar Express* pueden resultar desconcertantes, como las del pícaro Raimundo, nada menos que el compositor de la explícita canción del cacique Taíno, cuando con cara de ingenuo explica para no se sabe quién, (pero nosotros sabemos): que: “sólo hace cultura. No somos un grupo de disidentes, o un grupo en contra del Gobierno, somos un grupo que quiere hacer cultura”. Como si la cultura fuera toda ella oficial, o toda ella naif, o toda ella ortodiciencia y no fuera también disidente... Pero ya sabemos, taíno: “¡lucha tu yuca!”.

Invito a los interesados en acercarse a la verdadera Cuba para que vean *Alamar Express* y entren en comunión con *Omni-Zona Franca*, ese espacio para la libertad de la luz que nos invita a solidarizarnos con el alma de la Isla que cobra rostro en Amaury-1969, Luis Eligio-1972, Fito Adolfo-1976, Yoyi-1971, Nilo-1967, René-1968, Raimundo-1971, Minerva, Iris-1980, Ailer-1973, David-1984. También con Rodolfo Rensoli-1966, David Berenguer-1985, y otros muchos que, sabiéndolo o no, hemos elegido este camino de la alternatividad cubana para hacer vida este mensaje de esperanza y confianza en el poder de los sin poder que nos presenta ese maestro espiritual y cívico que es Amaury:

Somos hijos de los noventas. Ya el orden de los noventa y la rapidez con que se mueve la alternatividad cubana –lo digo en todo el sentido espiritual–, prueba que existe un cubano diferente, con otras percepciones. Y lo único que se puede hacer es establecer diálogo, porque no hay otra manera... Y lo que el mundo espera de Cuba por su resistencia debe ser fundamentado con nuevas espiritualidades

profundas... y no depende de que el mundo se haya abierto a Cuba y Cuba al mundo sino de que el cubano se abra a su interior, a su espacio de libertad, a su potencial creativo... ¡Cuando los pueblos quieren, quieren!

Amaury, ustedes son también ese pueblo, parte joven y espiritual de este pueblo... y quieren.

Amén. Que se haga. *Sooohaam, sooohaaamm, soooohaamm.*

Pinar de Río, 20 de noviembre de 2007.

V

Protagonistas de su época

Semblanzas personales

El Padre Félix Varela

I. NACIMIENTO E INFANCIA

Félix Varela y Morales nació el 20 de noviembre de 1788 en la casa de sus padres, en la calle Obispo, entre Villegas y Aguacate, en la Ciudad de La Habana. Sus padres fueron Don Francisco Varela, español, teniente de infantería, quien se casó con Doña Josefa Morales, santiaguera y ama de casa.

El niño fue bautizado a la semana de nacido, el 27 de noviembre, en la Iglesia del Santo Ángel, donde sería bautizado Martí años después. El sacerdote que lo bautizó se llamaba Fray Miguel Hernández, dominico, y sus padrinos fueron su abuelo Don Bartolomé Morales, coronel del ejército, y Doña Rita Josefa Morales, quienes pusieron al niño el largo nombre de Félix Francisco José María de la Concepción y Morales. Félix era el tercer hijo y sus dos hermanas se llamaban María de Jesús y Cristina.

A la temprana edad de tres años muere la madre de Varela y el niño huérfano, con sus dos hermanas, queda al cuidado de su abuelo Don Bartolomé, quien pronto fue trasladado, por sus trabajos como militar a San Agustín de la Florida, a donde lleva a Félix que apenas sabía hablar. Allí, en el seno de este hogar cristiano, recibió Varela una fuerte y esmerada educación basada en la disciplina, la caballeridad, el cultivo de la virtud y la piedad cristiana. Inició allí sus estudios primarios con el Padre O'Reilly, que le enseñó latín, gramática y violín.

II. ADOLESCENTE. SU VOCACIÓN

Cuando llegó el momento de empezar sus estudios secundarios, Félix regresó a La Habana. Su padre había muerto y el abuelo soñaba con hacer de él un valiente y honrado militar, según la tradición familiar.

El 1801, a los trece años, Varela, adolescente cristiano, recibe el sacramento de la Confirmación de manos del Obispo de La Habana, dando nueva plenitud a la fuerza del Espíritu Santo, recibida en el Bautismo, para ser testigo valiente y perseverante de la fe en Jesucristo delante de todos los hombres, a pesar de las dificultades. Esta gracia haría fructificar a lo largo de su vida los talentos sembrados en el seno de la familia.

Varela es un adolescente alegre y travieso como todos, le gusta la naturaleza y los amigos. Muchas veces pasa largos ratos después del estudio conversando con ellos en el río. La fe le ayuda a tener muchos amigos y a compartirlo todo sin egoísmos. La fe le ayuda también a tomar importantes decisiones: Cuando tenía catorce años su abuelo le propuso empezar la carrera de cadete en una escuela militar. Entonces Varela, pensándolo bien le contestó: “Yo quiero ser un soldado de Jesucristo. Mi designio no es matar hombres sino salvar almas”.

No es extraño que un adolescente que vive con alegría su fe y la comparte con los demás decida ser sacerdote.

III. JOVEN. SACERDOTE Y MAESTRO

Félix Varela comienza sus estudios para ser sacerdote en el Seminario San Carlos de La Habana, donde transcurrió su juventud en un sano y feliz ambiente juvenil. Su empeño en los estudios, su disciplina ejemplar, la ayuda que prestaba a sus compañeros seminaristas, su oración y entusiasmo, llamaron enseguida la atención de sus profesores entre los que estaba el P. José Agustín Caballero, a quien Martí llamó “Padre de los pobres y de nuestra filosofía”, por su ayuda a los necesitados y por su obra renovadora en la asignatura que enseñaba.

Uno de los compañeros de aula dice de Félix: “Su carácter moral era sin mancha, su piedad ferviente y su devoción sincera y sostenida”.

Varela estudia, a la vez, en la Universidad de La Habana, y es tan decidido y audaz su empeño que a los diecinueve años comienza a heredar las cátedras de sus profesores.

“Su vocación está definida: Su fe lo orienta al sacerdocio y su ansia de enseñar al magisterio”.

A los veintitrés años pide al Obispo Espada, que será un gran padre para Varela, que lo ordene sacerdote. El Obispo acepta y el 21 de diciembre de 1811 recibe la ordenación Sacerdotal en la Catedral de La Habana. Celebra su primera misa en el Convento de Santa Teresa

en esa ciudad, donde una de sus tías había profesado como monja carmelita. Entre los asistentes estaba Don Bartolomé, su abuelo, de quien Varela recibió su formación y quien había recibido el primer testimonio de su vocación.

IV. CIENCIA Y CONCIENCIA. SER MAESTRO

Con veinticuatro años de edad el Padre Varela es nombrado por el Obispo Espada profesor de Filosofía, Física y Ética en el Seminario. Allí prepara el primer laboratorio de Física y Química que tuvo el país: cajas galvánicas, tubos de ensayo, máquinas neumáticas, sistema planetario móvil y otros instrumentos para la enseñanza de las ciencias mediante la experimentación. El P. Varela enseña con los métodos pedagógicos más adelantados. Da mucha importancia a que sus alumnos aprendan a razonar con sus propias cabezas; lo importante es que aprendan a pensar y a decidir por sí mismos. Por eso decimos que: “Mientras se piense en Cuba, se pensará con respeto y veneración en el primero que nos enseñó a pensar”. Ese fue el P. Félix Varela. Así lo señaló uno de sus alumnos, José de la Luz y Caballero. Pero muchas veces los hombres se dejan arrastrar por los adelantos de la ciencia y se olvidan de que estos deben ser usados para el bien de la Humanidad y no para destruirla. Estos hombres tienen ciencia pero no conciencia. Este fue el gran aporte del P. Varela a la educación en Cuba: unir ciencia y conciencia. Por eso se ha dicho que “la reflexión fue su trinchera”.

V. SUS ALUMNOS. SUS FRUTOS

El P. Varela formó en las aulas del Seminario San Carlos a los mejores hombres de su época. Los frutos de su labor como maestro se muestran en patriotas como José A. Saco, Domingo del Monte, literato y protector de escritores y artistas, José de la Luz y Caballero, aquel gran maestro que dijo que “enseñar puede cualquiera pero educar sólo quien sea un Evangelio vivo”. Heredero de las enseñanzas de estos hombres, y a su vez alumno del Seminario, fue también Rafael María de Mendive, el maestro de Martí.

Varela abrió, el primero, el camino de la educación para todos cuando dijo: “La necesidad de instruir a un pueblo es como la de darle de comer, que no admite demora...”. “¿Quién puede negar que es más ilustrado un pueblo en que todos saben leer y escribir?”.

VI. LA CÁTEDRA DE LA LIBERTAD Y LOS DERECHOS HUMANOS

En el tiempo en que el Padre Varela fue profesor en el Seminario realizó otras actividades para el fomento de la cultura de nuestro país: fundó la primera Sociedad Filarmónica de La Habana, ingresó y trabajó en la Sociedad Patriótica de Amigos del País, escribió obras de teatro que se presentaron en escenarios habaneros y libros de texto para estudiantes de Filosofía.

A los treinta y dos años, el 18 de enero de 1821, el Padre Varela inaugura en el Seminario de San Carlos, la primera Cátedra de Derecho de América Latina. Los jóvenes de La Habana se apiñan en las puertas y ventanas donde Varela imparte las clases. Allí se enseña, por primera vez en estas tierras, la legalidad, la responsabilidad civil y el freno al poder absoluto. Allí se cultiva la semilla de liberación y dignidad humana que el P. Las Casas había sembrado siglos atrás. El mismo Varela llama a estas clases “la Cátedra de la Libertad y de los Derechos Humanos, la fuente de las Virtudes Cívicas y la base del gran edificio de nuestra felicidad”.

VII. REPRESENTANTE DEL PUEBLO DE CUBA: DIPUTADO

El sacerdote Félix Varela es elegido Diputado ante las Cortes españolas, representando a Cuba ante el Parlamento donde se confeccionaban las leyes a partir de la Constitución. Con treinta y cuatro años el P. Varela embarcó con dos cubanos más para España. Despidiéndose de su país, al que jamás volvería, con estas palabras: “Un hijo de la libertad, un alma americana, desconoce el miedo. Mis conciudadanos, haciéndome el mayor de los honores, me habéis impuesto la más grave de las obligaciones. Yo no seré feliz si no la desempeño...”.

Cuentan que en la travesía, sobre la cubierta del barco, el P. Varela tocaba magistralmente el violín formando un dúo con otro que tocaba la flauta. Le llamaban “El Padre” y fue el centro de la vida a bordo.

Llegó a España y comenzó su labor parlamentaria organizando un grupo con los representantes de Puerto Rico, Cuba y Filipinas para defender los derechos comunes. Apoyó, además, el derecho de los militares a casarse antes o en pleno servicio y votó por el respeto a la autoridad del Papa. Varela formó parte de varias delegaciones para presentar al Rey asuntos importantes y fue nombrado miembro de la Comisión Parlamentaria para la Instrucción Pública, creó también, por su iniciativa, una comisión para el estudio de los problemas de las provincias de ultramar.

VIII. CONTRA LA ESCLAVITUD, POR LA LIBERTAD DE AMÉRICA

Tres fueron las principales causas que Varela defendió en las Cortes:

La primera: Contra la esclavitud. El mismo P. Varela redacta el proyecto de Ley para la abolición de la esclavitud y en él proclama sus principios sociales de honda raíz cristiana.

“Desengañémonos: Constitución, Libertad, Igualdad, son sinónimos y a estos términos repugnan los de esclavitud y desigualdad de derechos”.

La segunda: El reconocimiento de la independencia de varias naciones de América ya liberadas.

Sobre esto el P. Varela escribió después: “Los hombres de América nacen con el amor a la independencia... han tenido sus desavenencias sobre el modo de ser libres, pero en un momento de descuido, abren el pecho y se lee: INDEPENDENCIA”.

El tercero: La ley sobre el Gobierno Autónomo de las Islas de Ultramar.

Este proyecto de 189 artículos en forma de Constitución, fue escrito por el mismo Varela, que intentaba formar una comunidad de países hispanos. Él decía: “Las Leyes se humedecen, debilitan y aún se borran atravesando el océano y a ellas las sustituye la voluntad del hombre”.

IX. VARELA: EL PRIMER LUCHADOR POR NUESTRA INDEPENDENCIA

Sólo un año está el P. Varela representando a Cuba en el Parlamento español. Los franceses invadieron España, el Rey se entregó y el P. Varela votó en contra de un Rey vendido al poder extranjero y por ello fue condenado a la pena de muerte junto a otros diputados que mantuvieron la misma actitud digna.

Convencido de que el camino de la libertad no estaba en aquellas reformas ni en la autonomía, el P. Varela sale de España con el firme e incommovible propósito de luchar por la liberación de Cuba en el único camino cierto: La independencia.

Se exilia en los Estados Unidos y desde allí comienza su labor separatista. Se reúne con antiguos alumnos del Seminario y acepta presidir un movimiento independentista.

Comienza a los treinta y cinco años un nuevo camino de liberación: primero fue liberar las mentes en las aulas, después intentó la liberación

por las leyes, y ahora comprende que aquellos sólo eran pasos para avanzar hacia una liberación más profunda e integral. Comienza a escribir el primer periódico independentista cubano, llamado *El Habanero*. En él escribe aquellas frases que hoy mantiene su vigencia para cualquier país en los mares del mundo:

“Desearía ver a Cuba tan isla en lo político como lo es en la naturaleza”. “Cuba no debe esperar ya nada de España... ni de nadie, debe liberarse por sí sola...”.

X. “EL QUE SE METE A REDENTOR...”

Siguiendo las huellas de Jesús, el P. Félix Varela se entrega hasta el heroísmo al servicio de la liberación de los hombres:

- Lucha por la libertad de Cuba.
- Lucha por la liberación de los pobres allí donde estaban.

Poco a poco el mismo Varela se va despojando de toda atadura material y hace donación total de su vida al servicio de la Iglesia y de Cuba. En esta lucha redentora sufre el camino de la Cruz, propio de los seguidores de Jesús:

- Condenado a muerte y perseguido por causa de la justicia.
- Exiliado sin regresar jamás a la Patria.
- Desde La Habana mandan a un conocido asesino para que cumplierse una misión: coser a puñaladas al P. Varela. El “Tuerto Morejón”, Mayor de la Policía, es el encargado de cumplirla.

Pero los católicos de las comunidades del P. Varela lo protegen y éste al enterarse expresa: “Se equivocan medio a medio... Yo estoy perfectamente curado del mal de espanto. Miserables, ¿Creen poder destruir la verdad asesinando al que la dice...?”

Continúa entregado a sus empeños por Cuba, por los pobres, por la justicia y la verdad. En su corazón seguro resonarían aquellas palabras del Maestro: “Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos”. (Mateo, 5.10).

XI. EL SACERDOTE: SERVIDOR DE LA COMUNIDAD

El profundo amor del P. Varela por la Iglesia se expresa en el celo apostólico y en la constante labor evangelizadora al servicio de la comunidad

que le fue encomendada: en Nueva York, el Obispo compró un edificio con ayuda de sus amigos para fundar una parroquia llamada Iglesia del Cristo, allí Varela atiende las necesidades de sus fieles: confesiones, misas, dirección espiritual, visita a enfermos, ayuda material a viudas y huérfanos...

Un día el P. Varela fue a un hospital para asistir a un enfermo y allí un hombre, al ver las intenciones del sacerdote, comenzó a dar golpes contra la estufa, haciendo un ruido irrespetuoso que no permitía a Varela administrar los sacramentos. El hombre no quería salir del cuarto, discute y el P. Varela habla con él hasta que el hombre sale.

Después de administrados los sacramentos le recomiendan que hable con el Director pero Varela no lo cree oportuno en el momento y se va. Más tarde otro sacerdote lo convence y va a hablar con el Director, Varela dice: “Nos trataron con mucha política y consideración. Oída la queja, se solidarizaron, averiguaron quién era el hombre y le llamaron la atención”.

En otra ocasión el P. Varela da una carta de conducta a una mujer para sacar a sus hijos de una casa de pobres. Al presentarla oyó estas palabras del Director: “¿Cree que voy hacer caso a la firma de un cura católico?” —y riéndose con burla terminó: “Miraría con más consideración la de un cargador de basura”.

El servicio como pastor de aquel pueblo no fue fácil para el P. Varela que, en el sacrificio sereno y la entrega generosa y dialogante de cada día, fue gastándose calladamente por el crecimiento material y espiritual de sus fieles.

XII. SACERDOTE: OPCIÓN POR LOS POBRES

Años más tarde el P. Varela compró una Iglesia llamada de la Transfiguración en Nueva York. En ella fue párroco y desplegó una incansable labor al servicio de los más pobres. De dos formas sirvió el P. Varela a los pobres:

-Con la caridad material ayuda a los necesitados de alimentos, dinero, salud, vestidos y vivienda...

-Con la promoción de la verdad, que es otra forma de caridad, atiende a los pobres de espíritu, a los que tienen cosas materiales pero les falta educación, moral, motivaciones para la vida, fe...

Pero el P. Varela no hace tales distinciones; sabe que es al hombre entero al que hay que ayudar y sabe que el pobre acoge sólo la ayuda que es

fraterna y franca; por eso en todas sus obras pone en práctica su lema preferido y reiterado en muchos momentos: “Con caridad y buena lógica”.

El P. Varela fue reconocido por todos como un verdadero apóstol de la caridad. Algunas de sus obras fueron:

- Funda escuelas parroquiales para niños y niñas en El Cristo y en la Transfiguración;
- Funda un círculo infantil a tiempo completo y uno seminterno;
- Crea en cada parroquia una biblioteca circulante, un catecismo diario de seis a ocho de la noche, una asociación de mujeres costureras para vestir al necesitado y dar trabajo al que no lo tenía;
- Funda la asociación católica contra el alcoholismo y organiza la Cofradía Mariana del Rosario.

XIII. SACERDOTE: HOMBRE DE DIOS

Su vida, que externa e internamente conoció los más diversos caminos, las más difíciles opciones, muchas y dolorosas contradicciones, tuvo siempre un rumbo, una motivación capaz de integrar, de unir lo más diverso y arriesgado, esa inspiración fue la fe en Jesucristo que se traduce en su virtud, su piedad, su espíritu indomable ante la injusticia y sacrificado al servicio del prójimo, su contemplación en medio de la actividad. Su amor concreto se traduce no sólo en la caridad personal, sino que, siendo profeta en su tiempo, abre su corazón a la caridad social, a la lucha por sacar de raíz la causa de la pobreza y la ignorancia. Escribe varias veces la síntesis de su propia vida: “Buscar la Gloria de Dios es todo, santificando todas nuestras acciones, tendidos hacia el amor al prójimo”.

Hay quien ha completado esta descripción de la espiritualidad del P. Varela diciendo que recibió del P. Caballero la humildad y el tacto pastoral; de San Vicente de Paúl, en quien veía “El mejor ciudadano de Francia”, la caridad apremiante y concreta; de Santa Teresa de Jesús, su incansable espíritu reformador y fundacional; en los Padres de la Iglesia admiraba en Tertuliano y San Ambrosio la virtud de la fuerza espiritual y en San Juan Crisóstomo el don de predicación unido a la humildad.

XIV. HOMBRE DE IGLESIA

Desde que el P. Varela decide a los catorce años ser seguidor de Jesucristo, toda su vida se desarrolla en comunión estrecha con la Iglesia,

reconociendo siempre en ella el signo y el sacramento de la salvación de Cristo. Por eso dice de la Iglesia:

La Iglesia es el conjunto de los creyentes bautizados, que guiados por la luz de la fe, unidos con el vínculo de la caridad, animados por la consoladora y bien fundada esperanza y nutridos por los Santos Sacramentos, corren por la senda de la virtud y de la paz hacia el centro de la felicidad, bajo el eterno Pastor que es Cristo y su Vicario que es el Papa.

Este profundo sentido eclesial no es abstracto ni teórico, se hace realidad en la persona de su Obispo Espada, más tarde en el Obispo de Nueva York, Mons. Dubois, de quien llegó a ser Vicario General y posible candidato a sucederle en el Obispado, pero por falsas informaciones del poder político español, que escribió a Roma oponiéndose a un posible nombramiento de Varela como Obispo, este no llegó al Episcopado. En los últimos tiempos esta comunión eclesial se estrechó con el Arzobispo Hughes quien aceptó la renuncia del P. Varela, por motivos de salud, a la Parroquia de la Transfiguración pero quiso que retuviera el título de Párroco y Vicario General hasta su muerte.

Su sentido eclesial se refiere también al servicio completo a la comunidad que se le ha encargado o a la misión que se le ha designado: Sirve y ama a la Iglesia tanto como profesor del Seminario como Diputado a Corte; tanto como periodista y promotor de la verdad sobre Jesucristo, sobre el hombre y sobre la Iglesia como Párroco y fundador de Parroquias; tanto como Director espiritual, como luchador contra el alcoholismo; tanto cuando es nombrado “Doctor en Teología” por el Colegio-Universidad de Santa María de Baltimore, o teólogo experto en dos Concilios Regionales de los EE.UU., como cuando vive en los hospitales o en los barcos en cuarentena durante la epidemia de cólera en 1832 o cuando organiza las misiones parroquiales en el Octavario del *Corpus Christi* cada año.

Por eso el P. Varela describe su amor a la vida sacerdotal diciendo: “El amor a mi estado es un amor nutrido por treinta y tres años en los cuales no ha habido un solo momento en que me haya pesado ser eclesiástico y muchos en que me he gloriado en serlo”.

El P. Varela es un hombre de Iglesia, tanto escribiendo libros de texto de Filosofía para los alumnos del Seminario San Carlos, como cuando escribe su *Catecismo sobre la Doctrina Cristiana* en los EE.UU. Es el hombre de Iglesia tanto cuando compra, con su dinero y la ayuda de los habaneros, iglesias en EE.UU. como cuando tiene que celebrar en casas particulares durante un año por no tener templo en su Parroquia.

Es el indivisible hombre de Iglesia cuando escribe “Temas Bíblicos” en hojas sueltas para repartir por suscripción, como cuando denuncia que la situación de la religión católica en aquella época, en aquel país, es de “Discriminación de hecho y libertad de derecho”.

Es el hombre de Iglesia precisamente porque ha logrado ser integralmente, sin rupturas ni divisiones, el hombre de Dios y el hombre para los demás.

XV. EL HOMBRE PARA LOS DEMÁS

El P. Félix Varela no sólo nos enseñó a pensar primero sino que nos enseñó a vivir una nueva forma de vida, tan antigua como el Evangelio, tan nueva como los hombres de cada tiempo. Él nos enseñó lo alienante que es la fe cuando no promueve la vida y lo sofocante que es la vida cuando no la alienta la fe. Él nos enseñó que la fe que pueda haber en el corazón de un hombre debe llevarle al servicio generoso y desinteresado de su pueblo, debe conducirlo al desarrollo integral de la Patria en las circunstancias históricas concretas en que se encuentre; debe empujarlo, en fin, a vivir para los demás.

El P. Varela logra hacer esto una realidad cuando, no teniendo ya nada más que dar, comienza a repartir aquellos pequeños detalles que no resuelven de raíz una situación pero que expresan el deseo de quien lo realiza de que esa situación cambie radicalmente. Es entonces cuando algunos gestos sencillos de Varela cobran, para quienes lo conocen, la condición de signos: regala los cubiertos de plata a una mujer pobre; cubre con su capa de invierno a una mujer y a su hijo que van muertos de frío por las calles; tienen que decirle que el reloj que le regalan es prestado para que lo use y no lo entregue a los pobres. Varela, vive así, personal y concretamente, para los demás.

Vive para los demás cuando ayuda al crecimiento social traduciendo y publicando un *Tratado de Química aplicada a la Agricultura* de doscientas ochenta y seis páginas con grabados; cuando reedita sus *Misceláneas filosóficas* donde trata sobre la Patria, el patriotismo verdadero o sobre el estudio estético basado en la contemplación de la naturaleza, siendo el primero de los cubanos que aborda esa especialidad. Es un hombre para los demás cuando traduce y publica las *Poesías* de Manuel Zequeira, poeta cubano, y cuando escribe sobre las “Maderas Cubanas”, “La educación de la mujer” o la “Gramática castellana” en revistas y periódicos.

Vive para los demás cuando traduce y comenta el *Manual de prácticas parlamentarias* de Thomás Jefferson o el *Ensayo sobre el origen de nuestras ideas sobre la doctrina de Kant*, tanto como cuando escribe sus sencillos y criollísimos: *Apuntes sobre la distribución del tiempo*. Vive para los demás cuando escribe: *Máximas para el trato humano*, o sus *Consejos para prácticas religiosas: cómo rezar bien*, o sus *Entretimientos religiosos en la Noche Buena* y las *Advertencias para los católicos que vienen a los Estados Unidos*.

XVI. HOMBRE FUERTE: HOMBRE DE DIÁLOGO

-Diálogo dentro de la Iglesia: La Iglesia de la Transfiguración se convirtió con el P. Varela en un centro de espiritualidad. En un lugar de diálogo y encuentro: vivían y trabajaban en ella, junto a Varela, otro cubano, un austríaco, un norteamericano, un italiano, un portugués, un irlandés y un polaco. Sólo la apertura de mente y la voluntad de diálogo excepcionales del P. Félix Varela pudieron lograr y conservar durante años esta enriquecedora atmósfera internacional, verdadero ejemplo de diálogo dentro de la Iglesia. Tal como lo fue el ministerio de Párroco de Varela: nunca imponía su voluntad ni dictaba reglas, ni reprendía, sólo advertía. Otra prueba de su actitud dialogante fue que siendo el editor de un periódico católico daba espacio para que escribiera en él a otro sacerdote que tenía un estilo y un método totalmente distinto al suyo.

-Diálogo con otras confesiones cristianas: En un clima de mutuas incomprendiones y ataques entre las diferentes denominaciones cristianas, Varela defiende la fe católica, pero con un estilo abierto y franco, lejos de lo que se acostumbraba en aquel entonces. No es que el P. Varela pudiera en su época hacer lo de hoy pero sus actitudes fueron muy abiertas, él mismo dice, refiriéndose a los que participaban en un debate público sobre estos temas: “¿Por qué no habláis con nosotros firme y francamente?” Y acostumbraba a decir para debatir un punto en contradicción, respetando las opiniones contrarias: “Y dado el caso que así fuera... ¿no le parece que así es mejor?”

-Diálogo en la sociedad: La obra que culmina la herencia espiritual y moral del P. Varela son sus *Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad*. En ellas entabla un diálogo con la comunidad civil y da su aporte ético a los problemas sociales.

Un principio de su actitud dialogante dice: “En esta materia, como en todas las morales y políticas, el primer paso debe ser ponernos entera-

mente en el lugar de las personas y pensar como la razón dicta, qué ellos sentirían y pensarían en tales o cuales circunstancias”.

En cuanto al debate político expresa: “Yo desearía, mi Elpidio, que antes de proceder en materias políticas, lo mismo que en las morales, no se formasen cálculos sobre el papel, ni se copiasen arengas ridículas de obras ideales, sino que se hiciesen observaciones prácticas...”

En cuanto al aporte de *Cartas a Elpidio* a la sociedad escribe José de la Luz y Caballero en 1835:

Este libro que el autor tiene la modestia de dirigir a la juventud de su patria va encaminado a cuantos blasonan de pensadores y patriotas... en él se demuestra matemáticamente, o mejor dicho, en él se hace sentir de extremo a extremo, la indispensable necesidad de los vínculos interiores para conseguir la felicidad eterna y aún la temporal; en él reluce la sublimidad del Evangelio, eclipsando con su divino resplandor a cuantos sistemas de moral inventó la humana sabiduría: en él se trata de formar hombres de conciencia, en lugar de farsantes de sociedad, hombres que no sean soberbios con los débiles, ni débiles con los poderosos. En él hallará el político abundante materia para sus graves meditaciones; el padre de familia los más saludables consejos para el gobierno de sus hijos; el director de la juventud los más preciosos documentos para no malograr el fruto de sus faenas; el ministro del altar los más oportunos avisos para conseguir el fin que la religión sana se propone.

Los impostores y los déspotas llevan grandes desengaños en este libro: en vano se esforzarán estos perversos en profanar el sagrado asilo de la Iglesia para sostener sus siniestras miras: ellos serán echados del templo como los hipócritas y fariseos... aquí se trata de hacernos a todos... cristianos consecuentes y no cristianos contradictorios.

XVII. EL P. VARELA: PROMOTOR DE LA JUVENTUD

Formó a la juventud cubana para la vida y la libertad.

Desde las aulas del Seminario y en sus *Cartas a Elpidio* muestra su confianza a los jóvenes, de ellos dice:

Siempre he procurado tratarlos como si fueran lo que ellos quieren ser, esto es, hombres ya formados; y ya que se han atrevido a asomarse, por así decirlo, a la puerta del santuario del saber, yo he procurado empujarlos a que acaben de entrar.

Entonces tratándoles ya como hombres de experiencia, he procurado comunicarles la mía... y de este modo he solido convertirlos en mis colaboradores...

A los jóvenes les dejó un encargo:

Sabes también que la juventud a quien consagré en otro tiempo mis desvelos, me conserva en su memoria y dicenme que la naciente no oye con indiferencia mi nombre. Te encargo, pues, que seas el órgano de mis sentimientos y que procures de todos modos separarla del escollo de la irreligiosidad... díles que ellos son la dulce esperanza de la Patria y que no hay Patria sin virtud, ni virtud con impiedad.

Un educador de nuestros días, el Dr. Manuel Bisbé ha dicho:

Si de veras queremos ser fieles a la memoria de Varela, si queremos honrarlo con ese homenaje que va más allá de las palabras, popularicemos a Varela, pongamos en particular a la juventud en contacto con sus enseñanzas y hagamos de su ideario una reserva espiritual de nuestro pueblo, una fuerza capaz de redimirlo y orientarlo.

XVIII. LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO: ENFERMEDAD, POBREZA Y SOLEDAD

En 1850, a los sesenta y dos años de edad, gastado y enfermo, sufriendo mucho por el asma y el frío clima de Nueva York, Varela pide al Arzobispo que lo libere de su cargo pastoral para viajar al sur, a San Agustín de la Florida, donde el clima era más parecido al de Cuba, donde había pasado años de su infancia feliz. Allí lo recogió, pues no tenía ningún recurso, un sacerdote francés, el P. Aubril. Solo y enfermo, el P. Varela es visitado en la Navidad de 1852 por uno de sus alumnos de La Habana quien, al ver el estado de pobreza y abandono de su ilustre maestro, escribe:

(...) hallé un cuarto pequeño, de madera, del tamaño igual o algo mayor que la celda de los colegiales.

En esa celda no había más que una mesa con mantel, una chimenea, dos sillas de madera y un sofá ordinario, con asiento de colchón.

No vi camas, ni libros, ni mapas, ni avíos de escribir, ni nada más que lo dicho. Sólo había en las paredes dos cuadros de santos y una mala campanilla sobre la tabla de la chimenea. Sobre el sofá estaba acostado un hombre viejo, flaco, venerable, de mirada mística y anunciadora de ciencia. Ese hombre era el P. Varela.

Le dije quién era yo y le pedí a besar la mano... me preguntó por casi todos los colegiales y catedráticos de su tiempo. Me causó admiración que al cabo de treinta y un años pudiera conservar ideas tan frescas aún de las cosas más insignificantes.

Cuando entré en su cuarto se hallaba el Padre extendido sobre el sofá manteniéndose con cierta inclinación por medio de almohadones.

Dijo que así tenía que estar constantemente, que tenía tres o cuatro enfermedades; que no podía leer ni escribir, no sólo por razón de sus males, sino porque tampoco veía las letras, que vivía en aquel cuarto porque se lo había destinado el Padre Aubril, sin cuya bondad habría ya perecido.

Cuando hablaba del colegio y de sus amigos y discípulos mostraba tal animación que no parecía estar enfermo. Al pintarme su estado, había tanta conformidad en su fisonomía, palabras y ademanes que cualquiera lo habría creído un hombre muy dichoso.

Usted no pude figurarse las impresiones que yo experimentaba viendo y oyendo a nuestro maestro, ni las alusiones que hacía en mi interior al mundo de los libros y al mundo de los hombres. No me parecía posible que un individuo de tanto saber y de tantas virtudes estuviera reducido a vivir en país extranjero y a ser alimentado por un hombre que también es de otra tierra...

El alma se parte al ver un santo perecer sin amparo.

Varela conserva sus cabellos, su dentadura y no ha perdido sus modales y movimientos cubanos... Todo el mundo lo celebra y lo ama; pero nadie, más que el Padre Aubril, le tiende la mano amiga.

Cuán incomprensible es este montón de tierra llamado mundo.

Pobre sacerdote. Su vida es padecer y vegetar. Sus palabras son de paz, de amor, de religión; si se imprimieran ensancharían el campo de la ciencia y la moral. Su cabeza nada ha perdido; pero su talento gigante, sólo serviría para hacerle más horrible su situación si no fueran más gigantes su religión y sus virtudes.

Este conmovedor testimonio de un alumno del P. Varela, sólo unos meses antes de su muerte, bastan para apreciar el extremo al que llegó quien desde su lecho de muerte seguía siendo el fundador de nuestra nacionalidad.

Él mismo lo había predicho, diecisiete años antes, cuando en una de sus *Cartas a Elpidio* vislumbraba su final, y desde entonces hace una promesa:

Aún me hallo en mis 48 años de mi edad y más fuerte que a los 20. Sin embargo fórmasse ya en el horizonte de mi vida la infausta nube de la ancianidad y allá a lo lejos se divisan los lúgubres confines del imperio de la muerte. La naturaleza, en sus imprescriptibles leyes me anuncia decadencia y el Dios de bondad me advierte que va llegando el término del préstamo que me hizo de la vida. Yo me arrojo en los brazos de su clemencia, sin otros méritos que los de su hijo; y guiado por la antorcha de la Fe, camino al sepulcro, en cuyo borde espero, con la Gracia Divina, hacer con el último suspiro, una profesión de firme creencia y un voto fervoroso por la prosperidad de mi Patria.

Los días finales del P. Varela nos hablan de la liberación interior que experimentó aquel hombre que había dedicado toda su vida a luchar por la liberación integral de todos los hombres y de todo el hombre.

Logró entregarlo todo para liberarse, desde adentro, de toda atadura material y espiritual: desprovisto de todo, salud, dinero, casa, posibilidad de leer y escribir, solo, sin amigos, sin poder trabajar, sin ningún poder, olvidado de casi todos... este es el final desconcertante del Padre de nuestra Nacionalidad, del renovador de nuestra pedagogía, del audaz Diputado a Cortes, del intrépido Misionero en Nueva York, del periodista militante y veraz, del experto teólogo, del Vicario General de la Diócesis de Nueva York, del hombre que nos enseñó a pensar... y a vivir.

XIX. NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA LA VIDA POR LOS DEMÁS

El viernes 25 de febrero de 1853, casi a los sesenta y cinco años de edad y casi un mes después que naciera en La Habana un niño llamado José Julián Martí y Pérez; allá en San Agustín de la Florida, se agravaba el P. Félix Varela.

En la mañana de aquel viernes, viendo cómo se sentía llamó al P. Aubril y le pidió que le administrara los Santos Sacramentos. Al darle la Comunión, mientras el Sacerdote mantenía en alto la Sagrada Hostia, el P. Varela lo interrumpió para decir estas palabras, con las que cumplía

una promesa hecha años antes:

Tengo que cumplir una promesa que hice hace mucho tiempo antes de ahora.

Tengo que hacer en este momento, en el momento de mi muerte, como lo he hecho durante mi vida, una profesión solemne de mi Fe en la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía —y mirando fijamente hacia la Hostia levantada, exclamó:

Creo firmemente que esta Hostia que usted tiene en sus manos es el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo bajo la apariencia de pan. Ven a mí, Señor.

Después de recibir el Sacramento pareció sentirse mejor, así continuó hasta las doce del día, en cuyo momento el médico que lo asistía manifestó que empeoraba.

El testimonio escrito por un sacerdote al Señor Arzobispo de Nueva York relata estos últimos momentos del P. Varela y también nos dice que:

Tan pronto se supo que estaba en peligro, una gran parte de la comunidad se dirigió a la Iglesia para rogar por él, varias personas vinieron a su cuarto para orar alrededor de su cama. Estas peticiones se sucedieron sin intermisión, mientras permaneció con vida.

El Padre Varela permaneció en su entero juicio hasta el último momento y rindió su alma sin ningún esfuerzo como a las ocho y media de la noche del 25 de febrero de 1853.

Hizo la súplica que lo enterraran en el tramo común del cementerio, cerca de sus parientes... Nada ha quedado por hacer —dice aquel sacerdote al Obispo— para aliviar sus sufrimientos mientras vivió, no para honrar sus reliquias después de muerto.

En realidad la ayuda que los cubanos habían reunido para enviar a su maestro llegó tarde, la mensualidad que el Arzobispo mandó entregarle también.

La más absoluta pobreza fue el trofeo que acompañó a la antorcha de la fe del P. Varela en los últimos momentos de su existencia.

En la tierra común, con varios árboles pequeños y una cruz, fue enterrado hasta que meses después, el trece de abril, fueron trasladados sus restos a una capilla erigida por los cubanos con los recursos que habían reunido para ayudar en vida al P. Varela. Desde aquel día todos los lunes en la tarde acudían para rogar a Dios por su alma varios fieles de San Agustín. Así nacían los “Lunes del P. Varela” que deberíamos rescatar hoy.

XX. VARELA Y MARTÍ: EL PROFETA Y EL APÓSTOL

Que José Martí, el “apóstol” de nuestra independencia, haya nacido el mismo año, sólo un mes antes de la muerte del P. Varela, es una coincidencia histórica y podemos interpretarla como un signo providencial de la unidad del camino de liberación de nuestro pueblo, cuyo precursor y profeta fue el P. Félix Varela y cuyo realizador y máximo inspirador

fue José Martí, quien escribió en su periódico *Patria* el 6 de agosto de 1892:

(...) en la ciudad de San Agustín... venerada hoy para el cubano, porque allí están, en la capilla a medio caerse, los restos de aquel Patriota entero, que cuando vio incompatible el gobierno de España con el carácter y las necesidades criollas, dijo sin miedo lo que vio y vino a morir cerca de Cuba, tan cerca de Cuba como pudo, sin alocarse o apresurarse, ni confundir el justo respeto a un pueblo de instituciones libres con la necesidad injustificada de agregarse al pueblo extraño y distinto que no posee sino lo mismo que con nuestro esfuerzo y calidad probada podemos llegar a poseer: los restos del P. Varela.

Además Martí hace suyas, incluyéndolas en *Patria* en el artículo titulado “Ante la tumba del Padre Varela”, unas palabras de un patriota en San Agustín:

Me conmovió... al preguntarle dónde querían ir, oírles decir:

“Antes que todo, a la tumba del P. Varela”, y allí fuimos, bajo el sol abrasador: la visita se la contaré con la palabra de uno de nosotros que no sabe mucho de letras y dijo que le parecía que estaba vivo el Padre... porque aquí estamos de guardia, velando los huesos del santo cubano y no le hemos de deshonrar el nombre...

XXI. ALLÍ DESCANSA. DESDE ALLÍ CONVOCA: LA UNIVERSIDAD

En la vigilia del aniversario de su nacimiento, el 19 de noviembre de 1911, los restos del Fundador de nuestra Nacionalidad regresaron a la Patria. Fueron honrados en la Catedral de La Habana y luego depositados, para gloria de la Iglesia y de la Nación que ayudó a forjar, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Algunos no vieron claro entonces el por qué de aquella morada si estaba el Seminario, la Catedral, la Iglesia del Ángel... pero como si el profeta volviera a adelantarse, como si viera lejos y alto el complejo horizonte de la Patria, como si quisiera seguir para siempre siendo “puente” de unidad, “comunidad viviente” entre la fe y la cultura, entre el Evangelio y la Nación... los restos del Precursor están en la Universidad de La Habana y desde allí convocan, inspiran y promueven el crecimiento material, moral y espiritual de todos los cubanos.

Los delegados al Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), primer evento general de la Iglesia Católica en Cuba después de la declaración

del carácter socialista de la Revolución, quisieron expresar el renacer y apertura de la Iglesia con un gesto público.

Era la primera vez que la Iglesia salía de sus templos a un acto conmemorativo y social, los delegados hicieron el miércoles 19 de febrero una Visita-Peregrinación al Aula Magna de la Universidad de La Habana para honrar al Padre Varela y venerar sus restos que “descansan y convocan” desde allí. Quien escribe este texto, laico pinareño, miembro de la presidencia del ENEC pronunció estas palabras de homenaje:

Eminentísimo Sr. Cardenal Eduardo Pironio.

Sr. Rector de la Universidad de La Habana.

Autoridades Universitarias.

Señores Obispos.

Invitados, Delegados al Encuentro Nacional Eclesial Cubano:

Para honrar a un hombre entero hemos venido aquí. Para aprender de él. Para seguir sus pasos. Ese hombre es un sacerdote cubano: el Padre Félix Varela, cuyos restos reposan y convocan desde esta Aula Magna de la Universidad de La Habana. A él acudimos hoy los católicos cubanos, como signo de los caminos que buscamos recorrer para cumplir nuestra misión de servicio en el presente y en el futuro de nuestra Patria.

Las puertas de esta alta Casa de Estudios, cuya significativa historia todos conocemos y apreciamos, se han abierto para brindarnos la acogida franca y cordial que ahora agradecemos; en primer lugar, al Dr. Fernando Rojas, Rector de este Centro y a las demás autoridades universitarias que con tanta diligencia han hecho posible que pudiera realizarse este gesto de tanta significación para nosotros.

Y como si el gesto no fuera suficientemente elocuente acompañémoslo de una palabra que quisiéramos compartir con todos.

Varela es puente, punto de referencia, camino de unidad para los diversos sectores de nuestro pueblo. Hombres como él derriban barreras, abren puertas, construyen, serena y audazmente, el edificio de la sociedad. Hombres como él, desde los mismos albores de nuestra nacionalidad, convocan a la forja del futuro a todos cuantos quieran, con un amor entrañable a la Patria, y aún desde diversas concepciones del mundo, ponerse al servicio de la vida misma para abrir nuevas perspectivas a los hombres y vislumbrar renovados horizontes para nuestra sociedad.

Por eso nos alegra, nos conmueve y compromete que los restos de un sacerdote, de un hombre de Iglesia, descansen y sean honrados en esta Universidad. Es porque Varela pertenece a la Patria, a la cultura de nuestro pueblo y es justo que lo encontremos aquí donde se forja a los hombres para la vida, para la cultura, para el servicio cualificado a nuestro pueblo y desde aquí los hijos de Cuba podamos encontrar en él inspiración, rumbo y enseñanzas.

En efecto, en el Padre Varela, encontramos y admiramos al insigne filósofo, al educador eminente que lleva a cabo una audaz y renovadora reforma de la enseñanza, dejando atrás la memorización escolástica e introduciendo el método inductivo en todo aprendizaje.

En Varela encontramos al hombre que introduce en Cuba laboratorios de Física y Química para que la investigación acompañara a la investigación y los hombres encontrarán en la ciencia un instrumento certero para el conocimiento y dominio de la naturaleza.

Y para que los avances de la ciencia no deshumanizaran al hombre, ni sus logros se revistieran en su contra, Varela fue formador de conciencias hasta tal punto que con razón dijo Luz que “fue el primero que nos enseñó en pensar”, logrando integrar así, ciencia y conciencia, síntesis capaz de asegurar que la explotación de los campos insospechados de la ciencia desemboquen siempre en la conservación y promoción de la vida para un mayor desarrollo de la humanidad.

Honramos al promotor de hombres libres y comprometidos con la realidad social que les tocó vivir desde la Cátedra de Constitución del Seminario San Carlos, llamada con razón la Cátedra de la Libertad.

Venimos también a honrar en Varela la creciente radicalidad política del hombre que mientras fue diputado a Cortes defendió la autonomía de los países hispanoamericanos y propugnó la abolición de la esclavitud, hasta que las mismas condiciones intransitables de aquella vía, lo llevaron al exilio y al convencimiento profundo y definitivo de que Cuba debía ser tan independiente en lo político como lo era en lo geográfico.

No podemos olvidar tampoco que, al mismo tiempo que exhortaba a los cubanos desde *El Habanero* a encontrar caminos para la independencia total de la Patria, Varela escoge, allí donde estaba, el camino del servicio a los más pobres como profético adelanto, ya en sí elocuente, de que la independencia que postulaba debía satis-

facer no sólo la ruptura con un régimen colonial sino luchar por una liberación más integral, donde las carencias económicas y sociales de los hombres encontrarán eficaz solución en su misma raíz, junto a la satisfacción de sus necesidades culturales y espirituales.

El P. Varela, primer intelectual revolucionario cubano, marca hasta tal punto la formación de nuestra conciencia nacional y su influencia en el nacimiento de tiempos nuevos para la ciencia, la educación, el periodismo militante, el análisis sociológico; y el compromiso político de las generaciones que le sucedieron es de tal magnitud, que con razón es llamado hoy el Padre de nuestra Cultura. Por eso los católicos cubanos también sentimos, junto con todo nuestro pueblo, el sano orgullo de que la más alta condecoración que otorga nuestro Estado a las personalidades del mundo de la cultura ostente el nombre señero y glorioso del P. Félix Varela.

Permítasenos también decir que para nosotros, un patriota de tal verticalidad y audacia previsor; un hombre que aporta a la naciente cultura nacional tal aliento de incalculable amor a la independencia y a la libertad; un hombre que sirvió a la Patria poniendo una generación en pie para que trabajara por levantar a los que vivían postrados; un hombre de tal estatura moral es también para nosotros, católicos de Cuba, un modelo para aprender de él que la fe que pueda haber en el corazón de un hombre debe llevarlo necesariamente al servicio generoso y desinteresado de su pueblo, debe conducirlo a trabajar por el desarrollo integral de la Patria en las circunstancias históricas concretas en que se encuentra, debe empujarlo, en fin, a vivir para los demás.

Es la audaz y vital síntesis entre los valores del cristianismo y los valores de nuestra propia cultura, siempre mestiza, siempre en gestación y crecimiento, lo que significa la vida de Varela, lo que los católicos venimos a aprender de él y lo que nos llama, en el momento actual a encontrar, desde nuestra propia identidad, nuevos caminos de participación en nuestra sociedad, en nuestra cultura.

En efecto, si a todos los cubanos Varela nos enseñó a pensar, a nosotros los cristianos nos enseña también a creer sin alienación y a vivir en franco y lúcido compromiso con la realidad que nos ha tocado compartir y construir.

Por eso estamos convencidos que mientras más profundicemos todos en la vida de Varela, más sólidas y profundas serán las bases sobre las que vamos construyendo la siempre creciente y necesaria unidad de todo nuestro pueblo.

Es necesario, entonces, poner en práctica aquellas palabras de Manuel Bisbé: “Si de veras queremos ser fieles a la memoria de Varela, si queremos honrarlo con ese homenaje que va más allá de las palabras, popularicemos a Varela, pongamos en particular a la juventud en contacto con sus enseñanzas y hagamos de su ideario una reserva espiritual de nuestro pueblo, una fuerza capaz de redimirlo y orientarlo”.

En este momento que es histórico para nosotros, en este solemne lugar donde hemos venido a encontrarnos con nuestros orígenes, junto a los restos vehementes del padre de nuestra nacionalidad, prometámonos ser fieles a estas mismas raíces de autenticidad y cubanía que nos convocan a todos sin distinción, a ser consecuentes con la hora presente para construir, entre todos, un futuro mejor.

Muchas Gracias.

Primera imagen de cuerpo entero del Padre Varela en Cuba

Monseñor José Siro González Bacallao, Obispo de Pinar del Río, hizo realidad un largamente acariciado proyecto para honrar la memoria, la vida y la santidad del Padre Varela con una estatua de cuerpo entero, en mármol de San Juan, realizada íntegramente por un artista novel pinareño, José Manuel Pérez Vélez, quien con esta, su primera obra en grande, se ha consagrado como escultor al colocarla en los Jardines de la Catedral de Pinar del Río donde permanecerá para siempre.

Terminada la Eucaristía del primer domingo de Cuaresma, 5 de marzo de 2006, los celebrantes y todo el pueblo asistente se dirigieron al ala derecha de la Catedral donde fue enclavada la imagen del “santo cubano” mirando al pueblo. Allí, luego de cantar el Himno Nacional, el escultor develó la estatua que causó un murmullo de asombro y admiración de asistentes y transeúntes, momentáneamente embelesados contemplando tan imponente monumento a un “cura”, como se escuchó entre las plegarias de bendición pronunciadas por el Pastor diocesano que luego asperjó con agua bendita la imagen y la cubrió con su amplia y cordial bendición en forma de tres signos de la cruz con mitra y báculo.

El Canciller de la Diócesis, presbítero Juan Carlos Carballo, dijo unas palabras de dedicación y homenaje de todo el pueblo pinareño al Padre de la Cultura Cubana y fundador de nuestra nacionalidad a quien Martí llamó “el santo cubano” y el “patriota entero”. Las notas del Himno de Pinar del Río cerraron la emotiva ceremonia que devino en jolgorio de fiesta y fotografías que los asistentes en la misa emulaban por hacerse

primero, los familiares del artista, los participantes en el Encuentro diocesano de Economistas y otros muchos. Muchos quedaron allí, mirando fijo a los ojos de Varela, pero no sólo contemplando la obra de arte indiscutible, sino rogando con mucho fervor al “santo cubano” por nuestra querida Patria y por nuestra Iglesia diocesana.

El autor de la obra es el novel escultor pinareño José Manuel Pérez Vélez, que talló en una piedra de mármol blanco-rosado de San Juan y Martínez, con una altura de 2,5 m y un peso de 2,5 toneladas, la imagen del P. Varela que sonríe, con la esperanza del que confía en Dios y en la virtud de los hombres y mujeres de su pueblo.

La mirada es alta y segura, mira hacia el horizonte escudriñando los arcanos del alma y de la historia de Cuba e indica la transparencia de un verdadero amor a Dios y al prójimo.

La mano sobre el corazón nos habla sobre la síntesis que logró hacer el padre Varela en su heroico proyecto de vida uniendo en su corazón el amor a Cuba y el amor a Cristo y a su Iglesia, de forma inseparable.

El libro de las *Cartas a Elpidio* que lleva en su mano izquierda nos habla del maestro cariñoso, forjador de hombres de conciencia, nos explica por qué Varela es el Padre de nuestra nacionalidad y de nuestra cultura al dejarnos en esta, su obra cumbre, el más alto legado ético para todos los cubanos en la persona simbólica de Elpidio que significa la esperanza de la Patria.

El brillo de su sotana representa la pureza de su vida, la transparencia y veracidad de su pensamiento y lo heroico de su virtud, inseparablemente unida a su vocación sacerdotal.

La estrella en la tarja ¡sólo una!, expresa el criterio vareliano de independencia y libertad para Cuba.

La imagen descansa sobre una base representativa de la Isla y su rusticidad nos habla de la firmeza de un hombre que edificó su inmovible integridad moral sobre la roca de la Religión Católica, fundamento que le permite elevarse al más alto grado de la santidad.

La figura de Varela sale del ámbito de la Iglesia y mira de frente a nuestras calles, vela por las vicisitudes y esperanzas cotidianas de su pueblo para iluminarlo con el ejemplo de su vida y para interceder ante Dios por el presente y el futuro de nuestra Nación.

Su actitud de peregrino con el movimiento del pie derecho, nos recuerda que el Padre Varela camina con el pueblo cubano y nos acompaña en nuestro peregrinar hacia la Patria que él fundó y que nos dejó como en-

comienda al decir: “No hay Patria sin virtud, ni virtud con impiedad”.

En cada ocasión que pasemos frente a su imagen en los jardines de nuestra Catedral, aprendamos de él y dirijámosle a Dios, por intercesión del Padre Varela, una ferviente plegaria por Cuba y por su Iglesia, una oración por la libertad, la fe y la virtud.

Juan Pablo II: el Magno

La grandeza ha sido realidad y título discutido en el mundo de hoy y siempre. Para el cristianismo ser grande tiene un contenido, un estilo y un propósito. Grande para Cristo es el servidor de todos, es el que entrega toda su vida hasta el final sin esperar nada a cambio. Grande es el que se hace pequeño para amar con corazón sin fronteras.

En la bimilenaria historia de la Iglesia Católica tenemos el testimonio elocuente de miles y millones de seguidores de Cristo, unos anónimos y otros muy reconocidos que han vivido esta forma extraña y sacrificada de grandeza.

Hoy, 2 de abril de 2005, el mundo entero ha contemplado el tránsito final, el arribo a la meta, la entrada en la eternidad, de uno de esos seguidores de Cristo que arriesgaron todo, perdieron todo, encontraron a todos, para alcanzar la verdadera grandeza: grandeza de alma, grandeza en el sacrificio de la cruz propia y ajena, grandeza en el servicio de amar hasta el extremo. Es la grandeza del hombre que muere en el martirio incruento y cotidiano por una causa y que alcanza la plenitud de su vida al consumirla, gota a gota, sin desfallecer, sin abandonar la cruz, sin dejarse aplastar por las circunstancias, sin dejarse amilanar por la limitación física ni por la enfermedad. El dolor lo molió pero no pudo vencer su espíritu. Las fuerzas del mal atentaron varias veces contra su vida, pero no pudieron desviarlo del camino hacia la única vida verdadera. La incomprensión y los dardos lo rodearon junto con la admiración y el aplauso, ninguna de las dos le hizo torcer el rumbo de la auténtica grandeza humana que es erguirse frente a las miserias de este mundo y tender la mano franca a amigos y enemigos. Y esto, lo sabemos, es la mayor grandeza.

Por eso, al contemplar la culminación del camino de este peregrino de la libertad, de la verdad, de la justicia y de la paz, al ver llegar a puerto

seguro al campeón jadeante que arriba a la meta de su amor y su esperanza, al ver además, la forma en que llegó, el talante con que aguantó las vicisitudes del camino, nos inclinamos reverentes ante la inenarrable grandeza de un ciudadano de este mundo, de un sencillo polaco, que descubrió cuál era el camino seguro, lo escogió valerosamente, lo labró con su propio esfuerzo, lo universalizó tumbando muros, lo regó con su propia sangre, lo cultivó con su palabra y su sudor, lo refrendó con su propia vida y... al final, llegó a la meta. Casi sin aliento... pero sin mirar atrás. Casi sin moverse pero sin dejar de amar. Sin voz y sin camino se quedó... pero, ¿para qué necesitaba ya la voz quien había encontrado a la Palabra, y para qué necesitaba caminar quien había encontrado el Camino? Inclinamos nuestras almas para admirar las huellas del peregrino, pero no podemos dejar de alzar agradecidos nuestras frentes ante el espectáculo de una existencia culminada por el último paso victorioso de la vida sobre la propia muerte, de la propia y suprema limitación hacia la Plenitud sin ocaso.

La Iglesia, tu cuna y tu redil, se alegra y da gracias, por tu incansable peregrinar misionero por todos los caminos del mundo. Gracias por enseñarnos que para Cristo no hay puerta que no pueda abrirse, ni muro que no pueda caerse, ni corazón que no pueda ablandarse, ni palabra que no pueda decirse, ni gesto que no pueda entenderse, ni dignidad que no pueda rescatarse, ni libertad que no pueda alcanzarse, ni solidaridad que no pueda obtener lo que se propone para servir a la liberación de todo hombre y mujer.

La Iglesia, tu casa y tu grey, se alegra y da gracias, por tu insobornable defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su deceso natural. Lo proclamaste, a tiempo y a destiempo, entre los que te comprendían y los que te criticaban, pero ahora ya nadie podrá decir que lo predicaste y no lo viviste. Tu largo y sufriente final, llevado con impresionante dignidad y serenidad, debe ser manifiesto y testamento que proclame con la fuerza irrefutable del ejemplo que la vida humana es sagrada, inviolable y sólo está en las manos de Dios. La Iglesia, tu sembrado y tu cosecha, se alegra y da gracias, porque nos enseñaste como ningún otro Pontífice, desde el primer día de tu ministerio, desde tu primera Carta Encíclica, que Jesucristo es el Redentor del Hombre, que es su garante y su defensa, su paradigma y su escudo. Gracias por enseñarnos que la Encarnación de Dios se traduce hoy en escoger, para la Iglesia y para la entera familia humana, a la persona humana como el primer y único camino, como el único absoluto en este mundo, como el primer y único rasero ético. Gracias por enseñarnos que los Derechos Humanos son la

base de toda convivencia y que sin ella se daña la Gloria de Dios y la dignidad humana, que son como la fuente y el arroyo. La Iglesia, tu cayo y tu consuelo, se alegra y da gracias, porque hiciste con los jóvenes y las familias una amistad sin fronteras. Te revivían y te consolaban, te enardecían y te enamoraban, sacaban de ti las últimas fuerzas y se las comunicabas centuplicadas. No por gusto parece ser que algunas de tus últimas palabras sin voz y sin medida fueron dedicadas a los jóvenes: “Yo los busqué. Y ellos han venido...”

La Iglesia, tu familia y tu corona, se alegra y da gracias, porque salvaguardaste el depósito de la fe y al mismo tiempo caminaste, tú el primero, tú delante, tú dando el paso crítico, hacia los hermanos de las demás confesiones cristianas. Peregrino a la Sinagoga de Roma y al Memorial del Holocausto entraste con mano amiga y corazón conmovido hasta la entraña de la religión de Moisés. Nos tiembla el alma, más que a ti la mano, al verte junto al Muro de las Lamentaciones en la antigua y eterna Jerusalén colocando en el entresijo de la piedra –¿en el corazón abierto de Cristo?– aquel leve papel, con la única oración posible: *Ut unum sint*, que seamos uno, los que hemos tenido la misma raíz y la misma roca: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Quedamos pasmados de gozo y admiración al verte descalzarte las sandalias del Pescador de Galilea para entrar humilde y descalzo en la Mezquita del Islam. Hay que tener alma grande y visión alta. Nos parece que el mundo se ha escapado hacia adelante al contemplar el milagro de Asís, allí a la vera del “poverello”, del rico que se desnudó en la plaza de los trapos de la tierra para vestir la única riqueza: el amor. Por eso no podía ser otro el lugar sino el remanso de paz de San Francisco donde convocaste a todas las religiones del mundo aquella tarde del 27 de octubre de 1986. Quizá te acordabas de la frase de San Juan de la Cruz... “en el ocaso de la vida, seremos juzgados por el amor”. Y otra tarde, casi veinte años después, el primero de abril de 2005, cuando llegabas sosegadamente al ocaso de tu existencia, uno de los primeros peregrinos que llegó a pie a la Plaza de San Pedro era el Rabino Mayor de Roma con sus hermanos judíos. Siempre el verdadero amor encuentra reciprocidad.

La Iglesia, madre de misericordia y recinto de perdón, se alegra y te da gracias, por haberla conducido del siglo XX al Tercer Milenio del Cristianismo: portento y sueño realizado, encargo de tu hermano mayor el Cardenal polaco Stefan Wiszinski, héroe de la fe, en la Polonia nazi y luego la que primero terminó el comunismo. Y por haberle dado al milenio que inauguraste desde 1989 una puerta magnífica con el Gran

Jubileo del 2000. Allí te veneramos, arrodillado junto al Cristo crucificado, frente al estupor del mundo entero, pidiendo humildemente perdón, por todo y por todos los pecados del mundo y de la propia Iglesia a lo largo de los siglos.

No eran gestos dramáticos, ni palabras vacías, mucho, mucho antes, las habías entrenado y refrendado con tu propia sangre, literalmente, martirialmente... ¡de verdad! Allí, en la discreción de la celda, te erguiste con la mayor estatura que podías alcanzar, te levantaste de la sencilla silla penitenciaria para abrazar, ¡abrazar!, al hombre que te había herido, intentando matarte. He aquí, Santo Padre, que contigo levantaste a la Humanidad caída, nos elevaste a la suprema grandeza del alma, esta es la raíz de tu grandeza, este es el espectáculo de una Humanidad nueva, redimida, elevada. Esta es la causa primera y última, de tu magnanimidad y tu santidad: el perdón del enemigo. Perla y corona de la esencia del cristianismo.

Por eso, por esta carta de ciudadanía cristiana, en un intento, por demás imposible, de encerrar en una sola palabra la inmarcesible vida del atleta que llegó, con las zapatillas gastadas y la garganta abierta, a la meta ansiada y vislumbrada desde la lejanía de una cultura en las fronteras dolorosas de dos mundos que reconcilió como nadie, rescatamos hoy un viejo título, reservado en los siglos, por la Iglesia y la Humanidad, para aquellos pocos seguidores de Cristo cuya carrera sin par, resulta imposible de comparar. Por ello, podemos dirigirnos al Papa misionero, quizá el hombre más grande del siglo XX, sin temor a equivocarnos: ¡Juan Pablo II, el Magno!

Dios que te sostuvo con infinita misericordia por el doloroso camino de la cruz, que te abrió todas las fuentes de la gracia y de la pasión de Cristo, que puso, bajo tus cansados pies de peregrino, todos los caminos de este mundo, que te dio un corazón de padre para cobijar a los hijos e hijas del siglo XX, que extendió sin límites, hasta deshacerte, tus brazos de hermano para encontrar a todas las religiones del mundo:

Te conceda ahora, que has llegado por fin, a la Casa del Padre, el abrazo tierno de Quien te sostuvo, el aire fresco de Quien te alentó, la palabra eterna de Quien te dio Voz de Profeta el agua del Único que podía calmar tu Sed y la paz de Aquel en quien pusiste todos tus anhelos, angustias y esperanzas.

El Dios de la Vida y de la Eternidad, el Dios cuya única gloria es el hombre viviente, el Dios que nos amó tanto que hizo hombre a su único Hijo, el Dios que te envió y te consagró con el Agua y el Espíritu Santo

para que condujeras todos los tortuosos e inciertos caminos de este mundo hacia el único camino de la Iglesia que es el hombre y la mujer creados a imagen de Dios y salvados por la encarnación de su Hijo; ese Dios, en cuyas Manos te entregaste con total disponibilidad y entrega: Te corone de Gloria y Plenitud. Te haga contemplar para siempre el Esplendor de la Verdad. Te conceda la perfecta comunión con el Verbo divino para que puedas cantar, con voz de eternidad, las alabanzas de su Reino. Y, como te ha llamado un sábado, te deposite tiernamente en el regazo maternal de la Reina del Cielo a quien aclamaste en cada instante de tu vida con tu lema pastoral: *Totus Tuus*... “Todo tuyo”.

¡Juan Pablo II, el Magno! A quien aquí, en esta pequeña y bella Isla del Caribe, te llamamos con el corazón henchido de expectativas y el alma libre del miedo: ¡Mensajero de la Verdad y la Esperanza! Y tú, en inigualable gesto de paternidad responsable, nos contestaste más de una vez: “Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional”.

A ti te decimos: ¡Dichoso tú, porque has creído en el único Dios, porque pusiste tu esperanza en el único Mesías, y porque gastaste toda tu existencia en el único proyecto que da la Vida: La redención de la dignidad, los derechos y la felicidad del ser humano! ¡Alabado sea Jesucristo!

Publicado en la revista *Vitral*. N° 66,
año XI, marzo-abril de 2005.

El cardenal Nguyen Van Thuan, mártir en las cárceles de Vietnam

Al leer la expresión del obispo Secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz, Monseñor Giampaolo Crepaldi: “Ha muerto un santo”, refiriéndose al Cardenal Nguyen Van Thuan, recordé la delicada y constante atención y preocupación por Cuba que el Purpurado mostró siempre que tuve la dicha y el honor de conversar con él y compartir los trabajos del Consejo Justicia y Paz.

Entonces, me dije, si en todo ese tiempo mostró tanto interés por Cuba y todos los cubanos, ahora tenemos desde el Cielo un perseverante y atento intercesor. El Cardenal Van Thuan, nunca visitó Cuba, tenía la intención de venir a presentar el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia que preparó el Pontificio Consejo para el servicio de la Iglesia Universal. Su deteriorada salud no se lo permitió. Pero soy testigo de su interés por cada detalle de la vida de esta Iglesia cubana y de todo el pueblo. Compartía nuestros anhelos y esperanzas, así me lo hacía saber no sólo de palabra sino en cada sencilla dedicatoria en los libros que le publicaron y que, casi imperceptiblemente, aprovechando un receso de los trabajos del Pontificio Consejo, dejaba sobre mi puesto del plenario en el Palacio de San Calixto, en el Trastevere romano, en cuyo ático vivía.

Recuerdo su cruz pectoral, confeccionada en la cárcel, su andar sosegado y diligente como de buen asiático, su mirada penetrante y calurosa, su amplia y transparente sonrisa de hombre feliz y realizado, sus constantes deferencias para con el cubano. Era como si algo invisible pero muy concreto nos uniera en la esperanza. Era la comunión en la fe y en las angustias. Era la certeza de que “Todo pasa y sólo Dios basta”.

Al dejarnos para pasar a la Casa del Padre, el Pontificio Consejo Justicia y Paz pierde a un Presidente, que sobre todo fue “Testigo”, es decir,

mártir, el que da la cara y la vida por Cristo. Cuando el obispo Van Thuan recibió la roja púrpura cardenalicia, me dije al ver su foto: ¡Qué coherencia entre la vida y el hábito-signo de la sangre y el sacrificio por Cristo! ¡Las palabras con las que el Santo Padre indica a los cardenales que deben “dar testimonio de Cristo hasta la efusión de la sangre”, se habían cumplido ya en el nuevo “príncipe de la Iglesia”. Porque la efusión de la sangre no ocurre sólo en el martirio cruento sino, también y más comúnmente, en lo que el mismo Pontífice ha llamado “martirio civil”. Es decir, en esa entrega sacrificada y cotidiana, sin aspavientos y sin heridas visibles, pero que va convirtiendo a cada testigo de la cruz en “una ofrenda permanente”. Eso fue en la cárcel de Vietnam y en el Palacio de San Calixto. Eso fue en la oscuridad de la persecución y en la gloria de la Ciudad Eterna. Como a caballo entre dos mundos, con un pie en su Patria y otro en la Aldea Global, vivió, “pasó haciendo el bien” entre la cruz y la vida, entre la humillación y la esperanza.

Que Van Thuan, el insigne pastor que llevó sobre su vida el inconfundible sello de cardenal de la justicia y de la paz, interceda para que ese servicio en el seno de la Iglesia y en el corazón del mundo sea un motivo de auténtica esperanza. Que interceda también por Cuba.

UN PASTOR SIEMPRE FIEL A LAS NECESIDADES DE SU PUEBLO

Juan Pablo II ha destacado el heroísmo del cardenal François-Xavier Nguyen Van Thuan, fallecido este lunes a los setenta y cuatro años, en varios mensajes, uno de ellos enviado a la anciana madre del purpurado vietnamita.

Monseñor Van Thuan pasó trece años en las cárceles comunistas (nueve en régimen de aislamiento), después de que Pablo VI le nombrara arzobispo coadjutor de Ho Chi Minh (la antigua Saigón) en 1975. Van Thuan fue deportado en 1991. Juan Pablo II le acogió en Roma. Desde entonces el gobierno vietnamita lo declaró *persona non grata*. Nunca más pudo regresar a su patria. El Papa le acogió en la Curia Romana, donde llegaría a ser cardenal y presidente del Consejo Pontificio para la Justicia y Paz.

Al conocer la noticia del fallecimiento del cardenal a causa del cáncer, el Papa envió un telegrama a su madre, la señora Ngo Dinh Thi Hiep, que en estos días se encuentra en Roma, para manifestarle su pésame. “La Iglesia reconoce en su hijo –asegura el Papa– a un testigo fiel y valiente del Evangelio, al que ha sido fiel en las pruebas por amor a Cristo y a la Virgen María”.

El pontífice ha transmitido también sus condolencias a los católicos vietnamitas, enviando un mensaje al obispo de Nha Trang y presidente de la Conferencia Episcopal de Vietnam, monseñor Paul Nguyễn Văn Hòa. El telegrama recuerda “esta gran figura sacerdotal y episcopal de su país, que con una fidelidad y una valentía ejemplares, ha dado testimonio de su fe en Cristo, estando estrechamente asociado a su misión a través de su ministerio y su pasión por los sufrimientos que ha padecido”.

Por último, el obispo de Roma ha enviado también un telegrama al obispo Giampaolo Crepaldi, secretario del Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz, y a los miembros de ese organismo vaticano que presidía el purpurado. “El querido hermano difunto deja el recuerdo indeleble de una vida gastada en la adhesión coherente y heroica a la propia vocación, como sacerdote atento a las necesidades del pueblo cristiano y pastor lleno de celo por el Evangelio, siempre fiel a la Iglesia incluso en el duro tiempo de la persecución”, constata el mensaje pontificio.

Con la muerte del purpurado vietnamita, el colegio cardenalicio queda compuesto ahora por ciento setenta y dos cardenales, de los cuales ciento dieciséis son electores (no han cumplido los ochenta años).

CARDENAL VAN THUAN: UN HOMBRE QUE AMÓ A SUS ENEMIGOS

“De las cárceles vietnamitas a ‘príncipe’ de la Iglesia”. Así se puede resumir la vida del cardenal François Xavier Nguyễn Văn Thuan, fallecido en Roma este lunes a los setenta y cuatro años de edad a causa del cáncer que minaba su salud desde hace tiempo.

En marzo de 2000, el cardenal Van Thuan conmovió a Juan Pablo II y a los miembros de la Curia Romana con la predicación de los Ejercicios Espirituales, en los que transmitió experiencias vividas durante los trece años pasados en la cárcel. En una entrevista concedida a Zenit en aquella ocasión (Zenit, 12 de marzo de 2000), el cardenal recordaba: “A los compañeros de prisión no católicos que me preguntaban cómo podía seguir esperando, les respondía: ‘He abandonado todo para seguir a Jesús, porque amo los ‘defectos’ de Jesús”:

En la Cruz, durante su agonía, el ladrón le pide que se acuerde de él cuando llegara a su Reino. Si hubiera sido yo –reconocía monseñor Van Thuân– le hubiera respondido: ‘no te olvidaré, pero tienes que expiar tus crímenes en el purgatorio’. Sin embargo, Jesús, le respondió: ‘Hoy estarás conmigo en el Paraíso’. Había olvidado los pecados de aquel hombre.

Lo mismo sucedió con Magdalena, y con el hijo pródigo. Jesús no tiene memoria, perdona a todo el mundo.

Este era el “defecto” de Jesús que más le gustaba al cardenal Van Thuan. “Jesús no sabe matemáticas –bromeaba el cardenal Van Thuân al hablar de los ‘defectos’ de Jesús–. Lo demuestra la parábola del Buen Pastor. Tenía cien ovejas, se pierde una de ellas y sin dudarlo se fue a buscarla dejando a las noventa y nueve en el redil. Para Jesús, uno vale lo mismo que noventa y nueve o incluso más”.

Otro de los temas fundamentales de los Ejercicios Espirituales que dirigió al Papa fue el amor a los enemigos. En la entrevista a Zenit, el cardenal recordaba:

Un día, uno de los guardias de la cárcel me preguntó: ‘Usted, ¿nos ama?’. Le respondí: ‘Sí, os amo’. ‘¿Nosotros le hemos tenido encerrado tantos años y usted nos ama? No me lo creo...’. Entonces le recordé –seguía recordando el purpurado–: ‘Llevo muchos años con usted. Usted lo ha visto y sabe que es verdad’. El guardia me preguntó: ‘Cuando quede en libertad, ¿enviará a sus fieles a quemar nuestras casas o a asesinar a nuestros familiares?’. ‘No –le respondió el cardenal– aunque queráis matarme, yo os amo’. ‘¿Por qué?’, insistió el carcelero. ‘Porque Jesús me ha enseñado a amar a todos, también a los enemigos –aclaré–. Si no lo hago no soy digno de llevar el nombre de cristiano. Jesús dijo: amad a vuestros enemigos y rezad por quienes os persiguen’. ‘Es muy bello, pero difícil de entender’, comentó al final el guardia.

Cuando me encarcelaron en 1975 –recordó el prelado vietnamita–, me vino una pregunta angustiada: ‘¿Podré celebrar la Eucaristía?’.

El prelado explicó que, dado que al ser detenido no le permitieron llevarse ninguno de sus objetos personales, al día siguiente le permitieron escribir a su familia para pedir bienes de primera necesidad: ropa, pasta dental, etc.

“Por favor, envíadme algo de vino, como medicina para el dolor de estómago”. Los fieles entendieron muy bien lo que quería y le mandaron una botella pequeña de vino con una etiqueta en la que decía: “Medicina para el dolor de estómago”.

Entre la ropa escondieron también algunas hostias. La policía le preguntó: “¿Le duele el estómago?”. “Sí”, respondió monseñor Van Thuân, quien entonces era arzobispo de Saigón. “Aquí tiene su medicina”.

No podré expresar nunca mi alegría: celebré cada día la Misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. Cada día pude arrodillarme ante la Cruz con Jesús, beber con él su cáliz más amargo. Cada día, al recitar la consagración, confirmé con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, a través de su sangre mezclada con la mía. Fueron las Misas más bellas de mi vida.

Más tarde, cuando le internaron en un campo de reeducación, al arzobispo le metieron en un grupo de cincuenta detenidos. Dormían en una cama común. Cada uno tenía derecho a cincuenta centímetros.

Nos las arreglamos para que a mi lado estuvieran cinco católicos –cuenta–. A las 21:30 se apagaban las luces y todos tenían que dormir. En la cama, yo celebraba la Misa de memoria y distribuía la comunión pasando la mano por debajo del mosquitero. Hacíamos sobres con papel de cigarro para conservar el santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Cristo Eucaristía en el bolso de la camisa.

Dado que todas las semanas tenía lugar una sesión de adoctrinamiento en la que participaban todos los grupos de cincuenta personas que componían el campo de reeducación, el arzobispo aprovechaba los momentos de pausa para pasar con la ayuda de sus compañeros católicos la Eucaristía a los otros cuatro grupos de prisioneros.

Todos sabían que Jesús estaba entre ellos, y él cura todos los sufrimientos físicos y mentales –recordaba–. De noche, los prisioneros se turnaban en momentos de adoración; Jesús Eucaristía ayuda de manera inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvieron a creer con entusiasmo; su testimonio de servicio y de amor tuvo un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros; incluso algunos budistas y no cristianos abrazaron la fe. La fuerza de Jesús es irresistible. La obscuridad de la cárcel se convirtió en luz pascual.

Para el predicador de los Ejercicios Espirituales del Papa “Jesús comenzó una revolución en la cruz.

La revolución de la civilización del amor tiene que comenzar en la Eucaristía y desde aquí tiene que ser impulsada”. “Concluyo con un sueño –dijo monseñor Van Thuân–: en él la Curia Romana es como una gran hostia, en el seno de la Iglesia, que es como un gran Cenáculo.

Todos nosotros somos como granos de trigo que se dejan moler por las exigencias de la comunión para formar un solo cuerpo, plenamente solidarios y plenamente entregados, como pan de vida para el mundo,

como signo de esperanza para la Humanidad. Un solo pan y un solo cuerpo”.

Publicado en la revista *Vitral*. N° 51,
año VIII, septiembre-octubre de 2002.

El cardenal Agostino Casaroli, el arte de lo posible y la audacia de lo imposible

Estábamos en un vivero de cítricos en la granja Enrique Troncoso, cerca de la ciudad de Pinar del Río. Eran las cuatro de la tarde del 4 de octubre de 1973. Desde el camino, un amigo me hizo señas para que me acercara. Salí del surco para recibir la noticia de que había sido invitado a la cena y la Eucaristía que presidiría el Arzobispo Agostino Casaroli, Secretario para los Asuntos Públicos de la Iglesia de la Santa Sede.

Era la primera vez que un funcionario de alto rango del Vaticano visitaba Cuba después de 1959. En la comida que le brindaba el entonces Obispo de Pinar del Río, Mons. Manuel Rodríguez Rozas, participarían una representación de los sacerdotes, religiosos y laicos de la Diócesis. Con el Arzobispo Casaroli vendría Mons. Cesar Sacchi, Encargado de Negocios de la Santa Sede en Cuba.

Llegué hasta el Instituto preuniversitario en el campo “Antonio Guiterras”, donde cursaba el decimotercer grado, para pedir el permiso oficial, que me fue concedido por alguien que era profesor de Literatura y amigo, que luego de consultar, me otorgó el pase hasta el día siguiente en la mañana para ir a clases.

Al llegar al Obispado, encontré a Monseñor Casaroli, que al serle presentado un joven católico que estaba becado en el campo, se acercó con gran atención. Sus ojos penetrantes y vivaces se clavaron en aquel muchacho. Siempre recordaré su benevolencia y cercanía. No parecía el diplomático insigne, artífice de las difíciles relaciones con el campo socialista y la Unión Soviética, llamada *ostpolitik* cuya carrera y servicios a la paz mundial y al entendimiento entre la Iglesia y todos los países sin distinción, eran reconocidos en el mundo entero.

Su recomendación fue sencilla, diáfana y contundente: “sea fiel a Cristo y a la Iglesia, dé testimonio de buen estudiante, y sea solidario con sus compañeros y amigos sin distinción”.

Este programa de vida, que llevaba el sello de la sencillez y profundidad del Evangelio, marcó para siempre mi compromiso cristiano y mi amor a la Iglesia.

Ese día, me enteré en la mesa que había sido elegido para leer, en la Misa de la Catedral, el Mensaje que el Papa Pablo VI enviaba a la Iglesia cubana. Ahora comprendo la prioridad que le daba la Iglesia de aquellos momentos a los pocos jóvenes que permanecían.

Monseñor Casaroli dejó en la Homilía de la Catedral de La Habana un programa para la probada Iglesia cubana: Hay que ser signo de unidad y fermento de reconciliación en medio de este pueblo del que los cristianos y la Iglesia forman parte indisoluble. Este programa fue el inicio de la línea ininterrumpida y coherente de la Santa Sede con relación a Cuba, que ha tenido su continuación en las posteriores visitas de los cardenales Gantín, Etchegaray, Pironio, Furno, Laghi... y en la recordada y paradigmática visita de Mons. Jean-Louis Tauran, que ocupa el cargo que entonces ocupaba Casaroli, y que se denomina hoy Secretario para las Relaciones con los Estados. Esta línea magisterial, explicitada con gestos de cercanía, ha tenido su culmen y plenitud en la reciente visita de Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

Veinte años después, en la primavera de 1995, el actual Obispo de Pinar del Río, visitaría en su residencia del Vaticano al Cardenal Agostino Casaroli, que había servido al Papa como Secretario de Estado durante más de diez años y ahora continuaba asesorando, a título privado, muchas obras y gestiones de la Iglesia.

Mons. Siro regresó admirado y conmovido del recuerdo cariñoso y fiel del Cardenal Casaroli para con la Iglesia cubana y especialmente hacia esta Iglesia pinareña. Recordaba los detalles de la Celebración y a las personas que había encontrado. El viejo y fiel sacerdote, la religiosa entregada, el joven estudiante... Cuba tenía un lugar permanente en sus oraciones y cada noticia de Cuba inquietaba su corazón de pastor y diplomático.

Quiso la providencia que el autor de estos recuerdos pudiera asistir a una reunión del Pontificio Consejo Justicia y Paz en Roma en el otoño de aquel mismo año de 1995. El Obispo me recomendó que intentara hacer una visita de cortesía al Cardenal Casaroli y buscó las providencias con las hermanas que lo atendían y que esperan por venir a servir a esta Iglesia pinareña.

Pasado el mediodía del 26 de septiembre de 1995 llegué al sencillo apartamento del Cardenal Casaroli dentro de las murallas del Vaticano. Esperé en una acogedora salita y en breves minutos se acercó la figura amable del ilustre prelado. Los saludos, por mi parte muy formales, y de la suya muy cordiales, rompieron ese hilo que la veneración y la trayectoria de una persona insigne nos hace tejer sin razones explícitas.

La primera pregunta sobre la Iglesia cubana, su crecimiento, su notable credibilidad y encarnación en medio de su pueblo. Una referencia obligada al ENEC (Encuentro Nacional Eclesial Cubano) celebrado en 1986. Alabó la altura y sabiduría del Documento Final, que conservaba.

Recordó la visita del Obispo de Pinar del Río y el deseo que le había expresado de venir a Cuba a descansar, a disfrutar de sus paisajes y colores, de la luz del trópico, de su calor humano y climático, sin publicidad, sin complicaciones, para contemplar esta bella Isla a la que Dios había adornado con tantos valores naturales y espirituales.

Luego hizo referencia al Centro de Formación de la Diócesis y a su Revista *Vitral*, que le habíamos obsequiado. Su visión sobre el protagonismo de los laicos y su conocimiento sereno y profundo de las experiencias de las Iglesias de Europa central y del Este que había visitado. Las peculiaridades y diversidad de situaciones. Las cosas coincidentes y la paciencia histórica.

Hubo una recomendación que me recordó mucho su visita a Cuba en la década de los setenta: “que sus programas sean propositivos no confrontativos. Hay que buscar el diálogo y la reconciliación, sin desvirtuar ni disimular la integridad del mensaje cristiano. Sea fiel a la Iglesia que es nuestra Madre. Ame mucho a la Iglesia y a su Patria. Cuba merece mucho amor.”

Así terminaba este encuentro con un hombre de mundo que consideraba a la Iglesia como su Madre y con un hombre de Iglesia que consideraba al mundo como su Patria. Por eso pudo ser al mismo tiempo y sin fracturas, pastor cordial y diplomático eminente.

Escogió para las fotos un bellissimo óleo que adorna el vestíbulo de su apartamento, con el Pontífice con el que más tiempo trabajó, quien lo promovió y lo cobijó con cariño paternal: el Papa Pablo VI, que se incorpora en su trono como para abrazar al mundo por el que tanto sufrió.

Precisamente la última conferencia pública y solemne del Cardenal Casaroli, fue un homenaje al recordado Papa Montini, al cumplirse este año de 1998 el primer centenario de su nacimiento. Estuvo presente en la disertación el Santo Padre Juan Pablo II, quien meses después, presidió

el funeral del llorado Cardenal, expresando así su admiración personal por este Pastor, que ha marcado con sus dotes y servicios la historia de la Iglesia católica en sus relaciones con el mundo durante la segunda mitad del siglo que termina.

Nunca pudo el Cardenal Casaroli emprender su viaje de descanso a Cuba. El viaje definitivo lo ha colocado para siempre en la comunión de los que creemos en Jesucristo. Esa comunión plena no necesita de viajes para que Cuba pueda gozar de la cercanía de este hombre santo cuyo acompañamiento a esta Isla caribeña trasciende hoy la luz del trópico, que no pudo ver más, para contemplar la Luz sin ocaso que es Cristo.

Publicado en la revista *Vital*. Nº 27, año V,
septiembre-octubre de 1998.

Jan Karski, profeta y educador

El día 10 de noviembre de 2004, al filo de las doce del mediodía, en el Salón Medici del Centro de Convenciones del Hotel Marriot en Washington, D.C., recibía el Premio Internacional Jan Karski, al Valor y la Compasión, el laico cubano, Dagoberto Valdés Hernández, director del Centro de Formación Cívica y Religiosa y de la revista *Vitral* de la Diócesis de Pinar del Río.

La ceremonia comenzó con una plegaria pronunciada por Monseñor Agustín Román, Obispo Auxiliar Emérito de Miami. La primera intervención estuvo a cargo de la Dra. Kaya Mirecka Ploss, secretaria ejecutiva del Centro Americano de Cultura Polaca, institución que otorga el Premio desde el año 2000.

A continuación hizo la presentación de los asistentes el Sr. Jonathan Karl, maestro de ceremonia. En emotiva recordación, un antiguo alumno del profesor Jan Karski, el Sr. Derooy Murdock recordó su vida y su obra educativa.

Su Excelencia, Mons. Felipe de Jesús Estévez, Obispo Auxiliar de Miami, tuvo unas palabras sobre “cómo conocí a Dagoberto allá por los años del ENEC en 1986 en La Habana, como un estudioso del Padre Varela...” y haciendo referencia a una carta enviada por el Sr. Obispo de Pinar del Río en la que presenta al candidato al premio, el Dr. Bronislaw Misztal, profesor de la Universidad Católica de América, argumentó por qué hizo la propuesta de este laico cubano al Premio Jan Karski.

Tras sus emotivas palabras, se acercó al *podium* el Dr. Albin Obal, Presidente del Centro Americano de Cultura Polaca para hacer entrega a Dagoberto Valdés de la estatuilla en bronce y madera del reconocido profesor Karski, símbolo del galardón otorgado.

El galardonado pronunció, entonces, sus palabras de aceptación y agradecimiento que publicamos a continuación.

Palabras de agradecimiento por el Premio Jan Karski
Washington, D.C., 10 de noviembre de 2004.

Distinguidos miembros del Comité del Premio Jan Karski

Señoras y señores:

Jan Karski, hombre universal y profético, al recibir el reconocimiento del pueblo judío que lo declaró “Justo entre las Naciones”, expresó estas palabras que lo describen: “Yo, polaco, norteamericano, católico, puedo ahora decir que también soy judío”. En estas palabras está la esencia de su vida y de sus enseñanzas para nosotros hoy. De ellas me gustaría destacar tres:

Primero: Las personas y las naciones crecen y se salvan cuando se abren a la diversidad y al pluralismo político, económico, multiétnico y pluricultural y, por ello, todo Estado debe respetar la soberanía, la cultura y la religión de las otras naciones y de las minorías.

Segundo: La incomunicación, la exclusión y el aislamiento conducen al fanatismo que violenta la dignidad de la persona humana y provoca la pobreza material y espiritual de los ciudadanos y de los pueblos.

Y por último: Siempre a tu lado, justo frente a tus ojos, pueden existir grupos de personas, y pueblos enteros, que sufren un daño antropológico irreversible y que las llamadas “razones de Estado” valoran como un mal menor cuando las estrategias del poder se deshumanizan. Es por esto, entre otras razones, que la figura y el magisterio de Jan Karski conservan hoy toda su vigencia y urgencia. El mundo de hoy, necesita también de la mirada compasiva para los que sufren; de la comunicación de la verdad que viven los pueblos; y de las soluciones pacíficas y solidarias para responder al sordo clamor de los excluidos.

Cuando recibí la noticia de que este servidor de ustedes, cubano, católico, yagüero, había recibido un Premio que lleva el nombre de Jan Karski que, además, lleva el título “al Valor y la Compasión”, mi reacción fue de estupor y cuestionamiento. Estupor, al poder apreciar la grandeza de alma de este hijo de la noble y sufrida Polonia. Por otro lado, mi reacción fue de cuestionamiento: ¿qué tengo que ver yo con esta distinción? Inmediatamente desconfié de que la noticia fuera cierta, pero luego de

confirmarla comencé a preguntarme: ¿No será más un llamado que un premio? ¿No será más una señal de alerta para mí, acerca de la necesidad que tenemos todos de valor y compasión? Al final, luego del primer momento de asombro, he entendido así las exigencias de este premio:

- Compasión significa “padecer-con”, compartir el sufrimiento de las gentes, “con-vivir” con los que sufren. Y creo, por mi fe y por mi experiencia de vida, que esta solidaridad en el dolor es la única fuente verdadera de valor: del valor que redime, del valor humilde que libera del miedo y de la opresión.

- El “otro valor”, el que se identifica con el enfrentamiento, el “valor” que intenta vencer al miedo con la fuerza propia o la fuerza ajena, es, además de relativo, engañoso. No es la fuerza la que salva del miedo, la fuerza genera más miedo. El miedo es una característica propia del ser humano cuando se siente en peligro. El valor verdadero es aprender a vencer el peligro con la fuerza de la virtud. La mejor virtud para vencer el miedo que provoca la falta de libertad es la transparencia. En dos palabras: virtud y transparencia, quizá estos sean los mejores significados del auténtico valor.

Creo que este es el valor y la compasión que más necesitamos Cuba y los cubanos. Que necesitamos todos los que intentamos hacernos dignos del valor y la compasión de hombres y mujeres que trabajan por la libertad, por la dignidad y los derechos humanos, en cualquier parte del mundo, como lo hizo Jan Karski.

El Centro de Formación Cívica y Religiosa y la revista *Vitral* de la Diócesis de Pinar del Río, en Cuba, a los que entregaré la suma total de este Premio, intentan promover esos valores, educando para la libertad y la responsabilidad y contribuyendo a la construcción del tejido de la sociedad civil, garantía de toda democracia. Pero estas iniciativas son sólo un grano de arena insignificante en medio de cuantos, en Cuba, entregan su vida y su libertad por alcanzar la libertad para todos. Para ellos es también, y sobre todo, este Premio.

Agradezco muy cordialmente este reconocimiento que otorga el prestigioso Centro Americano de Cultura Polaca. Lo agradezco como cubano y católico, pero también como ciudadano de un mundo que creo que vendrá por los caminos de la tolerancia, la diversidad, la convivencia respetuosa, la solución pacífica de los conflictos y la cooperación entre países más desarrollados y los que están en vías de desarrollo. Bases irrenunciables para las relaciones internacionales y para las relaciones entre los ciudadanos y los Estados.

Permítanme dos recuerdos en este momento tan significativo:

Uno, para los nobles pueblos de Polonia y de los Estados Unidos en los que vivió Jan Karski, con los que el pueblo de Cuba ansía relaciones de convivencia respetuosa y cooperación mutuamente ventajosa. La historia, la cultura y la religión de estas dos naciones nos muestran claramente de lo que es capaz el espíritu humano cuando busca y encuentra la libertad.

Y el otro, quisiera que mi primera y última palabra sea para Cuba, mi entrañable Patria, cuna y cobija de tantos hombres y mujeres dignos que lucharon por nuestra libertad. El primero de ellos, el presbítero Félix Varela, padre de nuestra nacionalidad y de nuestra cultura, hombre puente entre Cuba y los Estados Unidos, donde sirvió y murió añorando su querida tierra; y hombres de luz, como José Martí, apóstol de nuestra independencia y aquel que deseaba inscribir en nuestra bandera esta fórmula del amor triunfante: “con todos y para el bien de todos”.

Cuba es, puede y debe ser una Isla de esperanza, porque como dijo el Papa al sobrevolar mi provincia, Cuba no es sólo una bella Isla, “sus atractivos naturales evocan aquella otra riqueza que son los valores espirituales que les han distinguido y que están llamados a conservar y transmitir a las generaciones futuras para el bien y el progreso de la Patria”. Creo que hoy, como ayer, Cuba cuenta con su mayor riqueza para el futuro: esta potencialidad son sus propios hijos e hijas. Creo en el poder de recuperación de mi pueblo, en su capacidad de comenzar siempre de nuevo, en su carácter emprendedor, en su aspiración de justicia social y progreso. Creo en que ese porvenir de prosperidad es y debe ser responsabilidad primaria e inalienable de los propios cubanos, abiertos al mundo, de quien esperamos también un espíritu de apertura, interdependencia y solidaridad.

Estoy convencido de que la razón profunda de este Premio y de muchos otros gestos de cercanía y acompañamiento es contribuir a este noble propósito de fraternidad y felicidad para mi pueblo. Cuba es una Isla y una diáspora que forman una única Nación. Ruego al Dios de los judíos y de los cristianos, al Dios del Islam y de toda verdadera religión, que es el Padre de todos los hombres y de todas las naciones, que Cuba se abra, cada vez más, al mundo, en su ser y en su quehacer, y el mundo a Cuba, y que la diáspora no sea, nunca más, dispersión sino comunión.

Movido por la esperanza y la determinación que animan a un pueblo, levanto mi mirada hacia el futuro de Cuba y vislumbro que este porvenir

de esperanza se realizará entre todos los cubanos, sin exclusión, según aquella visión del profeta Ezequiel:

Huesos secos, escuchen la Palabra del Señor:
Yo les voy a infundir un espíritu nuevo para que revivan.
Os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mío.
Los recogeré de entre las naciones,
los congregaré de todas partes
y los reuniré en su propia tierra.
Los haré un solo pueblo.
No volverán a ser dos naciones.
No volverán a contaminarse con sus ídolos y fetiches
ni con todos sus crímenes.
Los libraré de sus pecados y maldades y los purificaré.
Habitarán en la tierra que le di a vuestros padres,
Allí vivirán para siempre.
Haré con ellos una alianza de paz,
Alianza eterna pactaré con ellos.
Los asentaré y los haré progresar.
Y sabrán todas las naciones que yo soy el Señor,
el Pastor que ha cuidado de su pueblo.

Cf. Ezequiel, 37.

Muchas Gracias.

Publicado en la revista *Vitral*. N° 64, año XI,
noviembre-diciembre de 2004.

Dulce María Loynaz: una cubana que puso el alma de raíz

*Isla mía, Isla fragante, flor de islas:
tenme siempre, náceme siempre,
deshoja una por una todas mis fugas.*

(Poema CXXIV)

La última de las fugas fue también guardada “bajo un poco de arena soleada”, pero tan cerca del “misterioso nido” que hacen los ciclones que ya no podremos distinguir vórtice y fragancia, flor y fuga, isla y mujer.

Así es su genio ahora que se fugó su figura. Esta es la trascendencia de quien pudo “hacer para arriba, obra noble y perdurable” porque supo poner “el alma de raíz” y dejarse deshojar por esta Isla con el único ruego de que le cerrará la puerta al abandono. ¿Qué podremos agregar a su presencia? ¿Cómo ser fiel a su cubanísima trascendencia?

No es posible tampoco encerrar en esta Memoria la estrella, el guijarro y el verbo que Dulce María Loynaz es, porque respetamos su deseo:

Yo dejo mis palabras en el aire, sin llaves y sin velos.

Así de abierta quiere permanecer esta Memoria que los pinareños ponemos como “un poco de arena soleada”, como “un poco de cal y de ternura” que testimonia nuestra respetuosa admiración y el amor a la última cubana de tal raigambre e identidad que puede ser contada entre las fundadoras de una forma de ser y de crear que pertenece a los cimientos de la nacionalidad.

Lo que ha venido y vendrá después es también cubanidad pero pertenece al edificio de nuestra cultura, no ya a su raíz, orilla del Golfo, a una mujer de estirpe que logró ser al mismo tiempo cal y ternura, ala y raíz, altivez indoblegable y amor.

Esta Memoria quiere ser una señal, para que no se seque la fuente, para que apreciemos más la síntesis dulce y aciclonada entre la ternura de Juan Ramón Jiménez y la trascendencia mística de Tagore que encontraron en esta Isla, a la jable y amor.

En ella, se ha hecho ya realidad su propia poesía: “Amor es resucitar”.

Comisión Católica para la Cultura
Pinar del Río. Mayo 20 de 1997.

Virgilio Piñera y sus hermanos: el peso de la Isla

*Un pueblo se hace y se deshace
dejando testimonios...*

Virgilio Piñera

Para tender puentes, llenar vacíos, espantar olvidos, avivar la cubanía..., para sopesar el amor de un pueblo en el peso de sus mejores hijos, presentamos esta *Memoria de Los Piñera*.

El pensamiento filosófico, la fe católica y el desgarramiento del exilio, en Humberto; el magisterio sin miedos, el amor a la tierra –madre fecunda–, y la simpatía por los logros de un proyecto social que lo envolvió, en Vinicio; la impaciente necesidad de comunicar y de amar, de rescatar a sus hermanos y de “salvar” a Virgilio en “la tía Luisa”; la meticulosa cercanía de Juan, su proverbial familia de artistas y esa paciente labor de ser el último de los hermanos en el camino de la consagración; el genio de Virgilio, el mayor, no en edad o estatura, sí en la creación –uno de los “grandes de Cuba” –, con sus angustias y visiones, sus ansias de crecer y su voluntariosa manía de ocultarse a la mediocridad, con su límpido absurdo y su borrascosa realidad, con su agnosticismo y sed de eternidad, su fantasía desbordada e infinita, y sus pies enfangados en esta tierra que nunca quiso dejar. Estos son los protagonistas de un apocalipsis en que los viejos pánicos y los jinetes no pudieron sepultar la inmarcesible genialidad y rebeldía de una familia que, como tantas otras, afianzaron en lo mejor de esta “isla en peso” los cimientos de la cubanidad.

Esto fortalece la fe, acrecienta la cultura y cataliza la síntesis que, entre ambas, enriquece el alma de la Nación.

Como sucederá con otros, irán revelándose sus impávidas figuras sobre la bruma de fanatismos y manquedades históricas. Nada puede ocultar la verdad, ni disechar lo bueno, ni enterrar la vida, ni ensuciarla con las miserias humanas.

Que esta *Memoria* inacabada e insuficiente, afluyente sin pretensiones, nos conduzca a beber en los impetuosos caudales de la familia Piñera, en

los torrentes de los grandes y en los remansados arroyos, tan originales como remisos a los diques, de las nuevas generaciones.

Gracias a ella, Ediciones Vitral puede poner en sus manos esta epifanía de versos, pinturas, filosofía y humanidad que enervan nuestra cubanía y reafirman nuestra incommovible fe en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud.

Comisión Católica para la Cultura
Pinar del Río. Octubre 20 de 1997.

Carilda Oliver Labra: Del eros al ágape

Acercarse a una persona, y a la obra en la que fructifica, es la mejor manera de conocerla y apreciarla. La cercanía es el pórtico de la comunión y de la memoria.

De cerca se ve mejor, “es el amor quien ve” –ha dicho Martí.

Con esa mirada se aproxima la Comisión Católica para la Cultura de Pinar del Río a Carilda Oliver Labra, a toda ella, en el intento de trascender los umbrales de las apreciaciones reductivas que impiden ver el bosque contemplando la floración de la rama.

No hay lugar donde pueda ser aprehendida la policroma luz de una persona. Y cuando esa luz se encierra en opacas clasificaciones pierde la transparencia del ser íntimo y complejo que, en irrepetible manifestación, presenta al mundo múltiples entradas y salidas. Nada empobrece más que encasillar la creación humana en moldes de academia. Así es cuando se dice que una mujer es poetisa, olvidando que se da en la prosa de la vida; o que es erótica, podando el ala del ágape y la mística. O cuando se dice que ha llegado a la cima, ocultando que la verdad, la vida y la belleza nos sorprenden después de cada cumbre con valles de remanso y nuevas andaduras, tan incitantes como las cimas.

¿Qué se puede agregar a la vida de alguien que ama? ¿Cómo vislumbrar sus honduras y escarpados?

Merece esta memoria quien ha creado y recreado en busca de la plenitud de lo vivido, para encontrar, al cabo de muchos recodos, que la fuente estaba dentro y no en los vericuetos del camino, ni en la migaja de calor, ni en el artificio pasajero de la palabra ardiente, sino en la levedad inabarcable del susurro que desde siempre pujó en sus entrañas por emparar de ternuras cada encuentro.

Descubierto, al fin, que no se puede encharcar lo que mana sin medida en salto hasta lo eterno, no queda otro remedio que traslucir la fuente y regalar el agua. Eso hace, a la vuelta de su tiempo, Carilda Oliver Labra.

Que este vitral para su fuente no haga otra cosa que dejar pasar sus transparencias, sin hacer más sombra a las que ya conoce, ni deslumbrar con fatuidades que no necesita. Ya sería bastante si, en su memoria, se abriera un nuevo cauce para la contemplación y el silencio.

Comisión Católica para la Cultura
Pinar del Río. Febrero 25 de 1999.

Rogelio Cubillas y su huella en la arquitectura de Pinar del Río

*Si el Señor no construye la casa,
de nada sirve que trabajen los constructores.*

(Salmo 127)

El alma de los pueblos se expresa en sus construcciones. No es sólo la humanización del ambiente por la obra creadora de las manos y la conciencia, es también y sobre todo, signo del espíritu trascendente que plasma en la piedra y la belleza arquitectónica la sed de permanencia y eternidad.

La huella de la espiritualidad de los hombres de una época histórica puede ser encontrada y descifrada tras las edificaciones de su tiempo. En tiempos de pobreza de alma encontraremos la monotonía y la despersonalización de sus construcciones. En esos momentos, la monstruosa dimensión de las mismas ha intentado sustituir a la auténtica y nada ostentosa grandeza del espíritu humano.

La búsqueda de la verdad, la bondad y la belleza, que está inscrita en el corazón del hombre de todos los tiempos, traza sobre la piedra, la madera, el acero y el vidrio ese peregrinar siempre ascendente, pero siempre con meandros y opacidades, que conducen al género humano hacia una ciudad cordial y personalizada.

A esto se refiere el Salmo 127 en el que el afán de los constructores se banaliza si no recibe la efusión del Espíritu que es Señor y dador de Vida, de cuya mano y aliento ha recibido todo hombre su capacidad creadora con la que va convirtiendo el caos desalmado en cosmos armónico y fascinante.

El vínculo entre la espiritualidad, la cultura y la arquitectura de un pueblo debe ser estudiado, salvaguardado y promovido para que respire el alma de la gente al ver su entorno y para que la convivencia social goce de la belleza y la paz de un hábitat a la medida de la persona.

Esta es la intención de la Comisión Católica para la Cultura al presentar esta Edición Vitral sobre “Rogelio Pérez Cubillas y su aporte a la arquitectura del siglo XX en Pinar del Río”.

Sus autores, los Sres. Nelson Melero y Lázaro Rodríguez, hacen con esta investigación, con la sensibilidad y la belleza que alegran el corazón, una contribución a la cultura y aún más a la espiritualidad de nuestra ciudad, no es fortuito que se realice esta presentación justamente un 26 de noviembre, Día de la Dignidad Pinareña de este año del Señor de 1998.

Otras huellas están por recuperar, otros alientos edilicios por codificar, mucha mística arquitectónica por cultivar, este es un paso en el camino del descubrimiento del alma tricentenaria de la Ciudad de Pinar del Río: Un reto para las actuales generaciones. Un proyecto para que el futuro vaya naciendo de la memoria histórica y cultural que nos identifica como una comunidad fiel a su propio *ethos*.

Comisión Católica para la Cultura
Pinar del Río Noviembre 26 de 1998.

Pedro Pablo Oliva: pintor y cronista de su tiempo

Sr. Obispo de Pinar del Río
Queridos Pedro Pablo y Familia
Queridos amigos todos:

Hace ya bastantes años, un amigo común, Pepe Garrido, junto al Padre José Conrado, entonces recién estrenado cura santiaguero, me hablaron de un magnífico pintor que al mismo tiempo era una sencilla y humilde persona. Esta primera conjunción y rareza ya comenzó a mover mi inquietud, todavía hoy no totalmente satisfecha, de encontrar el secreto de tal virtuosa simbiosis entre la luz y el humus –que de ahí viene la humildad– y, entonces, para saber la fórmula y conocer su obra, pedí a mis amigos que me acercaran a la persona que la lograba casi sin darse cuenta y que no sé si todavía hoy es conciente de esta síntesis vital.

Como ocurre siempre, por desgracia, al conocernos en una pequeña habitación de una casita que tenía en la puerta un verso de una canción de Pablo o de Silvio, como un exorcismo secular, lo primero que colocaron frente a mis ojos fue la obra, amontonada, como hasta hoy, pero en mínimo espacio, obra tropelosa, acuciante, llena de lagartos y pequeñas figuras humanas casi siempre fuera del equilibrio y la norma.

Pepe Garrido, el poeta arquitecto, interpretaba la línea, el color, el mensaje que debatía, en interminable lid con el cura Conrado, que absorto, contemplativo, profundo contraponía su propia y teológica descodificación de la ingenuidad de la superficie trabajada en estrechísimo margen con la subjetividad.

Andanadas de descubrimientos de islas de color, sin carabelas y sin velas, pero con mucho viento a favor. Y yo, joven imberbe y lego –ahora

sigo sin pelo y sin iniciación en la materia, pero ya no tan joven— había desembarcado en el mar tempestuoso de la obra plástica, pero el aluvión de apreciaciones artísticas y filosóficas no me permitieron, en ese encuentro primigenio, alcanzar a la persona que con una no disimulada y sincera timidez casi se asomaba entre cambas y lienzos, como pidiendo disculpas por estar allí, a ras de suelo literalmente, pero me fui con una cierta impronta del escurridizo, flaco y pícaro pinareño que, tal como intenta hacer todavía hoy, sin mucho éxito ya, hacía pininos para excusarse por ser él mismo y de usar raídos pinceles con tanto genio sin su culpa y con toda su responsabilidad.

Luego vinieron sus primeros viajes a Panamá, creo, y la misma historia de muchos que no cuento porque sus protagonistas somos todos. Y el nombre y la virtud de Oliva crecieron como hijos de su tiempo: primero fuera que dentro, primero abajo que arriba, primero por los márgenes que por el texto. En una palabra, que la obra y su autor alcanzaban, de este modo, el sello de autenticidad de todo lo bello, lo verdadero y lo bueno. Como esos inmensos sellos de las esquinas de sus cuadros, autenticando desde el margen al mismo tiempo que azorando de la marginalidad el mensaje polícromo y escurridizo que transmiten esa pareja cómplice y callada, y por ello elocuente, de las formas y el color. Hasta que llegó aquella noche de la década del noventa, en la Galería de la casa de alto puntal de la esquina del Parque de la Independencia; era la presentación en sociedad de una monumental obra que había sido creada, como todo lo grande, desenrollando sobre el escaso suelo de la casa de su madre, esta especie de rollo veterotestamentario pero con entrañas proféticas. Unos decían o callaban que era obra del doliente Jeremías, lamento y rebeldía, incluso contra Dios. Otros, que había salido de la esperanza de Isaías, profeta de la realidad y de la redención venida del mismo tronco retoñado de una aldea como Pinar, o menor. Otros que era obra del profeta Daniel, por supuesto, en el foso de los leones y aún con vida. Yo quise ver al profeta Ezequiel en su capítulo 37, en la visión de aquel campo de huesos secos, que van cubriéndose de tendones y músculos, de piel y color, de vida y resurrección, reunidos en un túnel umbroso, desde la más variopinta y desconcertante realidad de un país en apagón, pero con una luz de quinqué en la palabra y una esperanza ineludible en el pecho. Así contemplaba a mi personaje preferido, aquel hombrecito que hace equilibrios entre las antípodas del miedo y la esperanza, entre los lagartos y la altura, al margen superior, como resistiendo ser sacado del lienzo, pero aún de pie.

Aquella noche de 1994, fui con el Obispo Siro, el entonces Padre Manolo y Yenia y Ortiz a la Galería, pude ver el rostro de lo innombrable,

el estupor de la evidencia, el secreto gozo de quien ve su vida y la de su pueblo consagrados para siempre en lo que he tenido la convicción de llamar “el Guernica de Cuba”. Nos rodeaban ojos salidos del cuadro que escrutaban las reacciones de la sala, los sentimientos, la complicidad que siempre va de la mano del temor y del gozo de estar viviendo en la verdad... y ojos que salían de sus órbitas en la sala y chocaban en el lienzo, una y otra vez, como los de Tomás el apóstol, incrédulo y creyente, dudoso y perseverante, hombre al fin que necesitaba meter el dedo en la llaga para ver y creer. Y vimos y creímos, y para mayor Gracia vivificante, hoy Pinar del Río cuenta —espero que para siempre— con esa llaga luminosa que es “El Gran Apagón”, que es la huella de los clavos de este pueblo crucificado y que Pedro Pablo Oliva ha convertido en evidencia de la resurrección de nuestro pueblo para los siempre dudosos Santo Tomás de nuestro tiempo y de los tiempos por venir.

Para todo artista hay siempre dos caminos y dos opciones, como para todo hombre y mujer en el arte de vivir:

- Mientras está en la sombra y la penuria debe escoger entre amargarse y desistir o “clavándose en la sombra, chupando gota a gota el jugo vivo de la sombra”... “hacer para arriba obra noble y perdurable” —como nos dice Dulce María—. Pedro Pablo escogió la sombra del apagón para encender el quinqué de lo perdurable. Y acertó.

- Y cuando el artista logra “hacer para arriba” y viene el tiempo de la fama y la bonanza, entonces le toca escoger entre exiliarse en un mundo de oropel, individualismo y falacias, casi siempre cerca de los que pueden y tienen... o encarnarse en el *humus* de la gente, de su pueblo, y servirlo sin pretensiones de suficiencia ni panfletos mesiánicos. Esto ha hecho Pedro Pablo Oliva, siguió siendo aquel escurridizo joven a ras de suelo, pero puso sus talentos a producir. Y acertó.

Y sin mucho ruido, tanteando, incluyendo, inventando, debatiendo, excusando, promoviendo, se ha convertido en hacedor de puentes, en compañero de camino de tirios y troyanos, en espacio adelantado de lo que Cuba será, si Dios y los cubanos queremos.

Y así vimos surgir, literalmente de las ruinas, el espacio de una Casa-Taller. Verdadera batalla de molinos y permisos, de trabazones y alquitrabes, de infinita paciencia del artista que, a pie enjuto, atravesó el Mar Rojo de salvar, reconstruir, rediseñar los espacios físicos, al mismo tiempo que salvaba, reconstruía, rediseñaba esa otra “casa-taller de la subjetividad cívica” que es el tejido de la sociedad civil de esta pequeña ciudad, capital de lo más occidental y “reserva moral de la nación” como

la han calificado el Cardenal de La Habana y el inolvidable Juan Pablo II al sobrevolar la cola del caimán.

He peregrinado personalmente al santuario de “El Gran Apagón” y el inapagable quinqué de nuestra cubanía, unas veces con insignes huéspedes del Centro Cívico y *Vitral* y otras con entrañables y sencillos conciudadanos que van a encontrarse con el mágico reflejo de su propia existencia iluminada por la humilde luz del alma de un artista que no ha perdido, ni la ingenuidad vigilante y sigilosa de sus ojos sobre Cuba, ni ha abandonado el inseparable terruño pinareño, ni ha dejado que los años lo separen de los vigorosos y reiterados símbolos de la fecundidad, que aparecen en sus obras junto a lagartos y personajes de nuestro tiempo, como verdaderos signos de vida y virilidad que tiene la misma raíz de la virtud, pero sin machismos ni bajezas. Su obra es un retrato de la Cuba de ahora que anuncia con serena laboriosidad la Cuba por venir.

Sueño con que un día, que veremos desde aquí o desde donde estemos, sacaremos al “Guernica de Cuba” de la Casa-Madre y, por única vez, lo trasladaremos en andas, icono de la vida de nuestro pueblo en estos tiempos, por las calles de Pinar hasta depositarlo, para siempre, en intranquila y fecunda paz, en el Palacio de Bellas Artes que merece esta provincia, que construiremos con la contribución de todos, y que acogerá la inefable obra de luz y color que los artistas plásticos pinareños de ayer y de hoy han creado contra viento y mareas, frente a molinos y turbulencias, con la quijotesca convicción de que la vida no se despinta ni el quinqué se apagará.

Todo ello se acuna, crea y hace realidad en la mente y el corazón de este pinareño insigne y llano, cuyas cumbres interiores disimula con pantalones cortos. Estoy seguro que él hubiera sido un miembro apasionado del Comité Todo por Pinar del Río, cuya fundación celebramos hoy.

Amigo Pedro Pablo, te comienzan a llegar homenajes que vienen desde lejos, desde hace tiempo. Todo madura y pasa. Todo llega y pasa, pero deja su impronta. Hoy la Comisión Católica para la Cultura quiere dejar una huella más en el camino de tu vida, que como la de todos los cubanos y cubanas, se yergue entre la luz y el apagón, entre el Génesis y el Apocalipsis, entre la cotidianidad y la sorpresa. Esta Comisión no podrá agradecer suficientemente lo que tú has sido, lo que has aportado a la ciudad y a Cuba, lo que regalaste, por ejemplo a *Vitral*, para ilustrar su primer número, la portada del vitral de mariposas con bandera cubana con que ilustraste otro de sus ejemplares, el “Premio CUBAneo” para Vitral-multimedia por su Catálogo de Artes Visuales en Pinar del Río, obra que queremos actualizar y recrear; tu participación en nuestros

Salones de Arte Sacro y todo el detalle de las innumerables visitas al santuario-casa-taller, de las que no te librarás mientras yo viva.

Ahora permítanme agradecer al Sr. Obispo y a la Comisión Católica para la Cultura, a la que he servido durante veinte años desde su fundación, aquel 25 de febrero de 1987 a un año exacto del ENEC en la fiesta de Varela. Ha sido un verdadero privilegio y honor inmerecido haber contribuido a la creación de este nuevo servicio de la Iglesia en Cuba. Nos propusimos llevar a la práctica aquel vertebrador capítulo de fe y cultura del ENEC, cuya primera redacción me fue encargada, y comenzar a hacerlo vida de nuestra nación. Este ha sido, quizás, el mayor reto y la raíz de todo lo demás. Ahora el desafío pasa a manos de un joven talentoso y culto, el Dr. Rafael Capote Sarmiento, a quien el Sr. Obispo ha confiado esta hermosa y trepidante tarea y a quien tengo el gusto de presentar como nuevo presidente de la Comisión Católica para la Cultura. Bienvenido, hermano, y buen trabajo. Cuenta con nosotros.

Me alegra, en fin, que mi último servicio al dejar en sus manos esta obra apostólica y patriótica, sea rendirte este sencillo homenaje que no puede agregar ni una rama de oliva a tu significativo nombre. Lo hago desde mi amistad que no puede ser más objetiva porque es domeñada por mi bien fundada admiración por ti, guajiro como yo, además de irrestrictos hijos los dos de esta increíble ciudad que hoy, para alegría de todos, te honra como ciudadano insigne, en el Día de la Dignidad Pinareña.

Muchas gracias y enhorabuena.

El Obispo José Siro González: palabra profética y corazón solícito

Querido Mons. Pedro Meurice, Arzobispo de Santiago de Cuba;
Querido Mons. José Siro, digno Obispo de esta Diócesis;
Ilustrísimo Mons. Nicholas Thevenin, Encargado de Negocios
de la Nunciatura Apostólica en Cuba;
Estimados Sres. y Sras;

Amigos todos:

Nuestro Obispo cumple cincuenta años de su ordenación sacerdotal y *Vitral* ha querido compartir con todos esta fiesta publicando un libro con una selección de sus homilias, reflexiones, conferencias y entrevistas.

El título del libro, *Caminando con mi pueblo*, entre penas y esperanzas, es ya un retrato del prelado y una convocatoria a poner en práctica este magisterio episcopal. Pudiera atreverme a decir que no hay ningún tema fundamental sobre la vida de nuestro pueblo que no haya sido abordado de alguna forma por el autor. Y esto es, y puede ser, brújula y sentido para quienes buscan afanosamente la verdad.

Nosotros creemos que cada Obispo es sucesor de los Apóstoles y que cada uno de ellos ha recibido, por mandato de Cristo, la misión de santificar, enseñar y conducir al pueblo que le ha sido encomendado. Cada uno según sus dones y carismas. Cada uno según los signos del tiempo que le ha tocado vivir. Cada uno según la Iglesia a la que le ha tocado servir. Esta selección de enseñanzas del Obispo Siro es, a la vez, signo inequívoco del perfil de esta Diócesis y llamado apremiante a encarnarnos en esta sociedad, anunciar en ella la verdad sobre Cristo y sobre el hombre, y a comprometernos con su presente y su futuro.

Vitral sabe que un libro como este no es sólo un homenaje a su autor, sino un regalo al pueblo cubano. La luz que encontraremos en sus páginas no es para guardarla sino para compartirla. Sabemos también que cuando pasen unos años y volvamos sobre estas páginas, será cuando alcanzaremos a valorar mejor su alcance, profundidad y carácter profético. El tiempo lo dirá. *Vitral* solamente ha querido dejar la huella. Nadie podrá decir que no se dijo antes, nadie podrá decir que nadie escuchaba. Este libro es palabra y corazón.

Permítanme decir, con toda claridad, que estamos orgullosos de tener un Padre y un Pastor como José Siro, cuyo caminar junto a nosotros nos ha hecho más humanos, más personas, más libres, menos temerosos, más coherentes; en una palabra, más cercanos a Jesucristo. Doy gracias a Dios por este don a la Iglesia cubana y doy gracias por haber nacido en Cuba y en la Diócesis de Pinar del Río precisamente, en este tiempo de paso por el Mar Rojo, de peregrinación por el desierto en busca de la liberación. Ahora que nos acercamos a la otra orilla, ahora que vislumbramos la tierra de promisión, que se nos pegue la lengua al paladar si no nos acordamos de que nuestra Iglesia y nuestros pastores fueron para nosotros columna de fuego en la noche y vara que sacó agua del pedernal.

Tengo el gusto y el honor de presentarles a uno de esos pastores que alzando su mano y su voz sobre el mar ha abierto caminos de esperanza. Amigo y hermano de Monseñor Siro, Obispo de la Arquidiócesis que guarda dos de los tesoros más preciados de nuestro pueblo: La Virgen de la Caridad y la Cruz de la Parra, Obispo que habló por nosotros, frente al Santo Padre, haciéndole honor a su segundo nombre, aquella luminosa mañana del 24 de enero de 1998 que jamás los cubanos podremos olvidar. Doy la palabra a Monseñor Pedro Claro Meurice Estiú, Arzobispo primado de Santiago de Cuba.

Muchas gracias.

P. Jaime Manich, un educador de juventudes

Querido Sr. Obispo,
Estimados hermanos y hermanas:

Hace ahora exactamente cincuenta años que era enviado a esta Diócesis de Pinar del Río un sacerdote escolapio catalán, menudo y laborioso, inteligente y discreto, disciplinado y flexible, de excelente carácter y perseverancia a prueba de cañón: es decir, que sus superiores regalaron a Pinar del Río no sólo el don del servicio de un nuevo sacerdote para las Escuelas Pías, sino que, quizá sin saberlo y sin calibrarlo totalmente, enviaron a un santo en vida a prepararse para una misión que nadie, ni los más suspicaces pudieron imaginar: ser escolapio, sin dejar de serlo y sin tener escuelas, ni siquiera comunidad de hermanos de religión. Aún más, ser religioso cuyo carisma era la educación y seguir siéndolo cuando todo el sistema de educación fue usurpado y controlado totalmente por un Estado ateo. Aquel reto podía ser el colmo del absurdo o la cumbre de la santidad: fue lo segundo.

En efecto, hace medio siglo, sólo cinco años antes de triunfar la Revolución y a sólo siete de perder, aparentemente todo, colegios, comunidad y muchos alumnos y espacios educativos, venía a Pinar el Padre Jaime Manich y Franch.

Luego de un lustro en el Colegio, fructificación de sus votos y noviciado para lo que vendría, quedó como Abraham, sin tierra y con sus hijos subiendo al monte del sacrificio, se quedó como Job, sólo y abandonado de la mayoría de sus hermanos, se quedó como María al pie de la cruz, con un solo discípulo, y con las dos Marías. Así fue como lo conocí, niño de diez años yo, cura escolapio de treinta y seis años él. Allí estaba como ayudante del Padre Cayetano, cuya fuerte personalidad atraía e impresionaba.

El Padre Jaime era a mis ojos de niño, el otro, el pequeño, el callado, el catequista, el del coro, el de los trabajos manuales y meticulosos.

Iba yo a la secundaria básica, mi séptimo grado, aquí mismo en los antiguos Escolapios donde había estudiado mi padre que recién había partido inesperadamente a la Casa del Padre. Yo ya de doce años me levantaba temprano para ir a ayudar en las misas de la Catedral. A las 7:00 la que decía el Padre Cayetano, a las 7:30 la del P. Jaime. Después de esta ya el Padre Cayetano tenía el desayuno preparado para tres en la mesa que había en el comedor de entonces, al lado de la sacristía, donde ahora está el saloncito de estar. Allí desayunaba un niño rodeado de los dos polos del carácter y de la riqueza en la Iglesia. Tuve tanta suerte y dicha. El desayuno lo recuerdo como ahora. Leche en polvo preparada desde el día antes por el Padre Cayetano “porque esta leche debe prepararse con tiempo y dejarla en el refrigerador” –decía. Y un termo viejo y herrumbroso para la leche y otro igual para el café. Pan tostado de no se sabía cuándo, pero bien guardado en la vieja lata de galletas saladas... ah, y eso siempre, mantequilla, “muchacho no comes nada, a tu edad hay que comer, échale mantequilla a la leche que es descremada, échale...”. El Padre Jaime callaba y sonreía. Luego un tema de actualidad y yo para la escuela y el Padre Jaime para su misa aquí en los Escolapios, a las 8:30 de la mañana. A veces cuando no tenía clases venía también a ayudarlo.

Luego fui creciendo y él creciendo para mí. Todo lo contrario de lo que era. Yo crecía a su vera de catequista, de organizador de obras y coros. Me permito recordar que para una fiesta del 2 de febrero, quería hacer una obra de teatro sobre la Presentación del niño Jesús en el templo y luego del mismo niño perdido y hallado a los doce años. Para ese niño Jesús el Padre Jaime me eligió a mí, por la edad, porque cantaba bastante bien y no tenía que hablar, sino aparecer montado en una tarima en medio del retablo mayor de la Catedral y dos angelitos abrían una cortina y él desde el órgano tocaba: “Venid a mi presencia, venid niños a mí, la flor de la inocencia es flor de mi jardín...”. Eso empezó a tocar y yo a cantar, pero la segunda estrofa, que nada más que tenía dos, nunca salió... yo sobre la tarima, se me había olvidado y él desde el órgano cantándola bajito para recordármela. Qué pena pasé y luego sólo tuvo una observación, “la faja que rodeaba mi cabeza, grandota desde entonces, estaba muy apretada –dijo– y se te olvidó”. He aquí a un padre y un educador.

De pronto me vi colaborando con él en las invitaciones hechas con *stencil* y regla de letras para la Navidad y Semana Santas y comencé a ser catequista en el Obispado y en la Comisión de Liturgia Diocesana con

sólo quince años. Era la labor de formación de un cura escolapio y de un cura como Cayetano. ¡Qué síntesis de cooperación en la diversidad respetuosa y fraterna! Luego lo veo en el Consejo Parroquial de la Catedral y allí aprendí la pastoral de la Iglesia y el Concilio Vaticano II del que fue apasionado maestro. Luego los conciertos de coros de las iglesias de la ciudad y allí aprendí del Padre Jaime lo que era el ecumenismo en la práctica. Luego en el Obispado trabajando en el Centro de Información Diocesana con Orestes e Hildelisa y después Élidea, haciendo el boletín PREDI, Presencia Diocesana, humilde precursor de *Vitral*, que también aprendimos a hacer con él.

Más tarde recuerdo los sesenta años de sacerdote del Padre Cayetano y luego cuando fui a conocer al Padre Pastor González ya, enfermo y en los preparativos del ENEC:

Luego queda una memoria viva, de boca en boca, de corazón a corazón, que debe ser recogida y editada. Eso hemos hecho, para empezar, en parte muy limitada, en este librito cuyo título resume la vida del biografiado y cuyos sencillos testimonios dan fe del grado en que lo quisimos y que, Ediciones Vitral se honra en publicar en su Colección “Huella”, y nunca mejor escogida una obra para su colección. Eso es lo que ha dejado el Padre Jaime, una huella indeleble, una lección de qué es la Iglesia, como nunca nadie ha podido impartir; del Padre Jaime Manich, aprendí que la Iglesia no son los medios, ni aún los propiamente eclesiales, aprendí que la Iglesia es la comunidad, es la Parroquia, es la Diócesis, aprendí que los religiosos sirven a la Iglesia, desde su vocación, por encima de las circunstancias más adversas. Aprendí que primero se es cristiano y luego sacerdote de Cristo o religioso de un carisma determinado, y que todas estas vocaciones específicas y servicios o carismas no tienen sentido fuera de la iglesia local o a espaldas de ella como una secta, ninguna vocación específica dentro de la Iglesia tiene razón de ser abandonando a la comunidad cristiana, a la Iglesia local, a su suerte.

Del Padre Jaime aprendí el modo de amar a la Iglesia concreta, la que existe, no la que vendrá, la que tenemos, no la que aspiramos, la Iglesia-comunidad, hasta el extremo, más allá de uno mismo, de sus planes, de las vías tradicionales para expresar el propio carisma. Y ese religioso escolapio no perdió su vocación ni abandonó su carisma, ni la mente de su fundador, ni se aferró a los medios y a las instituciones tradicionales de su orden, ni siquiera exigió por un tiempo bien largo vivir en comunidad religiosa. Así ayudó a salvar esta Iglesia diocesana sin perder el carisma escolapio. Así se entregó totalmente a la Iglesia aún a costa de inventar nuevas formas de entrega religiosa, así aprendió

a vivir su vocación de formador sin aferrarse a la educación escolar, al colegio tradicional, a la educación formalizada... Todo se fue a pique menos su fe, todo fue intervenido menos su corazón de educador, todo fue expropiado menos sus votos religiosos, todo parecía huir, hasta su propia comunidad religiosa, menos su sentido de permanencia, de encarnación y de servicio a este pueblo y a esta Iglesia. Eso se llama fidelidad en el límite, en la frontera de lo imposible, en la virtud heroica y solidaria. Eso nos demuestra, queridos hermanos, que lo esencial es lo esencial, que los problemas vocacionales no tienen su raíz en las instituciones o en los medios, ni siquiera en el estilo de la comunidad. Están en lo esencial, la fidelidad, la entrega sin reserva, la virtud hasta el extremo y la esperanza contra toda esperanza.

Esa fue la que permitió a este religioso perseverar como escolapio sin comunidad, sin colegio, sin casi nada. Pero llegó al final del túnel, los tiempos cambiaron, su comunidad se comenzó a reorganizar en La Habana y Pinar iba creciendo como diócesis. Entonces, el religioso que siempre fue, volvió al seno de su comunidad religiosa, el maestro que siempre fue, siguió en otros catecismos y con otros campos en esa educación informal que no es una formación de segunda clase, de baja categoría, porque en ella forma más personas que en los colegios tradicionales y porque este cura escolapio, por lo menos, alcanzó la santidad ejerciendo ese tipo de educación.

El cura que fue siempre se entregó a la Iglesia diocesana de La Habana como canciller del Arzobispado hasta que no pudo más. Hasta que se consumió en el servicio, hasta que se convirtió en el servicio mismo hecho persona. ¡Qué lección más admirable de vida! ¡Qué modo de ser fiel a lo esencial del cristiano, aún más allá de las propias instituciones cuando las circunstancias se hicieron límites! ¡Qué modo de vivir su consagración religiosa al servicio de la Iglesia y de su pueblo, aún cuando la lógica humana indicaba salir de aquí, seguir allá, volver después si la cosa cambiaba!, ¿este pueblo y esta empobrecida y vilipendiada Iglesia local, como toda Cuba, quedarían abandonadas a su suerte, como ovejas sin pastor...?

Este ha sido el heroísmo callado, pero elocuente, profético, purísimamente cristiano, del Padre Jaime. Ese ha sido su camino de santidad. Y llegó con creces, con frutos y con suficiente tiempo y sembrado como para dejar un ejemplo casi universal por su alcance, para pastores, religiosos y laicos. Una lección en puro idioma evangélico: vale la pena perderlo todo, todo, hasta lo que a los ojos de los mismos hermanos en la fe, pudiera parecer una locura, por quedarse donde Dios lo sembró

a uno sirviendo a la iglesia local y al pueblo concreto que lo necesita. El Padre Jaime Manich fue un escolapio que descubrió que todo es escuela cuando los colegios caen en manos del ateísmo. Un religioso que descubrió que toda pobre comunidad cristiana puede ser su comunidad cuando la orden religiosa es desmembrada por las fuerzas del mal. Un cura que descubrió que todo es parroquia y todo catecismo y todo campo de siembra y todo lo que se mueve es transporte, cuando las parroquias se quedaban vacías por el exilio, cuando los catecismos fueron diezmadados por las amenazas y los planes de la calle, y cuando lo que tenía para ir a Las Minas, donde lo acompañé muchas veces, era aquel desvencijado *jeep* Willy, signo de lo que se puede hacer cuando se cree en la fuerza de lo pequeño y en la grandeza de Dios.

Este ha sido su camino de santidad, en perfecta sintonía con la tradición apostólica, encarnada y profética de esta Diócesis de Pinar del Río, a la que tanto amó y sirvió. Este es su legado más urgente y quizá hoy más necesario. Que esta pequeña reseña biográfica, con excelente carta de presentación de Monseñor Siro, nuestro Obispo, y los más entrañables testimonios de pinareños que quisimos al Padre Jaime con corazón entero, sirva de acicate para que muchas personas de este tiempo y del por venir, especialmente los jóvenes y muy especialmente aquellos y aquellas que se sienten llamados a servir a la Iglesia desde una orden religiosa, puedan buscar más en la vida insondable de este sencillo y fecundo escolapio que convirtió toda su existencia en una lección de vida: Se puede ser religioso y serlo fielmente en cualquier circunstancia; se puede ser cura y serlo fielmente, en las situaciones más críticas; se puede ser cristiano y serlo plenamente en cualquier límite de la sinrazón antirreligiosa. En fin, que se puede ser santo y serlo sencilla y plenamente, aquí en Cuba y aquí en Pinar del Río.

¡Qué más se puede pedir para nuestros tiempos a un santo cura educador! No desperdiciemos su ejemplo ni su cercana intercesión, por eso digo con la pasión del adolescente que aprendió algo a su lado, con el corazón del joven que aprendió a amar a la Iglesia y a la Patria en lo concreto con él, lo digo ya con la convicción de hombre de Iglesia y de Cuba al rayar mi media rueda, lo digo con toda el alma: Padre Jaime Manich, ¡ruega por nosotros!

P. Santana: el exilio con el corazón en Cuba

Entre la alegría del servicio y el sufrimiento del exilio, se resistió a dejarse vencer. Se empujó sobre la muerte y vivió de la esperanza hasta que descansó en los brazos de su Padre Dios, que no lo defraudó al no concederle ver a su Patria con los ojos de este mundo, sino que le concedió –estoy seguro– la visión trascendente y perenne de la Patria definitiva, desde la que podrá contemplar las bellezas de esta Isla verde y podrá interceder por su libertad y progreso.

Ni allí, en el descanso de los justos, dejará de ponerse “en acción” como en el tiempo en que vivió aquí de una fe hecha obras. Ahora que no necesita ni de la fe ni de las obras para acceder a la Casa del Padre, ya en ella, no cesará de hacer la caridad –que es lo único que queda luego del tránsito definitivo– una caridad que consiste en hacer progresar sus obras y proyectos de aquí, imprecando abundantes gracias sobre ellas: “Fe en acción”, “El cristiano y su fe”, la atención a los exiliados, la cercana liberación de la Patria... todas ellas tienen ya un protector en la eternidad: garantía y continuidad de esas obras, sentido y plenitud de vida para sus nuevos protagonistas y para los destinatarios de siempre.

Tuvo una vida repleta de raíces y frutos: Desde aquel 15 de mayo de 1941 en que Dios le hizo ver la luz de este mundo en la Perla del Sur hasta este 28 de enero de 2004 en que le concedió ver la Luz sin ocaso.

Raíces varias veces sacadas al sol, como para que pereciera el árbol: desde el destierro hasta el diagnóstico irreversible de la enfermedad. Pero, ya lo sabemos: “el que no ponga el alma de raíz se seca” –así lo dijo la Loynaz en su inigualable “Poema sin nombre”. Y él, desterrado, vilipendiado, sacudido, transido por la enfermedad, jamás dejó que el desarraigo lo venciera: Triunfó sobre el abandono de la tierra que escapó de sus pies pero no de su corazón y triunfó sobre el “cuerpo mortal que se

deshacía en esta morada terrenal” para dejar ver más traslúcidamente el espíritu que da vida. Frutos que cultivó en su juventud y madurez. Frutos que ofreció como “ofrenda permanente” desde aquel 12 de diciembre de 1968 en que era ordenado sacerdote en Cholutecas, Honduras, hasta este 28 de enero en que se ofrecía a sí mismo en el ara de la vida. Había dicho: “Todo el sufrimiento por el que tenemos que atravesar tiene un sentido redentor. Sólo tenemos que estar conscientes que es salvífico si lo aceptamos y lo ofrecemos”. Así murió el día en que la Patria celebra el nacimiento del apóstol de nuestra independencia y en que la Iglesia celebra el tránsito a la gloria de Santo Tomás de Aquino, sabio teólogo que supo alcanzar la síntesis entre fe y cultura, entre la sabiduría de este mundo y la sabiduría de lo Alto: Un buscador incansable de la Verdad. Ningún día mejor para traspasar el umbral de la definitiva libertad y disfrutar, por fin, de la única sabiduría que perdura que es el saborear aquella forma inefable del conocimiento que es “ver cara a cara a la Verdad”. Eso nos dejó como enseñanza y como testimonio vehemente: fue un buscador incansable y sencillo de la Verdad y de la Libertad. Y, seamos sinceros... ¿hay en este momento vocación y tarea más necesarias y urgentes para los cubanos que buscar la Verdad y la Libertad, para cada uno de nosotros, y para la sufrida Nación cubana?

Así, este cubano llegó a lo esencial, a lo únicamente necesario, que es vivir para encontrar la Verdad sobre nuestra vida, sobre el mundo, sobre Dios y, una vez encontrada, experimentar que esa Verdad nos hace libres.

Sabemos, por la fe, que hacia esa Esencia camina Cuba. Lo sabemos y lo esperamos, por esa Esencia vivimos y luchamos, pero ahora tendremos el consuelo de experimentar que, en ese peregrinar por el desierto del alma, por ese Mar Rojo en busca de nuestra Liberación, nos acompañará, sin descanso, trabajando desde la Paz de Dios, en comunión de esperanzas, el Padre Francisco Santana.

Que así sea.

Ricardo Urrutia: un ex-presos al servicio de los presos

Estuve preso y me visitaste.

(Evangelio de San Mateo, Cap. 25, Vers. 36)

Recuerdo que una noche, viviendo yo en la calle Sol, tocó a la puerta de mi casa un vecino y hermano de religión, como gustaba decir él mismo. Era Ricardo Urrutia, que llevaba en la mano una *Biblia* y unos papeles... Lo que verdaderamente llevaba no se veía a simple vista, era una convicción hecha pasión desbordante: quería hacer un proyecto de “Ayuda al preso y sus familiares” porque el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo no lo dejaba dormir en paz. Él mismo había estado preso y sabía en carne propia que ese llamamiento de Cristo era urgente e inaplazable.

Así estuvo exponiendo su proyecto durante veinte minutos y luego me enseñó los papeles escritos en una vieja máquina donde se podía leer en letras mayúsculas y subrayadas “HERMANDAD DE AYUDA AL PRESO Y SUS FAMILIARES”.

A primera vista el título de “hermandad” me chocó pues evocaba en mí algo de historia medieval, algo que no se usaba... Pero él me explicó: Debe ser una “hermandad” porque los que la vamos a formar somos laicos y todos somos hermanos entre nosotros y de los presos y sus familiares. ¡No había por dónde cogerlo! Así empezó todo y hoy al elevar sobre nuestros hombros de laicos, amigos y hermanos de religión, el féretro con su cuerpo sufrido y yacente, para colocarlo ante el altar mayor de la Catedral de Pinar, iba yo pensando: “este es un laico que escuchó la Palabra de Dios y la puso en práctica, a tiempo y a destiempo”, más bien, a destiempo.

Allí estaba el testimonio de su obra. Allí entrando a la Catedral un mar de gente de toda condición, estrato social, creencia y color. Eran “su hermandad”. En verdad, puedo decir que Ricardo Urrutia no sólo ha dejado una marca indeleble en la historia de la Iglesia y de la Provincia

de Pinar del Río. Ricardo es un testimonio viviente, sí, viviente, porque al pasar por la muerte ha resucitado para la vida nueva y plena y nos ha dejado su presencia intercesora y vigilante, para que, en su espejo nos miremos todos. Para mí, personalmente, fue ejemplo de fidelidad consciente y madura a su Iglesia en la persona de su Obispo, una de las dos únicas personas que al principio creyó y acompañó a Ricardo en lo que muchos, demasiados laicos y laicas, sacerdotes y religiosas, consideraban “todavía” una “verdadera locura” para lo que llamamos con mucha frecuencia “nuestra situación”.

Ricardo fue también ejemplo de perseverancia, porque las dificultades internas y las amenazas y presiones externas no lo desanimaron ni lo amedrentaron. Él sabía cuál era su fuente de inspiración: Mateo 25 y sabía en qué manos se había abandonado: las de Dios... y eso le bastó para fundar y encaminar una obra laical, esencialmente cristiana, profética y de fronteras. Una obra como esas mismas que ahora vemos muy necesarias para el futuro de Cuba pero que no comenzamos ya, desde ahora, y desde lo pequeño, porque “todavía no están creadas las condiciones”, Ricardo las previó, las meditó, las afrontó y las transformó para que el Reino de Dios pudiera adelantarse aquí, en nuestras condiciones específicas. Sin arrebatos ni imprudencias pero con la perseverancia y el tesón que nunca he visto en ningún otro cristiano de mi Diócesis. Ricardo fue también ejemplo de autonomía laical al mismo tiempo que de adhesión fraterna a la Jerarquía. Él decía: esto nos toca a nosotros y si tengo el visto bueno del Obispo, ya tengo lo que necesito para dar la cara, para dar el frente. Y así lo hizo, sin esperar que el Pastor sacara la cara por él, poniendo en la sala de su pequeña casa la “oficina” de la Hermandad, sobre el techo de su casa el comedor de la Hermandad, en el portal y patio de su propia casa, la leña para cocinar para la Hermandad y en su propio corazón la pasión evangélica que lo impulsaba. ¡Qué ejemplo para los laicos de la Iglesia cubana de hoy! ¡Qué ejemplo de libertad y responsabilidad para todos los cubanos de hoy y de mañana!: asumí lo que creyó en conciencia que era su vocación cristiana como laico y lo llevó adelante en comunión adulta y autónoma con la Jerarquía de la Iglesia y en independencia, respeto y libertad con la autoridad civil. Sin miedo y sin falsas prudencias y cómodas justificaciones sacadas de “la situación”. Sin violentar el ritmo pero sin dejarse vencer por todo tipo de dificultades externas e internas, por la novedad de su obra, por los múltiples “consejos” de dejar eso “para cuando se pueda”, de increíbles críticas a su persona, su estilo, su insistencia. Pero siempre contó, hay que decirlo, reconocerlo y agradecerlo a Dios, con el apoyo de su Obispo sin lo cual nada hubiera sido posible. Eso habla muy alto y muy

bien de la misión de guías de los pastores y del estilo de nuestra Iglesia Diocesana, herencia recibida a lo largo de casi dos siglos de parte de la obra paciente y serena, encarnada y profética de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos de esta tierra de Vueltabajo. Es parte de la identidad de esta Iglesia, identidad que Ricardo Urrutia ha vivido, enriquecido y llevado adelante.

Por eso las campanas electrónicas de la Catedral, Iglesia Madre, doblaban al rezar por su hijo fiel, valiente y sufrido. El Señor lo acogía en su casa y esta Iglesia lo sembraba en el suelo pinareño para que la semilla de su ejemplo se reproduzca sin cesar entre los laicos católicos de esta Diócesis. Hay mucho que aprender del ejemplo, la obra y la vocación laical de Ricardo Urrutia.

Querido Ricardo: Sabes que en cualquier momento te veo entrar para plantear una nueva solicitud de apoyo a tu Hermandad que es la de Cristo preso. Sabes que siempre tendrás en nosotros los del Centro Cívico, los de tu Iglesia, una respuesta solidaria. Gracias por estar aquí vivo y resucitado. Ya verás desde el Cielo, junto al Padre Celestial cómo crece la Hermandad y todo lo que soñaste se hace realidad. Sólo te pido para este amigo que dejaste por detrás, hermano Ricardo, que tengas una oración ante el Padre, porque sentí lo que tú y viví lo que tú, pero no tengo la virtud que tú tenías de echar para adelante lo que de verdad creías que era evangélico y posible, aunque el mundo entero lo creyera imposible. Que en Cuba y en su Iglesia cunda tu ejemplo, ¡mira que lo necesitamos mucho!

Aldo Martínez Malo: promotor cultural y mitómano de su pueblo

Cuando supe de su enfermedad me propuse obviar las visitas repetidas y formales. Me parecía innecesario y me dispuse a intentar enviarle una señal a quien había vivido de ellas y había aprendido a descifrarlas. Fui con Ortiz y otro amigo a su casa, una tarde de abril de resurrección cerca de la Semana mayor de los cristianos. Al acercarse vi su temblar y transparencia: la puerta hacia lo esencial, invisible a los ojos, estaba abierta. Pronto nos rodea la diligente familia: Clara, su hermano, la sobrina, la sala se llena de te y cordialidad transida de cierta agonía del espíritu. Saqué de mi bolsillo el hermoso crucifijo polisémico con que el Papa obsequiaba a los peregrinos durante el Año Santo Jubilar. Digo polisémico porque, en la cruz que le llevaba, el Cristo resucitado emerge del crucificado y son los dos uno solo en el misterio de la vida y de la muerte. Paso, pascua, tránsito. Le expliqué para los demás. Para él no hacía falta. Hombre de mundo y hombre de Dios que hizo pininos y malabares para mantenerse siendo ambos, en este mundo de paso. El tránsito “crucifija” a los hombres y estos necesitan asideros. Para el final del trayecto le ofrecí dos: esta cruz dividida y multiplicada, muerte y gloria, pena y resurrección; y el otro asidero: un pequeño libro de portada negra y tripa de luz con una novena de oraciones a Félix Varela, Padre de nuestra Cultura. Las manos se extendieron sucesivas y seguras hacia el crucifijo, besado y apretado, y luego hacia el cubanísimo novenario de plegarias al Padre. (Me había dicho que todos los días rezaba la oración de una sencilla estampa de Varela que le había regalado antes). Bastó el abrir los ojos de esa forma inconfundible para ver el fondo del alma.

A un amigo que se hace preguntas definitivas no se le facilitan respuestas sino referencias. Las respuestas sólo pueden encontrarse al final del camino abandonándose en el Océano de referencia.

Al rezar junto a su cuerpo ya en paz y alzar los ojos al viejo y pintarrajeado crucifijo de la Funeraria, no pude menos de recordar a su hermana monja, la madre Amada Luisa, su amiga Dulce María, a su familia, la de Clara y la de Amadito, la de nosotros los pinareños todos. Miré a mi alrededor, entre guardias de honor de funcionarios de cultura, ofrendas florales de altas autoridades y una capilla ardiente llena del más polícromo gentío, unidos en la despedida, me dije: “Aldo ha logrado hacer realidad su más preciada utopía: la unidad de lo diverso, sin uniformar ni despintar”.

Un día en la Sala de las Hijas de la Caridad al finalizar una conferencia sobre Lorca y una crónica sobre una de las giras de Aldo por “las Españas”, dije a él y a los presentes: “Cuando se haga el museo de cera en Pinar del Río y se coloquen en él a las personalidades más relevantes de la vida de Vueltabajo no podría faltar la de Aldo Martínez Malo. Lo que quizás tendríamos que discutir sería la inscripción que lo definiera para los que (de ahora en lo adelante) no alcanzarán la suerte de aprehenderlo en vivo. Unos dirán –proseguí– fue un promotor cultural al estilo del siglo XX cubano; otros que fue un farandulero que se convirtió en amigo y confesor de muchos y buenos; otros dirán que fue albacea de Rita y Dulce María; otros que fue fundador de la Casa Loynaz en Pinar”. Todo esto pudiera ponerse y aún más, pero yo pondría una sola frase que resumiera el ansia más profunda y la satisfacción que más placer le otorgaba al alma que se salía por los ojos. Aldo es –y no “fue”– nuestro mitómano mayor.

Y entiéndase bien que vivir sin mitos es perecer. Convertir la realidad en mito es obra de grandes, pero convertir el mito en realidad es puerta para la Eternidad. Descansa en paz: hacedor de sueños y amigo.

VI

Epílogo

El Vía Crucis de Cuba.
Contemplación y plegarias para levantar cabeza

Vía crucis de Cuba

*A mis 75 hermanos presos
en la Primavera negra de Cuba (2003)
y a las Damas de Blanco.*

INTRODUCCIÓN

Hoy, Viernes Santo, día en que conmemoramos la muerte de nuestro Señor Jesús, queremos unir la pasión del pueblo con la Pasión de Cristo. Este es el centro del misterio pascual actualizado en la vida, los sufrimientos y las esperanzas de los hombres y las mujeres que se unen, con su angustia, a la Cruz de Cristo y esperan, sin desfallecer, la última palabra que será de la Vida.

El Vía Crucis es la celebración del camino de Jesús hasta la cruz y la Resurrección. Camino que se convierte en proceso de redención y salvación para toda persona que sufre la injusticia, la soledad, la maldad y la opresión de otros hombres. El Vía Crucis es camino y, al mismo tiempo, seguimiento de Jesús. Es camino de sacrificios y al mismo tiempo camino de gloria. Es acompañamiento de Cristo por la vía dolorosa y acompañamiento del pueblo cubano que sufre en esta ardua etapa de nuestra historia.

Por eso, dedicamos este Vía Crucis de Viernes Santo a rogar y solidarizarnos con todos los cubanos y cubanas que sienten sobre sus hombros el peso de la cruz, los que tienen responsabilidades y los que sufren por las injusticias. Los que oprimen sin misericordia y los que no sucumben bajo el peso de la persecución. Los que han delatado a sus hermanos y los que han experimentado la soledad, la traición y el abandono. Todo esto lo vivió Cristo, intensamente, antes que nuestro pueblo. Y si Él lo vivió, también lo redimió con su sangre. Y si Él lo redimió con su sangre, todos estos sufrimientos de hoy desembocarán en la gloria de la vida nueva y resucitada de cada persona y de todo nuestro pueblo. Esta es nuestra esperanza.

Acompañemos a Cristo en su Vía dolorosa y acompañemos a todos los desalentados, desarraigados, detenidos, presos, encarcelados, condena-

dos, exiliados o desterrados en su Vía Crucis; y acompañemos también a sus familiares y amigos que sufren la injusticia.

A: Primera Estación: Jesús es condenado a muerte.

A: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Jesús está frente a Pilato. Se efectúa un juicio sumarísimo. Judas es el delator. Pilato intenta descargar sobre los judíos su responsabilidad de condenar a un hombre justo. Sobre Jesús han descargado todo género de mentiras, calumnias y falsos cargos. Él sin embargo, dice a Pilato: “Yo para esto he venido: Para ser testigo de la verdad y todo aquel que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato no era de la verdad y se lavó las manos echando sobre otros la culpa y la causa de la culpa. La masa vocifera y da bandazos, desde el Domingo de Ramos en que vitorea a Jesús, hasta el Viernes Santo en que lo repudia pidiendo que lo crucifiquen. Así ha sido siempre la actitud de las masas sin rostro y sin conciencia.

A: Hoy también ocurren estas cosas. Son tan parecidas las experiencias, que deben servirnos para vivir una Semana Santa con verdadero propósito de ser fieles a Cristo, de ser servidores de la verdad, de buscarla donde quiera que esté, y de proclamarla sin miedo ante todo el que nos pida la razón de nuestra esperanza. Pilato creyó que había terminado un proceso. La Historia nos enseña que allí, precisamente, empezó todo el proceso y el camino final de la redención del pueblo. Que esto nos sirva para comprender bien el momento en que vivimos en Cuba hoy y para que lo vivamos conscientes de nuestra propia responsabilidad. Para pasar de masa a pueblo.

B: Oremos por los que sirven en los tribunales de justicia para que sean siempre buscadores incansables de la verdad que los hará libres y roguemos también, por cuantos son injustamente condenados.

“Padre nuestro”...

Canto: *Perdona a tu pueblo, Señor,
Perdona a tu pueblo, perdónalo Señor.*

A: Segunda Estación: Jesús con la cruz a cuestas camino del calvario.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Sobre los hombros de Jesús es cargada la cruz de todas nuestras iniquidades y pecados. Sobre sus hombros cae el peso de cuanto maldad nos oprime, de cuanto poder nos aplasta, de cuanto cargo de conciencia nos persigue. Cristo carga con la cruz que es nuestra, que la merecemos por lo que hacemos, y por lo que dejamos de hacer para el bien; Jesús carga con toda la injusticia y con las estructuras de pecado de las que somos cómplices silenciosos y aterrorizados.

A: Sin embargo, Cristo no se echa para atrás, no descarga en otros el peso de una cruz injustamente cargada sobre el inocente. Jesús es el hombre para los demás, para cargar con las miserias de los demás, para cargar con las limitaciones y las injusticias de los demás. Para poner el hombro en las causas que liberan de la opresión a los demás. He aquí la esencia del cristianismo y del seguimiento de Cristo: vivir para los demás, cargar con los demás, meterle el hombro a la carga de los pueblos, caminar con los que desfallecen y no zafarle el hombro al peso de la Historia que debemos protagonizar y adelantar. ¿Cargamos nosotros con los sufrimientos y las cruces ajenas o las rechazamos egoístamente pensando sólo en nuestro propio bienestar, seguridad o acomodo a las circunstancias? Si no cargamos con la cruz de otros y no echamos sobre nuestros hombros, pobres y débiles pero disponibles, la carga de la redención de Cuba, no somos dignos de seguir a Cristo en el Vía Crucis cubano de hoy.

B: Oremos por cuantos cargan sobre sus hombros con la responsabilidad de salvar a su pueblo. Roguemos también por los que le zafan el hombro y huyen, traicionan, se acomodan, o se esconden detrás de una falsa prudencia o incapacidad. Roguemos porque en la hora presente los cristianos no le fallemos a Cristo y echemos sobre nuestros hombros el peso ingrato y tenebroso de la cruz. De la cruz propia, de la cruz de los demás y de la cruz de Cuba.

“Padre nuestro”...

Canto: “Cristo nos da la libertad”.

A: Tercera Estación: Jesús cae por primera vez.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Es Cristo, Dios y hombre verdadero, que cae bajo el peso de la cruz. Es la señal de su debilidad, de su agotamiento físico, de sus límites humanos... Hasta este punto llega el misterio de la encarnación del

Hijo de Dios. Como dice la Carta a los Filipenses: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz” (Flp. 2,6-11).

A: El género humano fue creado para vivir de pie, es decir, digno, decoroso, sin vergüenza y sin tacha. Pero la misma libertad con que Dios nos puso en pie, ha sido mal usada y nuestra humanidad cayó, por primera vez, intentando obedecer a la soberbia “de ser como dioses”. Esta es la gran contradicción de la Historia: Dios que nos crea libres y nos hace a su imagen y semejanza; nosotros que usamos mal nuestra libertad para alzarnos contra Dios y ser como él cuando ya lo éramos. Dios que se rebaja, que se hace hombre, que usa su libertad, para someterse a nuestra naturaleza caída y devolvernos la libertad y la dignidad de hijos de Dios. Para ponernos nuevamente en pie.

B: Oremos en esta primera caída, por cuantos se erigen como dioses y caen en la soberbia del poder, del tener, del saber... Oremos por cuantos usan la mentira para hacer sucumbir a los pueblos bajo el peso de la ignominia. Oremos para que cuantos caemos bajo el peso de la libertad mal usada y mal vivida podamos levantarnos conociendo la verdad que nos hará libres.

“Padre nuestro”...

Canto: “Como le cantaré al Señor, cómo le cantaré” (1ª estrofa).

A: Cuarta Estación: Jesús encuentra a su madre.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Encuentro de Cristo con su Madre. Para Cristo, Dios y hombre verdadero, el momento de mayor profundidad en su dolor. Para María, la madre, el encuentro con las consecuencias de la misión de su hijo. A esto le han conducido las palabras de consuelo y perdón de Jesús. Hasta esto le han llevado sus gestos de compasión y su voluntad de sanar, de curar, de dar vida, de dar paz. Así paga el mundo a cuantos se entregan a una causa justa: “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” dice el Prólogo del Evangelio de San Juan. Encuentro de despedida y desgarramiento. Para Jesús: dolor y ternura indecibles. Para la Madre, espada en el corazón y preguntas en el alma: ¿Por qué tratan así a los que sólo han hecho bien a su pueblo?

A: Desde entonces, es la misma situación: Hijos que se comprometen con la causa del bien, de la justicia, de la verdad, de la redención de las personas y de los pueblos... y Madres que se encuentran con la respuesta de la injusticia, del castigo del justo y de la absolución del criminal. Madres cuyo dolor no tiene ni nombre, ni precio, ni razón. Madres que no pueden llegar a comprender por qué castigan a sus hijos si son inocentes... si lo único que han hecho es procurar el bien para sus compatriotas. Madres que ofrecen su dolor para que llegue pronto la paz para el corazón de todas las madres. Cuando sufre el corazón de las madres... y sus preguntas no tienen respuestas que las calmen... y las espadas que atraviesan su corazón vienen del absurdo, estamos en el Vía Crucis, que es el camino del dolor, pero que es también, en fin de cuentas, el camino de la redención. Es la señal inequívoca de que caminamos hacia la luz.

B: Oremos por todas las madres cubanas. Especialmente por las madres, hijas, hermanas y esposas de los presos de conciencia llamadas en Cuba Damas de Blanco. Por las madres del mundo entero que sufren por causa de la guerra o de la injusticia, que sufren a causa del absurdo de la fuerza y la opresión que no tienen ni sentido ni razón. Oremos por los hijos que le infligen a sus madres el dolor de ser condenados a causa de sus crímenes y oremos también por los hijos que ven sufrir a sus madres a causa de ser condenados injustamente por hacer el bien. Que la Virgen dolorosa los acompañe en este valle de lágrimas.

“Dios te salve, María”...

Canto: “A los pies de la Virgen” (1ª estrofa).

A: Quinta Estación: Jesús es ayudado por Simón, el Cireneo.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Así dice el Evangelio de San Marcos: “Un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro y de Rufo, llegaba entonces del campo. Al pasar por allí le obligaron a cargar con la cruz de Jesús” (Mc. 15,21). De modo que no hay cruz que se pueda llevar solo. No hay sufrimiento que no obligue a la solidaridad con el que sufre. No puede haber dolor que pueda prescindir de la compañía de los demás. Ni la cruz del Hijo de Dios pudo ser cargada por él solo. Todos, incluso el mismo Jesús, necesitamos que nos echen una mano en el sufrimiento. El Papa en su visita al Rincón, nos decía: “El dolor llama al amor”. El que sufre clama ayuda. Y es un grave pecado de omisión no prestarle la ayuda y

el apoyo que necesita, tanto el que sufre con razón, cuanto más al que sufre injustamente.

A: Cuba vive su Vía Crucis. Son muchos los que cargan con la cruz de las injusticias y son inocentes como Jesús. Son muchos también los que cargan con la cruz de sus propios pecados, con la cruz de sus propios crímenes y delitos. Todos, unos y otros, necesitan de la ayuda de los actuales cireneos. Nosotros debemos ser cireneo o no seremos nada de cristianos. Todos debemos ser solidarios con los que sufren. Los cristianos tenemos obligación de serlo. Así lo dice el Papa en el Rincón: “La indiferencia ante el sufrimiento humano, la pasividad ante las causas que provocan las penas de este mundo, los remedios coyunturales que no conducen a sanar en profundidad las heridas de las personas y de los pueblos, son faltas graves de omisión, ante las cuales todo hombre de buena voluntad debe convertirse y escuchar el grito de los que sufren”.

B: Oremos por todos nosotros, los cubanos necesitados de cireneos que nos ayuden a cargar con nuestras cruces. Oremos por cuantos son obligados a ser solidarios por decreto y por cuantos permanecen indiferentes ante el sufrimiento ajeno. Oremos para que no se nos endurezca el corazón de cubanos que siempre ha estado al lado del que sufre. Oremos porque en Cuba nadie que sufra, en el alma o en el cuerpo, quede solo, o abandonado a su suerte. Oremos para que una gran ola de solidaridad, perdón, y amor responda a la ola de represión y odios. Nunca más la fuerza. Nunca más la muerte. El dolor convoca al amor.

“Padre Nuestro”...

Canto: “El que siembra amor, cosecha amor” (1ª estrofa).

A: Sexta Estación: La Verónica limpia el rostro de Jesús.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: He aquí una manera concreta y puntual de ejercer la solidaridad ante el que sufre la injusticia. Limpiar el rostro del condenado. Aquí tenemos un gesto y una actitud. El gesto de la mujer valiente que rompe el cerco del miedo, no teme a la fuerza física de los opresores. Ella va con la fuerza interior que da el amor compasivo y solidario. Ella logra llegar, llega a alcanzar el rostro del oprimido para limpiarlo, para acariciarlo con el fino manto de la misericordia. En cambio, la mirada y el rostro de Cristo sufriente quedó marcada para siempre en el manto y en el corazón de aquella mujer solidaria y valiente que hizo lo que pudo y lo hizo rápido y bien.

A: Todo el que sufre injustamente necesita que le limpien el rostro, que le quiten la infamia, que le devuelvan la imagen dañada y desprestigiada. He aquí una manera concreta y solidaria de acompañar al que sufre. La Verónica no podía liberar a Jesús pero pudo limpiar su rostro. Nosotros, en la mayoría de las ocasiones no podemos hacer mucho ante la infamia del inocente condenado y vilipendiado, difamado y registrado como un criminal, confundido con delincuentes comunes, confundido con corruptos y drogadictos. No podemos, por ahora, evitarlo. Pero podemos ayudar a limpiar su rostro de la infamia. ¡Qué falta hacen muchas Verónicas en Cuba hoy! Verónicas que limpien el rostro del que piensa distinto y es condenado siendo inocente. Verónicas que limpien la cara de confusión de muchos que no saben distinguir. Verónicas que limpien el rostro de los que quedan desconcertados ante tanta indefensión y alardes de fuerza. Cada uno de nosotros puede ser una Verónica. Estemos seguros de que nunca se borrará de nuestra alma el rostro agradecido de aquel inocente al que hemos podido llegar para limpiar su reputación y su inocencia delante de la sociedad.

B: Oremos por cuantos sufren la difamación y el escarnio. Oremos por cuantos son desfigurados física y moralmente delante de su pueblo. Oremos por cuantos se arriesgan a limpiar, rápida y tiernamente, el rostro del que sufre la injusticia. Oremos para que no nos quedemos inmóviles ante el sufrimiento humano.

“Padre nuestro”...

Canto: “Tu Reino es vida” (1ª estrofa).

A: Séptima Estación: Jesús cae la segunda vez.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Consideremos a Cristo que vuelve a caer bajo el peso de la cruz. Contemplemos cómo Jesús quiere dejarnos ver claramente su condición humana. Es como una “epifanía” de su humanidad, para que adoremos su total encarnación. Consideremos, por otro lado, a cuantos caen y recaen en el desánimo, en la desesperación, en la falta de voluntad para perseverar en el bien cuando todo se oscurece. Consideremos a aquellos que se dejan vencer por las dificultades, que se dejan aplastar por el peso de las circunstancias. Los que ya no pueden, los que abandonan, los que están sin resuello en nuestra Patria. ¿Qué podremos hacer por ellos? Las caídas son propias de todos los seres humanos,

y el levantarse y volver a levantarse es propio de nuestra condición de hijos de Dios.

A: Acerquemos nuestras manos y nuestros hombros hacia aquellos que sucumben bajo el peso de la cruz de cada día. Levantémonos unos a otros del polvo del desaliento y la desesperanza. No nos dejemos vencer por el miedo. Jesús pudo levantarse de su segunda caída. Y si Él ha podido, siendo un hombre verdadero, también nosotros podremos levantarnos de nuestros pecados y de nuestras limitaciones. Cuba podrá levantarse, no lo dudemos.

B: Oremos por cuantos caen y abandonan la lucha cotidiana. Oremos por cuantos se doblan bajo el peso de sus propios pecados, y bajo el peso de los pecados de los demás. Oremos también por cuantos sucumben ante el peso de las estructuras del pecado y ante el peso agobiante de las injusticias. Y recemos con toda el alma para que seamos siempre personas dispuestas a levantar al caído y a no condenarlo, ni abandonarlo a su suerte, sino a tenderle la mano amiga y el corazón misericordioso y solidario. Tender una mano a Cuba es tenderla a cada cubano caído y desolado.

“Padre Nuestro”...

Canto: *Señor, Tú que eres un reino de paz, de justicia y de amor, piedad, ten piedad Señor, Cristo, que nos diste la vida que no acaba jamás, piedad... Señor tú que a todos nos llamas...*

A: Octava Estación: Jesús consuela a las mujeres.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Así lo dice el Evangelio de San Lucas: “Muchas mujeres que lloraban y gritaban de tristeza por él, lo seguían. Pero Jesús dirigió su vista hacia ellas y les dijo: No lloren por mí sino por ustedes mismas y por sus hijos, porque vendrán tiempos duros... Entonces comenzarán las gentes a decir a los montes: ¡Caigan sobre nosotros!... y a las colinas: ¡Escóndannos! Porque si hacen esto con el árbol verde, ¿qué no harán con el seco?” (Lc. 23,27-31).

A: También nosotros estamos viviendo tiempos duros. La confusión, la represión, la delación, la cárcel y la muerte, han pasado a ser el sobresalto de la vida cotidiana. Lo han sufrido, lo mismo el leño verde del inocente porque piensa diferente, que el leño seco del que ha cometido un delito. Pero Jesús nos mira con atención y nos consuela con su

palabra de aliento y de advertencia. Consolar no es disimular como si nada estuviera sucediendo, consolar es tener la certeza de que la última palabra será de la vida y de la paz.

B: Oremos para que Jesús nos mire a todos los cubanos con su corazón de misericordia y de consuelo. Roguemos para que la justicia y la paz se besen en nuestra sufrida Patria y para que cada uno de nosotros seamos, para los que sufren a nuestro lado, compañeros en el camino de la cruz, ayuda en su Vía Crucis. Que tengamos siempre una palabra de aliento para el que está crucificado por la angustia y una mano de apoyo solidario extendida para todo el que se siente solo y abatido. Que la Virgen María de la Caridad del Cobre nos acompañe en este servicio de consolación y fraterna compañía.

“Dios te salve María, llena eres de gracia”...

Canto: “Quiero ser, Señor, instrumento de tu paz”.

A: Novena Estación: Jesús cae por tercera vez.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Vuelve a caer Jesús bajo el peso de las presiones. Contemplemos su exhausta fragilidad humana. Es el hombre verdadero que siente superadas sus pobres fuerzas y desbordados sus propios límites y resistencias. ¡Divino misterio del Dios hecho hombre! ¡Desconcertante verdad del Dios eterno que se rebaja a la más débil fragilidad humana! ¡Qué consuelo y esperanza para el hombre que sucumbe bajo el peso del terror y de las torturas!

A: En estos días en Cuba, como en los días de la pasión del Señor, hay hombres y mujeres que sucumben bajo el peso de las terribles presiones psicológicas y físicas. Es la hora en que se expone a la luz del día, sin pudor y sin recato, la más íntima fragilidad humana. Es la exposición de los hombres quebrados que merecen todo el respeto y la consideración de los que no se han encontrado nunca en ese terrible misterio de la ofuscación de la conciencia y la maleabilidad de la condición humana, caída y marcada por el pecado. Pedro también sucumbió y se doblegó ante una criada un poco antes de que cantara el gallo del amanecer de la resurrección. Pedro se retractó, pero al darse cuenta de su pecado, lloró amargamente y se incorporó, confiando indudablemente en la misericordia infinita del Dios que nos ama. Su retractación no lo invalidó para, luego de su arrepentimiento y nueva profesión de fe, ser el Pastor

supremo de la Iglesia y dar su vida cuando le volvió a llegar la hora. Dios siempre da a los hombres y mujeres una nueva oportunidad para superar la innegable fragilidad de su naturaleza humana: ¡Verdadera victoria de la Gracia sobre la naturaleza!

B: Oremos por todos cuantos hemos sucumbido alguna vez bajo el peso de la cruz. Por cuantos han sido quebrados por las torturas y las presiones. Roguemos para que sea respetada la intimidad y la fragilidad de los hombres y mujeres de nuestro pueblo y roguemos porque ninguno de ellos dude jamás de la misericordia y el perdón de Dios.

“Padre nuestro”...

Canto: “Danos un corazón, grande para amar” (1ª estrofa).

A: Décima Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Jesús ha llegado a la cima del Vía Crucis, sobre el monte Calvario es expuesto a la vista de todos. Ha llegado la hora suprema. La hora de la verdad y del sacrificio redentor. Pero queda un último escarnio. Queda el expolio y la vergüenza. Jesús es despojado de sus vestiduras. Es lo último de sus pertenencias. Ya nada le queda sobre esta tierra más que su amor y su Madre, uno de los discípulos y dos mujeres. A la luz de la media mañana el Hijo de Dios es presentado en toda la desnudez de la verdad y de la virtud. El inocente es despojado de sus vestiduras para que quede claro que no tiene nada que esconder, nada de qué avergonzarse. Es la total transparencia del inocente.

A: Hoy también, como Jesús, hay personas inocentes que, además de cargar con su cruz hasta la cumbre del sufrimiento, deben aguantar, ellos y sus familias, que los despojen de sus cosas, de sus más íntimas y personales pertenencias. Pero sabemos que el despojo, el allanamiento y la confiscación injusta solamente dejan a la luz del día la desnudez de la verdad que lleva el inocente en su alma. Cuantos sufren hoy con Cristo el despojo y el saqueo deben tener la convicción profunda de que la verdad se abre camino, sola y sin ropajes. La transparencia es la mayor fuerza de los oprimidos.

B: Oremos por cuantos son despojados en el alma y en el cuerpo. Por cuantos son allanados en su espíritu y en sus casas. Recemos por cuantos son desnudados, sin pudor y sin respeto a su dignidad y derechos, ante la

luz de la televisión y de la radio. Recemos porque se respete la intimidad y la vida familiar de cada cubano. Porque se respeten sus pertenencias y sus ideas. Recemos porque aprendamos de una vez que la verdad, para que quede expuesta a la luz redentora, debe despojarse de todo lo material y lo pasajero. Ese tipo de despojo envilece a quienes lo perpetran y engrandece hasta el martirio a cuantos lo padecen en sí mismos o en sus familias. Oremos para que Cuba se haga transparente y multicolor como un vitral. Y que Cristo sea la Luz de su libertad.

“Padre nuestro”...

Canto: “Una luz en la oscuridad” (1ª estrofa).

A: Undécima Estación: Jesús es clavado en la cruz.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Clavado cruelmente a la cruz, Cristo sufre el final de su Vía Crucis. Es la muerte destinada a los malhechores. La crucifixión es la muerte de los bandidos, de los segregados de la sociedad, de los maldecidos. Jesús ha sido cambiado por Barrabás, han preferido a un homicida, sale ganando el peor y sale perdiendo el inocente. Pero sólo pierde aparentemente, pierde a los ojos de los que no ven lo esencial de la vida. Jesús fracasa en su obra a los ojos de los que no saben ver la profundidad de los acontecimientos. Al cabo del tiempo, el mundo glorificará a ese fracasado, la gente ensalzará su obra y su cruz será convertida de cadalso en condecoración, de signo de escarmiento en timbre de gloria. Así es la historia de la salvación. Cruz que se convierte en gloria, clavos que se convierten en signos de liberación. ¡Alabemos el misterio pascual de todos los crucificados convertidos en redentores!

A: Hay hombres y mujeres de hoy que son crucificados por sus familias, en sus trabajos, en sus barrios, en las calles y en los medios de comunicación de su país. Nosotros los cristianos, sabemos que esas manos clavadas se extenderán para perdonar. Sabemos que esos pies, clavados al cadalso, andarán de nuevo por nuestras calles y reemprenderán los caminos de la reconciliación y la paz. Nosotros sabemos que del pecho de los encarcelados y de los perseguidos, de los calumniados y vilipendiados, traspasado por la lanza de los odios y de la violencia, solamente podrá salir la redención de las víctimas y de los victimarios, el perdón de los crucificados y de sus verdugos. “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. He aquí la actitud ante tanto absurdo y tanto odio.

Perdón, perdón y perdón. Nunca más la venganza y la violencia. Nunca más la revancha y el rencor. Cuba necesita que del pecho traspasado de sus hijos e hijas, salga por fin la “sangre redentora” que reconcilia y ama y “el agua purificadora” que reconstruya y edifique una civilización de la verdad y del amor.

B: Oremos, por todos los que sufren, para que su corazón no se envenene con el rencor, para que sus manos no se crispen con el odio, para que sus pies no se detengan con el desconcierto y la desconfianza. Roguemos para que de los clavos del sufrimiento florezcan retoños de reconciliación y de vida nueva para Cuba. Que María, la madre de la reconciliación, nuestra Madre de la Caridad, nos acompañe.

“Dios te salve María”...

Canto: “Virgen Mambisa” (1ª estrofa).

A: Duodécima Estación: Jesús muere para salvarnos.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Jesús ha consumado su vida y su obra. La muerte ha venido a convertir su fracaso en victoria, su dolor en entrega. La cruz en altar. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn. 15,13). Cristo ha sellado su amor universal y su proyecto de redención con la entrega generosa y voluntaria de su vida. Los poderosos pensaban que le castigaban, que le arrebatában su vida, que le conducían a la muerte. Pero Jesús dice claramente “Nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente” (Jn. 10,18). De modo que todo lo que hizo y dijo, lo hizo y lo dijo libre y responsablemente. Las estructuras de injusticia que lo juzgaron y lo condenaron a muerte reaccionaron ante la propuesta de vida y de plenitud de Cristo. Jesús hace lo único que puede hacer el que ya no puede hacer nada más: Se entrega en el único regazo que le acogerá en el dolor y la angustia: ese regazo definitivo son las Manos de Dios y Jesús grita con el último aliento de fuerza y de abandono: “Padre en Tus manos encomiendo mi espíritu” (Luc. 23,46). Es la apoteosis de la confianza absoluta y plena en Quien no puede fallar jamás. ¿Nos hemos puesto en Sus manos ante la incertidumbre del porvenir en Cuba?

A: Así es también nuestro mundo de hoy. Ante la cultura de la vida, los que tienen el poder reaccionan con la cultura de la muerte. El camino pacífico se intenta cerrar con la violencia. La pena de muerte se considera todavía hoy, en el siglo XXI, como un remedio para mejorar la sociedad.

Hasta este tiempo ha llegado el absurdo del poder de los hombres que se creen dueños de la vida y de la muerte. Es hora ya de que la mentalidad cambie. Que la cultura de la vida triunfe sobre los gestores de la muerte. Y en otro sentido, Jesús también nos enseña que la muerte como consecuencia del buen obrar, es decir, la pasión y la muerte del inocente tienen, en sí mismas, un valor redentor y salvador.

B: Oremos por cuantos han sido condenados a muerte, por cuantos, como Jesús, han sido ejecutados injustamente. Elevemos nuestra oración perseverante para que cese la cultura de la muerte y se cultive la cultura de la vida. Oremos para que la pena de muerte sea abolida de las leyes y de la mentalidad de los pueblos. Oremos en fin, para que el sacrificio de los que han sido privados de sus vidas se convierta en ofrenda redentora para la salvación de todos los hombres y de todos los pueblos.

“Padre nuestro”...

Canto: “Tú reinarás” (1ª estrofa).

A: Decimotercera Estación: Jesús muerto en brazos de su madre.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Manos amigas se encargan de recoger el cadáver de Jesús. Allí, firme y serena, traspasada de dolor pero con los brazos abiertos y el corazón en paz, está la madre. María ha hecho todo el Vía Crucis de su hijo. Ha sido fuerte y ha llegado hasta el fin para cumplir su misión hasta el extremo. En sus brazos amorosos recoge el cuerpo exánime de Jesús. Ella asume en ese momento la totalidad de su misión. Hasta entonces es la madre de Jesús, ahora ha perdido a su único hijo pero este le ha entregado a la humanidad entera como hijos e hijas. Ella era la sierva que cumplía la Palabra de Dios ahora es la corredentora de Cristo porque ha aceptado, vivido y ofrecido en paz, su dolor como ofrenda para la redención de cuantos lloran en este valle de lágrimas.

A: María es ejemplo para todos nosotros. Su itinerario es camino seguro de salvación. Es el más sencillo y trascendente proyecto de vida: Hacer la voluntad de Dios, servir a los que lo necesiten, acompañar a Jesús en sus signos de salvación, acompañarlo en el camino del Calvario, permanecer fiel al pie de la cruz, recibir de pie la maternidad del mundo entero, cobijar entre sus manos el cuerpo de sus hijos que mueren y orar sin desfallecer con los apóstoles de su Hijo. En esta hora difícil para Cuba acudamos confiadamente a la compañía y a la intercesión de

nuestra Madre, la Virgen, que en Cuba se llama Caridad.

B: Oremos por todos los cubanos y cubanas que han perdido a sus hijos y que han sufrido con ellos el Vía Crucis de su pasión y de su cruz. Oremos por cuantos, como María, se han mantenido fieles en las duras y en las maduras, sin desfallecer hasta el final. Oremos por cuantos han abierto generosamente sus brazos y sus casas para recoger a sus hermanos y hermanas, crucificados por la injusticia o muertos de miedo o de desesperanza. Oremos porque la piedad jamás abandone el corazón de Cuba y de cada cubano. Que para ello vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, la Virgen Madre de Dios.

“Dios te salve Reina y Madre de misericordia”...

Canto: “Madre de todos los hombres, enséñanos a decir: Amén”.

A: Decimocuarta Estación: Jesús es depositado en el sepulcro en espera de la resurrección.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

B: Es la última estación del Vía Crucis. Es la estación de la esperanza. Es la estación de la fe en la resurrección aún cuando lo que se ve es la puerta de una tumba bloqueada por una piedra aparentemente inamovible. Sin embargo, aquella será la señal y la prueba de la resurrección en la mañana del domingo. El sepulcro vacío, la piedra corrida, las vendas que lo ataban por el suelo. Ha resucitado, verdaderamente, y camina delante de nosotros. Este es el anuncio del amanecer.

A: Cuba vive al borde de esta estación. Entre el sepulcro y la vida. Entre la cruz y la resurrección que no ha llegado. Cuba vive con la puerta cerrada y las piedras de nuestras intolerancias y del inmovilismo de los poderosos, cerrando las puertas a la pascua pacífica, al cambio necesario. Pero esas piedras, aparentemente inamovibles, serán removidas ante la vista azorada de los mismos guardias que la custodiaban como la puerta de la muerte. Al salir el sol, aquella piedra se convirtió en puerta de la vida. Así será en Cuba, lo creemos y lo esperamos. Las puertas de la represión y de la muerte que hoy se cierran sobre nuestra Patria, se abrirán al amanecer y saldrán por ella la vida nueva, la vida resucitada y redimida de nuestro sufrido pueblo. La última estación es la del sepulcro, pero la última palabra es la de la Vida. Precisamente porque este sepulcro que recibió el cuerpo sagrado de Cristo, fue el primer testigo de su resurrección. Levantemos la vista y veremos que,

por encima de los sufrimientos que hoy vivimos, se alza, triunfante y victoriosa, la Vida. Cuba vivirá al fin, libre y serena, una vida nueva. Cuba vivirá en la justicia y la verdad. Cuba vivirá en paz. Así será, porque ya el sepulcro de Cristo está vacío.

B: Oremos, queridos hermanos, para que la Pascua de Cristo sea nuestra Pascua. Oremos para que su pasión dé sentido a la pasión de nuestro pueblo. Roguemos para que su muerte redima nuestras muertes y para que su Madre sea nuestra Madre y nos acompañe en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la cruz y en la resurrección. Oremos en fin para que nuestra fe nunca desfallezca y para que podamos proclamar a nuestros hermanos que creemos que Cristo, ha resucitado y su reino no tendrá fin. Amén.

Canto: “Santa María de la Esperanza, mantén el ritmo de nuestra espera”.

Oración final:

*Oh, Dios,
que por la pasión, muerte y resurrección de tu hijo, nuestro señor
Jesucristo
has redimido a la Humanidad entera,
escucha nuestra plegaria
para que cuantos conmemoramos hoy el sacrificio de su cruz
podamos gozar eternamente de la Gloria de su vida nueva.
Atiende las súplicas de tus hijos
y haz que Cuba pase de la Cruz
a la luz de una vida en Libertad, Verdad, Justicia y Paz.
Te lo pedimos por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.*

Canto final: “En la cruz murió el hombre un día”.

Viernes Santo 2003.

Este Vía Crucis de Cuba fue escrito en la Primavera negra de 2003 como un testimonio de lo que está viviendo el pueblo cubano y como una plegaria encargada al autor por el Consejo de Laicos de Pinar del Río para solidarizarse con los 75 presos de conciencia, con sus familiares, las Damas de Blanco; y para dar voz y oración a todos los cubanos y cubanas que sufren, de mil formas, como Jesús de Nazaret, el vía crucis de una pasión cotidiana que dura ya medio siglo.

Ante el Cristo crucificado en cada cubano

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo,
Salvador de todos los hombres y las mujeres,
que para darnos prueba de tu amor
y para redimirnos de todo mal,
te dejaste clavar en la cruz
y derramaste tu preciosa sangre
para que te encuentre
el que te busca con sincero corazón:

Mira a la Cuba que sufre.
Haznos reconocer tu cruz
en cada cubano y cubana que es crucificado contigo,
que completa tu Pasión.

Sálvanos de odios y rencores.
Líbranos de envidias y egoísmos.
Apártanos del pecado y de la maldad.

Danos a todos valor para nunca negarte
ni de palabra ni de obra:
Ayúdanos a cargar con la cruz
de las dificultades de cada día.

Que cuando venga la adversidad
miremos a esta cruz
y tengamos fuerza
para luchar y vencer el mal.
Para resucitar.

Enséñanos a sacrificarnos por los demás
como Tú lo hiciste.
Enséñanos a encontrar el sentido de nuestra vida
en vivir para los demás:
para que podamos convertir
nuestras penas en alegrías,
nuestros fracasos en victorias,
nuestras sombras en luz.
Porque sólo en la Cruz
hay Esperanza.

Que Cuba camine del Alfa a la Omega,
de la confusión de Babel al Espíritu de Pentecostés,
del caos al Cosmos
que tú levantas y edificas con nosotros
como el reino de Dios,
como la convivencia en la Justicia y la Paz,
como la civilización del Amor.
Tú que vives y reinas,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Plegaria de un yagüero a la Virgen de la Caridad

Virgen de la Caridad,
Cobija de todos los cubanos,
ave marinera y tabla de salvación
del que zozobra y del que sufre.
Bajo tu ternura nos guarecemos
de la nostalgia y de la falta de libertad.

Blanca y silvestre mariposa
que nuestra alma no se corrompa,
danos la transparencia de la honestidad y de la coherencia.

Himno de gratuidad y de servicio,
Magnificat de los pobres:
Concédenos ser una ofrenda permanente
en el ara de la Cruz y de la Patria
de modo que todo lo que hagamos y soñemos
sea para hacer de Cuba un Hogar nacional.

Escudo de los que son oprimidos,
mira a la Perla que llora,
a la llave encerrada,
a la palma que se deshoja
por la pérdida de sus hijos.

Cobija a nuestra Nación con el guano de tu Ternura.
Envuelve nuestra historia con la yagua de tu Memoria.
Reconstruye nuestro futuro con el cogollo de tu Virtud.

Estrella de la mañana,
que anuncias un nuevo día:
Apresura para Cuba
el alba de la libertad.
Amén.

8 de septiembre de 2002.

En la preparación de los 400 años del hallazgo
de la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre
en las aguas de Cuba.

Plegaria al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida,
derrama sobre esta tierra
tus dones de liberación y de paz
para que Cuba pueda tener una existencia plena y feliz,
como nuestro pueblo espera,
y aún más allá,
hasta que Tú colmes, todas nuestras esperanzas.

Ven, oh Padre de los pobres,
Luz que alegra nuestra espera.
Danos el fermento de la verdad,
la sal de la libertad,
y el don de la justicia,
a cuantos sufrimos en Cuba
a causa de nuestras miserias materiales y espirituales.

Ven, Espíritu divino,
riega esta tierra en sequía.
Sana el corazón enfermo,
cura las heridas internas
y descubre y espanta nuestros miedos ignotos.
Endereza a cuantos se doblan en la mentira y en la maldad.
Lava las manchas de la corrupción de las instituciones
y de la prostitución de las almas.
Infunde calor de vida en el hielo de nuestras indiferencias
[y simulaciones.

Ven, Espíritu Santo,
doma el espíritu indómito

y salva a Cuba de la violencia y de la muerte.
 Guía al que tuerce el sendero,
 buscando fuera lo que está dentro de nosotros mismos
 [y de nuestro País.
 Convierte al que tuerce las vidas de los demás
 para mantener el poder o el tener.

Ven, oh Santo Espíritu,
 Padre de los afligidos y los desesperados.
 Abogado y defensor de los que son aplastados y oprimidos
 Mira a cuantos son excluidos, marginados y encarcelados en Cuba:
 ¡Qué termine, con tu Gracia, nuestra agonía!
 ¡Qué renazca, con tu Fuerza, nuestra ilusión!

Luz Santísima,
 penetra por los resquicios de la virtud que no se muda,
 hasta el fondo del alma y fecúndanos.
 Reúne y reconstruye a la única Cuba
 que peregrina en la Isla y en la Diáspora.

¡Oh, Señor, envía Tu Espíritu,
 que renueve la faz de la tierra!
 ¡De esta bendita tierra cubana!
 ¡Quédate con nosotros! que no entendemos...
 Mira que ya es tarde...
 y anochece...
 y se apaga la fe.

Espíritu de Jesús Resucitado:
 Sólo Tú puedes hacer nuestro milagro.
 Mira que los cubanos estamos cansados de mesías y promesas.
 Estamos desfallecidos de luchar y luchar sin ver la orilla.
 No dejes que nuestras pobres fuerzas se agoten
 y no permitas que se seque nuestra esperanza:
 Ven, ¡pero ven rápido!
 ¡Ven ahora mismo!
 ¡Ven ya!

Espíritu de Sabiduría:
 enséñanos que sólo con tu Fuerza
 podremos levantar cabeza como personas
 y curar el alma de la Nación.

Espíritu de Fortaleza:
convéncenos de que sólo con tu Gracia
recuperaremos la alegría
y las ganas de vivir en Cuba y para Cuba.

Fuente de todo Sosiego:
persuádenos de que sólo con tu Paz
podremos redimir nuestro presente
y edificar el porvenir.

Dale al esfuerzo su mérito
y tu descanso al que terminó.
Dale a los de abajo reconocer su dignidad,
luchar por sus derechos
y aprender la convivencia en la solidaridad.
Y dale a los de arriba la gracia de la conversión
y el espíritu de servicio:

¡Sólo Tú, Corazón del Padre,
podrás lograr que víctimas y victimarios
se salven en un hogar nacional de reconciliación y participación
que Tú preparas para todo el que te buscan con sincero corazón!

Desde Cuba
te adoramos y te glorificamos,
con el corazón y la vida:
Gloria a Ti, Santo Espíritu de la Verdad y de la Libertad
Gloria a Ti, Alma de los pueblos y Luz de las naciones,
que en la ternura del Padre
y en la Pascua del Hijo glorioso
vives y reinas en el Amor y la Comunión
por los siglos de los siglos.

Amén.

Este libro se terminó de imprimir en España,
en mayo de 2009.

